LIBROdot.com



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Marcel Proust

En busca del tiempo perdido

6. La fugitiva

«¡Mademoiselle Albertina se ha marchado!» ¡Qué lejos va el dolor en psicología! Más lejos que la psicología misma. Hace un momento, analizándome, creía que esta separación sin habernos visto era precisamente lo que yo deseaba, y, comparando los pobres goces que Albertina me ofrecía con los espléndidos deseos que me impedía realizar (y que, en la seguridad de su presencia en mi casa, presión de mi atmósfera moral, ocupaban mi alma en primer plano, pero que, a la primera noticia de que se había marchado, ni siquiera podían enfrentarse con ella, pues se esfumaron inmediatamente), había llegado, muy sutil, a la conclusión de que no quería volver a verla, de que ya no la amaba. Pero aquellas palabras -«mademoiselle Albertina se ha marchado»- acababan de herirme con un dolor tan grande que no podría, pensaba, resistirlo mucho tiempo; había que cortarlo inmediatamente; tierno conmigo mismo como mi madre con mi abuela moribunda, con esa buena voluntad que ponemos en no dejar que sufra el ser amado, me decía: «Ten un poquito de paciencia, tranquilízate, ya verás cómo se te pasa, no te dejaremos sufrir así». Y, adivinando confusamente que si un momento antes, cuando yo no había llamado todavía, la marcha de Albertina habría podido parecerme indiferente, incluso deseable, era porque la creía imposible, y por este camino buscó mi instinto de conservación los primeros calmantes para mi herida abierta: «No tiene ninguna importancia, porque la haré volver en seguida. Ya veré cómo, pero, sea como sea, estará aquí esta noche. Así que no hay por qué atormentarse: No tiene ninguna importancia.» Y no me lo dije para mí solo: procuré que así lo creyera Francisca no dejándole ver mi dolor, porque ni aun en el instante en que mi dolor era más violento olvidaba mi amor que le convenía parecer un amor feliz, un amor compartido, y parecérselo sobre todo a Francisca, que, como no quería a Albertina, había dudado siempre de su sinceridad.

Sí, un momento antes de que entrara Francisca, yo creía que no amaba a Albertina; creía que lo había analizado todo exactamente, sin olvidar nada; creía conocer bien el fondo de mi corazón. Pero nuestra inteligencia, por lúcida que sea, no puede percibir los elementos que la componen y permanecen ignorados, en un estado volátil, hasta que un fenómeno capaz de aislarlos les imprime un principio de solidificación. Me había equivocado creyendo ver claro en mi corazón. Pero este conocimiento, que las más finas percepciones de la inteligencia no habían sabido darme, me lo acababa de traer, duro, deslumbrante, extraño, como una sal cristalizada, la brusca reacción del dolor.

Tan habituado como estaba a ver junto a mí a Albertina y ahora, de pronto, veía una nueva faz del Hábito. Hasta ahora lo había considerado, sobre todo, como un poder destructor que suprime la originalidad y hasta la consciencia de las percepciones; ahora lo veía como una divinidad temible, tan incorporada a nosotros mismos, tan incrustado en nuestro corazón su rostro insignificante, que si se despega, o si se aparta de nosotros, aquella deidad que antes apenas distinguíamos nos inflige sufrimientos más terribles que otra ninguna y se torna entonces tan cruel como la muerte.

Lo más urgente era leer su carta, puesto que quería buscar los medios de hacerla volver.

Yo creía tenerlos, porque, como el futuro es lo que no existe aún más que en nuestro pensamiento, nos parece todavía modificable mediante la intervención *in extremis* de nuestra voluntad. Pero al mismo tiempo recordaba que había visto actuar sobre el futuro otras fuerzas ajenas a la mía y contra las cuales no habría podido nada, ni aun disponiendo de más tiempo. ¿De qué sirve que no haya llegado aún la hora, si no podemos nada sobre lo que ha de ser? Cuando Albertina estaba en casa, yo estaba completamente decidido a conservar la iniciativa de nuestra separación. Y ella se había marchado. Abrí la carta de Albertina. Decía así:

«Perdóname, querido amigo, que no me haya atrevido a decirte de viva voz las pocas palabras que te voy a escribir; pero soy tan cobarde, he tenido siempre tanto miedo delante de ti, que, por mucho que me esforcé, no tuve el valor de hacerlo. Lo que quería decirte es esto: es imposible que sigamos viviendo juntos; tú mismo has visto por tu algarada de la otra noche que algo había cambiado en nuestras relaciones. Lo que esa vez pudo arreglarse resultaría irreparable dentro de unos días. Así que, ya que hemos tenido la suerte de reconciliarnos, es mejor que nos separemos como buenos amigos; por eso, querido, te mando estas letras, *y* te ruego que seas bueno *y* me perdones si te doy un poco de pena, pensando en lo inmensa que será la mía. Grandote mío, no quiero llegar a ser tu enemiga, bastante duro me será llegar a serte poco a poco, y bien pronto, indiferente. Así que, como mi decisión es irrevocable, antes de mandarte esta carta por Francisca le habré pedido mis baúles. Adiós. Te dejo lo mejor de mí misma.

Albertina»

Todo esto no significa nada, me dije, y hasta es mejor de lo que yo pensaba, pues como ella no piensa nada de lo que dice, se ve bien que sólo lo ha escrito para dar un buen golpe con el fin de que yo coja miedo. Hay que ponerse a lo más urgente, que Albertina vuelva esta noche. Es triste pensar que los Bontemps son gente pobretona que se sirven de su sobrina para sacarme el dinero. Pero ¿qué importa? Aunque tuviera que dar a madame Bontemps la mitad de mi fortuna para que Albertina esté aquí esta noche, siempre nos quedará bastante, a Albertina y a mí, para vivir agradablemente. Y al mismo tiempo calculaba si tendría tiempo de ir aquella mañana a encargar el yate y el Rolls Royce que deseaba, sin pensar siquiera, pues había desaparecido toda vacilación, que había podido parecerme poco sensato regalárselos. Aun en el caso de que no baste la adhesión de madame Bontemps, de que Albertina no quiera obedecer a su tía y ponga, para volver, la condición de que en lo sucesivo tendrá plena independencia, bueno, pues, por mucho que me duela, se la concederé; saldrá sola, como quiera. Hay que saber avenirse a los sacrificios, por dolorosos que sean, por lo que más nos importa, que, contra lo que aquella mañana me hacían creer mis razonamientos exactos y absurdos, era que Albertina viviera conmigo. Por otra parte, ¿puedo asegurar que dejarle aquella libertad me hubiera sido tan doloroso? Mentiría si lo dijera. Ya antes había sentido algunas veces que el sufrimiento de dejarle hacer el mal lejos de mí era quizá menor que aquella otra tristeza de notar que se aburría conmigo en mi casa. Claro que, en el momento de pedirme que la dejara ir sola a alguna parte, dejarle hacer lo que quisiera, con la idea de que había orgías organizadas, me resultaría durísimo. Pero decirle: «Toma nuestro barco, o el tren, y vete un mes a tal país que yo no conozco, donde no sabré nada de lo que haces», era cosa que me había tentado a menudo por la idea de que, lejos de mí y por

comparación, me preferiría y estaría contenta al volver. Además, seguramente ella misma lo desea; seguramente no exige esta libertad y, por otra parte, no me será difícil rebajarla un poco ofreciendo cada día a Albertina placeres nuevos. No, lo que Albertina ha querido es que yo no fuese más insoportable con ella y, sobre todo -como le ocurrió a Odette con Swann-, que me decida a casarme con ella. Una vez casada, ya no le importará su independencia y nos estaremos los dos aquí, tan felices. Claro que esto era renunciar a Venecia. Pero ¡qué pálidas, qué indiferentes, qué muertas resultan las ciudades más deseadas -y, mucho más aún que Venecia, la duquesa de Guermantes, el teatro- cuando estamos unidos a otro corazón por una ligadura tan dolorosa que nos impide separarnos! Además, Albertina tiene muchísima razón en esto del matrimonio. La misma mamá encontraba ridículas todas estas demoras. Eso, casarme con ella, es lo que debí hacer hace mucho tiempo; por eso ha escrito esa carta sin pensar una palabra de lo que dice; para conseguir eso ha renunciado por unas horas a lo que ella debe de desear tanto como yo: volver aquí. Sí, eso es lo que ha querido, ésa es la intención de lo que ha hecho, me decía mi razón compasiva; pero me daba cuenta de que, al decírmelo, mi razón se situaba siempre en la misma hipótesis que había adoptado desde el principio, y yo veía muy bien que la hipótesis siempre comprobada era la otra. Sin duda, esta segunda hipótesis no hubiera sido nunca lo bastante valiente para decir expresamente que Albertina pudo estar liada con mademoiselle Vinteuil y su amiga. Y, sin embargo, cuando al entrar en la estación de Incarville recibí el mazazo de esta terrible noticia, la hipótesis que se comprobó fue la segunda. Además, esta hipótesis no concibió nunca que Albertina pudiera dejarme por su propio impulso, de aquella manera, sin prevenirme y sin darme tiempo para impedírselo. Pero, de todos modos, si, después del nuevo y enorme salto que la vida acababa de hacerme dar, la realidad que se me imponía era tan nueva para mí como la que nos presentan el descubrimiento de un físico, las pesquisas del juez de instrucción o los hallazgos de un historiador sobre los motivos secretos de un crimen o de una revolución, esa realidad rebasaba las pobres previsiones de mi segunda hipótesis, pero, sin embargo, las confirmaba. Esta segunda hipótesis no era la de la inteligencia, y el miedo pánico que tuve la noche en que Albertina no quiso besarme, la noche en que oí el ruido de la ventana, aquel miedo no era razonable. Pero -como muchos episodios han indicado ya y los siguientes confirmarán- el hecho de que la inteligencia no sea el instrumento más sutil, el más poderoso, el más adecuado para llegar a la verdad, no es sino una razón más para comenzar por la inteligencia y no por un intuitivismo del inconsciente, por una fe ciega en los presentimientos. Es la vida la que, poco a poco, caso por caso, nos permite comprobar que lo que es más importante para nuestro corazón, o para nuestro espíritu, no nos lo enseña el razonamiento, sino otras potencias. Y entonces la inteligencia misma, dándose cuenta de la superioridad de estas potencias, abdica, por razonamiento, ante ellas y se presta a ser su colaboradora y su sirviente. Fe experimental. La imprevista desgracia con la que me encontraba me parecía conocerla ya (como la amistad de Albertina con las dos lesbianas) por haberla leído en tantas señales en las que (a pesar de las afirmaciones contrarias de mi razón, basadas en lo que la misma Albertina decía) notaba la lasitud, el horror que le daba vivir así como una esclava. ¡Cuántas veces había creído ver escritas estas señales, como con tinta invisible, detrás de los ojos tristes y sumisos de Albertina, de sus mejillas súbitamente teñidas de inexplicable rubor, en el ruido de la ventana bruscamente abierta! Claro que no me había atrevido a interpretarlas hasta el fin y a hacerme expresamente la idea de su marcha repentina. Equilibrada el alma

por la presencia de Albertina, sólo pensé en una marcha dispuesta por mí para una fecha indeterminada, es decir, situada en un tiempo inexistente; en consecuencia, era sólo la ilusión de pensar en una partida, como esas personas que se figuran que no temen a la muerte cuando piensan en ella estando sanos y en realidad no hacen más que introducir una idea puramente negativa en el seno de una buena salud que precisamente la proximidad de la muerte alteraría. Por otra parte, aunque se me hubiera ocurrido mil veces y con la mayor claridad del mundo, la idea de la marcha de Albertina, jamás habría sospechado lo que sería para mí en realidad esta marcha, qué cosa tan original, tan desconocida, qué mal tan enteramente nuevo. Si la hubiera previsto habría podido pensar constantemente en ella durante años sin que, unidos cabo con cabo todos estos pensamientos, tuvieran la menor relación no sólo de intensidad, sino de semejanza con el inimaginable infierno del que Francisca me levantó el velo al decirme: «Mademoiselle Albertina se ha marchado». La imaginación, para representarse una situación desconocida, toma elementos desconocidos y por eso no se la representa. Pero la sensibilidad, aun la más física, recibe, como el paso del rayo, la firma original, e indeleble por mucho tiempo, del nuevo acontecimiento. Y apenas me atrevía a decirme que, si hubiera previsto aquella marcha, quizá habría sido incapaz de representármela en todo su horror ni aun de impedirla amenazando, suplicando, en el caso de que Albertina me la hubiera anunciado. ¡Qué lejos de mí ahora el deseo de Venecia! Como, tiempo atrás en Combray, el de conocer a madame de Guermantes cuando llegaba la hora en que sólo quería una cosa: tener a mamá en mi cuarto. Y, en realidad, todas las inquietudes sentidas desde mi infancia, llamadas por mi angustia nueva, acudían a reforzarla, a amalgamarse con ella en una masa homogénea que me aplastaba.

Cierto que ese golpe físico que al corazón asesta una separación así y que, por ese terrible poder de registro que tiene el cuerpo, hace del dolor algo contemporáneo a todas las épocas de nuestra vida en que hemos sufrido; cierto que ese golpe asestado al corazón y sobre el que quizá (pues tan escasamente nos preocupa el dolor ajeno) especula un poco la que desea dar a la añoranza la máxima intensidad, bien porque la mujer, amagando sólo una falsa huida, pretenda únicamente requerir mejores condiciones, o bien porque, partiendo para siempre -¡para siempre!-, desee, por venganza o por seguir siendo amada, desee hacer daño, o bien (para realzar la calidad del recuerdo que dejará) por romper violentamente esa red de lasitudes, de indiferencia, que ha notado tejerse; cierto que nos habíamos dicho, que nos habíamos prometido separarnos a bien. Pero es rarísimo separarse a bien, pues si se estuviera a bien no habría separación. Y además la mujer con la que nos mostramos más indiferentes nota de todos modos, oscuramente, que la misma costumbre que nos hace cansarnos de ella nos une a ella cada vez más, y piensa que uno de los elementos esenciales para separarse a bien es marcharse advirtiendo al otro. Pero tiene miedo de impedirlo si avisa. Toda mujer siente que, cuanto mayor es su poder sobre un hombre, el único medio de marcharse es huir. Fugitiva por reina, así es. Cierto que hay un intervalo increíble entre la lasitud que inspiraba hace un momento y, porque se ha marchado, esta necesidad furiosa de volver a verla. Pero esto tiene sus razones, además de las expuestas a lo largo de esta obra, y de otras que se expondrán más adelante. En primer lugar, la partida suele tener lugar en el momento en que es mayor la indiferencia -real o imaginada-, en el punto extremo de la oscilación del péndulo. La mujer se dice: «No, esto no puede seguir así», precisamente porque el hombre no habla más que de dejarla, o piensa en ello, y es ella la que se va. Entonces, como el péndulo vuelve al

extremo opuesto, el intervalo es más grande. En un segundo vuelve a este punto; una vez más, al margen de todas las razones dadas, ¡es tan natural! El corazón palpita y, por otra parte, la mujer que se ha marchado ya no es la misma que la que estaba aquí. A su vida con nosotros, demasiado conocida, se agregan de pronto las vidas con las que ella va a mezclarse inevitablemente, y acaso nos ha dejado precisamente para mezclarse con ellas. De suerte que esta riqueza nueva de la vida de la mujer que se va actúa retroactivamente en la mujer que estaba con nosotros y acaso premeditaba su partida. A la serie de los hechos psicológicos que podemos deducir y que forman parte de su vida con nosotros, de nuestra lasitud demasiado visible para ella, de nuestros celos también (y que hace que los hombres que han sido abandonados por varias mujeres lo han sido casi siempre de la misma manera por su carácter y por reacciones siempre idénticas que se pueden calcular: cada cual tiene su manera propia de ser traicionado, como la tiene de acatarrarse), a esa serie, no demasiado misteriosa para nosotros, correspondía sin duda una serie de hechos que ignorábamos. Debía de mantener desde hacía algún tiempo relaciones escritas o verbales, a través de mensajeros, con algún hombre o con alguna mujer; debía de estar esperando alguna señal que quizá dimos nosotros mismos, sin saberlo, diciéndole: «Ayer vino a verme M. X...», si había convenido con M. X... que éste vendría a verme la víspera del día en que se iban a marchar juntos. ¡Cuántas hipótesis posibles! Posibles solamente. Tan bien construía yo la verdad, pero solamente en lo posible, que una vez que abrí por error una carta dirigida a una de mis amantes, carta escrita con clave y que decía: «Espera señal para ir a casa del marqués de Saint-Loup, avisa mañana por teléfono», reconstituí una especie de fuga proyectada; el nombre del marqués de Saint-Loup quería decir allí otra cosa, pues mi amante no conocía a Saint-Loup, pero me había oído hablar de él y además la firma era una especie de sobrenombre, sin ninguna forma de lenguaje. Y resultó que la carta no iba dirigida a mi amante, sino a una persona de la casa que tenía un nombre diferente, pero que lo habían leído mal. La carta no estaba escrita en clave, sino en mal francés, porque era de una americana efectivamente amiga de Saint-Loup, como éste me dijo después. Y la extraña manera que tenía aquella americana de escribir ciertas letras había dado el aspecto de un apodo a un nombre perfectamente real, pero extranjero. De modo que aquel día me equivoqué de punta a cabo en todas mis sospechas. Pero la armazón intelectual que en mi mente había relacionado aquellos hechos, falsos todos, era en sí misma la forma tan justa, tan inflexible de la verdad que cuando, pasados tres meses, me dejó mi amante (que en el momento de la carta pensaba pasar conmigo toda su vida), lo hizo de manera absolutamente idéntica a la que yo imaginé la primera vez. Llegó una carta con las mismas particularidades que yo había atribuido erróneamente a la primera, pero esta vez con el sentido de la señal, etc.

Era la desgracia más grande de toda mi vida. Y a pesar de todo, mayor aún que el dolor que me causaba era quizá la curiosidad de conocer las causas que lo produjeron: quién era la persona con la que Albertina había querido irse, con la que se había ido. Pero las fuentes de estos grandes acontecimientos son como las de los ríos: ya podemos recorrer la superficie de la tierra, que no damos con ellas. ¿Había premeditado Albertina mucho tiempo su fuga? No he dicho (porque entonces me parecía solamente amaneramiento y mal humor, lo que Francisca llamaba «estar de morros») que desde el día en que dejó de besarme tenía un aire como de *porter le diable en terre*[1], muy derecha, parada, con una

[1] *Porter le diable en terre: `tener un aspecto siniestro', `sombrío'. (N. de la T.)*

voz triste en las cosas más sencillas, lenta en sus movimientos, sin sonreírse nunca. No puedo decir que ningún hecho indicara ninguna connivencia con el exterior. Bien es verdad que Francisca me contó después que la antevíspera de la marcha de Albertina entró ella en su cuarto, no vio a nadie en él y las cortinas estaban cerradas, pero, por el olor del aire y por el ruido, notó que la ventana estaba abierta. Y, en efecto, Albertina estaba asomada al balcón. Pero no se ve con quién hubiera podido comunicarse desde allí y, por otra parte, las cortinas cerradas sobre la ventana abierta se explicaban porque Albertina sabía que yo temía las corrientes de aire y, aunque las cortinas no me protegieran mucho de ellas, impedirían a Francisca ver desde el pasillo que los postigos estaban abiertos tan temprano. No, no veo nada en esto, sólo un pequeño detalle que demuestra únicamente que, la víspera, Albertina sabía que se iba a marchar. En efecto, la víspera cogió en mi cuarto, sin que yo lo notase, una gran cantidad de papel y de arpillera de embalaje que había en él, con lo cual se pasó toda la noche empaquetando peinadores y batas para marcharse por la mañana. Ningún otro detalle. No puedo dar importancia a que, aquella noche, me devolvió casi a la fuerza mil francos que me debía; esto no tiene nada de particular, pues era muy escrupulosa en las cosas de dinero.

Sí, fue la víspera cuando cogió el papel de embalaje, pero que se marchaba no lo sabía sólo desde la víspera. Pues no fue el disgusto lo que la movió a marcharse: fue la resolución de marcharse, de renunciar a la vida que había soñado, lo que le dio aquel aire de disgusto. Disgusto casi solemnemente frío conmigo, menos la última noche, pues la última noche, después de quedarse conmigo más tiempo del que ella quería -lo que me extrañaba en ella, que siempre quería prolongar la despedida-, me dijo desde la puerta: «Adiós, pequeño; adiós, pequeño». Mas, por el momento, no me di cuenta. Francisca me contó que a la mañana siguiente, cuando Albertina le dijo que se marchaba (y, de todos modos, esto se explica también por el cansancio, pues no se había desnudado y había pasado toda la noche embalando, excepto las cosas que tenía que pedir a Francisca y que no estaban en su cuarto y en su tocador), estaba todavía tan triste, tan rígida, tan inexpresiva como los días anteriores, tanto que, cuando le dijo: «Adiós, Francisca», Francisca creyó que se caía. Cuando nos enteramos de estas cosas comprendemos que la mujer que ahora nos gustaba mucho menos que todas las que tan fácilmente se encuentran en cualquier paseo; la mujer que por ellas queríamos dejar, es, por el contrario, la que preferimos mil veces a todas. Pues ya no se trata de elegir entre cierto placer -que, por el uso, y acaso por la poca importancia del objeto, ha llegado a ser casi nulo- y otros placeres tentadores, deliciosos, sino entre estos placeres y algo mucho más fuerte que ellos, la compasión por el dolor.

Al prometerme a mí mismo que Albertina estaría en la casa aquella misma noche, no hice sino acudir a lo más urgente y sustituir con la venda de una creencia nueva la que me había servido para vivir hasta entonces. Pero, por rápidamente que reaccionara mi instinto de conservación, cuando Francisca me habló me quedé desamparado un instante, y aunque ahora supiera que Albertina estaría en casa por la noche, el dolor que sentí antes de notificarme a mí mismo este retorno (en el momento que siguió a estas palabras: «Mademoiselle Albertina pidió sus baúles, mademoiselle Albertina se ha marchado»), aquel dolor renacía por sí mismo en mí lo mismo que había sido, es decir, como si yo ignorase todavía el próximo retorno de Albertina. Además tenía que volver, pero por sí misma. En todas las hipótesis, dar un paso visible para que volviera, rogarle que volviera sería contraproducente. La verdad es que yo no tenía ya valor para renunciar a ella como

lo tuve con Gilberta. Más aún que volver a ver a Albertina, lo que quería era poner *fin* a la angustia fisica que mi corazón, más enfermo que entonces, ya no podía soportar. Además, a fuerza de acostumbrarme a no querer, tratárase del trabajo o de otra cosa, me había vuelto más cobarde. Pero, sobre todo, aquella angustia era incomparablemente más fuerte, por muchas razones, la más importante de las cuales no era quizá que nunca había gozado de un placer sensual con madame de Guermantes y con Gilberta, sino que, como no las veía todos los días, a todas horas, como no tenía la posibilidad y, por consiguiente, la necesidad de hacerlo, en mi amor por ellas había que rebajar la inmensa fuerza del Hábito. Ahora que mi corazón, incapaz de querer y de soportar voluntariamente el sufrimiento, no encontraba más que una solución posible: el retorno de Albertina a todo trance, acaso la solución opuesta (el renunciamiento voluntario, la resignación paulatina) me hubiera parecido una solución de novela, inverosímil en la vida, si yo mismo no hubiera optado por ella en otro tiempo, cuando se trataba de Gilberta. Yo sabía, pues, que esta otra solución podía ser aceptada también y por un solo hombre, pues yo seguía siendo aproximadamente el mismo. Pero el tiempo había hecho su labor, el tiempo que me había envejecido, el tiempo también que había puesto a Albertina perpetuamente a mi lado cuando hacíamos nuestra vida común. Pero al menos, sin renunciar a ella, lo que me quedaba de lo que había sentido por Gilberta era el orgullo de no querer ser para Albertina un juguete despreciable mandando a suplicarle que volviera; quería que volviera sin demostrar yo que me interesaba que volviera. Me levanté para no perder tiempo, pero el dolor me paralizó: era la primera vez que me levantaba desde que Albertina se había ido. Y tenía que vestirme en seguida para ir a interrogar a la portera sobre Albertina.

El dolor, prolongación de un choque moral impuesto, aspira a cambiar de forma; esperamos volatilizarlo haciendo proyectos, preguntando detalles; queremos que pase por sus innumerables metamorfosis, lo que exige menos valor que conservar el sufrimiento tal como es; este hecho nos parece tan angosto, tan duro, tan frío, que nos acostamos con nuestro dolor. Me puse en pie; avanzaba en la habitación con infinita prudencia, situándome de manera que no viese la silla de Albertina, la pianola en cuyos pedales apoyaba ella sus chinelas de oro cualquiera de los objetos que ella había usado y que, todos, en el lenguaje especial que les habían enseñado mis recuerdos, parecían querer darme una traducción, una versión diferente, anunciarme por segunda vez la noticia de su partida. Pero, sin mirarlos, los veía. Me abandonaron las fuerzas, me derrumbé sentado en una de aquellas butacas de raso azul en las que, una hora antes, en el claroscuro de la habitación anestesiada por un rayo de luz, la irisación me había inspirado sueños apasionadamente acariciados entonces, tan lejos de mí ahora. Pero hasta entonces no me había sentado en aquellas butacas más que cuando Albertina estaba todavía allí. Me levanté; y así, a cada momento, surgía alguno de los innumerables y humildes yos de los que estamos hechos que ignoraba todavía la marcha de Albertina y había que notificársela; había que anunciar la desgracia que acababa de ocurrir a todos esos seres, a todos esos yos que aún no lo sabían -lo que era más cruel que si hubieran sido unos extraños y no hubieran tornado mi sensibilidad para sufrir-; era preciso que cada uno de ellos fuera oyendo por primera vez estas palabras: «Albertina pidió sus baúles» (aquellos baúles en forma de ataúd que yo había visto cargar en Balbec junto a los de mi madre), «Albertina se ha marchado». Tenía que notificar a cada uno mi pena, la pena que no es en modo alguno una conclusión pesimista libremente sacada de un conjunto de

circunstancias funestas, sino la reviviscencia intermitente e involuntaria de una impresión específica, venida de fuera y que no hemos elegido. A algunos de estos yos no los había visto desde hacía mucho tiempo. Por ejemplo (no había pensado que era el día del peluquero), el «yo» que yo era cuando me estaban cortando el pelo. Este yo que había olvidado me hizo llorar cuando llegó, como cuando llega a un entierro un viejo sirviente retirado que conoció al difunto. Después recordé de pronto que, desde hacía ocho días, me asaltaban de vez en cuando unos terrores pánicos que no me había confesado a mí mismo. Sin embargo, en esos momentos discutía diciéndome: «Descartada la hipótesis de que se marche de pronto. Es absurdo. Si yo se la dijera a un hombre sensato e inteligente (y lo habría hecho, por tranquilizarme, si los celos no me hubieran impedido hacer confidencias), seguramente me habría dicho: "Pero estás loco. Eso es imposible". (Y, en realidad, no habíamos tenido ni una sola riña.) Se va uno por algún motivo, se dice el motivo. Se concede el derecho a contestar, no se va nadie así, no, es una niñería. Es la única hipótesis absurda.» Y, sin embargo, todos los días, al encontrarla por la mañana cuando llamaba, lanzaba un inmenso suspiro de alivio. Y cuando Francisca me entregó la carta de Albertina, tuve inmediatamente la seguridad de lo que no podía ser, de aquella partida en cierto modo percibida varios días antes, a pesar de las razones lógicas para estar tranquilo. Me había dicho, casi con una satisfacción de perspicacia en mi desesperación, como un asesino que sabe que no podrá ser descubierto, pero que tiene miedo y que de pronto ve escrito el nombre de su víctima al frente de un sumario en el despacho del juez de instrucción que le ha citado[2]...

Mi única esperanza era que Albertina se hubiera ido a Turena, a casa de su tía, donde, al fin y al cabo, estaba bien vigilada y no podría hacer gran cosa de aquí a que yo la trajese. Lo que más temía era que se hubiera quedado en París o se hubiera ido a Amsterdam o a Montjouvain, es decir, que se hubiera escapado para dedicarse a alguna intriga cuyos preliminares me habían pasado inadvertidos. Pero, en realidad, al decirme París, Amsterdam, Montjouvain, es decir, varios lugares, pensaba en lugares que eran sólo posibles; por eso, cuando la portera de Albertina contestó que se había ido a Turena, esta residencia que yo creía desear me pareció la peor de todas, porque era real y, por primera vez, torturado por la certidumbre del presente y la incertidumbre del futuro, me figuraba a Albertina iniciando una vida que ella había deseado separada de mí, quizá por mucho tiempo, quizá para siempre, y en la que realizaría lo desconocido que tanto me perturbara en otro tiempo, cuando tenía, sin embargo, la dicha de poseer, de acariciar lo que era el exterior, aquel dulce rostro impenetrable y captado[3]. Era lo desconocido lo que constituía el fondo de mi amor. En cuanto a Albertina misma, apenas existía en mí más que bajo la forma de su nombre, que, salvo en algunas raras treguas al despertar, venía a escribirse en mi cerebro y ya no dejaba de hacerlo. Si hubiera pensado alto habría

[2] Frase sin terminar en el manuscrito. *(N. de la ed. de La Pléiade.)*

[3] Ante la puerta de Albertina encontré una niña pobre que me miraba con unos grandes ojos y que tenía una expresión tan buena que le pregunté si quería venir a mi casa, como hubiera hecho con un perro de mirada fiel. Pareció contenta. En la casa la mecí un rato sobre mis rodillas, pero enseguida su presencia, que me hacía sentir demasiado la ausencia de Albertina, me fue insoportable, y le rogué que se marchara, después de darle un billete de quinientos francos. Pero muy pronto la idea de tener alguna niña junto a mí, de no estar nunca solo sin el auxilio de una presencia inocente, fue el único pensamiento que me permitió soportar la idea de que quizá Albertina pasara algún tiempo sin volver. [La edición de La Pléiade desglosa a pie de página este fragmento, advirtiendo que en el manuscrito se encuentra en un papel marginal inserto por Proust después de *captado,* pero que rompe la ilación con lo que sigue. *(N. de la T.)]*

repetido aquel nombre sin cesar y mi parloteo habría sido tan monótono, tan limitado como si me hubiera convertido en pájaro, en un pájaro como el de la fábula, el cual repetía sin término en su canto el nombre de la mujer a la que amó cuando era hombre. Nos lo decimos y, como lo callamos, parece que lo escribimos en nosotros mismos, que queda impreso en el cerebro y que el cerebro acabará por estar, como una pared en la que alguien se ha entretenido en escribotear, enteramente cubierto por el nombre mil veces escrito de la amada. Lo escribimos continuamente en nuestro pensamiento mientras somos dichosos y más aún cuando somos desgraciados. Y renace sin tregua la necesidad de repetir ese nombre que no nos da nada más de lo que ya sabemos, y, a la larga, la fatiga. En el placer carnal ni siquiera pensaba en aquel momento, ni siquiera veía en mi pensamiento la imagen de aquella Albertina, causa, sin embargo, de tal trastorno en mi ser; no veía su cuerpo, y si hubiera querido aislar la idea unida a mi dolor -pues siempre hay alguna-, habría sido alternativamente, por una parte, la duda sobre las disposiciones en que se había marchado, con ánimo o sin ánimo de volver; por otra parte, los medios de hacerla volver. Quizá hay un símbolo y una verdad en el ínfimo lugar que en nuestra ansiedad ocupa la persona que nos la produce. Y es que, en realidad, su persona misma es poca cosa en esa ansiedad; casi lo único que cuenta es el proceso de emociones, de angustias que ciertos azares nos hicieron sentir a propósito de ella y que el hábito ha unido a ella. Bien lo demuestra (más aún que el aburrimiento que sentimos en la felicidad) lo poco que nos importará ver o no ver a esa misma persona, que nos estime o no, tenerla o no tenerla a nuestra disposición, cuando ya no tengamos que plantearnos el problema (tan obvio que ni siquiera nos lo planteamos ya), sino en cuanto a la persona misma -porque olvidamos el proceso de emociones y de angustias, al menos referido a ella, pues ha podido desarrollarse de nuevo, pero transferido a otra persona-. Antes, cuando se refería aún a ella, creíamos que nuestra felicidad dependía de su persona: dependía solamente de la terminación de nuestra ansiedad. Nuestro inconsciente era, pues, más clarividente que nosotros mismos en aquel momento, reduciendo a tan pequeña figura a la mujer amada, figura que quizá hasta habíamos olvidado, que podíamos conocer mal y creer mediocre, en el terrible drama en que de encontrarla para no alcanzarla podía depender hasta nuestra vida misma. Proporciones minúsculas de la figura de la mujer, efecto lógico y necesario de la manera como se desarrolla el amor, clara alegoría de la índole subjetiva de este amor.

El estado de ánimo en que se había marchado era, sin duda, semejante al de los pueblos que preparan con una demostración de su ejército la labor de su diplomacia. Debía de haberse marchado para conseguir de mí mejores condiciones, más libertad, más lujo. En este caso, entre los dos, el vencedor habría sido yo, si hubiera tenido el valor de esperar, de esperar el momento en que, al ver que no sacaba nada, volviera por sí misma. Pero si en los mapas, en la guerra, donde sólo importa ganar, se puede resistir con el *bluff,* no se dan las mismas condiciones en el amor *y* en los celos, sin hablar del sufrimiento. Si por esperar, por «durar», dejaba a Albertina permanecer lejos de mí varios días, quizá varias semanas, malograría el fin que había perseguido durante más de un año: no dejarla libre ni una hora. Todas mis precauciones resultarían inútiles si le daba tiempo, facilidad para engañarme todo lo que quisiera; y si, al final, se rendía, yo no podría olvidar ya el tiempo que pasó sola, y aunque venciera al fin, en el pasado, es decir, irreparablemente, sería yo de todos modos el vencido.

En cuanto a los medios de hacer volver a Albertina, las probabilidades de éxito serían

mayores cuanto más plausible pareciera la hipótesis de que se hubiera ido con la esperanza de que la llamara con mejores condiciones. Y plausible era, sin duda, para las personas que no creían en la sinceridad de Albertina, desde luego para Francisca, por ejemplo. Mas a mi razón, que antes de saber yo nada no había encontrado más que una explicación de ciertos malos humores, de ciertas aptitudes: el proyecto de marcharse definitivamente, le era difícil creer que, ahora que se había marchado, aquel proyecto no fuera más que una simulación. Digo a mi razón, no a mí. La hipótesis simulación me era tanto más necesaria cuanto más improbable y ganaba en fuerza lo que perdía en verosimilitud. Cuando nos vemos al borde del abismo y nos parece que Dios nos ha abandonado, no vacilamos ya en esperar de Él un milagro[4].

Al decirme a mí mismo que, fuera como fuera, Albertina estaría de regreso en la casa aquella misma noche, dejé en suspenso el dolor que me causó Francisca diciéndome que Albertina se había marchado (porque entonces mi ser, cogido de sorpresa, creyó por un momento que aquella marcha era definitiva). Pero después de una interrupción, cuando el dolor inicial, en un impulso de su vida independiente, volvía espontáneamente a mí, era igualmente atroz, porque era anterior a la promesa consoladora que me había hecho a mí mismo de traer a Albertina aquella misma noche. Esta frase que hubiera calmado mi dolor, mi dolor la ignoraba. Para poner en práctica los medios de realizar aquel retorno una vez más y no porque tal actitud me hubiera dado nunca muy buen resultado, sino porque la había tomado siempre desde que amaba a Albertina, estaba condenado a hacer como que no la amaba, como que no me dolía su ausencia, estaba condenado a mentirle. Podría ser tanto más enérgico en los medios de hacerla volver cuanto más aparentara haber renunciado a ella. Me proponía escribir a Albertina una carta de despedida considerando su marcha como definitiva, a la vez que mandaría a Saint-Loup a ejercer sobre madame Bontemps, y como a espaldas mías, la presión más brutal para que Albertina volviera cuanto antes. Verdad es que yo había experimentado con Gilberta el peligro de las cartas de una indiferencia que, fingida al principio, acaba por ser cierta. Y esta experiencia debía haberme impedido escribir a Albertina unas cartas del mismo carácter que las que había escrito a Gilberta. Pero lo que se llama experiencia no es más que la revelación a nuestros propios ojos de un rasgo de nuestro carácter, que reaparece

[4] Reconozco que en todo esto fui el más apático, aunque el más dolorido de los policías. Pero la huida de Albertina no me había devuelto las cualidades que me había quitado la costumbre de hacer que otros la vigilaran. Sólo pensaba en una cosa: delegar la búsqueda en otro. Este otro fue Saint-Loup, que se prestó a ello. Una vez transmitida a otro la ansiedad, me quedé satisfecho, y, seguro del éxito, me froté las manos, que se quedaron nuevamente secas como antes sin aquel sudor con que me las mojó Francisca, diciéndome: «Mademoiselle Albertina se ha marchado».

Se recordará que cuando decidí vivir con Albertina y hasta casarme con ella fue por conservarla, por saber lo que hacía, por impedirle reanudar sus costumbres con mademoiselle Vinteuil. Ocurrió, en el terrible golpe de su revelación en Balbec, cuando me dijo, como cosa muy natural, y que yo, aunque fue el disgusto más grande que había recibido en toda mi vida, conseguí aparentar que me parecía muy natural, la cosa que ni en mis peores suposiciones me habría atrevido a imaginar. (Es sorprendente que los celos, que se pasan el tiempo tramando pequeñas suposiciones en falso, tengan tan poca imaginación cuando se trata de descubrir lo verdadero.) Ahora bien, aquel amor, nacido, sobre todo, de una necesidad de impedir que Albertina obrara mal, aquel amor conservó después la huella de su origen. Estar con ella me importaba poco, a poco que pudiese impedir al «ser de fuga» ir aquí o allá. Para impedírmelo, me había encomendado a los ojos, a la compañía de los que iban con ella y, a poco que me diesen por la noche un buen informito bien tranquilizante, mis inquietudes se esfumaban en buen humor. [La edición de La Pléiade inserta este pasaje a pie de página con referencia al lugar indicado. *(N. de la T.)]*

naturalmente y reaparece con tanta más fuerza cuanto que lo hemos dilucidado ya una vez para nosotros mismos, y el movimiento espontáneo que nos guió la primera vez está reforzado por todas las sugerencias del recuerdo. Para los individuos (y hasta para los pueblos que perseveran en sus faltas y van agravándolas) el plagio humano más difícil de evitar es el plagio de sí mismo.

Mandé inmediatamente a buscar a Saint-Loup, que yo sabía que estaba en París, y él acudió, rápido y eficaz como lo fuera antaño en Doncières y se prestó a salir en seguida para Turena. Le propuse la siguiente combinación. Debía apearse en Châtellerault, preguntar por la casa de madame Bontemps y esperar a que saliera Albertina, porque podría reconocerle. «Pero ¿es que me conoce esa muchacha de que hablas?», me preguntó; le dije que creía que no. El proyecto de este paso me llenó de alegría. Y, sin embargo, era un paso en absoluta contradicción con lo que me prometí al principio: arreglármelas de modo que no pareciera que buscaba a Albertina; y esto que hacía lo parecería inevitablemente. Pero tenía sobre «lo que hubiera debido hacer» la inestimable ventaja de que me permitía decirme que un enviado mío iba a ver a Albertina, seguramente a traérmela. Y si al principio hubiera sabido ver claro en mi corazón, habría podido prever que sobre las soluciones de paciencia se impondría esta otra solución escondida en la sombra y que entonces me parecía deplorable, y que estaba decidido a un acto de voluntad precisamente por falta de voluntad. Como Saint-Loup parecía ya un poco sorprendido de que una muchacha hubiera vivido todo un invierno en mi casa sin que yo le dijera a él nada, y como además me había hablado varias veces de la muchacha de Balbec sin que yo le contestara nunca: «Vive aquí», quizá le habría molestado mi falta de confianza. Verdad es que quizá madame Bontemps le hablaría de Balbec. Pero yo tenía demasiada prisa de que se pusiera en camino y de que llegara, para pensar en las posibles consecuencias de aquel viaje. En cuanto a que pudiera reconocer a Albertina (a la que, por otra parte, había evitado sistemáticamente mirar cuando la encontró en Doncières), era muy poco probable porque, según todo el mundo decía, había cambiado y engordado mucho. Me preguntó si no tenía un retrato de Albertina. Primero le contesté que no, para que mi fotografía, hecha poco después del tiempo de Balbec, no le sirviera para reconocer a Albertina, aunque no había hecho más que entreverla en el vagón. Pero pensé que en la última fotografía estaría ya tan diferente de la Albertina de Balbec como ahora la Albertina viva, y que no la reconocería mejor en la fotografía que en la realidad. Mientras la buscaba, Saint-Loup me pasaba cariñosamente la mano por la frente como para consolarme. Yo estaba emocionado por lo que le apenaba el dolor que adivinaba en mí. En primer lugar, aunque ya separado de Raquel, lo que entonces sufrió no estaba todavía tan lejano como para no sentir una simpatía, una compasión especial por esta clase de sufrimiento, de la misma manera que nos sentimos más cerca de alguien que tiene la misma enfermedad que nosotros. Además, me quería tanto que le resultaba insoportable la idea de mi dolor. Y esto le producía una mezcla de rencor y de admiración por la mujer que me lo causaba. Como se figuraba que yo era un ser tan superior, pensaba que una criatura que a mí me dominara tenía que ser por fuerza absolutamente extraordinaria. Yo preveía que iba a encontrar bonita la foto de Albertina, pero como no llegaba a imaginar que podía producirle la impresión de Helena sobre los viejos troyanos, le dije modestamente, mientras buscaba la foto:

-¡Oh!, no vayas a creer, en primer lugar la foto es mala, y además la muchacha no es ningún asombro, no es una belleza, es, sobre todo, muy simpática.

-¡Oh!, sí, debe de ser maravillosa -dijo con un entusiasmo ingenuo y sincero, intentando imaginar a la criatura que podía ponerme en tal estado de desesperación y de inquietud-. Le tengo rabia por hacerte sufrir, pero era de suponer que un hombre como tú, artista hasta las uñas, como tú, que amas en todo la belleza, y con qué amor, estaba predestinado a sufrir más que otro cualquiera cuando encontrara la belleza en una mujer. -Por fin encontré la foto-. Seguramente es maravillosa -siguió diciendo Roberto, sin fijarse en que yo le daba la foto. De pronto la vio. La tuvo un momento en la mano. Su rostro expresaba un asombro rayano en la estupidez- ¿Es ésta la muchacha de la que estás enamorado? -acabó por decirme en un tono en que el asombro se ocultaba bajo el miedo a ofenderme. No hizo ninguna observación; tomó el aire razonable, prudente, forzosamente un poco desdeñoso que se tiene ante un enfermo, aunque el enfermo fuera hasta entonces un hombre notable y un amigo, pero que ya no es nada de esto, pues, atacado de locura furiosa, nos habla de un ser celestial que se le ha aparecido y continúa viéndole en el lugar donde nosotros, sanos, no vemos más que un edredón. Comprendí en seguida el asombro de Roberto, el mismo asombro que sentí yo al ver a su amante, con la única diferencia de que yo encontré en ella una mujer que ya conocía, mientras que él no había visto nunca a Albertina. Pero seguramente la diferencia entre lo que uno y otro veíamos de una misma persona era igualmente grande. Estaba lejos el tiempo de Balbec en que, cuando miraba a Albertina, comencé a añadir a las sensaciones visuales otras sensaciones de sabor, de olor, de tacto. Desde entonces se habían ido añadiendo otras más profundas, más dulces, más indefinibles, sensaciones dolorosas después. En fin, Albertina no era, como una piedra a cuyo alrededor ha nevado, más que el centro generador de una inmensa construcción que pasaba por el plano de mi corazón. Roberto, para quien era invisible toda esta estratificación de sensaciones, sólo captaba un residuo que, en cambio, no veía yo, porque ella me lo impedía. Lo que desconcertó a Roberto al ver la fotografía de Albertina no era el pasmo de los viejos troyanos diciendo al ver pasar a Helena:

Notre mal ne vaut pas un seul de ses regards[5]*,*

sino el asombro exactamente inverso y que hace decir: «¡Y por esto tanta bilis, tanta pena, tantas locuras!» Hay que confesar que este tipo de reacción al ver a la persona que ha causado los sufrimientos, destrozado la vida, a veces causado la muerte de una persona querida es infinitamente más frecuente que la de los viejos troyanos, y, en una palabra, la reacción habitual. Y no sólo porque el amor es personal ni porque, cuando no lo sentimos, es natural que lo encontremos evitable y que filosofemos sobre la locura de los demás. No; es que, cuando el amor ha llegado al extremo de causar tales males, la construcción de las sensaciones interpuestas entre el rostro de la mujer y los ojos del amante (el enorme huevo doloroso que lo envuelve y lo disimula como una capa de nieve disimula una fuente) ha llegado ya bastante lejos para que el punto en que se detienen las miradas del amante, el punto en que éste encuentra su placer y su dolor, esté tan lejos del punto desde el cual ven los demás cuan lejos está el verdadero sol del lugar donde su luz condensada nos lo hace ver en el cielo. Y además, durante ese tiempo, bajo la crisálida de dolores y de ternuras que hace invisible para el amante las peores metamorfosis del ser amado, el rostro ha tenido tiempo de envejecer y de cambiar. De suerte que si el rostro que el amante vio la primera vez está muy lejos del que ve desde que ama y sufre, está,

[5] «Ni una sola mirada nuestro mal le merece».

en sentido inverso, igualmente lejos del que ahora puede ver el espectador indiferente. (¿Qué habría ocurrido si Roberto, en vez de la fotografía de una muchacha, hubiera visto la de una antigua amante?) Y, para sentir nosotros este asombro, ni siquiera necesitamos ver por primera vez a la que tantos estragos ha causado. Muchas veces la conocemos como mi tío abuelo Adolfo conocía a Odette. Entonces la diferencia de óptica se extiende no sólo al aspecto físico, sino al carácter, a la importancia individual. Hay muchas probabilidades de que la mujer que hace sufrir al que ama haya sido siempre buena con alguien al que ella no le importaba nada, como Odette, tan cruel con Swann, fue la solícita «dama de rosa» de mi tío abuelo Adolfo, o bien que la persona cuyas decisiones calcula de antemano el que la ama, con tanto temor como las de una divinidad, aparezca para el que no la ama como un ser insignificante, encantado de hacer todo lo que éste quiera, como la amante de Saint-Loup para mí, que no veía en ella más que a aquella «Raquel *quand du Seigneur»* que tantas veces me habían propuesto. La primera vez que la vi con Saint-Loup recordé mi estupefacción al ver que se puede sufrir por no saber lo que una mujer así hace una noche, lo que ha podido decir en voz baja a alguien, por qué sintió un deseo de ruptura. Y ahora me daba cuenta de que todo ese pasado, pero de Albertina, hacia el que se dirigía cada fibra de mi corazón, de mi vida, con un sufrimiento vibrátil, debía de parecer parejamente insignificante a Saint-Loup, y quizá me lo parecería a mí mismo un día; que quizá pasaría yo poco a poco, sobre la insignificancia o la gravedad del pasado de Albertina, del estado de ánimo que tenía en este momento al que tenía Saint-Loup, pues no me hacía ilusiones sobre lo que Saint-Loup podía pensar, sobre lo que puede pensar cualquiera que no sea el amante. Y esto no me dolía demasiado. Dejemos las mujeres bonitas para los hombres sin imaginación. Recordaba aquella trágica explicación de tantas vidas que es un retrato genial y no parecido como el que hizo Elstir de Odette y que, más que retrato de una amante, es el del deformante amor. Sólo le faltaba lo que tantos retratos tienen: ser a la vez de un gran pintor y de un amante (y se decía que Elstir lo había sido de Odette). Esta desemejanza la prueban toda la vida de un amante, de un amante cuyas locuras no comprende nadie, toda la vida de Swann. Pero si el amante es a la vez un pintor como Elstir y entonces se dice la palabra del enigma, tenemos ante los ojos esos labios que el vulgo no ha visto nunca en esa mujer, esa nariz que nadie le conoció, ese porte insospechado. El retrato dice: «Esto es lo que he amado, lo que me ha hecho sufrir, lo que constantemente he visto.» Por una gimnasia inversa, yo, que había intentado añadir mentalmente a Raquel todo lo que en ella ponía el propio Saint-Loup, intentaba ahora quitar en la composición de Albertina mi aportación cardíaca *y* mental *y* verla tal como debía de verla Saint-Loup, como veía yo a Raquel. Pero ¿qué importa esto? Aun cuando nosotros mismos viéramos esas diferencias, ¿creeríamos en ellas? Cuando Albertina me esperaba en Balbec, en los soportales de Incarville, y saltaba a mi coche, no sólo no había engordado todavía, sino que el exceso de ejercicio la había hecho adelgazar; flaca, afeada por un sombrerillo que sólo dejaba libre una puntita de la fea nariz y sólo permitía ver de perfil unas mejillas blancas como gusanos blancos, yo encontraba muy poco de ella, pero lo suficiente para que, al saltar a mi coche, supiera yo que ella estaba allí, que había acudido puntual a la cita y no se había ido a otra parte, y esto bastaba; lo que amamos está demasiado en el pasado, consiste demasiado en el tiempo que hemos perdido juntos, para que tengamos necesidad de toda la mujer; sólo queremos estar seguros de que es ella, de que no nos engañamos sobre la identidad, mucho más importante que la belleza para los que aman; ya pueden hundirse

las mejillas, enflaquecer el cuerpo, hasta para los que al principio estuvieron más orgullosos, a juicio de los demás, de su dominio sobre una belleza, ese hociquito, ese signo en el que se resume la personalidad permanente de una mujer, esa raíz algebraica, esa constante, eso basta para que un hombre esperado en la más alta sociedad, y que gustaba de ella, no pueda disponer de una sola noche porque se pasa todo el tiempo peinando y despeinando, hasta la hora de dormirse, a la mujer amada, o simplemente estando a su lado, sólo por estar con ella o porque ella esté con él, o sólo porque no esté con otros.

-¿Estás seguro -me dijo- de que puedo ofrecer así como así treinta mil francos a esa mujer para el comité electoral de su marido? ¿Es tan desvergonzada como todo eso? Si no te equivocas, bastarían tres mil francos.

-No, por favor, no economices en una cosa que tanto me importa. Debes decir esto, en lo que, por otra parte, hay algo de verdad: «Mi amigo había pedido esos treinta mil francos a un pariente para el comité del tío de su prometida. El pariente se los dio por este noviazgo. Y me rogó que se los trajera para que Albertina no se enterara. Y ahora resulta que Albertina le deja. Y no sabe qué hacer. Si no se casa con Albertina tiene que devolver los treinta mil francos. Y si se casa será necesario que ella vuelva inmediatamente, al menos por las apariencias, porque haría muy mal efecto si la fuga se prolongara.» ¿Crees que es inventado expresamente?

-Claro que no -me contestó Saint-Loup por bondad, por discreción y además porque sabía que las circunstancias son a veces más extrañas de lo que se cree.

Después de todo, no era imposible que en aquella historia de los treinta mil francos hubiera, como yo le decía, gran parte de verdad. Era posible, pero no era cierto, y esa parte de verdad era precisamente una mentira. Pero Roberto y yo nos mentíamos, como ocurre en todas las conversaciones en que un amigo desea sinceramente ayudar a su amigo que sufre de una desesperación de amor. El amigo consejo, apoyo, consuelo, puede compadecer la angustia del otro, no sentirla, y cuanto mejor es para él, más miente. Y el otro le confiesa lo necesario para que le ayude, pero, precisamente para que le ayude, le oculta muchas cosas. Y, en todo caso, el dichoso es el que se toma la molestia, el que hace un viaje, el que cumple una misión, pero no siente sufrimiento interior. Yo era en aquel momento el que fue Roberto en Doncières cuando se creía abandonado por Raquel.

-En fin, lo que tú quieras; si hago una cosa mala, la acepto de antemano por ti. Y después de todo, por más que me parezca un poco raro ese trato tan poco disimulado, sé muy bien que en nuestro mundo hay duquesas, y hasta de las más mojigatas, que por treinta mil francos harían cosas más dificiles que decir a su sobrina que no se quede en Turena. Además me complace doblemente serte útil, puesto que hace falta esto para que te dignes verme. Si me caso -añadió-, ¿no nos veremos más a menudo, no considerarás mi casa un poco como tuya?...

Se interrumpió en seco pensando, suponía yo entonces, que si también me casaba yo, Albertina no podría ser para su mujer una relación íntima. Y recordé lo que me dijeron los Cambremer de la probable boda de Saint-Loup con la hija del príncipe de Guermantes.

Consultada la guía, vio que no podría salir hasta la noche. Francisca me preguntó:

-¿Quito del despacho la cama de mademoiselle Albertina?

-Al contrario -le dije-, hay que hacerla.

Esperaba que volvería de un día a otro y no quería ni siquiera que Francisca pudiera suponer que hubiera la menor duda. La marcha de Albertina tenía que parecer cosa convenida entre nosotros, en modo alguno que me amara menos. Pero Francisca me miró con un gesto, si no de incredulidad, al menos de duda. También ella tenía sus dos hipótesis. Se le dilataba la nariz, olfateaba la riña, debía de sentirla desde hacía tiempo. Y si no estaba completamente segura, quizá era sólo porque, lo mismo que yo, desconfiaba de creer enteramente en una cosa que la hubiera alegrado mucho.

Cuando apenas debía de haber llegado Saint-Loup al tren, me crucé en mi antesala con Bloch, al que no había oído llamar, así que me vi obligado a recibirle un momento. Me había encontrado hacía poco con Albertina (a la que conocía de Balbec) un día en que Albertina estaba de mal talante. «He comido con monsieur Bontemps -me dijo-, y como tengo cierta influencia sobre él, le dije que sentía que su sobrina no fuera más buena contigo, que intercediera él en este sentido.» Esto me enfureció: aquellos ruegos y aquellas quejas anulaban todo el efecto de la gestión de Saint-Loup y me ponían directamente ante Albertina en posición suplicante. Para colmo de desdichas, Francisca, que estaba en la antesala lo oía todo. Le hice vivos reproches a Bloch, diciéndole que yo no le había encomendado en absoluto semejante encargo, y que además el hecho era falso. Desde este momento Bloch no dejó ya de sonreír, creo que, más que de alegría, de confusión por haberme contrariado. Sonriendo me decía su extrañeza por mi furia. Y lo decía quizá por quitar importancia, ante mis ojos, a lo que había hecho; quizá porque era cobarde y vivía alegre y perezosamente en la mentira, como las medusas a flor de agua; quizá porque, aunque hubiera pertenecido a otra raza de hombres, como los demás no pueden situarse nunca en el mismo punto de vista que nosotros, no comprenden la importancia del mal que pueden causarnos sus palabras dichas al descuido. Acababa de acompañarle a la puerta, sin encontrar remedio a lo que había hecho, cuando llamaron de nuevo y Francisca me entregó una citación para la jefatura de policía. Los padres de la muchacha que había hecho venir a mi casa por una hora habían querido presentar una denuncia contra mí por corrupción de menores. Hay momentos en la vida en que nace una especie de belleza de la multiplicidad de cuitas que nos asaltan, entrecruzadas como motivos wagnerianos, también de la noción, emergente entonces, de que los acontecimientos no se sitúan en el conjunto de los reflejos pintados en el pobre espejillo que la inteligencia lleva delante y que llama el futuro, que están fuera y surgen tan bruscamente como alguien que viene a comprobar un flagrante delito. Dejado a sí mismo, un acontecimiento se modifica, bien porque el fracaso nos lo amplifique o porque la satisfacción lo reduzca. Pero rara vez está solo. Los sentimientos suscitados por cada uno de ellos se contrarrestan y, como observé yendo a la jefatura de policía, el miedo es, en cierta medida, un revulsivo, al menos momentáneo y bastante activo, de las tristezas sentimentales.

En la jefatura de policía encontré a los padres, que me insultaron y me dijeron: «Nosotros no comemos de eso», devolviéndome los quinientos francos, que yo no quería tomar, mientras el jefe de policía, que tomando como inimitable ejemplo la facilidad de los presidentes de audiencia para desconcertar al acusado, recogía una palabra de cada frase que yo decía, palabra que utilizaba para componer una ingeniosa y abrumadora respuesta. En cuanto a mi inocencia en el hecho no hubo caso, pues es la única hipótesis que nadie quiso admitir ni por un momento. No obstante, gracias a las dificultades de la acusación, salí del paso con aquella reprimenda, muy violenta, mientras los padres

estaban allí. Pero en cuanto se fueron, el jefe de policía, que era aficionado a las muchachitas, cambió de tono y me amonestó como un compadre: «Otra vez tendrá que ser más listo. Caramba, no se levanta así, sin más, a una chicuela. Además, en cualquier sitio las encontrará mejores y por mucho menos dinero. Era una cantidad exageradísima.» Como estaba seguro de que, si intentaba explicarle la verdad, no me entendería, aproveché sin decir palabra el permiso que me dio para marcharme. Hasta que me encontré de nuevo en casa, todos los transeúntes me parecían inspectores encargados de espiar mis hechos y mis movimientos. Pero este *leitmotiv, lo* mismo que el de la rabia contra Bloch, desaparecieron para dar lugar únicamente al de la fuga de Albertina.

Éste se intensificaba, pero en un tono casi alegre desde que Saint-Loup emprendió el viaje. Al encargarse él de ver a madame Bontemps, el asunto ya no pesaba sobre mí fatigosamente, sino sobre Saint-Loup. Y cuando se marchó hasta me sentí alegre, porque había tomado una decisión: «He reaccionado inmediatamente». Y mi dolor se disipó. Creía que era por haber actuado, y lo creía de buena fe, pues nunca sabemos lo que se oculta en nuestra alma. En el fondo, lo que me alegraba no era, como creía, haberme descargado de mis indecisiones en Saint-Loup. Pero tampoco me equivocaba del todo; para curar un acontecimiento infortunado (las tres cuartas partes de los acontecimientos lo son), el remedio específico es una decisión; pues, por una brusca inversión de nuestros pensamientos, la decisión corta la corriente de los que vienen del acontecimiento pasado y prolongan la vibración de éste, rompiéndola mediante una corriente contraria de pensamientos contrarios, una corriente que viene de fuera, del futuro. Pero estos pensamientos nuevos nos son benéficos, sobre todo (y tal era el caso en los que me asaltaban en este momento) cuando, desde el fondo de ese futuro, nos traen una esperanza. En realidad, lo que me ponía tan contento era la secreta certidumbre de que, como la misión de Saint-Loup no podía fracasar, Albertina no podía menos de volver. Lo comprendí, porque, al no recibir el primer día ninguna respuesta de Saint-Loup, torné a sufrir. Luego mi decisión, mi delegación de plenos poderes en Saint-Loup no era la causa de mi alegría, pues si lo fuera habría persistido, sino aquel «el éxito es seguro» que pensaba cuando decía «sea lo que Dios quiera». Y la idea, despertada por la tardanza, de que en realidad podía ocurrir otra cosa que no fuera el éxito, me resultaba tan odiosa que se me fue la alegría. En realidad, lo que nos llena de una alegría que atribuimos a otras causas es nuestra previsión, nuestra esperanza de acontecimientos dichosos, y esa alegría cesa para dar de nuevo lugar al dolor en cuanto ya no estamos tan seguros de que se realizará lo que deseamos. Lo que sostiene el edificio de nuestro mundo sensitivo es siempre una invisible creencia, y cuando ésta falla, el edificio se tambalea. Hemos visto que eso, la creencia, era lo que, para nosotros, constituía el valor o la nulidad de los seres, el encanto o el fastidio de verlos. Constituye también la posibilidad de soportar un dolor que nos parece llevadero simplemente porque estamos convencidos de que va a cesar, o lo agranda de pronto hasta el punto de que una presencia nos importe tanto, a veces más que nuestra vida.

Una cosa acabó de hacer mi dolor tan agudo como lo fue en el primer minuto y como, hay que confesarlo, ya no lo era. Fue releer una carta de Albertina. Por mucho que amemos a los seres, el dolor de perderlos, cuando en la soledad ya no estamos sino frente a ese dolor al que nuestra mente da en cierta medida la forma que quiere, este dolor es soportable y diferente del menos humano, menos nuestro -tan imprevisto y raro como un accidente en el mundo moral y en la región del corazón-, cuya causa directa radica, más

que en los seres mismos, en cómo nos hemos enterado de que no los veremos más. En cuanto a Albertina, yo podía pensar en ella, llorando dulcemente, aceptando no verla esta noche como no la vi ayer; pero releer «mi decisión es irrevocable» era otra cosa, era como tomar un medicamento peligroso que me hubiera producido un ataque cardíaco al que no podría sobrevivir. Hay en las cosas, en los acontecimientos, en las cartas de ruptura, un peligro especial que amplifica y desnaturaliza hasta el dolor que pueden causarnos los seres. Pero este dolor duró poco. Yo estaba a pesar de todo tan seguro del éxito de la habilidad de Saint-Loup, me parecía tan indudable el regreso de Albertina, que llegué a preguntarme si había hecho bien en desearlo. Pero me alegraba. Desgraciadamente, aunque creía terminado el asunto de la policía, Francisca entró a decirme que había venido un inspector a preguntar si yo tenía la costumbre de recibir muchachas en la casa; que el portero, creyendo que se trataba de Albertina, contestó que sí, y que la casa parecía, desde entonces, vigilada. Quiere decirse que me sería imposible en adelante traer a casa a alguna muchacha para consolarme de mis cuitas, a menos de exponerme delante de ella a la vergüenza de que surgiera un inspector y la muchacha me tomara por un delincuente. Y al mismo tiempo comprendí que vivimos de ciertos sueños más de lo que creemos, pues la imposibilidad de arrullar nunca a una muchacha me pareció que quitaría a la vida para siempre todo valor; pero además comprendí muy bien que las personas rechacen fácilmente la fortuna y se arriesguen a la muerte, cuando nos figuramos que el interés y el miedo a morir rigen el mundo. Pues sólo de pensar que alguien, aunque fuera una muchachuela desconocida, pudiera tener de mí, por la llegada de un policía, una idea vergonzosa, hubiera preferido matarme. No había ni comparación posible entre los dos sufrimientos. Ahora bien, en la vida, las personas no piensan jamás que aquellos a quienes ofrecen dinero, a quienes amenazan de muerte, pueden tener una amante o simplemente un amigo cuya estimación les interesa, aun cuando no se estimen a sí mismos. Pero de pronto, por una confusión de la que no me di cuenta (pues no pensé que Albertina, siendo mayor de edad, podía vivir en mi casa y hasta ser mi amante), me pareció que la corrupción de menores se podía aplicar también a Albertina. Y esto me hizo ver la vida cerrada por todas partes. Y pensando que no había vivido castamente con ella encontré, en el castigo que se me había infligido por haber arrullado a una muchacha desconocida, esa relación que casi siempre existe en los castigos humanos y en virtud de la cual no hay casi nunca ni condena justa ni error judicial, sino una especie de armonía entre la falsa idea que se forma el juez sobre un acto inocente y los hechos culpables que él ignora. Pero entonces, pensando que el regreso de Albertina podía valerme una condena infamante que me degradaría a sus ojos y quizá le haría a ella misma un perjuicio que nunca me perdonaría, dejé de desear su regreso, me espantó. Hubiera querido telegrafiarle que no volviera e inmediatamente me invadió, anulando todo lo demás, el deseo apasionado de que volviera. Y es que, al pensar por un momento en la posibilidad de decirle que no volviera y de vivir sin ella, me sentí de pronto dispuesto, por lo contrario, a sacrificar todos los viajes, todos los placeres, todos los trabajos por que Albertina volviera.

¡Ah, qué diferentemente se había desarrollado mi amor por Albertina del anterior que tuve por Gilberta, aunque creí prever por éste el destino de aquél! ¡Cuán imposible me era permanecer sin verla! Y para cada acto, hasta para el más mínimo, pero bañado antes en la feliz atmósfera que era la presencia de Albertina, tenía que empezar, cada vez con el mismo esfuerzo, con el mismo dolor, el aprendizaje de la separación. Después la

concurrencia de otras formas de la vida relegaba a la sombra este nuevo dolor, y durante estos días, que fueron los primeros de la primavera, hasta tuve algunos momentos de grata calma, mientras esperaba que Saint-Loup pudiera ver a madame Bontemps, imaginando Venecia y bellas mujeres desconocidas. Pero en cuanto me di cuenta sentí un terror pánico. Aquella calma que acababa de gustar era la primera aparición de la gran fuerza intermitente que iba a luchar en mí contra el dolor, contra el amor, y que acabaría por dar cuenta de ellos. Aquello que acababa de pregustar y de presentir era, sólo por un momento, lo que más tarde sería en mí un estado permanente, una vida en la que ya no podría sufrir por Albertina, en la que ya no la amaría. Y mi amor, que acababa de conocer al único enemigo que pudiera vencerle, el olvido, se echó a temblar, como un león que, encerrado en la jaula, ve de pronto la serpiente pitón que le va a devorar.

Pasaba todo el tiempo pensando en Albertina, y cuando Francisca entraba en mi cuarto nunca me decía lo suficientemente pronto para abreviar mi angustia: «No hay cartas». Pero de vez en cuando, haciendo pasar una u otra corriente de ideas a través de mi dolor, lograba renovar, airear un poco la atmósfera viciada de mi corazón. Mas por la noche, si lograba dormirme, era como si el recuerdo de Albertina fuera el medicamento que me procuraba el sueño, y al cesar su influencia me fuera a despertar. El sueño que me daba era un sueño especial de ella, un sueño en el que, lo mismo que despierto, no podía pensar en otra cosa. El sueño, su recuerdo, eran las dos sustancias mezcladas que nos hacen tomar a la vez para dormir. Por otra parte, despierto, mi dolor iba aumentando cada día en vez de disminuir. Y no es que el olvido no hiciera su labor, sino que, haciéndola, favorecía la idealización de la imagen añorada y con ello la asimilación de mi dolor inicial a otros sufrimientos análogos que la reforzaban. Y por lo menos esta imagen era soportable. Pero si de pronto pensaba en su cuarto, en aquella habitación con la cama vacía, en su piano, en su automóvil, perdía toda fuerza, cerraba los ojos, inclinaba la cabeza sobre el hombro izquierdo como los que van a desmayarse. El ruido de las puertas me hacía casi tanto mal porque no era ella quien las abría. Cuando llegó el momento en que podía llegar un telegrama de Saint-Loup, no me atrevía a preguntar: «¿Hay un telegrama?» Por fin llegó uno, pero que lo retrasaba todo, pues decía: «Esas señoras se han marchado por tres días».

Claro que, si había soportado los cuatro días transcurridos desde que se marchó Albertina, era porque pensaba: «No es más que cuestión de tiempo, antes de terminar la semana estará aquí». Pero esta razón no impedía que para mi corazón, para mi cuerpo, el acto que tenía que realizar era el mismo: vivir sin ella, volver a casa sin encontrarla, pasar unto a la puerta de su cuarto (para abrirla no tenía valor aún) sabiendo que no estaba, acostarme sin darle las buenas noches: he aquí las cosas que mi corazón tuvo que cumplir en su terrible integridad y exactamente igual que si no hubiera de ver nunca más a Albertina. Ahora bien, haberlas cumplido ya cuatro veces demostraba que era capaz de seguir cumpliéndolas. Y acaso muy pronto no necesitaría ya la razón -el próximo retorno de Albertina- que me ayudaba a seguir viviendo así (podía pensar: «No volverá jamás» y vivir, sin embargo, como había vivido durante cuatro días), como un herido que recupera el hábito de andar y puede pasar sin muletas. Claro que por la noche, al volver, todavía encontraba, quitándome la respiración, ahogándome con el vacío de la soledad, los recuerdos, yuxtapuestos en una interminable serie, de todas las noches en que Albertina me esperaba; pero ya encontraba también el recuerdo de la víspera, de la antevíspera y de las dos noches precedentes, es decir, el recuerdo de las cuatro noches transcurridas desde

la marcha de Albertina, de las cuatro noches sin ella, solo, en las que, sin embargo, había vivido cuatro noches que ya formaban una banda de recuerdos muy delgada al lado de la otra, pero que cada día que pasaba se iría haciendo quizá más consistente.

No diré la carta de declaración que en aquel momento recibí de una sobrina de madame de Guermantes, que tenía fama de ser la muchacha más bonita de París, ni la gestión de intermediario que hizo el duque de Guermantes de parte de los padres resignados por la felicidad de su hija a un partido desigual, a una boda tan poco brillante. Cuando se ama, esos incidentes que podrían halagar el amor propio son demasiado dolorosos. Aunque lo deseáramos, no tendríamos la indelicadeza de contárselos a la que tiene sobre nosotros un juicio menos favorable, juicio que, por lo demás, no cambiaría al enterarse de que podemos ser objeto de otro muy diferente. Lo que escribía la sobrina del duque no hubiera hecho sino impacientar a Albertina.

Cuando me despertaba y volvía a tomar mi dolor en el mismo lugar en que había quedado antes de dormirme, como un libro cerrado por un instante, y que ya no me dejaría hasta la noche, todas las sensaciones, lo mismo si venían de afuera que de adentro, convergían en un pensamiento relativo a Albertina. Llamaban: ¡es una carta suya, acaso es ella misma! Si me sentía bien, si no sufría mucho, ya no tenía celos, ya no tenía quejas contra ella, deseaba verla en seguida, besarla, pasar alegremente toda la vida con ella. Telegrafiarle «Ven inmediatamente» me parecía ya muy fácil, como si mi nuevo estado de ánimo hubiera cambiado no sólo mis disposiciones, sino las cosas exteriores a mí, como si las hubiera hecho más fáciles. Si estaba triste, todas mis iras contra ella renacían, ya no tenía ganas de besarla; sentía la imposibilidad de que me hiciera nunca feliz, no quería más que hacerle daño e impedirle pertenecer a otros. Pero el resultado de estos dos humores opuestos era el mismo: tenía que volver cuanto antes. Y, sin embargo, por mucha alegría que en el momento mismo pudiera darme su retorno, sentía que no iban a tardar en presentarse las mismas dificultades y que la búsqueda de la felicidad en la satisfacción del deseo moral era tan ingenua como la empresa de alcanzar el horizonte andando hacia él. Cuanto más avanza el deseo más se aleja la verdadera posesión. De suerte que si la felicidad, o al menos la ausencia de sufrimientos, se puede encontrar, no es la satisfacción, sino la disminución progresiva, la extinción final del deseo lo que hay que buscar. Queremos ver lo que amamos y debiéramos querer no verlo, pues sólo por el olvido se llega a la extinción del deseo. E imagino que si un escritor emitiera verdades de este tipo, dedicaría el libro que las contuviera a una mujer a la que quisiera acercarse así, diciéndole: «Este libro es tu libro». Y así, diciendo verdades en el libro, mentiría en la dedicatoria, pues que el libro fuera de esa mujer le interesaría tan poco como esa piedra[6] que procede de ella y que sólo tendrá valor para él si ama a la mujer. Los vínculos entre un ser y nosotros no existen más que en nuestro pensamiento. La memoria, al debilitarse, los afloja, y, a pesar de la ilusión con que quisiéramos engañarnos y con la que, por amor, por amistad, por finura, por respeto humano, por deber, engañamos a los demás, existimos solos. El hombre es el ser que no puede salir de sí mismo, que sólo en sí mismo conoce a los demás, y, al decir lo contrario, miente. Y si alguien hubiera sido capaz de quitarme aquella necesidad de ella, aquel amor a ella, me habría dado tanto miedo, que me convencía de que este amor era precioso para mi vida. Poder oír pronunciar sin encanto y sin sufrimiento los nombres de las estaciones por las que pasaba el tren para ir

[6] En la edición de La Pléiade se advierte que la frase es muy difícil de descifrar en el manuscrito. Lo de «piedra» resulta, en efecto, un poco incongruente. *(N. de la T.)*

a Turena me hubiera parecido una disminución de mí mismo (simplemente, en el fondo, porque esto me demostraría que Albertina me iba siendo indiferente). Estaba bien, me decía, que, preguntándome constantemente qué haría, qué pensaría, qué quería, si pensaba volver, si volvería, mantuviese abierta esa puerta de comunicación que el amor había practicado en mí, que sintiese cómo la vida de otra persona desaguaba, abriendo unas esclusas, el depósito que no quería volver a quedar estancado.

Como el silencio de Saint-Loup se prolongara, una ansiedad secundaria -la espera de un telegrama, de una llamada telefónica de Saint-Loup- enmascaró la primera, la inquietud del resultado, saber si Albertina volvería. Espiar cada ruido en la espera del telegrama me resultaba ya tan intolerable que me parecía que la llegada de este telegrama, fuere cual fuere, única cosa en la que ahora pensaba, pondría fin a mi sufrimiento. Pero cuando al fin recibí un telegrama de Roberto en el que me decía que había visto a madame Bontemps, pero que, a pesar de todas sus precauciones, Albertina le había visto a él y esto lo había estropeado todo, estallé de furia y de desesperación, pues aquello era lo que yo había querido ante todo evitar. Conociéndolo Albertina, el viaje de Saint-Loup parecía demostrarle que yo no podía pasar sin ella, lo que no haría sino impedir que volviera, y, además, lo peor era que todo lo que aún me quedaba del orgullo de mi amor en tiempos de Gilberta se había perdido. Maldecía a Roberto, pero luego me dije que, si aquel recurso había fracasado, ya encontraría otro. Desde el momento en que el hombre puede actuar sobre el mundo exterior, ¿cómo no iba a llegar, poniendo en juego la astucia, la inteligencia, el interés, el afecto, a suprimir aquella cosa atroz: la ausencia de Albertina? Creemos que podemos cambiar a medida de nuestro deseo las cosas que nos rodean; lo creemos porque, fuera de esto, no vemos ninguna solución favorable. No pensamos en la que se produce casi siempre y que también es favorable: no llegamos a cambiar las cosas a la medida de nuestro deseo, pero nuestro deseo cambia poco a poco. La situación que esperábamos cambiar porque nos resultaba insoportable llega a sernos indiferente. No hemos podido superar el obstáculo, como queríamos a todo trance, pero la vida nos ha hecho darle un rodeo, rebasarlo, y, cuando esto ocurre, apenas si, mirando a la lejanía del pasado, podemos vislumbrarlo: tan imperceptible nos es ya.

Oí en el piso de arriba unos compases de *Manon* que tocaba una vecina. Apliqué la letra, que conocía, a Albertina y a mí, y me invadió un sentimiento tan profundo que me eché a llorar. Era:

> ¡Cuántas veces el pájaro que de la jaula huyera
> torna, la misma noche, a llamar al cristal!

y la muerte de Manon:

> Contéstame, Manon, solo amor de mi vida,
> hasta hoy no conocí la bondad de tu alma.

Puesto que Manon volvía a Des Grieux me parecía que yo era para Albertina el único amor de su vida. ¡Ay!, es probable que si ella hubiera oído en aquel momento la misma música no habría sustituido por mi nombre el de Des Grieux, y, aun suponiendo que se le hubiera ocurrido tal idea, mi recuerdo le habría impedido enternecerse escuchando aquella música que, sin embargo, entraba bien, aunque mejor escrita y más sutil, en el

género de la que a ella le gustaba.

Por mi parte no tuve valor para entregarme a la dulzura de pensar que Albertina me llamaba «único amor de mi alma» y había reconocido que se había equivocado sobre lo que «le parecía la esclavitud». Yo sabía que no se puede leer una novela sin poner en la heroína los rasgos de la mujer amada. Pero aunque el libro termine bien, nuestro amor no ha dado un paso más y, cuando lo cerramos, la mujer que amamos y que, por fin, vino a nosotros en la novela no nos ama más en la vida.

Furioso, telegrafié a Saint-Loup que volviera inmediatamente a París, para evitar al menos la apariencia de poner una insistencia agravante en un paso que tanto empeño tenía yo en ocultar. Pero antes de que Saint-Loup volviera, siguiendo mis instrucciones, lo que recibí fue este telegrama de Albertina:

«Querido amigo: has mandado a tu amigo Saint-Loup a mi tía, y es una insensatez. Querido amigo, si me necesitabas, ¿por qué no me escribiste directamente? Hubiera vuelto encantada; no vuelvas a hacer esas cosas absurdas.»

«¡Hubiera vuelto encantada!» Si decía esto, era que le pesaba haberse marchado, que no buscaba más que un pretexto para volver. Luego yo no tenía sino hacer lo que me decía: escribirle que la necesitaba, y volvería. Luego iba a volver a verla, a ella, la Albertina de Balbec (pues, desde que se marchó, había vuelto a serlo para mí; como un caracol al que no prestamos ya la menor atención cuando lo tenemos siempre sobre la cómoda, cuando nos separamos de él para regalarlo o le perdemos y pensamos en él, cosa que ya no hacíamos, me recordaba toda la gozosa belleza de las montañas azules del mar). Y no era sólo ella quien se había convertido en un ser de imaginación, es decir, deseable, sino que la vida con ella era ahora una vida imaginaria, es decir, liberada de toda dificultad, de suerte que yo me decía: «¡Qué felices vamos a ser!» Pero, desde el momento en que tenía la seguridad de su regreso, no debía hacer ver que quería acelerarlo, sino al contrario, borrar el mal efecto de la gestión de Saint-Loup, gestión que yo podía después desautorizar diciendo que Saint-Loup había obrado por su cuenta, porque siempre había sido partidario de aquel matrimonio.

Entre tanto, releía su carta y me sentía decepcionado por lo poco que hay de una persona en una carta. Sin duda los caracteres trazados expresan nuestro pensamiento, como lo expresan nuestros rasgos; en ambos casos nos encontramos ante un pensamiento. Pero, de todos modos, en la persona no vemos el pensamiento hasta que se ha difundido en esa caracola del rostro abierta como un nenúfar. De todos modos, esto la modifica mucho. Y quizá una de las causas de nuestras perpetuas decepciones en amor son esas perpetuas desviaciones en virtud de las cuales, en la espera del ser ideal que amamos, cada cita nos trae una persona de carne y hueso que tan poco tiene ya de nuestro sueño. Y luego, cuando reclamamos algo de esa persona, recibimos una carta suya en la que de la persona queda muy poco, de la misma manera que en las letras de álgebra no queda ya la determinación de las cifras de la aritmética, que a su vez tampoco contienen ya las cualidades de los frutos o de las flores sumadas. Y, sin embargo, «amor», «ser amado», sus cartas, son quizá traducciones (por poco satisfactorio que sea pasar de una a otra) de la misma realidad, puesto que la carta no nos parece insuficiente sino al leerla, pues mientras no llega sufrimos lo infinito, y basta para calmar nuestra angustia, ya que no para satisfacer con sus pequeños signos negros nuestro deseo; pero nuestro deseo siente

que, después de todo, allí no hay más que la equivalencia de una palabra, de una sonrisa, de un beso, no estas cosas mismas.

Escribí a Albertina:

«Querida amiga: Precisamente iba a escribirte y te agradezco que me digas que, si te necesitaba, habrías venido. Está muy bien por tu parte comprender de tan elevada manera la fidelidad a un antiguo amigo, y esto no hace sino aumentar mi estimación por ti. Pero no, no te lo pedí y no te lo pediré; volver a vernos, al menos en mucho tiempo, quizá no te fuera penoso, niña insensible. A mí, a quien a veces has creído tan indiferente, me lo sería mucho. La vida nos ha separado. Tomaste una decisión que me parece muy prudente, y la tomaste en el momento justo, con un presentimiento maravilloso, pues te marchaste al día siguiente del que yo acababa de recibir el consentimiento de mi madre para pedir tu mano. Te lo habría dicho al despertarme, cuando recibí su carta (¡al mismo tiempo que la tuya!). Acaso hubieras temido apenarme marchándote después de esto. Y acaso hubiéramos unido nuestras vidas para lo que quién sabe si habría sido nuestra desgracia. Si tenía que ocurrir así, bendita seas por tu decisión. Volviendo a vernos, perderíamos todo su fruto. No creas que no sería para mí una tentación. Pero no tengo gran mérito resistiendo a ella. Ya sabes lo inconstante que *soy y* lo pronto que olvido. Así que no hay que compadecerme mucho. A menudo me has dicho que soy, sobre todo, un hombre de costumbres. Las que estoy empezando a adquirir sin ti no son todavía muy firmes. Naturalmente, en este momento son todavía más fuertes las que tenía contigo y que tu partida ha alterado. Pero no lo serán por mucho tiempo y hasta, por esto mismo, había pensado aprovechar esos últimos días en los que vernos no sería aún para mí lo que sería pasada una quincena, quizá más bien una... (perdona la franqueza) una perturbación, había pensado aprovecharlos antes del olvido final, para arreglar contigo algunos asuntillos materiales en los que podrías, mi buena y encantadora amiga, hacer un favor al que, por cinco minutos, se creyó tu prometido. Como no dudaba de la aprobación de mi madre, y como por otra parte, deseaba que tuviéramos los dos toda esa libertad que tú, con superabundante y excesiva generosidad, me habías sacrificado, sacrificio que se podía admitir para una vida en común de unas semanas, pero que hubiera llegado a ser tan odioso para ti como para mí ahora que íbamos a pasar toda la vida juntos (casi me da pena, al escribirte, pensar que así estuvo a punto de ocurrir, que sólo por unos segundos no ocurrió), había pensado organizar nuestra vida de la manera más independiente posible, y para empezar quería que tuvieses aquel yate en el que podrías viajar mientras yo, enfermo, te esperaba en el puerto; había escrito a Elstir pidiéndole consejo, porque tenías confianza en su buen gusto. Y, en tierra, quería que tuvieras tu automóvil propio, sólo para ti, en el que saldrías y viajarías a tu gusto. El yate estaba ya casi dispuesto; se llama, según el deseo que expresaste en Balbec, *El Cisne.* Y, recordando que de todos los coches preferías el Rolls, había encargado uno. Y ahora que ya no volveremos avernos, como no espero hacerte aceptar el barco y el coche, inútiles ya, no me servirán para nada. De modo que pensé -pues los había encargado a un intermediario, pero a nombre tuyo- que, anulando tú el encargo, podrías evitarme ese yate y ese automóvil inútiles. Mas para esto y para otras muchas cosas, habría sido necesario hablar. Pero me parece que, mientras pueda volver a amarte, lo que ya no durará mucho tiempo, sería una locura, por un barco de vela y un Rolls Royce, volver a vernos y jugar a la felicidad de tu vida, puesto que crees que es vivir lejos de mí. No, prefiero quedarme con el Rolls y hasta con

el yate. Y como no voy a usarlos y es probable que se queden siempre, el uno en el puerto, anclado, desarmado, el otro en la cochera, mandaré grabar en el... del yate (vaya, no me atrevo a poner un nombre de pieza inexacto y cometer una herejía que te chocaría) aquellos versos de Mallarmé que te gustaban... Lo recuerdas, es la poesía que comienza por: *Le vierge, le vivace et le bel aujourd'hui*[7]. Desgraciadamente, hoy no es ya ni virgen ni bello. Pero los que, como yo, saben que de este hoy harán en seguida un "mañana" soportable, no son muy soportables. En cuanto al Rolls, merecía más bien estos otros versos del mismo poeta, que tú te decías incapaz de entender:

Tonnerre et rubis aux moyeux
Dis si je ne suis pas joyeux
De voir dans l'air que ce feu troue.

Flamber les royaumes épars
Comme mourir pourpre la roue
Du seul vespéral de mes chars[8].

»Adiós para siempre, mi pequeña Albertina, y gracias otra vez por el bonito paseo que dimos juntos la víspera de nuestra separación. Guardo de él un magnífico recuerdo.

»Posdata. -No contesto a lo que me dices de unas supuestas proposiciones hechas a tu tía por Saint-Loup (al que no creo ni mucho menos en Turena). Eso es de Sherlock Holmes. ¿Qué idea tienes de mí?»

Así como antes le decía a Albertina: «no te quiero», para que ella me quisiera; «cuando no veo a una persona la olvido», para prevenir cualquier idea de separación, ahora, cuando le decía: «adiós para siempre», era por el imperioso deseo de que volviera a los ocho días; cuando le decía: «me parece peligroso volver a verte», era porque quería volver a verla; cuando le escribía: «hiciste muy bien, seríamos desgraciados juntos», era porque vivir separado de ella me parecía peor que la muerte. Al escribir esta carta fingida, aparentando no tener interés por ella (único orgullo que quedaba de mi antiguo amor por Gilberta en mi amor por Albertina), y también por el gusto de decir ciertas cosas que sólo podían conmoverme a mí y no a ella, debería haber previsto la posibilidad de que aquella carta tuviera por efecto una respuesta negativa, es decir, consagrando lo que yo decía; que incluso era probable que ocurriera así, pues aunque Albertina hubiera sido menos inteligente de lo que era, no habría dudado ni un momento que lo que yo decía era falso. Sin pararse a pensar en las intenciones que yo expresaba en aquella carta, el solo hecho de escribirla, aun sin ser subsiguiente a la gestión de Saint-Loup, bastaba para demostrarle que yo deseaba que volviera y para aconsejarle que me dejara tragar cada vez más el anzuelo. Además, después de prever la posibilidad de una respuesta negativa, habría debido suponer que esta respuesta reavivaría bruscamente y en sumo grado mi amor a Albertina. Y, también antes de enviar mi carta, hubiera debido preguntarme si, en el caso de que Albertina contestara en el mismo tono y no quisiera volver, sabría yo dominar mi dolor lo suficiente para obligarme a permanecer silencioso,

[7] «La virgen, el vivaz y el bello hoy.»

[8] «Rayo y rubí en los cubos de las ruedas / Cómo no estar gozoso / De ver la lumbre herir el aire. // Como dispersos los reinos resplandecen / Y muere púrpura la rueda / Del solo véspero de mis carros.»

a no telegrafiarle: «Vuelve»; o a enviarle otro emisario, lo que, después de haberle escrito que no volveríamos a vernos, equivalía a demostrarle con absoluta evidencia que no podía pasar sin ella y daría por resultado su negativa aún más enérgica, y que yo, no pudiendo soportar más mi angustia, corriese a buscarla, posiblemente, sin que ni siquiera me recibiese, y sin duda habría sido ésta, después de tres enormes torpezas, la peor de todas, después de la cual ya r no me quedaría otro recurso que pegarme un tiro delante de su casa. Pero la desastrosa manera en que está construido el universo psicopatológico dispone que el acto torpe, el acto que habría ante todo que evitar, sea precisamente el acto calmante, el acto que, en tanto llegamos a conocer su resultado, nos abre nuevas perspectivas de esperanza, nos libra momentáneamente del dolor intolerable que la negativa nos produjo. De suerte que, cuando el dolor es demasiado fuerte, nos precipitamos a la torpeza de escribir, de rogar a través de alguien, de ir a ver, de demostrar que no podemos pasar sin la amada.

Pero yo no previne nada de todo esto. Creí, por el contrario, que aquella carta iba a dar por resultado la vuelta inmediata de Albertina. Y, pensando en este resultado fue para mí un gran gozo escribir la carta. Pero, al mismo tiempo, no dejé de llorar mientras la escribía; al principio, un poco de la misma manera que el día en que fingí la falsa separación, porque, representándome aquellas palabras la idea que me expresaban aunque tendiesen a una finalidad opuesta (pronunciadas mentirosamente por no confesarle, por orgullo, que la amaba), llevaban en sí tristeza, pero también porque sentía que en aquella idea había algo de verdad.

Pareciéndome cierto el resultado de aquella carta, me pesaba haberla escrito. Pues, imaginando tan fácil el regreso de Albertina, resurgieron de pronto con toda su fuerza todas las razones que hacían de nuestro matrimonio una cosa tan mala para mí. Esperaba que se negara a volver. Me puse a calcular que mi libertad, que todo el porvenir de mi vida dependían de su negativa; que había hecho una locura escribiendo aquella carta; que habría debido retirarla, aquella carta desgraciadamente ya en camino, cuando Francisca me la volvió a traer, junto con el periódico que ella acababa de subir. No sabía cuántos sellos había que ponerle. Pero inmediatamente cambié de parecer; deseaba que Albertina no volviera, pero quería que esta decisión partiera de ella para poner fin a mi ansiedad, y decidí devolver la carta a Francisca. Abrí el periódico. Publicaba la muerte de la Berma. Entonces recordé las dos diferentes maneras como había oído *Fedra, y* ahora pensé de una tercera manera en la escena de la declaración. Me parecía que lo que tantas veces me había recitado a mí mismo y había escuchado en el teatro era el enunciado de las leyes que yo debía experimentar en mi vida. Hay en nuestra alma ciertas cosas de las que no sabemos hasta qué punto nos interesan. O bien, si vivimos sin ellas, es porque vamos aplazando por miedo a fracasar, o a sufrir, el momento de entrar en posesión de esas cosas. Esto fue lo que me ocurrió con Gilberta cuando creí renunciar a ella. Que antes de desprendernos por completo de esas cosas, momento muy posterior a aquel en el que creemos habernos desprendido ya -por ejemplo, que la muchacha tenga un novio-, enloquecemos, ya no podemos soportar la vida que nos parecía tan melancólicamente tranquila, o bien, si ya poseemos la cosa, nos parece una carga de la que nos gustaría libertarnos; esto es lo que me había ocurrido con Albertina. Pero si una ausencia nos libra del ser indiferente, ya no podemos vivir. ¿No concurrían estos dos casos en el «argumento» de *Fedra?* Hipólito va a partir. Fedra, que hasta ahora se ha cuidado de ofrecerse a su inamistad, por escrúpulo, dice ella (o más bien se lo hace decir el poeta),

pero en realidad porque no ve adónde llegaría y no se siente amada, no resiste más. Va a confesarle su amor, en aquella escena que tantas veces me había recitado yo:

On dit qu'un prompt départ vous éloigne de nous[9].

Claro que se puede pensar que esta razón de la partida de Hipólito es accesoria, comparada con la muerte de Teseo. Y lo mismo ocurre cuando, unos versos más adelante, Fedra aparenta por un instante que la han entendido mal:

... Aurais-je perdu tout le soin de ma gloire[10],

se puede creer que es porque Hipólito ha rechazado su declaración:

Madame, oubliez-vous
Que Thésée est mon père, et qu'il est votre époux ?[11]

Mas, aun sin esta indignación, Fedra, ante la felicidad lograda, habría podido tener la misma sensación de que Hipólito valía poco. Pero cuando ve que Hipólito cree haber entendido mal y se disculpa, entonces, lo mismo que yo después de devolver a Francisca mi carta, quiere que la negativa venga de él, quiere llevar hasta el fin su oportunidad:

Ah! cruel, tu m'as trop entendue[12].

Hasta las durezas que me habían contado de Swann con Odette, o mías con Albertina, durezas que sustituyeron el amor anterior por otro nuevo, hecho de compasión, de ternura, de necesidad de efusión y que no era sino una variante del primero, se encuentran también en esta escena:

Tu me haïssais plus, je ne t'aimais pas moins.
Tes malheurs te prêtaient encor de nouveaux charmes[13].

La prueba de que lo que más le importa a Fedra no es el «cuidado de su gloria» es que perdonaría a Hipólito y prescindiría de los consejos de Enona si, en ese momento, no se enterara de que Hipólito ama a Aricia. Hasta tal punto los celos, que en amor equivalen a la pérdida de toda felicidad, son más sensibles que la pérdida de la reputación. Y entonces Fedra deja que Enona (que no es sino el nombre de la peor parte de ella misma) calumnie a Hipólito, sin asumir «el cuidado de defenderle», y envía así al que no la quiere a un destino cuyas calamidades, por lo demás, no la consuelan en modo alguno a ella misma, puesto que su muerte voluntaria sigue de cerca a la muerte de Hipólito. Por lo menos así, reduciendo la parte de todos los escrúpulos «jansenistas», como diría Bergotte, que Racine dio a Fedra para que parezca menos culpable, veía yo esta escena,

[9] «Dicen que partes pronto, que nos dejas.»
[10] «¿Habrá dejado acaso de importarme mi gloria?»
[11] «¿Quizá olvidas, señora /que Teseo es mi padre y que es tu esposo?»
[12] «¡Oh cruel!, bien me has oído.»
[13] «Tú me odiabas más, yo note amaba menos./ Si mayor tu infortunio, mayores tus encantos.»

especie de profecía de los episodios amorosos de mi propia existencia. Por lo demás, estas reflexiones no habían cambiado en nada mi determinación y devolví mi carta a Francisca para que la echara por fin al correo haciendo así con Albertina aquel intento que me parecía indispensable desde que me enteré de que no se había efectuado. Y seguramente hacemos mal en creer que el cumplimiento de nuestro deseo sea poca cosa, puesto que, cuando creemos que no se puede cumplir, nos aferramos de nuevo a él y sólo cuando estamos bien seguros de que se cumplirá nos parece que no valía la pena de perseguirlo. Y, sin embargo, también tenemos razón. Pues si tal cumplimiento, si la felicidad sólo nos parecen pequeños por la certidumbre, son, sin embargo, cosa inestable de donde sólo contrariedades pueden salir. Y las contrariedades serán tanto más fuertes cuanto más completo fuere el cumplimiento del deseo, más imposible de soportar si la felicidad, contra la ley de la naturaleza, prolongada algún tiempo, recibe la consagración del hábito. También, en otro sentido, las dos tendencias, en este caso la que hacía querer que saliera la carta, y, cuando ya la creía en el correo, lamentarlo, tienen, una y otra, su verdad. En cuanto a la primera, es muy comprensible que corramos en pos de nuestra felicidad -o de nuestra desgracia- y que al mismo tiempo deseemos interponer ante nosotros, con esa nueva acción que va a comenzar a conducir sus consecuencias, una espera que no nos deja en la desesperación absoluta: en una palabra, que procuremos hacer pasar, con otras formas que imaginamos nos van a ser menos crueles, el mal que padecemos. Pero la otra tendencia no es menos importante, pues, nacida de la creencia en el éxito de nuestra empresa, es simplemente el comienzo, comienzo anticipado, de la desilusión que sentiríamos muy pronto ante la satisfacción del deseo, el pesar de haber fijado para nosotros, a expensas de los demás que se encuentran excluidos, esa forma de la felicidad.

Devolví la carta a Francisca diciéndole que fuera a echarla en seguida al correo. Una vez la carta en camino, volví a pensar que el retorno de Albertina era inminente. Y aquel retorno no dejaba de poner en mi mente graciosas imágenes cuya dulzura neutralizaba un poco los peligros que yo veía en aquel retorno. La dulzura, tanto tiempo perdida, de tenerla a mi lado me embelesaba.

El tiempo pasa, y poco a poco, todo lo que decíamos mintiendo va resultando cierto; bien lo había experimentado yo con Gilberta; la indiferencia que fingía cuando no cesaba de llorar acabó por realizarse; poco a poco, la vida, como le decía a Gilberta en una fórmula embustera y que retrospectivamente llegó a ser cierta, la vida nos fue separando. Lo recordaba y me decía: «Si Albertina deja pasar unos meses, mis mentiras se tornarán verdad. Y ahora que ya pasó lo más duro, ¿no sería preferible que ella dejara pasar este mes? Si vuelve renunciaré a la vida verdadera que, ciertamente, no estoy aún en disposición de gustar, pero que progresivamente podrá comenzar a ofrecerme encantos a medida que el recuerdo de Albertina se vaya debilitando[14].»

[14] No digo yo que el olvido no comenzara a hacer su obra. Pero uno de los efectos del olvido era presisamente que muchos de los aspectos desagradables de Albertina, de las horas aburridas que pasaba con ella, no surgieran ya en mi memoria, que dejaran, por tanto, de ser motivos para desear que no estuviera allí, como lo deseaba cuando todavía estaba, y ofrecerme de día una imagen sumaria, embellecida con todo lo que yo había sentido en mi amor por otras. En esta forma especial, el olvido, que, sin embargo, trabajaba en acostumbrarme a la separación, mostrándome a Albertina más dulce, más bella, me hacía desear más su regreso. [La edición de La Pléiade inserta a pie de página, con referencia al lugar señalado, este fragmento, con la advertencia de que, en el manuscrito, se encuentra en un papel suplementario. *(N. de la T)]*

Desde que Albertina se marchara, muchas veces, cuando me parecía que ya no se me podía notar que había llorado, llamaba a Francisca y le decía: «Habrá que ver si la señorita Albertina no olvidó nada. Acuérdese de arreglar su habitación para que la encuentre debidamente cuando vuelva.» O: «Precisamente el otro día, la señorita Albertina me decía... sí, la víspera de marcharse...». Quería rebajarle a Francisca la detestable satisfacción que le causaba la marcha de Albertina dándole a entender que su ausencia sería corta; quería también demostrarle que no rehuía hablar de aquella marcha, y -como hacen algunos generales que a los retrocesos forzados les llaman una retirada estratégica de acuerdo con un plan preparado- hacerla pasar por cosa voluntaria, como un episodio cuyo verdadero significado ocultaba yo momentáneamente, en modo alguno como el final de mi amistad con Albertina. Nombrándola continuamente, quería, en fin, hacer entrar algo suyo, como un poco de aire, en aquella habitación donde su ausencia había hecho el vacío y yo no respiraba ya. Además, intentamos disminuir las proporciones de nuestro dolor introduciéndolo en el lenguaje hablado entre la petición de un traje y unas órdenes para comer.

Francisca, al arreglar el cuarto de Albertina, abrió curiosa el cajón de una mesita de madera de rosa donde mi amiga guardaba las cosas que se quitaba para dormir.

-¡Oh!, señor, la señorita Albertina se olvidó de llevarse las sortijas, se han quedado en el cajón.

Mi primer impulso fue decirle: «Hay que enviárselas». Pero esto daba a entender que no estaba seguro de que volviera.

-Bien -contesté después de un momento de silencio-, no tiene importancia para el poco tiempo que estará fuera. Démelas, ya veré.

Francisca me las trajo con cierta desconfianza. Detestaba a Albertina, pero, juzgándome por ella misma, se figuraba que no se me podía dar una carta escrita por mi amiga sin temor de que la abriese. Cogí las sortijas.

-Tenga cuidado el señor de no perderlas -dijo Francisca-, ¡bien bonitas que son! No sé quién se las habrá regalado, si el señor u otro, pero lo que sí sé es que ha sido uno rico y de buen gusto.

-No, no he sido yo -le contesté-, y además no proceden de la misma persona, una se la regaló su tía y la otra la compró ella.

-¡Que no vienen de la misma persona! -exclamó Francisca-. El señor se guasea; son iguales, menos los rubíes que le han puesto a una, las dos tienen la misma águila, las mismas iniciales por dentro...

No sé si Francisca se daba cuenta del daño que me hacía, pero esbozó una sonrisa que ya no se borró de sus labios.

-¿Cómo la misma águila? Está usted loca. En la que no tiene rubíes sí que hay un águila, pero en la otra es una especie de cabeza de hombre cincelada.

-¿Una cabeza de hombre? ¿Dónde ve eso el señor? Nada más que con mis anteojos vi en seguida que era un ala del águila; coja el señor la lupa y verá la otra ala al otro lado, la cabeza y el pico en el medio. Se ve bien cada pluma. ¡Es un buen trabajo!

La ansiosa necesidad de saber si Albertina me había mentido me hizo olvidar que debía guardar cierta dignidad ante Francisca y negarle el maligno placer que sentía, si no en torturarme, al menos en hacer daño a mi amiga. Jadeaba mientras Francisca fue a buscar la lupa, la cogí, le pedí a Francisca que me indicara el águila en la sortija de rubíes y no le costó mucho hacerme distinguir las alas, estilizadas de la misma manera que en la otra

sortija, el relieve de cada pluma, la cabeza. Me hizo observar también unas inscripciones semejantes, a las que verdad es que se añadían otras en la sortija de rubíes. Y en el interior de las dos la inicial de Albertina.

-Pero me extraña que el señor haya tenido necesidad de todo esto para ver que era la misma sortija -me dijo Francisca-. No hace falta mirarlas de cerca para notar que es la misma manera de trabajar el oro, la misma forma. Sólo con verlas habría jurado yo que venían del mismo lugar. Eso se nota igual que la cocina de una buena cocinera.

Y, en efecto, a su curiosidad de doméstica atizada por el odio, y acostumbrada a notar detalles con una terrible precisión, se unía, para ayudarla en este peritaje, la afición que tenía, aquella misma afición, en efecto, que mostraba en la cocina y que quizá avivaba, como observé al ir a Balbec en su manera de vestirse, su coquetería de mujer que fue bonita, que ha mirado las alhajas y los vestidos de las demás. Hubiérame equivocado yo de caja de medicamento y, en vez de tomar unos sellos de veronal un día en que notara que había tomado demasiado té, hubiera tomado en su lugar otros tantos sellos de cafeína y no me habría latido tan fuerte el corazón. Le pedí a Francisca que saliera del cuarto. Hubiera querido ver a Albertina inmediatamente. Al horror de su mentira, a los celos por lo desconocido, se añadía el dolor de que se hubiera dejado hacer así regalos. Cierto que yo le hacía más, pero una mujer a la que sostenemos no nos parece una mujer pagada mientras no sabemos que la pagan otros. Y, sin embargo, puesto que yo no había cesado de gastar en ella tanto dinero, la había tomado a pesar de esta bajeza moral; esta bajeza la había mantenido yo en ella, quizá la había incrementado, quizá la había creado. Después, como tenemos el don de inventar siempre para mecer nuestro dolor, como llegamos, cuando tenemos hambre, a convencernos de que un desconocido va a dejarnos una fortuna de cien millones, imaginé a Albertina en mis brazos, explicándome con una palabra que precisamente por la semejanza de fabricación había comprado la otra sortija, que era ella quien había mandado poner en las dos sus iniciales. Pero esta explicación era también frágil, aún no había tenido tiempo de implantar en mi ánimo sus raíces bienhechoras y mi dolor no se podía calmar tan pronto. Y pensaba que tantos hombres que dicen a los demás que su amante es muy buena sufren torturas semejantes. Mienten a los demás y se mienten a sí mismos. Pero no mienten del todo; gozan con esa mujer horas verdaderamente dulces; mas todo lo que esa amabilidad que tienen para ellos ante sus amigos y que les permite glorificarse de ella, y todo lo que esa amabilidad que tienen solas con su amante y que le permite bendecirlas, cubren horas desconocidas en que el amante ha sufrido, dudado, hecho por doquier inútiles indagaciones por saber la verdad. Que a tales sufrimientos va emparejado el gozo de amar, de embelesarse con las palabras más insignificantes de una mujer, palabras que sabemos insignificantes, pero que tienen el perfume de su olor. En aquel momento yo no podía ya deleitarme en respirar el recuerdo del de Albertina. Aterrado, con las dos sortijas en la mano, miraba aquella águila despiadada cuyo pico me atenazaba el corazón, cuyas alas de plumas en relieve se habían llevado la confianza que yo conservaba en mi amiga y bajo cuyas garras mi espíritu maltrecho no podía escapar un instante a las preguntas persistentes sobre aquel desconocido cuyo nombre simbolizaba el águila pero sin dejarme leerlo, aquel desconocido al que Albertina había amado, seguramente, en otro tiempo y al que, seguramente también, había vuelto a ver no hacía mucho, puesto que fue aquel día tan dulce, tan familiar, del paseo juntos en el Bois, cuando vi por primera vez la segunda sortija, aquella donde el águila parecía mojar el pico en el charco de sangre de los rubíes.

Por lo demás, si, de la mañana a la noche, no dejaba yo de sufrir por la ausencia de Albertina, esto no quiere decir que no pensara más que en ella. Por una parte, como su encanto había ido impregnando desde hacía tiempo diversos objetos que acababan por estar muy lejos de él, pero no por eso menos electrizados por la misma emoción que ella me producía, si algo me hacía pensar en Incarville, o en los Verdurin, o en un nuevo papel de Léa, me asaltaba una ola de sufrimiento. Por otra parte, yo mismo, lo que yo llamaba pensar en Albertina, era pensar en los medios de hacerla volver, de ir a su encuentro, de saber lo que hacía. De suerte que si, durante aquellas horas de martirio incesante, se hubieran podido representar en un gráfico las imágenes que acompañaban a mi sufrimiento, se habrían visto las de la estación de Orsay, de los billetes de banco ofrecidos a madame Bontemps, de Saint-Loup inclinado sobre el pupitre de una estafeta de telégrafos escribiendo un telegrama para mí; nunca la imagen de Albertina. De la misma manera que, en todo el transcurso de nuestra vida, nuestro egoísmo ve constantemente ante sí los fines preciados para nuestro yo, pero no mira jamás a ese mismo que no cesa de considerarlos, así el deseo que rige nuestros actos desciende hacia ellos, pero no asciende a él, bien porque, demasiado utilitario, se precipita a la acción y desdeña el conocimiento, bien por buscar el futuro para corregir las decepciones del presente, bien porque la pereza de la mente le lleve a deslizarse por la pendiente fácil de la imaginación antes que a subir la pendiente abrupta de la introspección[15]. En realidad, en esas horas de crisis en las que nos jugaríamos toda nuestra vida, a medida que la persona de quien depende revela mejor la inmensidad del lugar que ocupa para nosotros, no dejando nada en el mundo que no sea alterado por ella, la imagen de esa persona va decreciendo proporcionalmente hasta no ser ya perceptible. Encontramos en todo el efecto de su presencia por la emoción que sentimos; la persona misma, la causa, no la encontramos en ninguna parte. Durante aquellos días, tan incapaz fui de representarme a Albertina que casi hubiera podido creer que no la amaba, como mi madre, en los momentos de desesperación en los que era incapaz de representarse nunca a mi abuela (excepto una vez en el encuentro fortuito de un sueño cuyo valor sintió de tal modo que, aunque dormida, se esforzó, con las fuerzas que le quedaban en el sueño, por hacerlo

[15] Yo iba a comprar con los más bellos automóviles el yate que había entonces. Estaba en venta, pero tan caro que no se encontraba comprador. Además, una vez comprado, aun suponiendo que sólo hiciéramos cruceros de cuatro meses, costaría sostenerlo más de doscientos mil francos al año. Íbamos a vivir en un pie de más de medio millón anual. ¿Podría yo sostenerlo más de siete u ocho meses? Pero qué importa, cuando no me quedaran más que cincuenta mil francos de renta, podría dejárselos a Albertina y suicidarme. Ésta fue la decisión que tomé. Me hizo pensar en mí. Y como *el yo* vive constantemente pensando una cantidad de cosas, como no es más que el pensamiento de esas cosas, cuando, por casualidad, en vez de tener ante sí esas cosas, piensa de pronto en sí mismo, no encuentra más que un aparato vacío, algo que no conoce, a lo que, por darle alguna realidad, añade el recuerdo de una figura vista en el espejo. Esa sonrisa rara, esos bigotes desiguales, eso desaparecerá de la superficie de la tierra. Cuando me mate, dentro de cinco años, se acabará para mí poder pensar todas esas cosas que desfilaban sin cesar por mi mente. Ya no estaré en la superficie de la tierra y nunca más volveré a ella; mi pensamiento se parará para siempre. Y mi yo me pareció más nulo todavía al verle ya como una cosa que no existe. ¿Cómo iba a ser difícil sacrificar a aquella hacia la cual se dirige constantemente nuestro pensamiento (a la mujer amada), cómo iba a ser difícil sacrificarle ese otro ser en el que no pensamos jamás: nosotros mismos? Y, por eso, ese pensamiento de mi muerte me pareció, como la noción de mi yo, singular; no me fue desagradable en absoluto. De pronto la encontré horriblemente triste; porque, pensando que ya no podía disponer de dinero, pues mis padres vivían, pensé súbitamente en mi madre. Y no pude soportar la idea de lo que mi madre sufriría después de mi muerte. [En la edición de La Pléiade se incluye a pie de página este fragmento para interpolar en el lugar señalado. *(N. de la T.)]*

durar), habría podido acusarse, y en efecto se acusaba, de no rememorar a su madre, cuya muerte la mataba, pero cuyos rasgos no captaba su recuerdo.

¿Por qué iba a creer yo que a Albertina no le gustaban las mujeres? ¿Porque había dicho, sobre todo en los últimos tiempos, que no le gustaban? Pero ¿no se basaba nuestra vida en una perpetua mentira? Nunca, ni una vez me dijo: «¿Por qué no puedo salir libremente? ¿Por qué preguntas a otros lo que hago?» Pero era en efecto una vida demasiado singular para que no me lo preguntara si no comprendiera por qué. Y ¿no era comprensible que a mi silencio sobre las causas de su enclaustración correspondiera por su parte un mismo y constante silencio sobre sus perpetuos deseos, sus recuerdos innumerables, sus innumerables deseos y esperanzas? Francisca parecía saber que yo mentía cuando aludía a un próximo regreso de Albertina. Y su creencia parecía fundada en algo más que en esa verdad que guiaba generalmente a nuestra doméstica: que a los señores no les gusta verse humillados ante sus servidores y no les hacen conocer de la realidad sino aquello que no se aleja demasiado de una ficción favorable, propia para mantener el respeto. Esta vez la creencia de Francisca parecía fundada en otra cosa, como si ella misma hubiera despertado, mantenido la desconfianza en el ánimo de Albertina, sobreexcitado su enfado, en fin, como si la hubiera llevado al punto en que Francisca podría predecir como inevitable la marcha de mi amiga. Si así era, mi versión de una ausencia momentánea, conocida y aprobada por mí, no podía menos de chocar con la incredulidad de Francisca. Pero su idea de la índole interesada de Albertina, la exageración con la que, en su odio, valoraba el «provecho» que Albertina debía de sacar de mí, podían en cierta medida hacer vacilar su certidumbre. Por eso, cuando yo aludía ante ella, como a una cosa muy natural, al próximo regreso de Albertina, Francisca me miraba a la cara (de la misma manera que, cuando el mayordomo del hotel, para fastidiarla, le leía cambiando las palabras una noticia política que ella vacilaba en creer, por ejemplo, el cierre de las iglesias y la deportación de los curas, Francisca, aun desde el rincón de la cocina y sin poder leer, miraba el periódico instintiva y ansiosamente) como si pudiera ver si estaba verdaderamente escrito, si yo no inventaba.

Pero cuando vio que, después de escribir una larga carta, buscaba la dirección exacta de madame Bontemps, aumentó el miedo de Francisca, hasta entonces tan vago, de que Albertina volviera. Y el susto se tornó verdadera consternación cuando, a la mañana siguiente, Francisca me trajo en el correo una carta en cuyo sobre reconoció la letra de Albertina. Se preguntaba si la marcha de ésta no habría sido una simple comedia, suposición que la desolaba doblemente, como si asegurara definitivamente para el porvenir la vida de Albertina en la casa y como si ello fuera para mí, en tanto que amo de Francisca, es decir, para ella misma, la humillación de haber sido engañado por Albertina. Por impaciente que estuviera yo por leer la carta de ésta, no pude menos de mirar un instante los ojos de Francisca, de los que había huido toda esperanza, deduciendo de este presagio la inminencia del regreso de Albertina, como un aficionado a los deportes de invierno deduce con alegría que se acercan los fríos al ver que se van las golondrinas. Por fin se fue Francisca, y una vez seguro de que había cerrado la puerta, abrí sin ruido, para no parecer ansioso, la siguiente carta: Í

«Querido amigo: Gracias por todas las cosas buenas que me dices, estoy a tus órdenes para anular el pedido del Rolls si crees que puedo hacer algo, y yo lo creo. No tienes más que escribirme el nombre de tu intermediario. Tú te dejarías convencer por esa gente que

no busca más que una cosa, vender; ¿y qué ibas a hacer con un auto, tú que no sales nunca? Me conmueve mucho que guardes un buen recuerdo de nuestro último paseo. Créeme que, por mi parte, no olvidaré ese paseo doblemente crepuscular (porque se acercaba la noche y porque íbamos a separarnos) y que sólo con la noche completa se borrará de mi mente.»

Bien me daba cuenta de que esta última frase no era más que eso, una frase, y que Albertina no podía guardar hasta su muerte un recuerdo tan dulce de aquel paseo en el que, ciertamente, no había sentido ningún placer, puesto que estaba impaciente por dejarme. Pero también admiré lo bien dotada que estaba la ciclista, la golfista de Balbec, que, antes de conocerme, no había leído más que *Esther, y* pensé con cuánta razón había juzgado yo que en mi casa había adquirido cualidades nuevas que la hacían diferente y más completa. Y así, aquella frase que le dije en Balbec: «Creo que mi amistad te sería muy valiosa, que soy precisamente la persona que podría darte lo que te falta» -se la puse como dedicatoria en una fotografía: «Con la seguridad de ser providencial»-, esta frase, que escribí sin creer en ella y únicamente porque viera ventaja en tratarme y superara el aburrimiento que en ello podía encontrar, esta frase resultaba también cierta; como, en suma, cuando le dije que no quería verla por miedo de amarla. Dije esto porque, al contrario, sabía que en el trato constante mi amor se amortiguaba y que la separación lo exaltaba; pero, en realidad, el trato constante hizo nacer una necesidad de ella infinitamente más fuerte que el amor de los primeros tiempos de Balbec, de suerte que esta frase también resultó cierta.

Pero, en suma, la carta de Albertina no adelantaba nada la situación. No me hablaba más que de escribir al intermediario. Había que salir de aquella situación, acelerar las cosas, y se me ocurrió la siguiente idea. Envié inmediatamente a Andrea una carta en la que le decía que Albertina estaba en casa de su tía, que me sentía muy solo, que me daría una inmensa satisfacción viniendo a pasar unos días en mi casa y que, como no quería ningún tapujo, le rogaba que se lo dijera a Albertina. Y al mismo tiempo escribí a Albertina como si todavía no hubiera recibido su carta:

«Mi querida amiga: Perdóname lo que vas a comprender muy bien; detesto tanto los tapujos que he querido que lo sepas por ella y por mí. Tenerte tan dulcemente conmigo me ha dejado la mala costumbre de no estar solo. Como hemos decidido que no volverías, he pensado que la persona que mejor te sustituiría, porque cambiaría menos para mí, porque te recordaría más, era Andrea, y le he pedido que venga. Para que la cosa no parezca demasiado brusca, le he hablado de unos días, pero, entre nosotros, creo que esta vez es para siempre. ¿No te parece que tengo razón? Ya sabes que vuestro grupito de muchachas de Balbec ha sido siempre la célula social que más prestigio ha tenido para mí, el grupo al que más me gustó agregarme. Sin duda ese prestigio actúa todavía. Puesto que la fatalidad de nuestros caracteres y la desdicha de la vida han querido que mi pequeña Albertina no pudiera ser mi mujer, creo que tendré de todos modos una mujer en Andrea, no tan encantadora, pero que acaso, por mayores conformidades naturales, podrá ser más feliz conmigo.»

Pero después de echar esta carta al correo me asaltó de pronto la sospecha de que, cuando Albertina me escribió: «Me habría encantado volver si me lo hubieras escrito

directamente», no me lo había dicho sino porque no se lo había escrito directamente y que, si lo hubiera hecho, no habría vuelto tampoco, la idea de que le gustaría saber a Andrea en mi casa y que después fuera mi mujer, con tal de que ella, Albertina, quedara libre; porque ahora, desde hacía ocho días, podía entregarse a sus vicios, destruyendo las precauciones de cada hora que yo había tomado durante seis meses en París y que resultaron inútiles, puesto que en estos ocho días Albertina habría hecho lo que, minuto por minuto, había impedido yo. Pensaba que probablemente estaba lejos, haciendo mal uso de su libertad, y sin duda esta idea me entristecía; pero era una idea general, que no me mostraba nada particular y por el número indefinido de amantes posibles que me hacía suponer, no me permitía fijarme en ninguna, llevando mi mente a una especie de movimiento perpetuo no exento de dolor, pero de un dolor que, por falta de imagen concreta, era soportable. Mas dejó de serlo y se tornó atroz cuando llegó Saint-Loup.

Pero antes de decir por qué me dolieron tanto las palabras que me dijo, debo contar un incidente ocurrido inmediatamente antes de su visita y cuyo recuerdo me alteró después de tal manera que amortiguó, si no la penosa impresión que me produjo mi conversación con Saint-Loup, al menos su importancia práctica. El incidente consistió en esto. Ardiendo de impaciencia por ver a Saint-Loup, le estaba esperando en la escalera (cosa que no habría podido hacer si hubiera estado en casa mi madre, pues era lo que más le disgustaba en el mundo después de «hablar por la ventana»), cuando oí las palabras siguientes:

-Pero ¿no sabe usted hacer que despidan a una persona que le disgusta? No es difícil. No tiene más que, por ejemplo, esconder las cosas que esa persona tiene que traer; entonces, cuando los señores tienen prisa, le llaman, no encuentra nada, pierde la cabeza; mi tía le dirá a usted, furiosa con él: «Pero ¿qué es lo que está haciendo?» Cuando llegue, por fin, todo el mundo estará furioso y él ya no hará lo que tiene que hacer. A las cuatro o cinco veces de repetirse esto, ya puede estar usted seguro de que le despedirán, sobre todo si usted se cuida de manchar con disimulo las cosas que él debe llevar limpias, y otros mil trucos por el estilo.

Enmudecí de asombro, pues estas palabras maquiavélicas y crueles las pronunciaba la voz de Saint-Loup. Yo le había considerado siempre tan buena persona, tan compasivo con los humildes, que aquello me hizo el efecto como si recitara un papel de Satanás; pero seguramente no hablaba en su nombre, no podía ser.

-Pero todo el mundo tiene que ganarse la vida -dijo su interlocutor, al que vi entonces, y que era un criado de la duquesa de Guermantes.

-¿Y a usted qué diablos le importa si va bien en el machito? -replicó, malévolo, Saint-Loup-. Además tendrá usted el gusto de tener un cabeza de turco. Puede muy bien volcarle el tintero en la librea cuando vaya a servir una comida de gala, en fin, no dejarle en paz ni un minuto, hasta que opte por marcharse. Además yo empujaré la rueda, le diré a mi tía que admiro la paciencia que tiene usted sirviendo con semejante bruto.

Salí y Saint-Loup se me acercó, pero después de lo que acababa de oír, tan diferente de lo que yo le conocía, mi confianza en él disminuyó mucho. Y pensaba si una persona capaz de obrar tan cruelmente con un desdichado no habría representado el papel de un traidor para mí en su misión cerca de madame Bontemps. Cuando se marchó, esta reflexión me sirvió sobre todo para que su fracaso no me pareciese una prueba de que yo no podía lograr mi deseo. Pero mientras estuvo conmigo, pensaba en el Saint-Loup de antes, y sobre todo en el amigo que acababa de dejar a madame Bontemps. Lo primero que me dijo fue:

-Te parece que debía haberte telefoneado más, pero siempre me decían que no estabas libre.

Pero lo que me causó un sufrimiento insoportable fue cuando me dijo:

-Bueno, empezando por mi último telegrama, te diré que, después de pasar por una especie de cobertizo, entré en la casa y, al final de un pasillo muy largo, me hicieron entrar en un salón.

A estas palabras de cobertizo, de pasillo, de salón y aun antes de que Saint-Loup acabara de pronunciarlas, mi corazón sufrió una sacudida más rápida que la de una corriente eléctrica, pues la fuerza que en un segundo da más vueltas en torno a la tierra no es la electricidad, es el dolor. ¡Cuántas veces repetí, renovando el choque a placer, aquellas palabras de cobertizo, de pasillo, de salón, cuando Saint-Loup se fue! En un cobertizo se puede esconder una persona con una amiga. Y ¿quién sabe lo que hacía Albertina en aquel salón cuando no estaba su tía? Pero ¿es que yo me había figurado que la casa donde vivía Albertina no podía tener ni cobertizo ni salón? No, no me la había figurado de ninguna manera, o me la había figurado vagamente. Ya había sufrido una vez cuando se individualizó geográficamente el lugar donde estaba, cuando me enteré de que, en vez de estar en dos o tres lugares posibles, estaba en Turena; aquellas palabras de su portera marcaron en mi corazón como en un mapa el punto donde había al fin que sufrir. Pero, una vez acostumbrado a la idea de que estaba en una casa de Turena, no había visto la casa; jamás había surgido en mi imaginación aquella horrible idea de salón, de cobertizo, de pasillo, que ahora me parecían, frente a mí en la retina de Saint-Loup, que las había visto, aquellas piezas en las que Albertina iba y venía, vivía, aquellas piezas en particular y no una infinidad de piezas posibles que se destruían una a otra. Con las palabras de cobertizo, de pasillo, de salón, vi la locura de haber dejado a Albertina ocho días en aquel lugar maldito cuya *existencia* (y no simple posibilidad) acababa de serme revelada. Cuando, ¡oh dolor!, Saint-Loup me dijo también que en aquel salón había oído cantar a voz en grito en una habitación contigua y que era Albertina quien cantaba, comprendí con desesperación que Albertina, libre por fin de mí, era feliz. Había reconquistado su libertad. ¡Y yo que pensaba que iba a venir a ocupar el lugar de Andrea! Mi dolor se tornó en ira contra Saint-Loup.

-Lo único que te pedí fue que evitaras que ella se enterara de tu llegada.

-¡Te creerás que era fácil! Me aseguraron que no estaba. Ya sé que no estás contento de mí, lo noté muy bien en tus telegramas. Pero no eres justo, hice lo que pude.

Ahora que está otra vez suelta, fuera de la jaula donde, en mi casa, pasaba yo días enteros sin hacerla ir a mi cuarto, había recobrado para mí todo su valor, había vuelto a ser aquella a la que todo el mundo seguía, el pájaro maravilloso de los primeros días.

-En fin, resumiendo. En cuanto al dinero, no sé qué decirte, la mujer con quien hablé me pareció tan delicada que temí ofenderla. Pero no hizo ascos cuando hablé de dinero. Y hasta un poco después me dijo que la conmovía ver lo bien que nos entendíamos. Sin embargo, todo lo que dijo luego era tan delicado, tan elevado, que me parecía imposible que aquello de que nos entendíamos tan bien lo hubiera dicho por el dinero que le ofrecía, pues en el fondo yo estaba obrando como un patán.

-Pero quizá no entendió bien, debías habérselo repetido, pues entonces seguramente habría salido bien la cosa.

-Pero ¿cómo no iba a entenderlo? Se lo dije como te lo estoy diciendo a ti, y no es ni sorda ni tonta.

-¿Hizo alguna observación?

-Ninguna.

-Debías habérselo repetido.

-¿Cómo quieres que se lo repitiera? Nada más entrar y ver su aspecto pensé que te habías equivocado, que me hacías meter la pata hasta el corvejón, y era terriblemente difícil ofrecerle dinero de aquel modo. Sin embargo, lo hice por obedecerte, convencido de que me iba a echar a la calle.

-Pero no lo hizo. Luego no había entendido y había que volver a empezar, o podías continuar sobre el tema.

-Eso lo dirás tú, que no había entendido, porque estás aquí, pero te repito que si hubieras asistido a nuestra conversación, no había ningún ruido, lo dije brutalmente y no es posible que no lo entendiera.

-Pero bueno, ¿está bien convencida de que siempre pensé casarme con su sobrina?

-No, si quieres que te diga mi opinión, esa señora no creía que tuvieses la menor intención de casarte. Me dijo que tú mismo habías dicho a su sobrina que querías dejarla. Ni siquiera sé si ahora está convencida de que quieras casarte con ella.

Esto me tranquilizaba un poco, pensando que no estaba tan humillado; luego todavía podía ser amado, tenía más libertad para dar un paso decisivo. Sin embargo, estaba contrariadísimo.

-Siento mucho ver que no estás contento.

-Sí, estoy conmovido, agradecido a tu gentileza, pero me parece que hubieras podido...

-Lo he hecho lo mejor que podía. Ningún otro hubiera podido hacer más, ni siquiera tanto. Prueba a ver.

-Pero lo malo es que no puedo. Si hubiera sabido, no te habría mandado, pero el fracaso de tu gestión me impide hacer otra.

Esto era un reproche: había intentado hacerme un favor y no lo había conseguido. Saint-Loup se cruzó, al marcharse, con unas muchachas que entraban. Y antes había supuesto yo frecuentemente que Albertina conocía a muchachas en el país, pero ahora me torturaba esto por primera vez. Hay que creer que la naturaleza ha conferido a nuestro espíritu el don de segregar un contraveneno natural que destruye las suposiciones que nos hacemos a la vez sin tregua y sin peligro; pero contra aquellas muchachas que Saint-Loup encontró nada me inmunizaba. Mas ¿no eran precisamente estos detalles lo que yo había querido averiguar sobre Albertina a través de quien fuera? ¿No fui yo quien, para conocerlos más exactamente, pedí a Saint-Loup, reclamado por su coronel, que pasara a toda costa por mi casa? ¿No fui yo quien los buscó, yo, o más bien mi dolor hambriento, ansioso de crecer y de nutrirme de ellos? Finalmente Saint-Loup me dijo que había tenido la buena sorpresa de encontrarse cerca de allí a una antigua amiga de Raquel, una bonita actriz que estaba pasando una temporada en las inmediaciones, única cara conocida y que le recordó el pasado. Y el nombre de esta actriz bastó para que yo pensase: «Quizá es con ésa»; y esto fue suficiente para ver, en los brazos mismos de una mujer que yo no conocía, a Albertina sonriente y roja de placer. Y en el fondo, ¿por qué no había de ser así? ¿Acaso me había reprochado yo pensar en mujeres desde que conocí a Albertina? La noche en que estuve por primera vez en casa de la princesa de Guermantes, cuando entré, ¿no lo hice pensando, mucho más que en ésta, en la muchacha de que me había hablado Saint-Loup y que iba a las casas de citas y en la doncella de madame Putbus? ¿No fue por ésta por quien volví a Balbec? Más recientemente, buena gana que tenía de ir a Venecia:

¿por qué no iba a tener Albertina ganas de ir a Turena? Sólo que, en el fondo, ahora me daba cuenta, yo no la habría dejado, no habría ido a Venecia. Y hasta en lo hondo de mí mismo, mientras pensaba: «La dejaré pronto», sabía que no la dejaría nunca, lo mismo que sabía que nunca me pondría a trabajar ni a vivir una vida higiénica; en fin, todo lo que, cada día, me prometía hacer al día siguiente. Pero, fuere lo que fuere lo que yo creyese en el fondo, me había parecido más hábil hacerla vivir bajo la amenaza de una perpetua separación. Y seguramente, con mi detestable habilidad, la había convencido demasiado bien. En todo caso, esto ya no podía seguir así, no podía dejarla en Turena con aquellas muchachas, con aquella actriz; no podía soportar la idea de aquella vida que se me escapaba. Esperaría su respuesta a mi carta: si Albertina obraba mal, qué le íbamos a hacer, un día más o menos importaba poco (y quizá yo lo pensaba porque, habiendo perdido ya la costumbre de que me diera cuenta de cada uno de sus minutos, uno sólo de los cuales que ella pasara libre me habría enloquecido, mis celos no tenían ya la misma división del tiempo). Mas en cuanto recibiera su respuesta, si no volvía iría yo a buscarla; de grado o por fuerza, la arrancaría a sus amigas. Por otra parte, ¿no sería mejor que fuese yo mismo, ahora que había descubierto la maldad de Saint-Loup, que hasta entonces yo no sospechara? Quién sabe si no había organizado toda una trama para separarme de Albertina.

Es porque yo había cambiado, porque entonces no podía suponer qué causas naturales me llevarían un día a esta situación excepcional, pero ¡cómo mentiría yo ahora si le escribiera, como le decía en París, que deseaba que no le ocurriera nada! ¡Ah!, si le ocurriera algo, en vez de estos celos incesantes que me envenenaban la vida encontraría inmediatamente, si no la felicidad, al menos la calma por la supresión del sufrimiento.

La ¿supresión del sufrimiento? ¿Acaso he podido creerlo alguna vez, creer que la muerte no hace sino borrar lo que existe y dejar el resto incólume, que suprime el dolor en el corazón de aquel para quien la existencia del otro no es más que una causa de penas, que suprime el dolor y no pone nada en su lugar? ¡La supresión del dolor! Recorriendo los sucesos de los periódicos, lamentaba yo no tener valor para formular el mismo deseo que Swann. Si Albertina hubiera podido sufrir un accidente, viva, tendría yo un pretexto para correr hacia ella; muerta, recobraría, como decía Swann, la libertad de vivir. ¿Lo creía yo así? Él, aquel hombre tan inteligente y que creía conocerse tan bien, lo creyó. ¡Qué poco sabemos lo que tenemos en el corazón! Poco después, de haber vivido Swann, ¡cómo hubiera podido demostrarle yo que su deseo, a más de criminal, era absurdo, que la muerte de la mujer que amaba no le hubiera liberado de nada!

Renuncié a todo orgullo ante Albertina, le mandé un telegrama desesperado pidiéndole que volviera en las condiciones que fueran, que haría todo lo que quisiera, que sólo pedía besarla un minuto tres veces por semana antes de acostarse. Y aunque ella dijera: una vez nada más, yo aceptaría una vez.

Nunca volvió. Nada más salir mi telegrama, recibí uno. Era de madame Bontemps. El mundo no se crea de una sola vez para cada uno de nosotros. En el transcurso de la vida se van añadiendo cosas que no sospechábamos. ¡Ah!, no fue la supresión del dolor lo que me produjeron las dos primeras líneas del telegrama: «Pobre amigo mío, nuestra pequeña Albertina ya no existe, perdóneme que le diga esta cosa horrible, usted que tanto la amaba. Su caballo la tiró contra un árbol en un paseo. Todo lo que hemos hecho por salvarla ha sido inútil. ¡Ojalá hubiera muerto yo en su lugar!» No, no fue la supresión del dolor sino un dolor desconocido, el dolor de saber que no volvería. Pero ¿no me había

dicho yo varias veces que acaso no volviera? Sí, me lo había dicho, pero ahora me daba cuenta de que ni por un momento lo había creído. Como tenía necesidad de su presencia, de sus besos para soportar el daño que me hacían mis sospechas, desde Balbec había tomado la costumbre de estar siempre con ella. Incluso cuando ella había salido, cuando estaba solo, seguía besándola. Y la besaba también cuando se fue a Turena. Más que su fidelidad, necesitaba su retorno. Y si mi razón podía impunemente ponerlo alguna vez en duda, mi imaginación no dejaba ni un momento de representármelo. Instintivamente me pasaba la mano por el cuello, por los labios, que se veían besados por ella desde que se marchó y que ya nunca más lo serían; me pasaba la mano por ellos, como me acariciaba mi madre cuando murió mi abuela, diciéndome: «Pobrecito mío, ya nunca más te besará tu abuela, que tanto te quería». Toda mi vida futura quedaba arrancada de mi corazón. ¿Mi vida futura? Pero ¿no había pensado a veces vivirla sin Albertina? ¡No! ¿Luego le había consagrado desde hacía mucho tiempo todos los momentos de mi vida hasta mi muerte? ¡Claro que sí! Este porvenir indisoluble de ella yo no había sabido verle, mas ahora que acababa de ser descubierto sentía el lugar que ocupaba en mi corazón desgarrado. Entró en mi cuarto Francisca, que no sabía nada aún; le grité furibundo:

-¿Qué pasa?

Entonces (a veces hay palabras que ponen una realidad diferente en el mismo lugar que la que está frente a nosotros, palabras que nos aturden como un vértigo):

-Señor, no tiene por qué enfadarse. Al contrario, se va a poner muy contento. Son dos cartas de la señorita Albertina.

Más tarde me di cuenta de que debía de tener unos ojos de loco. Ni siquiera estaba contento, ni incrédulo: estaba como quien ve el mismo sitio de su cuarto ocupado por un canapé *y* por una gruta. Ya nada le parece real *y* se derrumba al suelo. Las dos cartas de Albertina debió de escribirlas poco antes del paseo en el que murió. La primera decía:

«Querido amigo: Te agradezco la prueba de confianza que me das diciéndome que piensas llevar a Andrea a tu casa, estoy segura de que aceptará encantada y creo que será una suerte para ella. Como es lista, sabrá aprovechar la compañía de un hombre como tú y la admirable influencia que sabes ejercer sobre una persona. Creo que esa idea que has tenido puede ser tan beneficiosa para ella como para ti. De modo que, si opusiera la menor sombra de dificultad (cosa que no creo), telegrafíame, que ya me encargaré yo de convencerla.»

La segunda estaba fechada un día más tarde. En realidad debió de escribirlas a poca distancia una de otra, puede que al mismo tiempo, retrasando la fecha de la primera. Pues, todo el tiempo, yo había imaginado en el absurdo sus intenciones, suponiendo que eran volver conmigo, y cualquiera que no tuviera nada que ver en el asunto, un hombre sin imaginación, el negociador de un tratado de paz, el comerciante que examina una transacción, las hubieran juzgado mejor que yo. La segunda carta no contenía más que estas palabras:

«¿Será demasiado tarde para que yo vuelva a tu casa? Si todavía no has escrito a Andrea, ¿me aceptarías? Me inclinaré ante tu decisión y te suplico que no tardes en comunicármela, ya puedes pensar con qué impaciencia la espero. Si decides que vuelva tomaré el tren inmediatamente. Tuya, de todo corazón, Albertina.»

Para que la muerte de Albertina hubiera podido suprimir mis sufrimientos, habría sido preciso que el choque la matara no sólo en Turena, sino en mí. En mí nunca estuvo tan viva. Para que un ser entre en nosotros tiene que tomar la forma, adaptarse al marco del tiempo; como no se nos aparece más que en minutos sucesivos, nunca puede presentarnos de él sino un solo aspecto a la vez, entregarnos una sola fotografía. Gran debilidad, sin duda, para un ser, consistir en una simple colección de momentos; gran fuerza también; depende de la memoria, y la memoria de un momento no sabe todo lo que pasó después; ese momento que la memoria registró dura todavía, vive aún, y con él el ser que en él se perfilaba. Y ese desmenuzamiento no sólo hace que la muerte viva: la multiplica. Para consolarme hubiera tenido que olvidar no a una, sino a innumerables Albertinas. Cuando hubiera llegado a soportar la pena de haber perdido a ésta, tendría que volver a empezar con otra, con otras cien.

Mi vida cambió por entero. Lo que había hecho su dulzura, y no por causa de Albertina, sino paralelamente a ella, cuando estaba solo, era precisamente el perpetuo renacer de momentos antiguos a la llamada de momentos idénticos. El rumor de la lluvia me traía el olor de las lilas de Combray; la movilidad del sol en el balcón, las palomas de los Champs Elysées; los ruidos ensordecedores en el calor de la mañana, el frescor de las cerezas; el rumor del viento y el retorno de Pascuas, el deseo de Bretaña o de Venecia. Llegaba el verano, los días eran largos, hacía calor. Era el tiempo en que, muy de mañana, alumnos y profesores van a los parques públicos a preparar bajo los árboles las últimas lecciones, para recoger la postrera gota de frescor que deja caer un cielo menos ardiente que en el centro del día, pero ya también estérilmente puro. Desde mi habitación oscura, con un poder de evocación igual al de antes, pero que ya sólo me daba sufrimiento, sentía que fuera, en el aire pesado, el sol declinante ponía en la verticalidad de las casas, de las iglesias, una mancha leonada. Y si Francisca, al volver, desordenaba sin querer los pliegues de las grandes cortinas, yo sofocaba un grito al desgarrón que acababa de hacer en mí aquel rayo de sol antiguo que me había hecho encontrar bella la fachada nueva de Bricqueville l'Orgueilleuse cuando Albertina me dijo: «Está restaurada.» No sabiendo cómo explicar a Francisca mi suspiro, le decía: «¡Ah!, tengo sed». Francisca salía, entraba, pero yo me volvía violentamente, bajo la dolorosa descarga de uno de los mil recuerdos invisibles que a cada momento estallaban en la sombra en torno mío: acababa de ver que Francisca traía sidra *y* cerezas, aquella sidra *y* aquellas cerezas que un mozo de granja nos trajo al coche en Balbec, especies con las que, en otro tiempo, habría comulgado yo lo más perfectamente, con el arco iris de los comedores oscuros en los días ardientes. Entonces pensé por primera vez en la granja de Ecorres y me dije que, algunos días en que Albertina me decía en Balbec que no estaba libre y que tenía que salir con su tía, acaso estaba con una amiga en una granja que ella sabía que no entraba en mis costumbres y donde, mientras yo me paraba en Marie-Antoinette y me decían: «Hoy no la hemos visto», ella empleaba con su amiga las mismas palabras que conmigo cuando salíamos juntos: «No se le ocurrirá buscarnos aquí, y así estaremos tranquilas». Yo le decía a Francisca que cerrara las cortinas para no ver aquel rayo de sol. Pero el rayo de sol seguía filtrándose, igual de corrosivo, en mi memoria. «No me gusta, está restaurada, pero mañana iremos a Saint-Martin-le-Vêtu, pasado mañana a...» Mañana, pasado mañana, era un porvenir de vida común, quizá para siempre, que comienza; mi corazón se lanza hacia él, pero ya no está allí, Albertina ha muerto.

Le pregunté a Francisca qué hora era. Las seis. Por fin, a Dios gracias, iba a desaparecer aquel calorazo del que en otro tiempo me quejaba con Albertina y que tanto nos gustaba. Se acababa el día. Pero ¿qué adelantaba yo con que se acabara? Venía el fresco del atardecer, era la puesta del sol; en mi memoria, al final de un camino que tomábamos juntos para volver, vislumbraba yo, más allá del último pueblo, como una estación distante, inaccesible para la noche, aunque parásemos en Balbec, siempre juntos. Juntos entonces, ahora había que pararse en seco ante ese mismo abismo: ella había muerto. Ya no bastaba cerrar las cortinas, yo intentaba cerrar los ojos y los oídos de mi memoria para no volver a ver aquella franja anaranjada del poniente, para no oír aquellos invisibles pájaros que se contestaban de un árbol a otro a cada lado mío que tan tiernamente abrazaba entonces la que ahora estaba muerta. Procuraba evitar aquellas sensaciones que daban la humedad de las hojas en el atardecer, la subida y el descenso de las veredas empinadas. Pero estas sensaciones me habían llevado lo bastante lejos del momento actual para que hubiera todo el retroceso, todo el impulso necesario para herirme de nuevo la idea de que Albertina estaba muerta. ¡Ah!, nunca, nunca más entraría en un bosque, nunca más pasearía entre árboles. Pero ¿acaso las grandes llanuras me serían menos crueles? ¡Cuántas veces atravesé para ir a buscar a Albertina, cuántas veces volví a seguir, a la vuelta con ella, la gran llanura de Cricqueville, ora con tiempo brumoso en el que la inundación de la niebla nos daba la ilusión de estar rodeados de un inmenso lago, ora en noches límpidas en que la luna, desmaterializando la tierra, hacía que pareciera, a dos pasos, celestial como, de día, sólo lo es en la lejanía, circundaba los campos, los bosques, asimilándolos con el firmamento en el ágata arborizada de un solo azur!

Francisca debía de estar contenta con la muerte de Albertina, y hay que hacerle la justicia de reconocer que, con una especie de conveniencia y de tacto, no simulaba tristeza. Pero las leyes no escritas de su antiguo odio y su tradición de campesina medieval que llora como en las canciones de gesta eran más antiguas que su odio a Albertina y hasta a Eulalia. Así ocurrió uno de aquellos atardeceres que, como yo no disimulaba bastante rápidamente mi dolor, percibió mis lágrimas con aquel su instinto de antigua aldeanita que antaño le hiciera capturar y hacer sufrir a los animales, no sentir sino alegría estrangulando a los pollos y cociendo vivas las langostas, y cuando yo estaba enfermo, observando, como las heridas que ella infligía a una lechuza, mi mala cara, yendo luego a contarlo en un tono fúnebre y como un presagio de desgracia. Pero su «costumbre» de Combray no le permitía tomar a la ligera las lágrimas, la pena, cosas que consideraba tan funestas como quitarse la prenda de abrigo y comer sin gana. «¡Oh, no, señor, no hay que llorar así, le va a hacer daño!» Y, queriendo que dejara de llorar, parecía tan asustada como si yo estuviera chorreando sangre. Desgraciadamente adopté un gesto tan frío que cortó en seco las efusiones que ella preparaba y que, por lo demás, quizá fueran sinceras. Acaso le ocurría con Albertina como con Eulalia, y ahora que mi amiga no podía sacar de mí ningún provecho, Francisca habría dejado de odiarla. De todos modos puso empeño en demostrar que se daba muy bien cuenta de que yo estaba llorando y, sólo por seguir el funesto ejemplo de los míos, no quería «que se viera». «No llore, señor -me dijo, esta vez en un tono más calmoso, y más bien por demostrar su clarividencia que por manifestarme su compasión. Y añadió-: Tenía que ocurrir, era demasiado feliz; la pobre no supo apreciar su felicidad.»

¡Cuánto tarda en morir el día en esas desmesuradas tardes de verano! Un pálido

fantasma de la casa de enfrente seguía indefinidamente acuarelando en el cielo su persistente blancura. Por fin anochecía en el piso, yo tropezaba con los muebles de la antesala, pero en la puerta de la escalera, en medio de la oscuridad que yo creía total, la parte encristalada estaba traslúcida y azul, de un azul de flor, de un azul de ala de insecto, de un azul que me habría parecido como un cuchillo, un corte supremo que, con su crueldad infatigable, me traía aún el día.

Pero por fin llegaba la oscuridad completa; mas entonces me bastaba ver una estrella junto a un árbol del patio para recordarme nuestras salidas en coche, después de cenar, a los bosques de Chantepie, tapizados de luna. Y hasta en las calles me ocurría aislar sobre el respaldo de un banco, recoger la pureza natural de un rayo de luna en medio de las luces artificiales de París, de un París sobre el que hacía reinar poniendo por un momento, para mi imaginación, la ciudad en la naturaleza, con el silencio infinito de los campos evocados, el recuerdo doloroso de los paseos que había hecho con Albertina. ¡Ah!, ¿cuándo terminaría la noche? Mas al primer frescor del alba me entristecía, porque me traía la dulzura de aquel verano en el que, de Balbec a Incarville, de Incarville a Balbec, tantas veces nos habíamos acompañado uno a otro hasta el amanecer. Ya sólo una esperanza me quedaba -una esperanza mucho más desgarradora que un miedo-: olvidar a Albertina. Sabía que un día la olvidaría, bien había olvidado a Gilberta, a madame de Guermantes; bien había olvidado a mi abuela. Y nuestro más justo y más cruel castigo por ese olvido tan total, apacible como el de los cementerios, por ese olvido que nos separa de los que ya no amamos, es que ese mismo olvido lo entrevemos como inevitable en cuanto a las personas que amamos todavía. A decir verdad, sabemos que es un estado no doloroso, un estado de indiferencia. Pero como no podemos pensar a la vez en lo que éramos y en lo que seremos, yo pensaba con desesperación en todo ese tegumento de caricias, de besos, de sueños amigos, de todo eso que muy pronto nos van a quitar. El impulso de aquellos recuerdos tan tiernos, viniendo a romperse contra la idea de que Albertina estaba muerta, me oprimía con el entrechoque de unas corrientes tan opuestas que no podía permanecer inmóvil; me levantaba, pero de pronto me paraba, derribado; el mismo amanecer que veía cuando acababa de dejar a Albertina, radiante aún, caliente aún de sus besos, acababa de sacar por encima de las cortinas su hoja ahora siniestra cuya blancura fría, implacable y compacta me daba como una puñalada.

Pronto comenzarían los ruidos de la calle, permitiendo leer en la escala cualitativa de sus sonoridades el grado del calor creciente en que resonarían. Mas en este calor que unas horas después se impregnaría de olor a cerezas, lo que yo encontraba (como en un medicamento en el que la sustitución de uno de sus componentes por otro basta para hacer, de un euforizante y de un excitante que era, un deprimente) no era ya el deseo de las mujeres, sino la angustia de la partida de Albertina. Además el recuerdo de todos mis deseos estaba tan impregnado de ella, y de sufrimiento, como el recuerdo de los placeres. A aquella Venecia donde yo había creído que su presencia me importunaría (sin duda porque sentía confusamente que me sería necesaria), ahora que Albertina ya no estaba prefería no ir. Albertina me había parecido un obstáculo interpuesto entre mí y todas las cosas porque era para mí su continente y era de ella, como de un vaso, de quien podía recibirlas. Ahora que el vaso se había roto ya no me sentía con valor para cogerlas y no había ni una sola de la que no me apartase, abatido prefiriendo no probarlas. De suerte que mi separación de ella no me abría en modo alguno el campo de los placeres posibles que había creído cerrado para mí por su presencia. Además, el obstáculo que quizá su

presencia había sido, en efecto, para mis viajes, para mis goces de la vida, lo único que había hecho, como ocurre siempre, era tapar los demás obstáculos, que reaparecían intactos ahora que el otro había desaparecido. De esta misma manera, cuando, en otro tiempo, una visita amable me impedía trabajar, si al día siguiente me quedaba solo, no por eso trabajaba más. Si una enfermedad, un duelo, un caballo desbocado nos hacen ver la muerte de cerca, cuánto gozaríamos de todo eso que vamos a perder. Y una vez pasado el peligro lo que encontramos de nuevo es la misma vida monótona en la que nada de aquello existía para nosotros.

Esas noches tan cortas duran poco. Volvería el invierno, en el que ya no tendría que temer el recuerdo de las excursiones con ella hasta el alba demasiado temprana. Pero ¿no me traerían las primeras heladas, conservado en su hielo, el germen de mis primeros deseos, cuando mandaba a buscarla a media noche, pues el tiempo me parecía demasiado largo hasta su llamada, aquella llamada que ahora podría esperar eternamente en vano? ¿No me traerían el germen de mis primeras inquietudes cuando, dos veces, creí que no volvería? En aquel tiempo la veía de tarde en tarde; pero hasta aquellos intervalos entre sus visitas que hacían surgir a Albertina, al cabo de unas semanas, del seno de una vida desconocida que yo no intentaba poseer, aseguraban mi tranquilidad impidiendo que las veleidades de mis celos, continuamente interrumpidas, se aglomeraran, formaran bloque en mi corazón. Aquellos intervalos, tan calmantes que fueron en aquel tiempo, ahora, retrospectivamente, estaban llenos de dolor desde que había dejado de serme indiferente lo que, en su duración, pudiera ella haber hecho, ahora que ya no podría recibir ninguna visita de ella; de suerte que aquellas noches de enero en que venía, y que por eso me eran tan dulces, ahora me insuflarían en su agudo cierzo una inquietud que entonces no conocía y me traerían, pero ya pernicioso, el primer germen de mi amor, conservado en su hielo. Y pensando que volvería a empezar aquel tiempo frío que, desde Gilberta y mis juegos en los Champs-Elysées, tanto me entristeciera siempre; cuando pensaba que volverían aquellos atardeceres semejantes a aquel atardecer, a aquel atardecer de nieve en que toda una noche esperé vanamente a Albertina, entonces, como un enfermo del pecho que se pone en el punto de vista del cuerpo, por su pecho, yo, moralmente, en aquellos momentos lo que más temía para mi dolor, para mi corazón, era el retorno de los grandes fríos, y me decía que quizá lo más duro que había que pasar sería el invierno.

Como el recuerdo de Albertina estaba unido a todas las estaciones tendría que haberlas olvidado todas, aunque luego hubiera de recomenzar a conocerlas, como un viejo adolecido de hemiplejía aprende de nuevo a leer; tendría que renunciar a todo el universo. Sólo una verdadera muerte de mí mismo, decía, podría consolarme de la suya (pero es imposible). No pensaba que la muerte de uno mismo no es ni imposible ni extraordinaria; se consuma independientemente de nuestra voluntad, y aun contra nuestra voluntad, cada día. Y padecería la repetición de todos esos días que no solamente la naturaleza, sino circunstancias artificiales, un orden más convencional, introducen en una estación. Pronto llegaría la fecha en que, el otro verano, fui a Balbec, y en que mi amor, no inseparable todavía de los celos y que no se preocupaba de lo que Albertina hiciera todo el día, había de sufrir tantas evoluciones, antes de llegar a ser, tan diferente, el de los últimos tiempos, que este año final en que comenzó a cambiar y en que acabó el destino de Albertina me parecía colmado, diverso, vasto como un siglo. Después sería el recuerdo de días posteriores, pero en años anteriores, los domingos de mal tiempo, en los que, sin embargo, todo el mundo había salido, en el vacío de la tarde, cuando el ruido del viento y

de la lluvia me hubieran invitado a quedarme «filosofando bajo los tejados», ¡con qué ansiedad vería aproximarse la hora en que Albertina, tan poco esperada, había venido a verme, me había acariciado por primera vez, interrumpiéndose por Francisca, que traía la lámpara, en aquel tiempo dos veces muerto en que era Albertina la que sentía curiosidad por mí, en que mi cariño a ella podía legítimamente tener tanta esperanza! Aun en una estación más adelantada, aquellas tardes gloriosas en que los oficios, los pensionados entreabiertos como capillas, bañados de un polvo dorado, coronan la calle de esas semidiosas que, charlando no lejos de nosotros con sus compañeras, nos inspiran la fiebre de penetrar en su existencia mitológica, no me recordaban ya más que el cariño de Albertina que, junto a mí, era un impedimento para acercarme a ellas.

Por otra parte, al recuerdo de las horas, aun de las puramente naturales, se sumaba forzosamente el paisaje moral que hace de ellas algo único. Cuando, más tarde, oyera el cuerno del cabrero, en el primer buen tiempo, casi italiano, el mismo día mezclaría sucesivamente a su luz la ansiedad de saber a Albertina en el Trocadero, quizá con *Léa y* las dos muchachas, después la dulzura familiar y doméstica, casi como de una esposa, que entonces me parecía pesada y que Francisca iba a traerme. Aquel mensaje telefónico de Francisca que me transmitió el homenaje obediente de Albertina volviendo con ella, había creído que me enorgullecía. Me equivocaba. Si me encantó fue porque me hacía sentir que mi amada era muy mía, que no vivía sino por mí y, aun a distancia, sin necesidad de ocuparme de ella, me consideraba su esposo y su dueño, volviendo a casa a una señal mía. Y así, aquel mensaje telefónico fue una parcela de dulzura venida de lejos, emitida desde aquel barrio del Trocadero donde resultó que había para mí manantiales de felicidad que me enviaban tranquilizantes moléculas, bálsamos calmantes, devolviéndome al fin una tan dulce libertad de espíritu que ya no tuve más que esperar -entregándome sin la restricción del menor cuidado a la música de Wagner- la llegada segura de Albertina, esperarla sin fiebre, sin ninguna impaciencia, allí donde no supe reconocer la felicidad. Y la causa de aquella felicidad de que volviera, de que obedeciera y me perteneciera, estaba en el amor, no en el orgullo. Ahora no me importaría nada tener a mis órdenes cincuenta mujeres volviendo a una señal mía no ya del Trocadero, sino de las Indias. Pero aquel día, sintiendo a Albertina, que, mientras yo estaba solo tocando el piano, volvía dócilmente a mí, respiré, diseminada como un polvillo en el sol, una de esas sustancias que, así como otras son saludables para el cuerpo, hacen bien al alma. Después fue la llegada de Albertina transcurrida una hora, luego el paseo con ella, llegada y paseo que yo creí fastidiosos porque iban acompañados para mí de seguridad, pero que, por esta misma seguridad, a partir del momento en que Francisca me telefoneó que traía a Albertina, pusieron una calma de oro en las horas siguientes, hicieron como una segunda jornada muy distinta de la primera porque tenía un substrato moral muy diferente, un substrato moral que hacía de ella una jornada singular sumada a la variedad de las otras jornadas vividas hasta entonces, y que nunca hubiera imaginado -como no podríamos imaginar el reposo de un día estival si esos días no existieran en la serie de los que hemos vivido-; una jornada de la que no podía decir absolutamente que la recordase, pues a aquella calma se superponía ahora un sufrimiento que entonces no había sentido. Pero mucho después, cuando, poco a poco, fui atravesando en sentido inverso los tiempos por los que había pasado antes de amar tanto a Albertina, cuando mi corazón cicatrizado pudo separarse sin sufrimiento de Albertina muerta, entonces, cuando pude por fin recordar sin sufrir el día que Albertina fue de compras con Francisca en vez de quedarse

en el Trocadero, recordé con placer aquel día de una estación moral que no había conocido hasta entonces; recordé por fin exactamente, sin sufrimiento, al contrario: como recordamos ciertos días de verano que encontramos muy calurosos cuando los vivimos, y de los que sólo después sacamos la ley sin aleación de oro fijo y de indestructible azur.

De suerte que aquellos años no imponían solamente en el recuerdo de Albertina, que los hacía tan dolorosos, los colores sucesivos, las modalidades diferentes, la ceniza de sus estaciones o de sus horas, atardeceres de junio en las noches de invierno, claros de luna en el mar cuando, al amanecer, volvíamos a casa, nieve de París en las hojas muertas de Saint-Cloud, sino también la especial idea que yo me hacía sucesivamente de Albertina, del aspecto fisico con que me la imaginaba en cada uno de aquellos momentos, de la mayor o menor frecuencia con que la veía en aquella temporada, 1 que yo encontraba más dispersa o más compacta, de las ansiedades que había podido causarme en la espera, de lo que yo hubiera sentido por ella en un determinado momento, de las esperanzas concebidas, perdidas después; todo esto variaba el carácter de mi tristeza retrospectiva tanto como las impresiones de luz o de perfume que a ella se asociaban, y completaba cada uno de los años solares que yo había vivido y que sólo con sus primaveras, sus otoños, sus inviernos, eran ya tan tristes por el recuerdo inseparable de ella, que le añadían una especie de año sentimental en el que las horas no las definía ya la posición del sol, sino la espera de una cita; en el que la duración de los días o los aumentos de la temperatura los media la tensión de mis esperanzas, el progreso de nuestra intimidad, la transformación sucesiva de su rostro, los viajes que había hecho, la frecuencia y el estilo de las cartas que me había escrito en la ausencia, su mayor o menor prisa por verme a su regreso. Y por último, aquellos cambios de tiempo, aquellos días diferentes, si cada uno de ellos me traía otra Albertina, no era solamente por la evocación de los momentos semejantes. Mas se recordará que siempre, aun antes de que yo llegase a amar, cada una hizo de mí un hombre diferente, con otros deseos porque las percepciones eran otras, y que, por no haber soñado la víspera más que tempestades y acantilados, si el día indiscreto de primavera deslizaba un olor a rosas por la valla entreabierta de su sueño, se despertaba camino de Italia. Hasta en mi amor, el estado cambiante de mi atmósfera moral, la presión variable de mis creencias, ¿no disminuyeron un día la visibilidad de mi propio amor, no le extendieron otro indefinidamente, no le embellecieron otro hasta la sonrisa, no lo constriñeron una vez hasta la tormenta? Somos solamente por lo que poseemos, no poseemos más que lo que nos es realmente presente, ¡y son tantos los recuerdos, los humores, las ideas que se nos van a lejanos viajes, en los que todo eso lo perdemos de vista! Y ya no podemos ponerlos en la cuenta total, que es nuestro ser. Pero todo eso tiene caminos secretos para volver a nosotros. Y algunas noches, dormido ya, casi sin añorar a Albertina -sólo podemos añorar lo que recordamos-, encontraba al despertar toda una flota de recuerdos que habían venido a navegar en mi más clara consciencia, que yo distinguía clarísimamente. Entonces me ponía a llorar lo que tan bien veía y que la víspera no era para mí más que la nada. El nombre de Albertina, su muerte, habían cambiado de sentido; sus traiciones recobraban de pronto toda su importancia.

¿Cómo se me apareció muerta, cuando ahora, para pensar en ella, sólo tenía a mi disposición las mismas imágenes que veía, una u otra, cuando estaba viva? Alternativamente rápida e inclinada sobre su bicicleta, como los días de lluvia corriendo sobre su rueda mitológica, o bien, las noches en que llevábamos *champagne* a los bosques de Chantepie, provocadora labor, cambiada, con aquel color lívido, encarnado

solamente en los pómulos, cuando, distinguiéndola mal en la oscuridad del coche, la acercaba a la claridad de la luna, y ahora intentaba en vano recordarla, volver a verla, en una oscuridad que nunca terminaría. De suerte que hubiera tenido que destruir en mí, no una sola Albertina, sino innumerables Albertinas. Cada una de ellas iba unida a un momento, a una fecha en la que yo me hallaba de nuevo cuando veía a aquella Albertina. Y esos momentos del pasado no son inmóviles; conservan en nuestra memoria el movimiento que los lleva hacia el futuro -hacia el futuro vuelto a su vez pasado-, que nos llevan a él a nosotros mismos. Jamás acaricié a la Albertina encauchutada de los días de lluvia, quería pedirle que se quitara aquella armadura, quería vivir con ella el amor de los campos, la fraternidad del viaje. Pero ya no era posible: había muerto. También me hice siempre el desentendido por miedo a depravarla, las noches en que parecía ofrecerme placeres que, de haber accedido yo, acaso no hubiera buscado en otros, y que ahora excitaban en mí un deseo furioso. No los sentiría parecidos con ninguna otra, mas aquella que me los habría dado, ya podía yo recorrer el mundo sin encontrarla, pues Albertina había muerto. Parecía que tuviese que elegir entre dos hechos, decidir cuál era el verdadero, tan en contradicción estaba el de la muerte de Albertina -venido para mí de una realidad que no conocí, su vida en Turena- con todos mis pensamientos relativos a ella, mis deseos, mis pesares, mi ternura, mi furia, mis celos. Riqueza tal de recuerdos sacados del repertorio de su vida, profusión tal de sentimientos que evocaban, que implicaban su vida, parecían hacer increíble que Albertina hubiera muerto. Profusión tal de sentimientos, pues como mi memoria conservaba mi cariño, le dejaba toda su variedad. Y no era sólo Albertina una sucesión de momentos, lo era también yo mismo. Mi amor a ella no era simple: a la curiosidad de lo desconocido se sumaba un deseo sensual, y a un sentimiento de una dulzura casi familiar, tan pronto la indiferencia, tan pronto unos celos furiosos. Yo no era un solo hombre, sino el desfile de un ejército complejo, en el que había apasionados, indiferentes, celosos -ninguno de los cuales estaba enamorado de la misma mujer-. Y seguramente de esto vendría un día la curación que yo no deseaba. En una multitud, los elementos pueden, uno por uno, sin darnos cuenta, ser reemplazados por otros, que otros eliminan a su vez, de tal modo que, al fin, se ha realizado un cambio que no se podría concebir si fuéramos sólo uno. La complejidad de mi amor, de mi persona, multiplicaba, diversificaba mis sufrimientos. Sin embargo, podían situarse siempre en los dos grupos cuya alternancia había constituido toda la vida de mi amor a Albertina, alternativamente entregado a la confianza y a la sospecha celosa.

Si me costaba pensar que Albertina, tan viva en mí (ostentando como yo el doble arnés del presente y del pasado), estaba muerta, quizá era también contradictorio que aquella sospecha de las faltas de que Albertina, ya despojada de la carne que había gozado de ellas, del alma que había podido desearlas, no era ya capaz ni responsable, provocara en mí tal sufrimiento, un sufrimiento que yo habría bendecido si hubiera podido ver en él la prueba de la realidad moral de una persona materialmente inexistente, en vez del reflejo, destinado a extinguirse a su vez, de impresiones que en otro tiempo me causara. Una mujer que ya no podía experimentar placeres con otros no debiera suscitarme celos, aun cuando mi ternura hubiera podido ejercerse. Pero esto era imposible, puesto que no podía encontrar su objeto, Albertina, más que en los recuerdos en los que estaba viva. Como sólo pensando en ella la resucitaba, sus traiciones no podían nunca ser las de una muerta, pues el momento en que las había cometido pasaba a ser el momento actual, no sólo para

Albertina, sino para aquel de mis yos súbitamente evocado que la contemplaba. De suerte que ningún anacronismo podía separar nunca la pareja indisoluble en la que con cada nuevo culpable se apareaba inmediatamente un celoso lamentable y siempre contemporáneo. Los últimos meses la había tenido encerrada en mi casa. Pero ahora, en mi imaginación, Albertina estaba libre; hacía mal uso de esta libertad, se prostituía con unas, con otras. Antes yo pensaba continuamente en el incierto porvenir que se extendía ante nosotros, intentaba leer en él. Y ahora lo que tenía ante mí como un doble del futuro (tan preocupante como un porvenir, puesto que era igualmente incierto, tan difícil de descifrar, tan misterioso, más cruel aún porque yo no tenía como para el porvenir la posibilidad o la ilusión de influir en él y también porque se prolongaba tanto como mi vida misma, sin que estuviera allí mi compañera para calmar los sufrimientos que me causaba) ya no era el futuro de Albertina, era su Pasado. ¿Su Pasado? Está mal dicho, porque para los celos no hay ni pasado ni futuro y lo que imaginan es siempre el Presente.

Los cambios de la atmósfera provocan otros en el hombre interior, despiertan yos olvidados, alteran el adormecimiento de la costumbre, inyectan nueva fuerza a esos recuerdos, a esos sufrimientos. ¡Cuánto más aún para mí si este tiempo nuevo que hacía me recordaba aquel en que Albertina, en Balbec, bajo la amenaza de la lluvia, iba, por ejemplo, Dios sabe por qué, a dar grandes paseos con el *maillot* ceñido de su impermeable! Si viviera, seguramente hoy, con este tiempo tan parecido, iría a hacer en Turena una excursión como aquéllas. Como ya no podía hacerlo, yo no debería sufrir con esta idea; pero, como les ocurre a los amputados, el menor cambio de tiempo renovaba mis dolores en el miembro que ya no existía.

De pronto era un recuerdo que no había tenido desde hacía mucho tiempo, pues había quedado disuelto en la fluida e invisible extensión de mi memoria, que se cristalizaba. Así, hacía varios años, hablando de su albornoz de ducha, Albertina enrojeció. En aquella época ya no tenía celos de ella. Pero más tarde quise preguntarle si recordaba aquella conversación y podía decirme por qué se había ruborizado. La cosa me preocupó más porque me dijo que las dos muchachas amigas de Léa iban a aquellos baños del hotel y se decía que no sólo a ducharse. Mas por miedo a enfadar a Albertina, o esperando un momento mejor, siempre aplacé hablarle de aquello y después dejé de pensar en ello. Y de pronto, al poco tiempo de morir Albertina, me volvió aquel recuerdo, con ese carácter a la vez irritante y solemne de los enigmas que permanecen insolubles para siempre por la muerte de la única persona que pudiera aclararlos. ¿No podría yo al menos intentar saber si Albertina había hecho algo malo o sólo había parecido sospechosa en aquel establecimiento de duchas? Quizá lo averiguara enviando a alguien a Balbec. Mientras vivía, seguramente no hubiera averiguado nada. Pero las lenguas se sueltan curiosamente contando una falta cuando ya no hay que temer el rencor del culpable. Como la imaginación está constituida de una manera rudimentaria, simplista (pues no ha pasado por las innumerables transformaciones que modifican los modelos primitivos de los inventos humanos, apenas reconocibles, ya sea del barómetro, del globo, del teléfono, etc., en sus perfeccionamientos posteriores), sólo nos permite ver pocas cosas a la vez, y aquel recuerdo del establecimiento de duchas ocupaba todo el campo de mi visión interior.

A veces, en las oscuras calles del sueño tropezaba con una de esas pesadillas que no son muy graves por una primera razón: que la tristeza que engendran apenas se prolonga una hora después del despertar, como esos malestares que causan los somníferos, y por otra razón: que sólo se tienen rara vez, apenas cada dos o tres años. Y aun no es seguro que

las hayamos tenido -y que no tengan más bien ese aspecto de no producirse por primera vez que proyecta sobre ellas una ilusión, una subdivisión (pues decir desdoblamiento no bastaría). Como tenía dudas sobre la vida, sobre la muerte de Albertina, hacía tiempo que debería haber hecho averiguaciones. Pero el cansancio, la misma cobardía que me hiciera someterme a Albertina cuando estaba aquí, me impedían emprender nada cuando ya no la veía. Y, sin embargo, de la debilidad arrastrada durante tantos años surgió a veces un rayo de energía. Por lo menos me decidí a esta averiguación, muy parcial.

Dijérase que no había habido otra cosa en toda la vida de Albertina. Me preguntaba a quién podría enviar a intentar una averiguación sobre el terreno, en Balbec. Amado me pareció buena elección. Además de que conocía perfectamente el escenario, pertenecía a esa clase de gente del pueblo que se cuida de su interés, fieles a las personas a quienes sirven, indiferentes a toda especie de moral y de los que decimos: «son buenas personas» (pues si les pagamos bien, en su obediencia a nuestra voluntad resultan tan incapaces de indiscreción, de negligencia o de deslealtad como desprovistos de escrúpulos). Podemos tener en ellos una confianza absoluta. Después de marcharse Amado, pensé cuánto mejor hubiera sido que lo que él iba a intentar averiguar pudiera preguntárselo yo ahora a la misma Albertina. Y como la idea de esta pregunta que yo hubiera querido hacerle, que me parecía que iba a hacerle, trajo en seguida a Albertina a mi lado, no en virtud de un esfuerzo de resurrección, sino como por el azar de uno de esos reencuentros que, como en las fotografías no preparadas, dejan siempre a la persona más viva, al mismo tiempo que imaginaba nuestra conversación sentía su imposibilidad; acababa de abordar por una nueva cara la idea de que Albertina estaba muerta, Albertina, que me inspiraba esa ternura que sentimos por los ausentes cuya vista no viene a rectificar la imagen embellecida, inspirando también la tristeza de que esa ausencia fuese eterna y de que la pobre pequeña quedara privada para siempre de la dulzura de la vida. E inmediatamente, por una brusca traslación, pasaba de la tortura de los celos al desespero de la separación.

Lo que ahora me embargaba el corazón era, en lugar de rencorosas sospechas, el tierno recuerdo de las horas de cariño confiado pasadas con la hermana que su muerte me había hecho realmente perder, pues mi pena se refería no a lo que Albertina había sido para mí, sino a lo que mi corazón, deseoso de participar en las emociones más generales del amor, me había convencido poco a poco de que era; entonces me daba cuenta de que aquella vida que tanto me había aburrido (al menos yo lo creía) había sido, por el contrario, deliciosa; ahora sentía que a los menores momentos pasados hablando con ella de cosas incluso insignificantes se unía, se amalgamaba una voluptuosidad que entonces, verdad es, yo no percibía, pero, sin embargo, buscaba aquellos momentos perseverantemente y con exclusión de todo lo demás; los menores incidentes que recordaba -un movimiento que ella hizo junto a mí en el coche, o para sentarse a la mesa frente a mí en su cuarto- propagaban en mi alma un oleaje de dulzura y de tristeza que la iban invadiendo poco a poco toda entera.

Aquella estancia donde comíamos no me había parecido nunca bonita, pero le decía a Albertina que lo era para que estuviera contenta de vivir en ella. Ahora las cortinas, las sillas, los libros habían dejado de serme indiferentes. No sólo el arte pone encanto y misterio en las cosas más insignificantes; ese mismo poder de ponerlas en relación íntima con nosotros lo tiene también el dolor. En el momento mismo yo no presté ninguna atención a aquella comida que hicimos juntos al volver del Bois, antes de ir yo a casa de los Verdurin, y ahora volvía los ojos llenos de lágrimas a la belleza, a la grave dulzura de

aquella comida. Una impresión del amor no está en proporción con las demás impresiones de la vida, pero sólo en medio de ellas podemos darnos cuenta de aquélla. No es desde abajo, en el tumulto de la calle y el barullo de las casas vecinas, sino alejándose, cuando, desde las laderas de una colina cercana, a una distancia en la que toda la población ha desaparecido o ya no forma más que un amasijo confuso a ras de tierra, se puede, en el recogimiento de la soledad *y* de la noche, apreciar, única, persistente *y* pura, la altura de una catedral. Yo intentaba abarcar la imagen de Albertina a través de mis lágrimas pensando en todas las cosas serias y justas que ella dijo aquella noche.

Una mañana creí ver la forma oblonga de una colina en la niebla, sentir el calor de una taza de chocolate, mientras me oprimía horriblemente el corazón aquel recuerdo de la tarde en que Albertina vino a verme y la besé por primera vez: es que acababa de oír el hipo del calorífero de agua que acababan de encender. Y arrojé con rabia una invitación de madame Verdurin que acababa de traerme Francisca. Aquella impresión que tuve, yendo por primera vez a comer a la Raspelière, de que la muerte no hiere a todas las personas a la misma edad, ¡con cuánta más fuerza la sentía ahora que Albertina había muerto, tan joven, y que Brichot seguía comiendo en casa de madame Verdurin, que continuaba recibiendo y quizá recibiera durante muchos años más! Y el nombre de Brichot me recordó en seguida el final de aquella fiesta en que me acompañó, cuando vi desde abajo la luz de la lámpara de Albertina. Ya había pensado en esto otras veces, pero no había abordado este recuerdo por el mismo lado. Pues si nuestros recuerdos son bien nuestros, lo son a la manera de esas casas que tienen pequeñas puertas escondidas que a veces ni siquiera conocemos y que alguien de la vecindad nos abre, de tal modo que entramos en nuestra casa por un lado por el que no habíamos entrado nunca. Entonces, pensando en el vacío que ahora encontraría al volver a mi casa, que ya no vería nunca desde abajo el cuarto de Albertina en el que se había apagado para siempre la luz, comprendí cómo me equivoqué aquella noche en la que, al dejar a Brichot, me creí irritado, pesaroso de no poder irme de paseo y hacer el amor en otro sitio y que solamente porque creía seguro el tesoro cuyos reflejos venían desde arriba hasta mí, no me detuve a calcular su valor y por esto me parecía forzosamente inferior a unos placeres, por pequeños que fueran pero que, tratando de imaginarlos, los valoraba. Comprendí que aquella vida que había hecho en París en mi casa, que era su casa, era precisamente la realización que yo soñaba y creía imposible la noche en que Albertina durmió bajo el mismo techo que yo en el Gran Hotel de Balbec.

La conversación que tuve con Albertina al volver del Bois antes de aquella última fiesta de los Verdurin no me habría consolado de que no hubiera existido, aquella conversación que introdujo un poco a Albertina en la vida de mi inteligencia y, en ciertas parcelas, nos hizo idénticos uno a otro. Pues si yo volvía con ternura a su inteligencia, a su gentileza conmigo, no era, seguramente, porque fuesen mayores que las de otras personas que había conocido. Madame Cambremer me había dicho en Balbec: «¡Pero usted podría pasar los días con Elstir, que es un hombre genial, y los pasa con su prima!» La inteligencia de Albertina me gustaba porque, por asociación, despertaba en mí lo que yo llamaba su dulzura, como llamamos dulzura de una fruta a cierta sensación que no está más que en nuestro paladar. Y de hecho, cuando pensaba en la inteligencia de Albertina, mis labios se adelantaban instintivamente y gustaban un recuerdo cuya realidad prefería yo que fuera exterior y consistiera en la superioridad objetiva de un ser. Cierto que había conocido personas más inteligentes. Pero el infinito del amor, o su egoísmo, hace que la fisonomía intelectual y moral de las personas que amamos sea la menos objetivamente

definida; las retocamos continuamente a la medida de nuestros deseos y de nuestros temores, no son más que un lugar inmenso y vago donde exteriorizar nuestra ternura. No tenemos de nuestro propio cuerpo, al que afluyen constantemente tantos males y tantos placeres, una silueta tan rotunda como la de un árbol, de una casa o de un transeúnte. Y quizá había hecho mal en no procurar conocer mejor a Albertina en sí misma. Así como, en cuanto a su atractivo, sólo consideré durante mucho tiempo las diferentes posiciones que Albertina ocupaba en mi recuerdo en el plano de los años y me sorprendió ver cómo la enriquecían unas modificaciones que no eran sino diferencia de perspectivas, así hubiera debido tratar de comprender su carácter como el de una persona cualquiera y quizá, explicándome entonces por qué se obstinaba en ocultarme su secreto, habría evitado prolongar, entre aquel encarnizamiento extraño y mi invariable presentimiento, el conflicto que dio lugar a la muerte de Albertina. Y entonces sentía, con una gran piedad de ella, la vergüenza de sobrevivirla. Pues, en las horas de menor sufrimiento, me parecía que me beneficiaba en cierto modo de su muerte; porque una mujer es más útil para nuestra vida si es en ella, en lugar de un elemento de felicidad, un instrumento de disgusto, y no hay ni una cuya posesión sea tan valiosa como las verdades que nos descubre haciéndonos sufrir. En estos momentos, relacionando la muerte de mi abuela con la de Albertina, me parecía que mi vida estaba maculada de un doble asesinato que sólo la cobardía del mundo podía perdonarme. Yo había soñado con que Albertina me comprendiera, con que no me desconociera, creyendo que era por la gran felicidad de que me comprendiera, de que no me desconociera, cuando tantas otras hubieran podido hacerlo mejor. Deseamos ser comprendidos porque deseamos ser amados, y deseamos ser amados porque amamos. La confesión de los demás nos es indiferente y su amor importuno. Mi alegría de haber poseído un poco de la inteligencia de Albertina y de su corazón no era por su valor intrínseco, sino porque esta posesión representaba un grado más en la posesión total de Albertina, posesión que fue mi meta y mi quimera desde el primer día que la vi. Cuando hablamos de la «gentileza» de una mujer quizá no hacemos otra cosa que proyectar fuera de nosotros el placer que experimentamos en verla, como los niños cuando dicen: «Mi querida camita, mi querida almohadita, mis queridas florecitas». Lo que explica además que los hombres no digan nunca de una mujer que no les engaña: «Es tan buena», y, en cambio, suelen decirlo de una mujer que los engaña.

A madame de Cambremer le parecía con razón que era mayor el encanto espiritual de Elstir. Pero no podemos juzgar de la misma manera el de una persona que nos es ajena como todas las demás, pintada en el horizonte de nuestro pensamiento, y el de una persona que, por un error de localización debido a ciertos accidentes pero tenaz, se ha instalado en nuestro propio cuerpo hasta el punto de que preguntarnos retrospectivamente si no ha mirado cierto día a una mujer en la estación de un pequeño ferrocarril marítimo nos hace sentir los mismos sufrimientos que un cirujano que buscara una bala en nuestro corazón. Un simple bizcocho, pero que lo comemos, nos hace sentir más placer que todos los hortelanos, lebratillos y perdices reales que le sirvieron a Luis XV, y la brizna de hierba que tiembla a unos centímetros de nuestros ojos, cuando estamos acostados en la montaña, puede ocultarnos la vertiginosa aguja de una cumbre si dista de nosotros varias leguas.

Por otra parte, nuestro error no es estimar la inteligencia, la bondad de una mujer a la que amamos, por pequeñas que sean; nuestro error es permanecer indiferentes a la inteligencia y a la bondad de las demás. La mentira sólo nos causa indignación, y la

bondad la gratitud que debieran producirnos siempre, cuando proceden de una mujer a la que amamos, y el deseo fisico tiene el maravilloso poder de dar su valor a la inteligencia y bases sólidas a la vida moral. Nunca volvería yo a encontrar esa cosa divina: una persona con quien pudiese hablar de todo, en la que pudiese confiar. ¿Confiar? Pero ¿no me merecían otras más confianza que Albertina? ¿No tenía con otras conversaciones de más amplio alcance? Y es que la confianza, la conversación, cosas mediocres, ¿qué importa que sean más o menos imperfectas si en ellas entra el amor, lo único divino? Volvía a ver a Albertina sentándose a la pianola, toda rosa bajo su cabello negro; sentía su lengua bajo mis labios que ella intentaba abrir, su lengua, su lengua maternal, incomestible, nutricia *y* santa, cuya llama *y* cuyo rocío secretos hacían que, incluso cuando Albertina no hacía sino deslizarla por la superficie de mi cuello, de mi vientre, esas caricias superficiales, pero en cierto modo hechas por el interior de su carne, exteriorizado como una estofa que mostrara el forro, adquirieran, aun en los contactos más externos, como la misteriosa dulzura de una penetración.

Todos aquellos momentos tan dulces que nadie me devolvería jamás, ni siquiera puedo decir que lo que me hacía sentir su pérdida fuera desesperación. Para estar desesperado de una vida que ya no podrá ser sino desventurada, hay que tener apego a ella. Yo estaba desesperado en Balbec cuando, viendo nacer el día, pensaba que ya ninguno podría ser dichoso para mí. Desde entonces seguí siendo igualmente egoísta, pero el yo al que ahora estaba unido, el yo que constituía esas vivas reservas que ponen en juego el instinto de conservación, ese yo no estaba ya en la vida; cuando pensaba en mis fuerzas, en mi potencia vital, en lo mejor que tenía, pensaba en cierto decoro que había poseído (que había poseído yo sólo, puesto que los demás no podían conocer exactamente el sentimiento, escondido en mí, que me había inspirado) y que nadie me podía ya quitar porque ya no le poseía. Y, en realidad, le había poseído únicamente porque quise figurarme que le poseía. Al mirar a Albertina con mis labios y al alojarla en mi corazón no sólo cometí la imprudencia de hacerla vivir dentro de mí, *ni* esa otra imprudencia de mezclar un amor familiar con el placer de los sentidos. Quise también convencerme de que nuestras relaciones eran el amor, de que practicábamos mutuamente las relaciones llamadas amor, porque me daba dócilmente los besos que le daba yo. Y por haber tomado la costumbre de creerlo no sólo perdí una mujer a la que amaba, sino una mujer que me amaba, mi hermana, mi hija, mi tierna amante. Y, en suma, tuve una felicidad y una desgracia que Swann no conoció, pues precisamente todo el tiempo que amó a Odette y estuvo tan celoso de ella apenas la vio, ya que difícilmente podía ir ciertos días a su casa, y aun a veces le mandaba a decir, en el último momento, que no fuera. Pero después la tuvo para él, fue su mujer, y hasta que murió. En cambio, yo, más afortunado que Swann, cuando estaba celoso de Albertina la tenía en mi casa. Realicé en verdad lo que tanto soñara Swann y que sólo llegó a realizar materialmente cuando ya no le importaba. Pero yo no conservé a Albertina como él conservó a Odette. Se fue, murió. Pues nada se repite nunca exactamente, y las existencias más análogas, que por el parentesco de los caracteres y la similitud de las circunstancias se pueden elegir para presentarlas como simétricas una a otra, son opuestas en no pocos puntos. Y, ciertamente, la principal oposición (el arte) no era todavía manifiesta.

Perdiendo la vida yo no habría perdido gran cosa; ya sólo habría perdido una forma vacía, el marco vacío de una obra maestra. Indiferente a lo que en lo sucesivo pudiera introducir en ella, pero feliz y orgulloso de pensar en lo que había contenido, me apoyaba

en el recuerdo de aquellas horas tan dulces, y este apoyo moral me daba un bienestar que ni siquiera la proximidad de la muerte hubiera roto. ¡Cómo se apresuraba a ir a verme a Balbec cuando la mandaba a buscar, deteniéndose sólo en perfumarse el pelo por agradarme! Aquellas imágenes de Balbec y de París que me gustaba rememorar eran las páginas tan recientes aún, y tan de prisa vueltas, de su corta vida. Todo esto que para mí era sólo recuerdo fue para ella acción, acción precipitada, como la de una tragedia, hacia una muerte rápida. Pues los seres tienen un desarrollo en nosotros, pero otro fuera de nosotros (bien lo notaba yo aquellas noches en que veía en Albertina un enriquecimiento de cualidades que no estaba más que en mi memoria), y no dejan de reaccionar uno sobre otro. Fue en vano que tratara de conocer a Albertina, de poseerla, después, toda entera, obedeciendo sólo a la necesidad de reducir por la experiencia a elementos mezquinamente semejantes a los de nuestro yo el misterio de todo ser, de todo país que nuestra imaginación veía diferente, y de empujar cada uno de nuestros goces a su propia destrucción: sólo lo conseguí influyendo a mi vez sobre la vida de Albertina. Acaso la atrajo mi fortuna, las perspectivas de una boda brillante; mis celos la retuvieron; su bondad, o su inteligencia, o su sentimiento de culpabilidad, o las habilidades de su astucia, la hicieran a ella aceptar y me llevaron a mí a hacerle cada vez más dura una cautividad forjada simplemente por el desarrollo interno de mi trabajo mental, pero que no dejó de tener en la vida de Albertina repercusiones, destinadas a su vez a plantearme, de rechazo, unos problemas nuevos y cada vez más dolorosos para mi psicología, puesto que se evadió de mi prisión para ir a matarse en un caballo que sin mí no habría poseído y dejándome, aun muerta, unas sospechas cuya comprobación, de producirse, me sería quizá más cruel si llegara a descubrir en Balbec que Albertina había conocido a mademoiselle Vinteuil, porque ya no estaría Albertina conmigo para apaciguarme. De suerte que esa larga lamentación del alma que cree vivir encerrada en sí misma no es un monólogo más que en apariencia, porque los ecos de la realidad la desvían, y una vida es un ensayo de psicología subjetiva espontáneamente seguido, pero que, a cierta distancia, proporciona su acción a la novela, puramente realista, de otra existencia, y cuyas peripecias vienen a su vez a alterar la curva y cambiar la dirección del ensayo psicológico. ¡Qué ajustado fue el engranaje, qué rápida la evolución de nuestro amor, y a pesar de algunos retrasos, interrupciones y vacilaciones del principio, como en algunas novelas de Balzac o en algunas baladas de Schumann, qué rápido el desenlace! En aquel último año, tan largo para mí como un siglo -tanto había cambiado Albertina para mí de posición entre mi pensamiento desde Balbec y su partida de París, y también, independientemente de mí, y a veces a pesar mío, tanto había cambiado en sí misma-, había que situar toda aquella buena vida de ternura que tan poco duró y que, sin embargo, se me aparecía con una plenitud, casi una inmensidad, ya imposible para siempre y que quizá me era indispensable. Indispensable sin haber sido en todo caso en sí y en primer lugar una cosa necesaria, puesto que no habría conocido a Albertina si no hubiera leído en un tratado de arqueología la descripción de la iglesia de Balbec; si Swann no hubiera orientado mis deseos, diciéndome que aquella iglesia era casi persa, hacia el normando bizantino, si una sociedad de *palaces* no hubiera construido en Balbec un hotel higiénico y confortable, decidiendo a mis padres a despertar mi deseo y enviarme a Balbec. La verdad es que en aquel Balbec tanto tiempo deseado no encontré la iglesia persa que soñaba ni las nieblas eternas. Ni siquiera el precioso tren de la una y treinta y cinco respondió a lo que yo me figuraba. Pero, a cambio de lo que la imaginación hace esperar

y que tanto nos esforzamos por descubrir, la vida nos da algo que estábamos muy lejos de imaginar. ¿Quién me hubiera dicho en Combray, cuando con tanta tristeza esperaba las buenas noches de mi madre, que aquellas ansiedades pasarían, que después renacerían un día no por mi madre, sino por una muchacha que al principio sólo sería, contra el horizonte del mar, una flor que mis ojos querrían cada día ir a mirar, pero una flor pensante y en cuyo espíritu anhelaba yo ocupar un sitio tan puerilmente que sufría porque ella ignorase que yo conocía a madame de Villeparisis? Sí, por las buenas noches, por el beso de una extraña había yo de sufrir, pasados los años, tanto como cuando, niño, tenía que venir mi madre a verme. Y a aquella Albertina tan necesaria, de cuyo amor estaba ahora compuesta casi únicamente mi alma, nunca la habría conocido si Swann no me hubiera hablado de Balbec. Quizá su vida habría sido más larga y la mía no tendría lo que ahora era su martirio. Y así me parecía que yo, con mi ternura únicamente egoísta, había dejado morir a Albertina como había asesinado a mi abuela. Incluso más tarde, aunque la hubiera conocido en Balbec, es posible que no la hubiera amado como luego la amé. Pues cuando renunciaba a Gilberta y sabía que un día podría amar a otra mujer, apenas me atrevía a dudar si, en todo caso en el pasado, no hubiese podido amar más que a Gilberta. Ahora bien, en cuanto a Albertina ni siquiera tenía esa duda, estaba seguro de que hubiera podido no ser ella la amada, de que hubiera podido ser otra. Hubiese bastado para ello que, la noche en que iba a comer con madame de Stermaria en la isla del Bois, no se hubiera vuelto atrás. Entonces aún era tiempo, y en cuanto a madame de Stermaria había bastado que se ejerciera esa actividad de la imaginación que nos hace extraer de una mujer tal noción de lo individual que nos parece única en sí y para nosotros predestinada y necesaria. A lo sumo, situándome en un punto de vista casi fisiológico, podía pensar que hubiera podido sentir aquel mismo amor exclusivo por otra mujer, pero no por cualquier otra mujer. Pues Albertina, gruesa *y* morena, no se parecía a Gilberta, esbelta *y* pelirroja; pero, sin embargo, tenían la misma trama de salud y, en las mismas mejillas sensuales, las dos una mirada cuyo significado era difícil de captar. Eran de esas mujeres a las que no mirarían unos hombres que, por su parte, harían locuras por otras que a mí «no me decían nada». Casi podía creer que la personalidad sensual y voluntaria de Gilberta había emigrado al cuerpo de Albertina, un poco diferente, verdad es, pero que, ahora que pensaba en ello retrospectivamente, le veía profundas analogías. Un hombre tiene casi siempre la misma manera de acatarrarse, de caer enfermo, es decir, que necesita, para ello, que concurran ciertas circunstancias; es natural que, cuando se enamora, se enamore de cierto tipo de mujeres, tipo, por lo demás, muy amplio. Las primeras miradas de Albertina que me hicieron soñar no eran en absoluto diferentes de las primeras miradas de Gilberta. Casi podía creer que la oscura personalidad, la naturaleza voluntariosa y astuta de Gilberta habían vuelto a tentarme, encarnadas esta vez en el cuerpo de Albertina, muy diferente y, sin embargo, no exento de analogías. En cuanto a Albertina, debido a una vida muy distinta, su cuerpo vivo no había podido dejar de ser, como el de Gilberta, el cuerpo en el que yo encontraba junto, en un bloque de pensamientos donde una dolorosa preocupación mantenía una cohesión permanente donde no podía abrirse ninguna fisura de distracción y de olvido, lo que después reconocía yo que era para mí (y no sería para otros) los atractivos femeninos. Pero Albertina había muerto. La olvidaría. Quién sabe si entonces las mismas cualidades de sangre rica, de ensoñación inquieta no volverían un día a producir en mí el mismo turbador efecto. Mas lo que no podía prever era la forma femenina en que esta vez

encarnarían. Tampoco hubiera podido, basándome en Gilberta, figurarme a Albertina, *y* que iba a amarla, *y* que el recuerdo de la Sonata de Vinteuil me iba a permitir imaginar su *septuor*. Más aún, las primeras veces que vi a Albertina pude creer que sería a otras a quienes amaría. Por otra parte, si la hubiera conocido un año antes, hasta habría podido parecerme tan poco atractiva como un cielo gris en el que todavía no ha asomado el alba. Si es verdad que yo cambié respecto a ella, también ella cambió, y la muchacha que se acercó a mi cama el día en que escribí a madame de Stermaria no era la misma que había conocido en Balbec, bien fuera simple explosión de la mujer que surge en el momento de la pubertad, bien por una serie de circunstancias que nunca pude conocer. En todo caso, aun cuando la muchacha que un día llegaría en cierto modo a parecérsele, es decir, si mi elección de una mujer no era enteramente libre, de todos modos, dirigida de una manera acaso necesaria, recaía en algo más amplio que un individuo, en un tipo de mujer, y esto, quitando a mi amor por Albertina toda condición de necesidad, bastaba a mi deseo. La mujer cuyo rostro tenemos ante nosotros más permanentemente que la misma luz, pues aun con los ojos cerrados no dejamos ni por un momento de amar sus bellos ojos, su bonita nariz, de buscar todos los medios por volverlos a ver, esa mujer única, sabemos bien que, si estuviéramos en otra ciudad que aquella en que la hemos encontrado, si nos paseáramos por otros barrios, si frecuentáramos otro salón, sería otra quien fuera para nosotros esa mujer única. ¿Única, creemos? Es innumerable. Y, sin embargo, es compacta, indestructible ante nuestros ojos, que la aman, irreemplazable por otra durante mucho tiempo. Y es que esa mujer no ha hecho sino suscitar, con una especie de llamadas mágicas, mil elementos de ternura que existen en nosotros en estado fragmentario y que ella ha reunido, que ella ha soldado, suprimiendo toda laguna entre ellos; somos nosotros quienes, aplicándole sus rasgos, hemos aportado toda la materia sólida de la persona amada. De aquí que, aun cuando no seamos más que uno entre mil para ella y acaso el último de todos, ella es para nosotros la única y hacia ella tiende toda nuestra vida. Cierto que yo había percibido que aquel amor no era necesario, no sólo porque hubiera podido realizarse con madame de Stermaria, sino, aunque no fuera así, pues conocía ese mismo amor, y lo encontraba demasiado parecido al que había sentido por otras, y también lo sentía más amplio que Albertina, envolviéndola, no conociéndola, como un oleaje en torno a una pequeña rompiente. Mas, poco a poco, a fuerza de vivir con Albertina, ya no podía desprenderme de las cadenas que yo mismo había forjado; la costumbre de asociar la persona de Albertina con el sentimiento que ella no había inspirado me hacía creer, sin embargo, que era especial en ella, de la misma manera que la costumbre da a la simple asociación de ideas entre dos fenómenos, según pretende cierta escuela filosófica, la fuerza, la necesidad ilusorias de una ley de causalidad. Yo había creído que mis relaciones, mi fortuna, me dispensarían de sufrir, y acaso demasiado eficazmente, porque esto me parecía dispensarme de sentir, de amar, de imaginar; envidiaba a una pobre aldeanilla a quien la falta de relaciones, hasta de telégrafo, permite mantener largos meses un sueño después de una pena que no puede adormecer artificialmente. Y ahora me daba cuenta de que si, en el caso de madame de Guermantes, colmada de todo lo que podía hacer infinita la distancia entre ella y yo, había visto bruscamente suprimida la distancia por la opinión, para la que las diferencias sociales no son más que materia inerte y transformable, de una manera análoga, aunque inversa, mis relaciones, mi fortuna, todos los medios materiales de los que tantas ventajas me ofrecían mi situación y la civilización de mi época, no hacían sino retrasar el momento de la lucha cuerpo a cuerpo

con la voluntad contraria, inflexible, de Albertina, sobre la que no había actuado ninguna presión, como en esas guerras modernas en las que las preparaciones de la artillería, el formidable alcance del material de guerra, no hacen sino retrasar el momento de la lucha cuerpo a cuerpo, en la que es el corazón más fuerte el que vence. Yo había podido intercambiar telegramas, comunicaciones telefónicas con Saint-Loup, estar en relación constante con la oficina de correos de Tours, pero ¿no había sido inútil su espera, nulo su resultado? Y las muchachas de la aldea, sin ventajas sociales, sin relaciones, o los humanos antes de los adelantos de la civilización, ¿no sufren menos por desear menos, por añorar menos lo que siempre les fuera inasequible y que, por esto mismo, permaneció como irreal? Se desea más a la persona que va a entregarse, la esperanza anticipa la posesión; la añoranza es un amplificador del deseo. La negativa de madame de Stermaria a ir a comer conmigo al Boís impidió que fuera ella a quien yo amara. Pero también habría bastado esto para hacer que la amara si la hubiera vuelto a ver en el tiempo oportuno. En cuanto supe que no iría, concibiendo la hipótesis inverosímil -y que se realizó- de que acaso no volvería a verla, porque alguien tenía celos de ella y la alejaba de los demás, sufrí tanto que habría dado cualquier cosa por verla, y era aquélla una de las mayores angustias por las que había pasado, una angustia que se calmó por la llegada de Saint-Loup. Ahora bien, a partir de cierta edad, nuestros amores, nuestras amantes, son hijas de nuestra angustia; nuestro pasado y las lesiones físicas en que se ha inscrito determinan nuestro futuro. En cuanto a Albertina en particular, pues no era necesario que fuese ella a quien amase, se inscribía, aun sin esos amores vecinos, en la historia de mi amor a ella, es decir, a ella y a sus amigas. Pues ni siquiera era un amor como el de Gilberta, sino creado por división entre varias muchachas. Es posible que sus amigas me gustaran por ella y porque me pareciesen algo análogo a ella. El caso es que, durante mucho tiempo, pude dudar entre todas, que mi elección se paseaba de una a otra, y cuando creía preferir a una, bastaba que me hiciera esperar, que no quisiera verme, para sentir por ella un comienzo de amor. Muchas veces ocurrió que, esperando la visita de Andrea en Balbec, me disponía a decirle, mentirosamente, para que no pareciera que tenía mucho interés por ella: «¡Qué lástima que no viniera hace unos días! Ahora ya estoy enamorado de otra, pero no importa, podrá usted consolarme», y un poco antes de la visita de Andrea, Albertina faltaba a su promesa de venir, mi corazón no cesaba ya de palpitar, creía que no iba a volver a verla y era ella a la que amaba. Y cuando Andrea llegaba, le decía de verdad (como se lo dije en París cuando me enteré de que Albertina había conocido a mademoiselle Vinteuil) lo que ella podía creer que se lo decía sin pensarlo, lo que le hubiera dicho, en efecto, también en los mismos términos si la víspera hubiera sido dichoso con Albertina: «Lástima que no viniera usted antes, ahora estoy enamorado de otra». Además, en este caso de Andrea, sustituida por Albertina cuando supe que ésta había conocido a mademoiselle Vinteuil, el amor fue alternativo, y, por consiguiente, no hubo, en suma, más que un amor a la vez. Pero anteriormente se dieron casos en que reñí a medias con dos de las muchachas. La que diera el primer caso me devolvería la calma y era a la otra a la que amaría si seguía enfadada, lo que no quiere decir que no me ligara definitivamente con la primera, pues ésta me consolaría -aunque ineficazmente- de la dureza de la segunda, de la segunda, a la que acabaría por olvidar si no volvía. Pero también ocurría que, convencido de que, por lo menos una u otra volvería, durante algún tiempo no lo hacía ninguna de las dos. Luego mi angustia era doble, y doble mi amor, reservándome el dejar de amar a la que volviera, pero sufriendo hasta entonces por las

dos. Es propio de cierta edad, que puede llegar muy pronto, enamorarse menos de un ser que de un abandono, en el que acabamos de no saber de ese ser más que una cosa, pues, oscurecida su figura, inexistente su alma, nuestra preferencia muy reciente no se explica: es que, para no sufrir, necesitaríamos que ese ser nos hiciera decir: «¿Me recibirías?» Mi separación de Albertina el día que Francisca me dijo: «Mademoiselle Albertina se ha marchado» era como una alegoría muy amortiguada de tantas otras separaciones. Pues muchas veces, para que descubramos que estamos enamorados, quizá incluso para estarlo, es preciso que llegue el día de la separación.

En este caso en el que la elección la determina una espera vana, una palabra de rechazo, la imaginación fustigada por el sufrimiento, va tan de prisa en su trabajo, fabrica con tan loca rapidez un amor apenas iniciado y que permanecía informe, destinado a quedar en estado de boceto desde meses, que a veces la inteligencia, que no ha llegado a alcanzar al corazón, exclama sorprendida: «Pero estás loco, ¿en qué nuevos pensamientos vives tan dolorosamente? Todo eso no es la vida real.» Y, en efecto, en ese momento, si la infiel no volviera a espolearnos, bastarían para matar el amor unas buenas distracciones que nos calmaran físicamente el corazón. En todo caso, aunque aquella vida con Albertina no fuera, en su esencia, necesaria, había llegado a serme indispensable. Yo había temblado cuando amaba a madame de Guermantes, porque pensaba que con sus tan poderosos medios de seducción, no sólo de belleza, sino de posición social de riqueza, podría ser de muchas gentes, tendría yo muy poco poder sobre ella. Como Albertina era pobre y oscura, debía de desear casarse conmigo. Y, sin embargo, no pude poseerla para mí solo. La verdad es que, sea por las condiciones sociales o por las previsiones de la prudencia, no tenemos ningún poder sobre la vida de otra persona.

¿Por qué no me dijo: «Tengo esos gustos»? Yo habría cedido, le habría permitido satisfacerlos. En una novela que yo había leído había una mujer a la que el hombre que la amaba no podía, por ningún medio, decidirla a hablar. Cuando la leí, aquella situación me pareció absurda; pensaba que yo hubiera obligado a la mujer a hablar y que luego nos habríamos entendido. ¿Para qué esos sufrimientos inútiles? Pero ahora veía que no está en nuestra mano dejar de forjárnoslos y que, por mucho que confiemos en nuestra voluntad, los otros seres no la obedecen.

Y, sin embargo, esas dolorosas, esas ineluctables verdades que nos dominaban y por las cuales estábamos ciegos, verdad de nuestros sentimientos, verdad de nuestro destino, cuántas veces, sin saberlo, sin quererlo, las dijimos en palabras que seguramente creíamos falsas, pero a las que, posteriormente, el hecho les dio un valor profético. Yo recordaba muchas palabras que uno y otro habíamos pronunciado sin saber entonces la verdad que contenían, y aun las habíamos dicho creyendo representarnos mutuamente una comedia y cuya falsedad era bien poca cosa, bien poco interesante, confinada en nuestra pobre insinceridad, al lado de lo que contenían sin nosotros saberlo. Mentiras, errores, más acá de la realidad profunda que no veíamos, verdad más allá, verdad de nuestros caracteres, cuyas leyes esenciales no alcanzábamos y exigen el Tiempo para revelarse; verdad también de nuestros destinos. Yo creía mentir cuando dije en Balbec: «Cuanto más te vea, más te amaré -y, sin embargo, fue aquella intimidad de todos los instantes lo que, a través de los celos, tanto me unió a ella-, siento que podré ser útil a tu espíritu»; y en París: «Procura ser prudente. Piensa que, si te ocurriera algo, no me consolaría» (y ella: «Pero puede ocurrirme algo»); en París, la noche en que aparenté que quería dejarla: «Déjame que te mire un poco más, ya que pronto voy a dejar de verte para

siempre»; y ella, cuando aquella misma noche miraba en torno suyo: «Pensar que no volveré a ver esta habitación, estos libros, esta pianola, toda esta casa..., no puedo creerlo, y, sin embargo, es cierto»; finalmente, en sus últimas cartas, cuando escribía (probablemente diciéndose «esto es camelo»): «Te dejo lo mejor de mí misma» (y, en efecto, ¿no estaban confiadas ahora su inteligencia, su bondad, su belleza, a la fidelidad, a las fuerzas de mi memoria, también, por desgracia, frágiles?) y: «Aquel momento, doblemente crepuscular, puesto que anochecía y nos íbamos a separar, no se borrará de mi espíritu hasta que lo invada la noche completa» (esta frase escrita la víspera del día en que, en efecto, la noche completa invadió su espíritu; en esos postreros resplandores, tan rápidos, pero que la ansiedad del momento divide hasta el infinito, quizá vio de verdad nuestro último paseo, y en ese momento en que todo nos abandona y en el que nos creamos una fe, como los ateos se vuelven cristianos en los campos de batalla, Albertina pidió quizá socorro al amigo del que tantas veces abominara, pero tan respetado que él mismo -pues todas las religiones se parecen- tenía la crueldad de desear que ella tuviera también tiempo de reconocerse, de dedicarle su último pensamiento, en fin, de confesarse a él, de morir en él).

Mas ¿para qué, si aun cuando entonces hubiera tenido ella tiempo de reconocerse, ni uno ni otro comprendimos dónde estaba nuestra felicidad, lo que debíamos hacer, hasta que esa felicidad no era ya posible y ya no podíamos hacerlo, bien, porque, mientras las cosas son posibles, las vamos aplazando, bien porque sólo pueden adquirir ese poder de seducción y esa aparente facilidad de realización cuando, proyectadas en el vacío ideal de la imaginación, se sustraen a la sumersión gravitante, afeante, del medio vital? La idea de que vamos a morir es más cruel que morir, pero menos que la idea de que otro ha muerto, pues, después de tragarse a un ser, se aplana, se extiende, sin la menor agitación en aquel lugar, una realidad de la que queda excluido ese ser, donde no existe ya ninguna volición, ningún conocimiento y de la que tan difícil es erigir, sobre el recuerdo todavía reciente de su vida, el pensamiento de que es asimilable a las imágenes sin consistencia, a los recuerdos dejados por los personajes de una novela que hemos leído.

Al menos me alegraba de que Albertina, antes de morir, me escribiera aquella carta, y, sobre todo, me enviara el último telegrama, la prueba de que, de haber vivido, hubiera vuelto. Me parecía que era no sólo más dulce, sino también más bello, que el hecho habría sido incompleto sin aquel telegrama, habría tenido menos traza de arte y de destino. En realidad, habría sido igual si hubiera sido otra; pues todo hecho es como un molde de una determinada forma, y, cualquiera que sea, impone a la serie de los hechos que ha venido a interrumpir, y parece concluir, un perfil que creemos el único posible porque no conocemos el que hubiera podido sustituirle.

¿Por qué no me dijo: «Tengo esos gustos»? Y habría cedido, le habría permitido satisfacerlos, en este momento la besaría aún. ¡Qué tristeza tener que recordar que también me mintió jurándome, tres días antes de dejarme, que no había tenido nunca con la amiga de mademoiselle Vinteuil aquellas relaciones que, en el momento de jurármelo, su rubor confesaba! La pobre pequeña había tenido al menos la honradez de no jurar que el gusto de volver a ver a mademoiselle Vinteuil y a su amiga no entraba para nada en su deseo de ir aquel día a casa de los Verdurin. ¿Por qué no llegó hasta el fin en su confesión? Por otra parte, quizá tenía yo la culpa de que nunca, a pesar de todos mis ruegos que se estrellaban contra sus negativas, quisiera decirme: «Tengo esos gustos». Quizá era un poco culpa mía, porque en Balbec, el día en que, después de la visita de

madame de Cambremer, tuve la primera explicación con Albertina y cuando estaba tan lejos de creer que tuviera con Andrea otra cosa que una amistad demasiado apasionada, expresé con demasiada violencia mi repugnancia por esas costumbres y las condené de una manera demasiado categórica. No podía recordar si Albertina se sonrojó cuando, ingenuamente, proclamé mi horror por aquello, no podía recordarlo, porque, muchas veces sólo al cabo del tiempo, quisiéramos saber qué actitud tuvo una persona en un momento en el que no prestamos ninguna atención y que, más adelante, cuando volvemos a pensar en nuestra conversación, esclarecería una dificultad punzante. Pero en nuestra memoria hay una laguna, no queda traza de aquello. Y muchas veces no hemos prestado bastante atención, en el momento mismo, a las cosas que podían ya parecernos importantes, no hemos oído bien una frase, no hemos notado un gesto, o bien hemos olvidado todo eso. Y cuando, posteriormente, afanosos por descubrir una verdad, nos remontamos de deducción en deducción, hojeando nuestra memoria como una recopilación de testimonios, al llegar a esa frase, a ese gesto, imposible de recordar, volvemos a empezar veinte veces el mismo trayecto, pero inútilmente, pues el camino no llega más lejos. ¿Se sonrojó? No sé si se sonrojó, pero no pudo menos de oír, y el recuerdo de aquellas palabras acaso la detuvo más tarde cuando estuviera a punto de confesarse a mí. Y ahora ya no estaba en ninguna parte, ahora podía yo recorrer la tierra de uno a otro polo sin encontrar a Albertina; la realidad, que se cerró sobre ella, se había alisado, había borrado hasta la última huella del ser hundido hasta el fondo. Ya no era más que un nombre, como aquella madame de Charlus, de la que los que la habían conocido decían con indiferencia: «Era deliciosa».

Pero yo no podía concebir más de un instante la existencia de aquella realidad de la que Albertina no tenía consciencia, pues en mí mi amiga existía demasiado, en mí, en quien todos los sentimientos, todos los pensamientos se referían a su vida. Si ella lo supiera, quizá la emocionara ver que su amigo no la olvidaba, ahora que su vida, la vida de Albertina, había terminado, quizá fuera sensible a cosas que antes le eran indiferentes. Pero así como quisiéramos abstenernos de infidelidades, por secretas que fueren -tanto miedo tenemos de que la persona que amamos no se abstenga de ellas-, me asustaba pensar que, si los muertos viven en alguna parte, mi abuela conocía mi olvido tan bien como Albertina mi recuerdo. Y, bien mirado, aun tratándose de una misma muerta, ¿estamos seguros de que la alegría de saber que esa muerta conoce ciertas cosas compensaría el espanto de pensar que las conoce *todas,* y, por terrible que sea el sacrificio, ¿no renunciaríamos a veces a conservar después de su muerte a los que hemos amado como amigos, por miedo a tenerlos también por jueces?

Mis celosas curiosidades por lo que había podido hacer Albertina eran infinitas. Compré a muchas mujeres que no me sacaron de ninguna duda. Si esas curiosidades eran tan vivaces, es porque el ser no muere en seguida para nosotros, permanece en una especie de aura de vida que no tiene nada de una inmortalidad verdadera, pero hace que continúe ocupando nuestros pensamientos lo mismo que cuando vivía. Está como de viaje. Es una supervivencia muy pagana. Inversamente, cuando hemos dejado de amar, las curiosidades que el ser suscita mueren antes que él. Así, por ejemplo, yo no hubiera dado un paso por saber con quién fue de paseo Gilberta una tarde en los Champs-Elysées. Y yo sabía bien que esas curiosidades eran absolutamente semejantes, sin valor en sí mismas, sin posibilidad de perdurar. Pero seguía sacrificándolo todo a la cruel satisfacción de aquellas curiosidades pasajeras, aun sabiendo de antemano que mi forzada

separación de Albertina, impuesta por su muerte, me llevaría a la misma indiferencia de mi separación voluntaria de Gilberta. Por esto, especialmente, envié a Amado a Balbec, pues sabía que él averiguaría allí muchas cosas.

Si Albertina hubiera sabido lo que iba a ocurrir, se habría quedado conmigo. Mas esto equivalía a decir que, una vez muerta, hubiera preferido permanecer, junto a mí, viva. Esta suposición, por la contradicción misma que implicaba, era absurda. Pero no era inofensiva, pues, imaginando lo feliz que sería Albertina de volver junto a mí si pudiera saber, si pudiera retrospectivamente comprender, yo la veía, quería besarla, y, dolorosamente, era imposible: no volvería jamás, estaba muerta.

Mi imaginación la buscaba en el cielo, por las noches en que lo habíamos mirado juntos; más allá de aquella luna que ella amaba, intentaba yo elevar hasta ella mi ternura por que le sirviese de consuelo de no vivir ya, y aquel amor a un ser ahora tan lejano era como una religión, mis pensamientos ascendían hacia ella como oraciones. El deseo es muy fuerte, engendra la creencia; porque yo lo deseaba, había creído que Albertina no se marcharía; porque yo lo deseaba, creí que no había muerto; me puse a leer libros sobre los veladores giratorios, empecé a creer posible la inmortalidad del alma. Pero no me bastaba. Necesitaba encontrarla, después de su muerte, con su cuerpo, como si la eternidad se pareciera a la vida. ¡Qué digo «a la vida»! Era más exigente aún. Hubiera querido no verme para siempre privado por la muerte de los placeres que, sin embargo, no era ella la única que nos los quitaba. Pues sin ella habrían acabado por embotarse, ya habían comenzado a embotarse por la acción del hábito antiguo, de las curiosidades nuevas. Después, en la vida, Albertina habría cambiado poco a poco, incluso fisicamente, y yo me habría adaptado, día por día, a ese cambio. Pero mi recuerdo, no evocando de ella más que algunos momentos, quería volver a verla tal como ya no habría sido si hubiera vivido; lo que quería era un milagro que satisficiera los límites naturales y arbitrarios de la memoria, que no puede salir del pasado. Sin embargo, a esa criatura viva la imaginaba yo con la ingenuidad de los teólogos antiguos, ni siquiera dándome las explicaciones que ella misma hubiera podido darme, sino, por una última contradicción, las que siempre me había negado cuando vivía. Y así, siendo su muerte una especie de sueño, mi amor le parecía una felicidad inesperada; yo sólo retenía de la muerte la comodidad y el optimismo de un desenlace que lo simplifica, que lo arregla todo.

A veces no era tan lejos, no era en otro mundo donde yo imaginaba nuestro encuentro. Así como en otro tiempo, cuando yo no conocía a Gilberta más que por jugar con ella en los Champs-Elysées, por la noche, en casa, imaginaba que iba a recibir una carta suya declarándome su amor, que iba a entrar, una misma fuerza de deseo, que no me perturbaba con leyes físicas que la contrariaban más que la primera vez (en el caso de Gilberta, cuando, en suma, el deseo no se había equivocado, puesto que había dicho la última palabra), me hacía pensar ahora que iba a recibir una carta de Albertina diciéndome que era verdad que había sufrido una caída del caballo, mas, por razones románticas (y como, en realidad, ha ocurrido algunas veces con personajes a los que, durante mucho tiempo, se creyó muertos), no había querido que yo supiese que se había salvado, y ahora, arrepentida, solicitaba venir a vivir para siempre conmigo. Y -haciéndome comprender muy bien lo que pueden ser ciertas dulces locuras de personas que, por lo demás, parecen razonables- sentía coexistir en mí la certidumbre de que estaba muerta y la esperanza constante de verla entrar.

Todavía no había recibido noticias de Amado, que, sin embargo, ya había llegado a

Balbec. Mi investigación recaía, sin duda, sobre un punto secundario y muy arbitrariamente elegido. Si la vida de Albertina fue verdaderamente culpable, debió de haber en ella muchas cosas bastante más importantes, en las que la casualidad no me permitió pensar como lo hizo con aquella conversación sobre la bata y por el rubor de Albertina. Pero precisamente estas cosas no existían para mí, porque no las veía. Mas elegí arbitrariamente aquella jornada que, al cabo de varios años, intentaba reconstruir. Si a Albertina le gustaban las mujeres, había otros miles de días de su vida cuyo empleo no conocía yo y que podía ser para mí igualmente interesante conocer; hubiera podido mandar a Amado a otros muchos lugares de Balbec, a otras muchas poblaciones que no fueran Balbec. Pero precisamente aquellos días, como desconocía su empleo, mi imaginación no se los representaba y no tenían existencia. Para mí, las cosas, los seres no comenzaban a existir mientras no adquirieran en mi imaginación una existencia individual. Si había otros miles de cosas y de seres semejantes, resultaban para mí representativos del resto. Si deseaba saber, desde hacía mucho tiempo, en cuestión de sospechas sobre Albertina, qué había sido aquello de la ducha, era lo mismo que, en cuestión de deseos de mujeres, y aunque supiese que había muchas muchachas doncellas que pudieran merecerlos y de las que hubiera podido oír hablar, quería conocer a la señorita que iba a las casas de citas y a la doncella de madame Putbus. Las dificultades que mi salud, mi independencia, mi «procrastinación», como decía Saint-Loup, me ponían para realizar cualquier cosa, me habían hecho diferir de un día a otro, de un mes a otro, de un año a otro, el esclarecimiento de ciertas sospechas y el cumplimiento de ciertos deseos. Pero los conservaba en mi memoria prometiéndome no dejar de conocer su realidad, porque sólo ellos me obsesionaban (pues los otros no tenían forma para mis ojos, no existían), y también porque la misma casualidad que los había elegido en medio de la realidad era una garantía de que, con un poco de realidad, de la vida verdadera y deseada, era con ellos con los que entraría en contacto. Y, además, ¿no le basta al experimentar un solo y pequeño hecho, con tal de ser bien elegido, para decidir una ley general que hará conocer la verdad sobre millares de hechos análogos? Por más que Albertina no existiera en mi memoria sino como la había visto sucesivamente en la vida, como fracciones de tiempo, mi pensamiento, restableciendo en ella la unidad, rehacía un ser, y sobre este ser quería yo formarme un juicio general, si me había mentido, si le gustaban las mujeres, si me había dejado para frecuentarlas libremente. Era posible que lo que dijera la mujer de las duchas me sacara para siempre de dudas sobre las costumbres de Albertina.

¡Mis dudas! Desgraciadamente, había creído que me sería indiferente, incluso agradable, no volver a ver a Albertina, hasta que su marcha me sacó de mi error. De la misma manera, su muerte me demostró lo equivocado que estaba, creyendo a veces desear su muerte y suponer que sería mi liberación. Lo mismo ocurrió cuando recibí la carta de Amado: comprendí que, si hasta entonces no había sufrido demasiado por mis dudas sobre la virtud de Albertina, es porque, en realidad, no había tales dudas. Mi felicidad, mi vida, necesitaban que Albertina fuera virtuosa, y habían decidido, una vez por todas, que lo era. Con esta creencia protectora podía sin peligro dejar que mi mente jugara tristemente con unas suposiciones a las que daba forma pero no fe. Me decía: «Quizá le gustan las mujeres», como se dice: «Puedo morirme esta noche»; nos lo decimos, pero no lo creemos, hacemos proyectos para el día siguiente. Esto explica que, creyéndome erróneamente inseguro de si a Albertina le gustaban o no las mujeres, yque,

por consiguiente, un hecho culpable en el activo de Albertina no me aportaría nada que yo no hubiera pensado muchas veces ante las imágenes, insignificantes para otros, que me evocaba la carta de Amado, pudiera yo sufrir una pena inesperada, la pena cruel que nunca había sentido, y que con estas imágenes, con la imagen, ¡oh dolor!, de la misma Albertina, forma una especie de precipitado, como se dice en química, donde todo era invisible y de lo que el texto de la carta de Amado, que reproduzco de manera muy convencional, no puede dar la menor idea, porque cada palabra de las que la componían estaba tan transformada, tan impregnada para siempre por el sufrimiento que acababa de provocar.

«Muy señor mío:

»El señor me perdonará que no haya escrito antes al señor. La persona que el señor me encargó ver si se ausentó dos días y, deseoso de corresponder a la confianza del señor, no quería volver con las manos vacías. Por fin hablé con esa persona, que se llama de verdad (mademosille A.)[16].

»En lo que toca a lo que quería saber el señor, es muy verdad. En primer lugar era ella la que cuidaba a la señorita Albertina, cada vez que esta señorita venía a los baños. La señorita A. iba muy a menudo a la ducha con una mujer alta, mayor que ella, siempre vestida de gris, y la señora de la ducha no conocía su nombre, pero la había visto muchas veces buscar muchachas. Pero, desde que conoció a la (señorita A.) ya no hacía caso de las otras. Ella y la señorita A. se encerraban siempre en la cabina y se quedaban mucho tiempo, y la señora de gris le daba por lo menos diez francos de propina a la persona que me lo ha contado. Como me dijo esta persona, ya se puede imaginar el señor que si no hubieran hecho más que rezar el rosario no le hubieran dado diez francos de propina. La señorita A. iba también con una mujer muy morena que llevaba impertinentes. Pero (la señorita A.) iba más a menudo con muchachas más jóvenes que ella, sobre todo una pelirroja. Aparte de la señora de gris, las personas que la señorita A. tenía costumbre de llevar no eran de Balbec, y hasta muchas veces iban de bastante lejos. No entraban nunca juntas, pero la señorita A. entraba, me decía que dejara la puerta de la cabina abierta, que esperaba a una amiga, y la persona con la que hablé sabía qué quería decir eso. Esta persona no ha podido darme más detalles, pues no se acuerda muy bien, «lo que se comprende fácilmente con tanto tiempo como ha pasado». De todos modos esa persona no intentaba averiguar, porque es muy prudente y por su interés, pues la señorita A. le daba a ganar en gordo. Ha sentido mucho saber que murió. La verdad es que tan joven es una gran desgracia para ella y para los suyos. Espero las órdenes del señor para saber si puedo irme de Balbec, donde no creo que me enteraré de nada más. Le doy otra vez muchas gracias al señor por este viajecillo que el señor me ha proporcionado y que me ha gustado mucho, sobre todo que el tiempo es de lo más bueno. La temporada se presenta

[16] Amado, que tenía ciertos asomos de cultura, quería poner «mademoiselle A.» en itálica o entre comillas. Pero cuando quería poner comillas ponía un paréntesis, y cuando quería poner una cosa entre paréntesis la ponía entre comillas. De la misma manera, Francisca decía que una persona *restait* en mi calle por decir que *demeurait* en ella, *y* que se podía *demeurer* dos minutos por *rester,* pues las faltas de la gente del pueblo suelen consistir solamente en intercambiar -como, por lo demás, lo hace la lengua francesa- términos que en el transcurso de los siglos han tomado recíprocamente el lugar uno de otro. [La edición de La Pléiade sitúa en el lugar indicado esta nota. *(N. de la T.)]*

Demeurait puede significar `quedaba', `permanecía', además de'habitaba'; restait sólo significa `permanecía', `quedaba'.

bien para este año. Se espera que el señor vendrá a darse una vuelta por aquí.
»Sin otra cosa de particular que decir al señor, etc.»

Para comprender hasta qué punto me traspasaban estas palabras, hay que recordar que las cuestiones que yo me planteaba sobre Albertina no eran cuestiones accesorias, indiferentes, cuestiones de detalle, las únicas, en realidad, que nos planteamos sobre todos los seres que no están para nosotros, lo que nos permite caminar cubiertos de un pensamiento impermeable, en medio del sufrimiento, de la mentira, del vicio y de la muerte. No, en cuanto a Albertina era cuestión de esencia: ¿qué era Albertina en el fondo? ¿En qué pensaba? ¿Qué amaba? ¿Me mentía? ¿Había sido mi vida con ella tan lamentable como la de Swann con Odette? Es decir, que la respuesta de Amado, aunque no fuera una respuesta general, sino particular -y precisamente por eso-, llegaba, en Albertina, en mí, a las profundidades.

Por fin veía ante mí, en aquella llegada de Albertina a la ducha por la callecita secundaria con la señora de gris, un fragmento de aquel pasado que no me parecía menos misterioso, menos terrible de lo que yo temía cuando lo imaginaba cerrado en el recuerdo, en la mirada de Albertina. Seguramente, cualquier otro que no fuera yo hubiera podido considerar insignificantes aquellos detalles a los que la imposibilidad en que me hallaba, ahora que Albertina había muerto, de que ella los refutara confería el equivalente de una especie de probabilidad. Aun es probable que en Albertina, aunque fueran ciertas, si ella las hubiera confesado, sus propias faltas (consideráralas inocentes o censurables su conciencia, encontráralas deliciosas o bastante insípidas su sensualidad) quedaran desprovistas de aquella inexpresable impresión de horror de la que yo no las separaba. Yo mismo, con ayuda de mi amor a las mujeres y aunque éstas no fueran lo mismo para Albertina, podía imaginar un poco lo que ella sentía. Y ciertamente era ya un principio de sufrimiento representármela deseando como tantas veces había deseado yo, mintiéndome como tantas veces le mentí, preocupada por una u otra muchacha, gastando dinero por ella, como yo por mademoiselle de Stermaria[17], por tantas otras, por las aldeanas que encontraba en el campo. Sí, todos mis deseos me ayudaban en cierta medida a comprender los suyos; era ya un gran sufrimiento en el que todos los deseos, cuanto más vivos habían sido, se tornaban tormentos más crueles; como si en esa álgebra de la sensibilidad reapareciesen con el mismo coeficiente, pero con el signo menos en lugar del signo más. Pero Albertina, hasta donde yo podía juzgar por mí mismo sus faltas por mucho que se esforzara en ocultármelas -lo que me hacía suponer que se consideraba culpable o tenía miedo de apenarme-, sus faltas, como las había preparado a su guisa en la clara luz de la imaginación donde actúa el deseo, le parecían cosas de la misma índole que el resto de la vida, placeres para ella que no había tenido el valor de rechazar, penas para mí que había procurado evitarme ocultándomelas, pero placeres y penas que podían figurar entre otros placeres y otras penas de la vida. Pero a mí aquellas imágenes de Albertina llegando a la ducha y preparando su propina me llegaron de fuera, de la carta de Amado, sin estar prevenido, sin poder elaborar yo mismo las imágenes[18].

[17] A partir de aquí se lee en el original francés *mademoiselle* ~termaria, *y* no, como antes, *madame* Stermaria. *(N. de la T.)*

[18] A pesar de todo ahora la amaba más, estaba lejos; la presencia, al apartar de nosotros la única realidad, la que se piensa, amortigua el sufrimiento, y la ausencia lo reanima a la vez que el amor. [En la edición de La Pléiade se añade a pie de página, situándolo en el lugar señalado, este párrafo, hallado en un papel

Si aquellas imágenes me causaron inmediatamente un dolor fisico del que ya nunca se habían de separar, seguramente fue porque, en aquella llegada silenciosa y deliberada de Albertina con la mujer de gris, leía yo la cita que se habían dado, aquel convenio de ir a hacer el amor a un cuarto de duchas, que implicaba una experiencia de la corrupción, la organización bien disimulada de una doble existencia; seguramente fue porque aquellas imágenes me traían la terrible noticia de la culpabilidad de Albertina. Pero, inmediatamente, reaccionó sobre ellas el dolor; un hecho objetivo, una imagen, es indiferente según el estado interior con que lo abordamos. Y el dolor es un modificador de la realidad tan poderoso como el goce. Combinado con aquellas imágenes, el sufrimiento las transformó inmediatamente en algo absolutamente distinto de lo que pueden ser para cualquier otra persona una dama vestida de gris, una propina, una ducha, la calle donde tuvo lugar la llegada deliberada de Albertina con la dama de gris: en algo surgido de una vida de mentiras y de faltas como yo no la concibiera jamás; mi sufrimiento las alteró inmediatamente hasta en su misma materia, yo no las veía en la luz que ilumina los espectáculos de la tierra, era el fragmento de otro mundo, de un planeta desconocido, de un planeta desconocido y maldito, una vista del infierno. El infierno era todo aquel Balbec, todos aquellos lugares vecinos de donde, según la carta de Amado, hacía venir Albertina a unas muchachas más jóvenes y las llevaba a la ducha. Aquel misterio que en otro tiempo imaginé en el país de Balbec y que se disipó cuando llegué a vivir allí, que después esperé recobrar al conocer a Albertina porque, cuando la veía pasar por la playa, cuando era yo lo bastante insensato para desear que no fuera virtuosa, pensaba que debía encarnarlo, ¡cuán espantosamente se impregnaba ahora de él todo lo relacionado con Balbec! Los nombres de aquellas estaciones, Apollonville..., que llegaron a ser tan familiares, tan tranquilizadores, cuando los oía por la noche al volver de casa de los Verdurin, ahora que pensaba que Albertina había vivido en una de ellas, que había ido de paseo hasta la otra, que acaso fue a menudo en bicicleta a la tercera, me producían una ansiedad más cruel que la primera vez, cuando los veía con tanta emoción desde el pequeño ferrocarril con mi abuela, antes de llegar a Balbec, que aún no conocíamos.

Uno de los poderes de los celos consiste en descubrirnos cómo la realidad de los hechos exteriores y los sentimientos del alma son cosa desconocida que se presta a mil suposiciones. Creemos saber exactamente las cosas y lo que piensa la gente, por la sencilla razón de que no nos importa. Pero en cuanto sentimos el deseo de saber, como le ocurre al celoso, se produce un vertiginoso caleidoscopio en el que ya no distinguimos nada. Que Albertina me hubiera engañado, con quién, en qué casa, qué día, aquel en que me dijo tal cosa, o en el que recordaba haberle dicho yo esto o lo otro: de todo esto, yo no sabía nada. Tampoco sabía cuáles eran sus sentimientos por mí, si se inspiraba en el interés, en el cariño. Y de pronto recordaba un incidente insignificante: por ejemplo, que Albertina quiso ir a Saint-Martin-le-Vêtu, diciendo que le interesaba este nombre, y quizá simplemente porque había conocido a una campesina que vivía allí. Mas de nada valía que Amado me informara sobre todo aquello de la mujer de las duchas, puesto que Albertina ignoraría ya eternamente que me había enterado, y, en mi amor por Albertina, sobre la necesidad de saber se impuso siempre la de demostrarle que sabía; pues esto hacía caer entre nosotros la separación de ilusiones diferentes, y eso sin dar jamás por resultado que ella me amara más, al contrario. Y ahora que estaba muerta, la segunda de estas necesidades se amargaba con el efecto de la primera: representarme la conversación

---

suplementario. *(N. de la T.)]*

en la que yo le dijera lo que había averiguado, representármela tan vivamente como la conversación en que le preguntara lo que no sabía; es decir, verla junto a mí, oírla contestarme con bondad, ver cómo se le redondeaban las mejillas, cómo sus ojos perdían su malicia y se le entristecían; es decir, amarla más aún y olvidar la furia de mis celos en la desesperación de mi soledad. El doloroso misterio de esta imposibilidad de hacerle nunca saber lo que había averiguado y establecer nuestras relaciones sobre la verdad de lo que sólo ahora había descubierto (y que quizá no había podido descubrir porque ella había muerto) sustituía con su tristeza el misterio más doloroso de su conducta. ¡Haber deseado tanto que Albertina supiera que había averiguado la historia de la sala de duchas, Albertina, que ya no era nada! Esto era otra de las consecuencias de la imposibilidad en que nos encontramos, cuando tenemos que razonar sobre la muerte, de representarnos otra cosa que la vida. Albertina ya no era nada; mas, para mí, era la persona que me ocultó que tenía citas con mujeres en Balbec, que creía haber logrado que yo lo ignorase. Cuando pensamos en lo que pasará después de nuestra muerte, ¿no es también nuestro ser vivo el que, por error, proyectamos en ese momento? ¿Y acaso lamentar que una mujer que ya no es nada ignore que hemos averiguado lo que hacía seis años antes es mucho más ridículo que desear que de nosotros mismos, ya muertos, siga el público hablando favorablemente pasado un siglo? Si en lo segundo hay más fundamento real que en lo primero, los pesares de mis celos retrospectivos procedían del mismo error de óptica que en los demás hombres el deseo de la gloria póstuma. Sin embargo, aquella impresión de lo solemnemente definitiva que era mi separación de Albertina, si bien la sustituía por un momento la idea de sus faltas, no hacía sino agravarlas confiriéndoles un carácter irremediable. Me veía perdido en la vida como en una playa ilimitada en la que estaba solo y donde, en cualquier dirección que tomara, jamás la encontraría.

Por fortuna, encontré muy oportunamente en mi memoria -pues siempre hay toda clase de cosas, peligrosas unas, saludables otras, en ese amasijo en el que los recuerdos sólo uno a uno se van desenredando-, descubrí, como descubre un obrero el objeto que le va a servir para lo que quiere hacer, unas palabras de mi abuela. A propósito de una historia inverosímil que la mujer de las duchas le había contado a madame de Villeparisis, me dijo: «Es una mujer que debe de tener la enfermedad de la mentira». Este recuerdo me ayudó mucho. ¿Qué valor podía tener lo que la mujer de las duchas dijo a Amado? Porque, después de todo, ella no había visto nada. Se puede ir a tomar una ducha con unas amigas sin que por eso haya que pensar mal. Quizá la mujer de las duchas exageraba por la propina. Una vez le oí asegurar a Francisca que mi tía Leoncia había dicho delante de ella que tenía «un millón al mes para gastar», lo que era una locura; otra vez que había visto a mi tía Leoncia dar a Eulalia cuatro billetes de mil francos, cuando un billete de cincuenta francos doblado en cuatro me parecía ya poco verosímil. Y así intentaba yo, y poco a poco lo conseguí, deshacerme de la dolorosa certidumbre que tanto trabajo me había costado adquirir, siempre oscilando entre el deseo de saber y el miedo de sufrir. Entonces pudo renacer mi cariño, pero en seguida, una tristeza de estar separado de Albertina, con lo que era quizá más desgraciado que en las horas recientes en que me torturaban los celos. Pero los celos renacieron de pronto pensando en Balbec, cuando súbitamente volví a ver la imagen (que hasta entonces no me había hecho sufrir nunca y hasta me parecía una de las más inofensivas de mi memoria) del comedor de Balbec por la noche, con toda aquella gente aglomerada en la sombra, al otro lado de los cristales, como en la caja luminosa de un acuario, mirando los extraños seres moverse en la

claridad, pero haciendo que se rozaran (nunca había pensado en esto) en su aglomeración las pescaderas y las chicas del pueblo con las burguesitas celosas de aquel lujo, nuevo en Balbec, aquel lujo que, si no la fortuna, al menos la avaricia y la tradición prohibían a sus padres, burguesitas entre las cuales estaba seguramente casi todas las noches Albertina, a la que yo no conocía aún y que sin duda levantaba allí a alguna muchachita con la que, unos minutos más tarde de la misma noche, se reunía en la arena, o bien en una caseta abandonada, al pie del acantilado. Después era mi tristeza la que renacía, acababa de oír, como una condena al destierro, el ruido del ascensor que, en vez de pararse en mi piso, subía más arriba. Sin embargo, la única persona cuya visita pudiera desear yo no vendría ya nunca, había muerto. Y, a pesar de esto, cuando el ascensor paraba en mi piso, me palpitaba el corazón y, por un instante, pensaba: «¡Y si esto no fuera más que un sueño! Acaso es ella, va a llamar, vuelve, va a entrar Francisca a decirme, con más susto que rabia, pues es aún más supersticiosa que vindicativa, y temería más a Albertina viva que a la que tal vez creyera ser un aparecido: "Nunca adivinaría el señor quién está aquí"».

Yo procuraba no pensar en nada, coger un periódico. Pero me resultaba insoportable la lectura de aquellos artículos escritos por personas que no experimentaban verdadero dolor. De una canción insignificante decía uno: «Hace *llorar»,* cuando yo la habría escuchado tan alegre si Albertina viviera. Otro, aunque gran escritor, porque había sido aclamado al bajar de un tren, decía que había recibido allí *inolvidables* testimonios, cuando yo, si ahora los recibiera, no pensaría en ellos ni un momento. Y un tercero aseguraba que, si no fuera por la odiosa política, la vida de París sería «perfectamente deliciosa», cuando yo sabía muy bien que esa vida, aun sin política, no podía menos de ser para mí atroz, mientras que, si recobrara a Albertina, me parecería deliciosa, aun con la política. El cronista cinegético decía (estábamos en mayo): «Esta época es verdaderamente dolorosa, más aún, siniestra, para el verdadero cazador, pues no hay nada, absolutamente nada a qué tirar», y el cronista del «Salón»: «Ante esta manera de organizar una exposición, nos embarga un inmenso desaliento, una infinita tristeza...» Si por la fuerza de lo que yo sentía me parecían falsas y pálidas las expresiones de los que no tenían verdaderas desdichas, en cambio las líneas más insignificantes que, por remotamente que fuera, podían relacionarse con Normandía, o con Niza, o con establecimientos hidroterápicos, o con la Berma, o con la princesa de Guermantes, o con el amor, o con la ausencia, o con la infidelidad, me traían súbitamente, sin darme tiempo a apartarme, la imagen de Albertina, y me echaba nuevamente a llorar. Por otra parte, ni siquiera podía leer, generalmente, aquellos periódicos, pues el simple gesto de abrirlos me recordaba a la vez que los hacía iguales cuando vivía Albertina, y que ya no vivía; y dejaba caer el periódico sin tener valor para abrirlo hasta el final. Cada impresión evocaba una impresión idéntica pero herida porque de ella había sido cortada la existencia de Albertina, de suerte que nunca tenía valor para vivir hasta el fin aquellos minutos mutilados que sufrían en mi corazón. Ni siquiera cuando, poco a poco, dejó de estar presente en mi pensamiento y, dominadora en mi corazón, sufría yo de pronto si, como cuando ella estaba allí, tenía que entrar en su cuarto, buscar la luz, sentarme junto a la pianola. Dividida en pequeños dioses familiares, habitó durante mucho tiempo en la llama de la vela, en la aldaba de la puerta, en el respaldo de una silla y en otros dominios más inmateriales, como una noche de insomnio o la impresión que me producía la primera visita de una mujer que me había gustado. A pesar de esto, las pocas frases que mis ojos leían en un día o que mi pensamiento recordaba haber leído, solían suscitarme

unos celos crueles. Para esto, más que ofrecerme un argumento valedero de la inmoralidad de las mujeres, necesitaban darme una impresión antigua ligada a la existencia de Albertina. Trasladadas entonces a un momento olvidado cuya fuerza no fue borrada en mí por el hábito de pensar en él, y en el que Albertina vivía aún, sus faltas tomaban un tinte más cercano, más angustioso, más atroz. Entonces volvía a preguntarme si era cierto que las revelaciones de la mujer de las duchas serían falsas. Una buena manera de saber la verdad sería mandar a Amado a Niza a pasar unos días cerca de la casa de madame Bontemps. Si a Albertina le gustaban los placeres que una mujer goza con las mujeres, si me había dejado por no seguir privada de ellos, seguramente, una vez libre, debió de entregarse a ellos en un país que conocía y al que no se le hubiera ocurrido retirarse si no pensara encontrar en él más facilidades que en mi casa. Seguramente no tenía nada de extraordinario que la muerte de Albertina hubiera cambiado tan poco mis preocupaciones. Cuando nuestra amante vive, gran parte de los pensamientos que constituyen lo que llamamos nuestro amor nos vienen durante las horas en que ella no está a nuestro lado. Por eso nos habituamos a tener por objeto de nuestro pensamiento un ser ausente y que, aunque su ausencia dure sólo unas horas, en esas horas no está más que un recuerdo. De modo que la muerte no cambia gran cosa. Cuando regresó Amado le pedí que fuera a Niza, y así, no sólo por mis pensamientos, por mis tristezas, por la emoción que me producía un nombre relacionado, por remotamente que fuese, con cierto ser, sino también por todos mis actos, por las averiguaciones que intentaba, por el empleo que daba a mi dinero, destinado todo él a conocer los actos de Albertina, puedo decir que todo aquel año de mi vida estuvo lleno de amor, de una verdadera relación amorosa. Y el objeto de aquel amor, de aquella relación era una muerta. Se dice a veces que puede subsistir algo de un ser después de muerto, si ese ser era un artista y puso un poco de sí mismo en su obra. Es acaso como una especie de esqueje sacado de un ser, injertado en el corazón de otro y que continúa viviendo incluso cuando el otro ser ha muerto.

Amado fue a hospedarse al lado de la casa de campo de madame Bontemps, allí conoció a una criada de una casa de alquiler de coches a la que Albertina solía ir a alquilar uno para el día. Aquella gente no había notado nada. En otra carta posterior, Amado me decía que una lavanderita de la localidad le había contado que Albertina le apretaba el brazo de una manera especial cuando le llevaba la ropa limpia. «Pero -decía- aquella señorita no le había hecho nunca nada más.» Le envié a Amado el dinero de su viaje y en pago del daño que acababa de hacerme con su carta, y, sin embargo, se esforzaba por curarlo diciéndome que aquello era una familiaridad que no demostraba ningún deseo piadoso, cuando recibí un telegrama de Amado: «Me he enterado de las cosas más interesantes, muchas noticias para el señor. Sigue carta.» Al día siguiente llegó una carta que, sólo por el sobre, me hizo temblar; había reconocido que era de Amado, pues cada persona, aun la más humilde, tiene bajo su dependencia esos pequeños seres familiares, a la vez vivos y yacentes en una especie de entumecimiento sobre el papel, los caracteres de su letra, que sólo él posee.

«Al principio, la pequeña lavandera no quiso decirme nada, aseguraba que la señorita Albertina no había hecho nunca más que cogerle el brazo. Pero para hacerla hablar la llevé a comer y le hice beber. Entonces me contó que la señorita Albertina se reunía con ella a veces a la orilla del mar cuando iba a bañarse, que la señorita Albertina tenía la costumbre de levantarse muy de mañana para ir a bañarse y tenía la costumbre de

reunirse con ella a la orilla del mar, en un lugar donde los árboles están tan juntos que nadie puede ver nada, y además a esa hora no hay nadie que pueda ver; después la lavandera llevaba a sus amiguitas y se bañaban, y después como ya hace mucho calor allí y pega duro hasta debajo de los árboles, se quedaban en la hierba secándose, acariciándose, haciéndose cosquillas jugando. La lavanderita me confesó que le gustaba mucho divertirse con sus amiguitas, y que viendo que la señorita Albertina, que se frotaba siempre contra ella en su albornoz, le hizo quitárselo y acariciaba con la lengua el cuello y los brazos, y hasta la planta de los pies que la señorita Albertina le tendía. La lavandera se desnudaba también, y jugaban a empujarse al agua; aquella noche no dijo más. Pero yo, queriendo cumplir bien las órdenes de usted y hacer lo que fuera por darle gusto, me llevé a dormir conmigo a la lavandera. Me preguntó si quería que me hiciese lo que le hacía a la señorita Albertina cuando ésta se quitaba el traje de baño. Y me dijo: (Si usted supiera cómo se estremecía aquella señorita, me decía: "¡Ah, qué gusto me das!" Y estaba tan nerviosa que no tenía más remedio que morderme). Todavía le vi a la lavanderita la señal del brazo. Y comprendo el calor de la señorita Albertina, pues la pequeña es verdaderamente muy hábil.»

Yo sufrí mucho en Balbec cuando Albertina me habló de su amistad con mademoiselle Vinteuil. Pero estaba allí Albertina para consolarme. Después, cuando, por haber querido demasiado conocer los hechos de Albertina, conseguí hacerla marcharse de mi casa, cuando Francisca me comunicó que se había marchado y me encontraba solo, sufrí más. Pero al menos la Albertina a la que había amado permanecía en mi corazón. Ahora, en su lugar -para mi castigo por haber llevado más lejos una curiosidad que, contra lo que yo suponía no había terminado con la muerte-, lo que encontraba era una muchacha diferente, multiplicando las mentiras y los engaños allí donde la otra me había tranquilizado tan dulcemente jurándome que nunca había conocido aquellos placeres que, en la embriaguez de su libertad reconquistada, había ido a gustar hasta el espasmo, hasta morder a aquella lavanderita con la que se encontraba al salir el sol, a orillas del Loira y a la que decía: «¡Qué gusto me das!» Una Albertina diferente, no sólo en el sentido en que entendemos la palabra diferente cuando se trata de los demás[19]. Si los demás son diferentes de lo que hemos creído, como esa diferencia no nos afecta profundamente y como el péndulo de la intuición sólo puede proyectar fuera de sí una oscilación igual a la que ejecuta en el sentido interior, únicamente en las zonas superficiales de esos seres situamos esas diferencias. Antes, cuando yo me enteraba de que a una mujer le gustaban las mujeres, no por eso me parecía una mujer distinta, de una esencia especial. Pero cuando se trata de una mujer que amamos, para librarnos del dolor que sentimos ante la idea de que eso puede ocurrir, procuramos averiguar no sólo lo que ha hecho, sino lo que sentía al hacerlo, qué idea tenía de lo que hacía; entonces, descendiendo cada vez más por la profundidad del dolor, se llega al misterio, a la esencia. Yo sufría hasta el fondo de mí mismo, hasta en mi cuerpo, en mi corazón, mucho más de lo que me hubiera hecho sufrir

[19] Cuando monsieur de Charlus estaba triste también, decíamos muchas frases parecidas. Pero, aunque en el mismo estado de ánimo, no podíamos consolarnos. Pues la pena es egoísta, y no puede recibir remedio de lo que no le afecta; aun cuando la pena de monsieur de Charlus hubiera sido causada por una mujer, habría sido igualmente lejana de la mía, desde el momento que no era Albertina quien la causaba. [La edición de La Pléiade inserta a pie de página este pasaje, que en el manuscrito se encuentra en un papel marginal sin indicación del lugar a que debía corresponder. *(N. de la T.)]*

el miedo a perder la vida por aquella curiosidad a la que contribuían todas las fuerzas de mi inteligencia y de mi inconsciente; y así proyectaba ahora en las profundidades mismas de Albertina todo lo que averiguaba de ella. Y el dolor que así había hecho penetrar en mí tan hondamente la realidad del vicio de Albertina me prestó, pasado mucho tiempo, un último servicio. Lo mismo que el daño que yo le había hecho a mi abuela, el daño que me hizo Albertina fue un último vínculo entre ella y yo, y sobrevivió hasta al recuerdo, pues con la conservación de energía que posee todo lo físico, el sufrimiento no necesita ni siquiera lecciones de la memoria: así, un hombre que ha olvidado las bellas noches pasadas en el bosque a la luz de la luna, sufre todavía el reuma que cogió allí.

Aquellos gustos que ella negaba y que tenía, aquellos gustos cuyo descubrimiento llegó a mí, no en un frío razonamiento, sino en el ardiente dolor sentido a la lectura de estas palabras: «¡Qué gusto me das!», dolor que les daba una particularidad cualitativa, aquellos gustos no sólo se sumaban a la imagen de Albertina como se incorpora al ermitaño el nuevo caracol que lleva consigo, sino mucho más como una sal que entra en contacto con otra sal y cambia su color, y más aún: que, por una especie de precipitado, cambia su naturaleza. Cuando la lavanderita dijera a sus amigas: «Qué os parece, no lo hubiera creído, pero la señorita es una de ésas», para mí no era solamente un vicio antes insospechado lo que incorporaban a la persona de Albertina, sino el descubrimiento de que era otra persona, una persona como ella, que hablaba la misma lengua, lo que, haciéndola compatriota de las otras, me la hacía más extraña aún a mí, demostraba que lo que yo había tenido con ella, lo que llevaba en mi corazón, no era sino un poquito de ella, y que el resto, que tomaba tanta extensión por no ser sólo esa cosa ya tan misteriosamente importante, un deseo individual, sino común con otras, me lo había ocultado siempre, me había mantenido siempre al margen de ello, como una mujer que me hubiera ocultado que era de un país enemigo y una espía, mucho más extraordinariamente aún que una espía, pues ésta sólo engaña sobre su nacionalidad, mientras que Albertina engañaba sobre su más profunda humanidad, sobre lo que no pertenecía a la humanidad común, sino a una raza extraña que se une a ella, que se esconde en ella y no se funde jamás con ella. Precisamente había visto yo dos pinturas de Elstir en las que hay mujeres desnudas en un paisaje frondoso. En una de esas pinturas, una de las muchachas levanta el pie como debía de hacerlo Albertina cuando se lo ofrecía a la lavandera. Con el otro empuja al agua a la otra muchacha, que resiste alegremente, alzando la pierna, apenas sumergido el pie en el agua azul. Ahora recordaba que la pierna levantada dibujaba el mismo meandro de cuello de cisne con el ángulo de la rodilla que formaba la caída de la pierna de Albertina cuando estaba junto a mí en la cama, y muchas veces quise decirle que me recordaba aquellas pinturas. Pero no lo hice por no despertar en ella la imagen de cuerpos desnudos de mujeres. Ahora la veía junto a la lavandera y sus amigas recomponiendo aquel grupo que tanto me gustara cuando en Balbec estaba yo sentado en medio de las amigas de Albertina. Y si yo hubiera sido un dictador sensible a la sola belleza, habría reconocido que Albertina lo recomponía mil veces más bello, ahora que los elementos del cuadro eran las estatuas desnudas de las diosas como las que los grandes escultores sembraban en Versalles bajo los bosquecillos o ponían en las fuentes para que las lavaran y pulieran las caricias del agua. Ahora la veía, junto a la lavandera, mucho más muchacha, a la orilla del mar, que lo fuera para mí en Balbec: en su doble desnudez de mármoles femeninos, en medio del follaje, de la vegetación y metiéndose en el agua como bajorrelieves náuticos. Recordando lo que Albertina era sobre mi cama, creía ver su

pierna curvada, la veía, era un cuello de cisne que buscaba la boca de la otra muchacha. Entonces ya ni siquiera veía una pierna, sino el cuello atrevido de un cisne como el que, en un estudio estremecido, busca la boca de una Leda que se ve en toda la palpitación específica del placer femenino, porque no hay más que un cisne y parece más sola, de la misma manera que descubrimos en el teléfono las inflexiones de una voz que no distinguimos mientras no se disocia de un rostro en el que se objetiva su expresión. En ese estudio, el placer, en lugar de ir hacia la mujer que lo inspira y que está ausente, reemplazada por un inerte cisne, se concentra en la que lo siente. A veces se interrumpía la comunicación entre mi corazón y mi memoria. Lo que Albertina había hecho con la lavandera ya sólo lo veía en abreviaciones casi algebraicas que ya no me representaban nada; mas, cien veces por hora se restablecía la corriente interrumpida y un fuego de infierno me abrasaba sin piedad el corazón cuando veía a Albertina, resucitada por mis celos, verdaderamente viva, en erección bajo las caricias de la lavanderita a la que decía: «¡Qué gusto me das!».

Como estaba viva en el momento de cometer su falta, es decir, en el momento en que yo mismo me encontraba, no me bastaba saber aquella falta: hubiera querido que ella supiera que yo lo sabía. Y en aquellos momentos me dolía pensar que ya nunca la vería, y este dolor llevaba la marca de mis celos y, muy diferentes del sufrimiento desgarrador de los momentos en que la amaba, no era más que el pesar de no poder decirle: «Creías que nunca iba a saber lo que hiciste después de dejarme. Bueno, pues lo sé todo; le decías a la lavandera en la orilla del mar: "¡Qué gusto me das!", y he visto el mordisco. Seguramente me decía: ¿Por qué atormentarme? La que gozó con la lavandera ya no es nada, luego no era una persona cuyos actos conservan un valor. No piensa que yo sé. Pero tampoco piensa que no sé, puesto que no piensa nada.» Mas este razonamiento me convencía menos que la contemplación de su goce, que me trasladaba al momento en que lo sintió. Lo que sentimos existe únicamente para nosotros y lo proyectamos en el pasado, en el futuro, sin detenernos ante las barreras ficticias de la muerte. Si mi dolor por su muerte sufría en aquellos momentos la influencia de mis celos y tomaba aquella forma tan especial, esta influencia se extendió naturalmente a mis sueños de ocultismo, de inmortalidad, que no eran más que un esfuerzo por intentar realizar lo que deseaba. Y en aquellos momentos si hubiera conseguido evocarla haciendo que se moviera una mesa, como Bergotte creía que era posible hacer, o volver a encontrarla en la otra vida, como creía el abate X..., sólo lo deseaba por decirle: «Sé lo de la lavandera: ¡qué gusto me das!; he visto el mordisco».

Lo que vino en mi ayuda contra aquella imagen de la lavandera fue -claro que después de persistir un poco- la imagen misma, porque sólo conocemos verdaderamente lo que es nuevo, lo que introduce de pronto en nuestra sensibilidad un cambio de tono que nos impresiona violentamente, lo que todavía no ha sido sustituido por sus pálidos facsímiles. Pero fue sobre todo un fraccionamiento de Albertina en numerosas partes, en numerosas Albertinas, lo que llegó a ser su único modo de existencia en mí. A veces había momentos en que era solamente buena, o inteligente, o seria, o prefiriendo los deportes sobre todas las cosas. Y, en el fondo, ¿no era natural que aquel fraccionamiento me calmara? Pues si, en sí mismo, no era cosa real, si dependía de la sucesiva forma de las horas en que Albertina se me aparecía, forma que era la de mi memoria como la curvatura de las proyecciones de mi linterna mágica dependía de la curvatura de los vidrios de colores, no representaba a su manera una verdad, bien objetiva ésta, que cada

uno de nosotros no es uno, sino que contiene numerosas personas, no todas del mismo valor moral, y que, si Albertina viciosa había existido, esto no impedía que existieran otras, la que gustaba de hablar conmigo de Saint-Simon en su cuarto; la que, la noche en que le dije que teníamos que separarnos, suspiró tan tristemente: «¡Pensar que nunca más veré esta pianola, este cuarto!». Y, cuando vio la emoción que mi mentira acabó por causarme, exclamó con una compasión tan sincera: «¡Oh, no!, todo antes que causarte pena; desde luego no intentaré volver a verte». Entonces ya no estaba solo, sentía desaparecer aquel tabique que nos separaba. Desde el momento en que volvía aquella Albertina buena, encontraba la única persona a quien pudiera pedirle el antídoto de los sufrimientos que Albertina me causaba. Cierto que seguía deseando hablarle de la historia de la lavandera, pero ya no era a manera de triunfo cruel y para demostrarle malévolamente que lo sabía. Le preguntaba tiernamente, como se lo hubiera preguntado a Albertina viva, si la historia de la lavandera era cierta. Me juró que no, que Amado no era muy verídico y que, para hacer ver que había ganado bien el dinero que le di, no quiso volver sin nada entre las manos y le atribuyó a la lavandera lo que quiso. Seguramente Albertina no había dejado de mentir. Sin embargo, en el flujo y en el reflujo de sus contradicciones notaba yo cierta progresión debida a mí. No juraría que, al principio, no llegara a hacerme confidencias (quizás, es cierto, involuntarias, en una frase que se escapa): ya no me acordaba. Y además tenía unas maneras tan raras de llamar ciertas cosas, que esto podía significar esto o lo contrario. Para convencerme de su inocencia me bastaba besarla, y ahora podía hacerlo, ahora que había caído el tabique que nos separaba, parecido a aquel otro, impalpable y resistente, que, después de un enfado, se levanta entre dos enamorados y contra el cual se romperían los besos. No, no necesitaba decirme nada. Hiciera lo que hiciera, la pobre pequeña, había sentimientos en los que, por encima de lo que nos separaba, podíamos unirnos. Si la historia era cierta, y si Albertina me había ocultado sus aficiones, era por no apenarme. Tuve la dicha de oírselo decir a esta Albertina. Pero, ¿acaso conocí nunca otra? Las dos mayores causas de errores en las relaciones con otro ser: tener uno buen corazón, o bien amar al otro ser. Nos enamoramos por una sonrisa, por una mirada, por un hombro. Esto basta; entonces, en las largas horas de esperanza o de tristeza, fabricamos una persona, componemos un carácter. Y cuando después tratamos a la persona amada ya no podemos, por muy crueles que sean las realidades con que nos encontremos, quitar ese carácter bueno, esa naturaleza de mujer que nos ama, a ese ser que tiene esa mirada, ese hombro, como no podemos quitarle la juventud, cuando envejece, a una persona que conocemos desde que era joven. Evoqué la hermosa mirada buena y compasiva de aquella Albertina, sus mejillas llenas, su cuello de granulación fuerte. Era la imagen de una muerta pero, como aquella muerta vivía, me fue fácil hacer en seguida lo que habría hecho infaliblemente si ella hubiera estado viva junto a mí (lo que haría si llegara a encontrarla en otra vida): la perdoné.

Los momentos vividos junto a esta Albertina eran para mí tan preciosos que hubiera querido no perder ninguno. Pero a veces, como quien reúne los restos de una fortuna derrochada, me encontraba con que me habían parecido perdidos: atándome un pañuelo detrás del cuello en lugar de delante, recordé un paseo en el que no había vuelto a pensar y durante el cual Albertina, después de besarme, me lo arregló de esta manera para que no me enfriara el pecho. Aquel paseo tan sencillo, restituido a mi memoria por un gesto tan humilde, me causó el gozo de esos objetos íntimos que pertenecieron a una muerta querida, que nos trae su vieja doncella y que tanto valor tienen para nosotros; y esto

enriqueció mi pena, más aún porque nunca había pensado en ello. El pasado, lo mismo que el futuro, no se gusta de una vez, sino grano a grano.

Por otra parte, mi pena tomaba tantas formas que a veces no la reconocía; deseaba tener un gran amor, buscar una persona que viviera junto a mí, y esto me parecía señal de que ya no amaba a Albertina, cuando lo era precisamente de que seguía amándola; pues esa necesidad de sentir un gran amor no era, como no lo era el deseo de besar las redondas mejillas de Albertina, más que una parte de mi pesar. Y, en el fondo, me alegraba de no enamorarme de otra mujer; me daba cuenta de que la prolongación de aquel gran amor por Albertina era la sombra del sentimiento que tuve por ella, reproducía sus diversas partes y obedecía a las mismas leyes que la realidad sentimental que reflejaba más allá de la muerte. Pues sentía muy bien que, si bien podía poner algún intervalo entre mis pensamientos por Albertina, si pusiera demasiados, ya no la amaría; estos cortes me la harían indiferente, como ahora me lo era mi abuela. Demasiado tiempo sin pensar en ella rompería en mi recuerdo la continuidad, principio mismo de la vida que, sin embargo, se puede reanudar pasado cierto intervalo de tiempo. ¿No ocurría así con mi amor por Albertina cuando vivía, que podía reanudarse después de mucho tiempo sin pensar en ella? Ahora bien, mi recuerdo debía obedecer a las mismas leyes, no podría soportar intervalos más largos, pues, como una aurora boreal, no hacía sino reflejar después de la muerte de Albertina los sentimientos que tuve hacia ella: era como la sombra de mi amor. Sólo cuando la olvidara podría parecerme más sensato, más feliz vivir sin amor. De suerte que la añoranza de Albertina, porque me hacía sentir la necesidad de una hermana, resultaba insaciable y a medida que mi añoranza de Albertina se fuera atenuando se tornaría menos imperiosa la necesidad de una hermana, que no era más que una forma inconsciente de esa añoranza. Y, sin embargo, estos residuos de mi amor no siguieron en su decrecimiento una marcha igualmente rápida. Había momentos en que estaba decidido a casarme, tan profundo era el eclipse del primero, mientras que el segundo conservaba una gran fuerza. En cambio, más tarde, extinguidos mis recuerdos celosos, me subía de pronto al corazón un cariño por Albertina, y entonces, pensando en mis amores por otras mujeres, me decía que ella los había comprendido, los había compartido, y su vicio venía a ser como una causa de amor. A veces renacían mis celos en momentos en que ya no me acordaba de Albertina, aunque fuera de ella de quien sentía celos creía que los sentía de Andrea, de la que me habían contado en aquel momento una aventura que tenía. Pero Andrea no era para mí otra cosa que un intermediario, que un atajo, que una toma de corriente que me unía indirectamente a Albertina. De esta manera ponemos en sueños otra cara, otro nombre, a una persona sobre cuya identidad profunda no nos engañamos sin embargo. En suma, pese al flujo y al reflujo que, en estos casos particulares, contradecían esta ley general, los sentimientos que me dejó Albertina tardaron más en morir que el recuerdo de su causa primera. No sólo los sentimientos, sino también las sensaciones. Diferente en esto de Swann, que cuando empezó a dejar de amar a Odette ni siquiera pudo recrear en él la sensación de su amor, yo me sentía aún reavivando un pasado que ya no era más que la historia de otro; partido en cierto modo, mi yo, mientras su extremo superior estaba ya duro y frío, aún ardía en su base cada vez que una chispa hacía pasar por él una antigua corriente, incluso cuando mi espíritu había dejado desde hacía tiempo ya de concebir a Albertina. Y como ninguna imagen de ésta acompañaba a las dolorosas palpitaciones que la sustituían, a las lágrimas que aportaba a mis ojos un viento frío que soplaba como en Balbec sobre los manzanos ya rosados, llegaba a

preguntarme si el renacimiento de mi amor no era debido a causas enteramente patológicas y si lo que yo creía reviviscencia de un recuerdo y período postrero de un amor no era más bien el comienzo de una enfermedad de corazón.

Hay en ciertas afecciones accidentes secundarios que el enfermo es demasiado propenso a confundir con la enfermedad misma. Cuando cesan le sorprende encontrarse menos lejos de la curación de lo que había creído. Así fue el sufrimiento causado -la «complicación» determinada- por las cartas de Amado sobre la casa de duchas y las lavanderas. Mas si me hubiera visitado un médico del alma habría visto que, por lo demás, mi pena, mi pena misma, iba mejor. Como yo era un hombre, uno de esos seres anfibios que están simultáneamente sumergidos en el pasado y en la realidad, seguramente había siempre en mí una contradicción entre el recuerdo vivo de Albertina y el conocimiento que yo tenía de su muerte. Pero esta contradicción era en cierto modo opuesta a lo que fuera antes. La idea de que Albertina había muerto, esta idea que al principio venía a fustigar tan furiosamente en mí la idea de que estaba viva, que me hacía correr delante de ella como los niños huyendo de la ola, esta idea de su muerte, más viva aún por aquellos ataques incesantes, terminó por conquistar en mí el lugar que, recientemente todavía, ocupaba la idea de su vida. Sin que yo me diese cuenta ahora, era principalmente esta idea de la muerte de Albertina -ya no el recuerdo presente de su vida- lo que constituía el fondo de mis inconscientes pensamientos, de suerte que, si los interrumpía de pronto para reflexionar sobre mí mismo, lo que me sorprendía no era, como los primeros días, que Albertina, tan viva en mí, pudiera no existir ya en el mundo, que pudiera estar muerta, sino que Albertina, que no existía ya en el mundo, que estaba muerta, permaneciera tan viva en mí. Construida por la contigüidad de los recuerdos que se suceden uno a otro, el negro túnel bajo el cual divagaba mi pensamiento desde hacía demasiado tiempo para que ni siquiera le prestase atención, lo interrumpía bruscamente un intervalo de sol meciendo a lo lejos un universo alegre y azul donde Albertina ya no era más que un recuerdo indiferente y lleno de encanto. ¿Es ésa la verdadera -me preguntaba yo-, o bien el ser que, en la oscuridad por la que he caminado tanto tiempo, me parecía la única realidad? El personaje que yo fuera tan poco tiempo hacía y que sólo vivía en la perpetua espera del momento en que vendría Albertina a darle las buenas noches y a besarle, una especie de multiplicación de mí mismo, me representaba aquel personaje como si no fuera más que una pequeña parte de mí, una parte medio desnuda, y, como una flor que se abre, sentía la frescura rejuvenecedora de una exfoliación. Y aquellas breves iluminaciones quizá no producían otro efecto que hacerme más consciente de mi amor por Albertina, como ocurre con todas las ideas demasiado constantes, que, para reafirmarse, necesitan una oposición. Los que vivían durante la guerra de 1870, por ejemplo, dicen que la idea de la guerra acabó por parecerles natural, no porque no pensaran bastante en la guerra, sino porque pensaban siempre en ella. Y para comprender lo extraño y lo importante que es el hecho de la guerra, era necesario que, porque algo les sacara de su obsesión permanente, olvidasen un momento que la guerra reinaba, que se encontrasen como eran cuando había paz, hasta que, de pronto, sobre aquel blanco momentáneo, se destacara por fin, distinta, la realidad monstruosa que desde hacía mucho tiempo habían dejado de ver y no vieran otra cosa que ella.

Si este alejamiento en mí de los diferentes recuerdos de Albertina se hubiera operado al menos, no por escalones, sino a la vez, igualmente, de frente, en todo el trayecto de mi memoria, alejándose los recuerdos de sus traiciones al mismo tiempo que los de su

bondad, el olvido me habría aportado la calma. No fue así. Como en una playa donde la marea desciende irregularmente, me asaltaba la mordedura de una de mis sospechas cuando ya la imagen de la dulce presencia de Albertina se había retirado demasiado lejos de mí para poder aportarme su remedio.

Las traiciones las había sufrido, porque, por lejano que fuera el año en que se produjeron, para mí no eran antiguas; pero me hacían sufrir menos cuando llegaron a serlo, es decir, cuando me las representé menos vivamente, pues el alejamiento de una cosa es proporcional más bien al poder visual de la memoria que mira que a la distancia real de los días transcurridos, como el recuerdo de un sueño de la última noche puede parecernos más lejano en su imprecisión y en su vaguedad, que un acontecimiento que data de varios años. Pero, aunque la idea de la muerte de Albertina progresara en mí, el reflujo de la sensación de que estaba viva, si no detenía aquel progreso lo contrarrestaba, sin embargo, e impedía que fuese regular. Y ahora me daba cuenta de que durante aquel período (seguramente por aquel olvido de las horas en las que ella estuvo enclaustrada en mi casa y que, a fuerza de borrar en mí el sufrimiento de las faltas que me parecían casi indiferentes porque sabía que ella no las cometía, llegaban a ser como pruebas de inocencia) sufrí el martirio de vivir habitualmente con una idea tan nueva como la de que Albertina estaba muerta (hasta entonces partía siempre de la idea de que estaba viva), con una idea que me habría parecido tan imposible de soportar y que, sin darme cuenta, constituyendo poco a poco el fondo de mi consciencia, iba sustituyendo en ella a la idea de que Albertina era inocente: era la idea de que Albertina era culpable. Cuando creía dudar de ella, creía, en cambio, en ella; de la misma manera tomé como punto de partida de mis otras ideas la certidumbre -muchas veces desmentida como lo era la idea contraria- de su culpabilidad, sin dejar de imaginar que seguía dudando. Debí de sufrir mucho en aquel período, pero me doy cuenta de que tenía que ser así. Sólo sintiéndonos plenamente nos curamos de un sufrimiento. Protegiendo a Albertina de todo contacto, forjándome la ilusión de que era inocente, como más tarde tomando como base de mis razonamientos el pensamiento de que vivía, no hacía más que retrasar la hora de la curación, porque retrasaba las largas horas, que debían ser previas, de los sufrimientos necesarios. Y en estas ideas de la culpabilidad de Albertina, la costumbre, cuando actuara, lo haría siguiendo las mismas leyes que yo había experimentado ya en el transcurso de mi vida. Así como el nombre de Guermantes había perdido el significado *y* el encanto de un camino bordeado de nenúfares *y* de la vidriera de Gilberto el Malo, la presencia de Albertina había perdido a su vez el significado y el encanto de las olas azules de la mar, los nombres de Swann, del ascensorista, de la princesa de Guermantes y tantos otros, todo lo que significaron para mí, dejándome aquel encanto y aquel significado una simple palabra que encontraban demasiado grande para vivir sola, como alguien que viene a enseñar a su criado le pone al corriente y al cabo de una semana se retira, así la dolorosa idea de la culpabilidad de Albertina sería despedida de mí por la costumbre. Por otra parte, hasta que esto llegara, como un ataque emprendido por dos puntos a la vez, colaborarían dos aliados. Como esta idea de la culpabilidad de Albertina llegaría a ser para mí una idea más probable, más habitual, me sería menos dolorosa. Mas, por otra parte, por ser menos dolorosa, las objeciones opuestas a la certidumbre de aquella culpabilidad, y que sólo mi deseo de no sufrir demasiado las inspiraba a mi inteligencia, se derrumbarían una a una y precipitando cada acción a la otra, pasaría bastante rápidamente de la certidumbre de la inocencia de Albertina a la certidumbre de su

culpabilidad. Tenía que vivir con la idea de la muerte de Albertina, con la idea de sus faltas para que estas ideas llegasen a serme habituales, es decir para que pudiese olvidar estas ideas y olvidar, por fin, a Albertina misma.

No había llegado aún a esto. Unas veces era mi memoria, tornándose más clara por una excitación intelectual -por ejemplo, si estaba leyendo- que renovaba mi pena; otras veces era, por el contrario, mi pena -exaltada, por ejemplo, por la angustia de un tiempo tempestuoso- la que llevaba más arriba, más cerca de la luz, algún recuerdo de nuestro amor.

Por otra parte, estos renuevos de mi amor por Albertina muerta podían producirse en un intervalo de indiferencia sembrado de otras curiosidades, como, tras el largo intervalo que comenzó después del beso negado de Balbec y durante el cual me interesaron mucho más madame de Guermantes, Andrea, mademoiselle de Stermaria, se reavivó aquel amor por Albertina cuando volví a verla a menudo. E incluso ahora, otras preocupaciones diferentes podían producir una separación -esta vez de una muerta- en la que me sería ya indiferente. Todo esto por la misma razón: que para mí estaba viva. E incluso más adelante, cuando la amaba menos, aquello siguió siendo para mí, sin embargo, uno de esos deseos que se nos pasan pronto, pero que renacen después de dejarlos reposar por algún tiempo. Iba tras una mujer viva, después tras otra, mas volvía a mi muerta. Muchas veces, en las partes más oscuras de mí mismo, cuando ya no podía formarme ninguna idea clara de Albertina, un nombre acudía a suscitar en mí reacciones dolorosas que ya no creía posibles, como esos moribundos en quienes el cerebro ya no piensa y que, al pincharles con una aguja, se les contrae un miembro. Y durante largos períodos estas excitaciones se producían tan de tarde en tarde que llegaba a buscar yo mismo las ocasiones de una pena, de una crisis de celos, para volver a conectar con el pasado, para acordarme más de ella. Pues como la añoranza de una mujer no es más que un amor reviviscente y sigue sometido a las mismas leyes que él, la fuerza de mi añoranza crecía por las mismas causas que, en vida de Albertina, hubiesen aumentado mi amor por ella y en el primer rango de las cuales figuraron siempre los celos y el dolor. Pero, generalmente, estas ocasiones -pues la enfermedad, una guerra, pueden durar mucho más de lo que el más previsor juicio calculara- nacían a mi pesar y me causaban choques tan violentos que, más que en solicitarles un recuerdo, pensaba en protegerme contra el dolor.

Por otra parte, ni siquiera era necesaria una palabra, como Chaumont, relacionada con una sospecha[20], para despertar el recuerdo, para ser la consigna, el mágico Sésamo que abriera la puerta de un pasado que ya no interesa, porque, cansados de verlo, literalmente no lo poseemos ya; nos lo habían amputado, habíamos creído que, por esta ablación, nuestra personalidad había cambiado de forma, como una figura que perdiera con un ángulo un lado; ciertas frases, por ejemplo, en las que hubiera el nombre de una calle, de un camino donde habría podido hallarse Albertina, bastaban para encarnar unos celos virtuales, inexistentes, en busca de un cuerpo, de una morada, de cualquier fijación material, de alguna realización particular.

Muchas veces ocurría simplemente durante el sueño que, por esas «renovaciones», por esos *da capo* del sueño que pasan de una vez varias páginas de la memoria, varias hojas del calendario, me volvían, me hacían retroceder a una impresión dolorosa, pero antigua,

[20] (Y hasta una sílaba común a dos nombres diferentes bastaba a mi memoria -como a un electricista le basta cualquier buen conductor- para restablecer el contacto entre Albertina y mi corazón.) [La edición de La Pléiade añade este fragmento con referencia al lugar señalado. *(N. de la T.)]*

que desde hacía mucho tiempo había cedido el sitio a otras y que ahora se tornaba presente. Generalmente venía acompañada de toda una escenografía torpe, pero impresionante, que, ofuscándome, ponía ante mis ojos, hacía oír a mis oídos lo que en lo sucesivo databa de aquella noche. Por lo demás, en la historia de un amor y de sus luchas contra el olvido, ¿no ocupa el sueño un lugar aún mayor que la vigilia, el sueño, en el que no cuentan las divisiones infinitesimales del tiempo, el sueño que suprime las transiciones, que contrapone los grandes contrastes, que deshace en un momento el trabajo de consolación tan lentamente tejido durante el día y nos prepara, por la noche, un encuentro con aquella a la que acabaríamos por olvidar, mas con la condición de no volver a verla? Pues, dígase lo que se quiera, podemos tener perfectamente en sueños la impresión de que lo que en ellos ocurre es real. Esto sólo sería imposible por razones sacadas de nuestra experiencia de la víspera, experiencia que, en esos momentos, nos queda oculta. De suerte que esa vida inverosímil nos parece verdadera. A veces, por un defecto de alumbrado interior, que, vicioso, hacía fallar la obra, mis recuerdos bien puestos en escena me daban la ilusión de la vida, creía verdaderamente que había dado cita a Albertina, que iba a encontrarla; pero entonces me sentía incapaz de ir hacia ella, de proferir las palabras que quería decirle, de reanimar para verla la antorcha que se había apagado: imposibilidades que eran simplemente en mi sueño la inmovilidad, el mutismo, la ceguera del durmiente, como de pronto se ve en la linterna mágica una gran sombra que debería estar oculta, que borra la proyección de los personajes, y que es la sombra de la propia linterna o la del operador. Otras veces Albertina se encontraba en mi sueño y quería de nuevo dejarme, sin que su resolución llegara a conmoverme. Era que, de mi memoria, había podido filtrarse en la oscuridad de mi sueño una señal de aviso, y que, alojada en Albertina, quitaba toda importancia a sus actos futuros, a la marcha que anunciaba: era la idea de que estaba muerta. Pero muchas veces era aún más claro: el recuerdo de que Albertina estaba muerta se combinaba, sin destruirla, con la sensación de que estaba viva. Yo hablaba con ella, y mientras hablaba, mi abuela iba y venía por la habitación. Una parte de su barbilla había caído en migajas como un mármol carcomido, pero yo no encontraba en esto nada de extraordinario. Le decía a Albertina que tenía que hacerle unas preguntas sobre la casa de duchas de Balbec y sobre cierta lavandera de Turena, pero lo dejaba para más tarde, pues teníamos todo el tiempo por delante y ya nada corría prisa. Me aseguraba que no hacía nada malo y que sólo la víspera había besado en los labios a mademoiselle Vinteuil. «Pero ¿está aquí?» «Sí, y, por cierto, que tengo que dejarte, pues tengo que ir a verla en seguida.» Y como desde que Albertina estaba muerta ya no la tenía prisionera en mi casa como en los últimos tiempos de su vida, su visita a mademoiselle Vinteuil me preocupaba. Pero no quería que se me notase, Albertina me decía que no había hecho más que besarla, pero debía de mentir de nuevo como antes, cuando lo negaba todo. En seguida ya no se contentaría probablemente con besar a mademoiselle Vinteuil. Claro que, desde cierto punto de vista, hacía mal en preocuparme así, puesto que, según dicen, los muertos no pueden sentir nada, no pueden hacer nada. Eso dicen, pero ello no impedía que mi abuela, muerta, siguiera, sin embargo, viviendo desde hacía varios años, y en aquel mismo momento iba y venía por la habitación. Y seguramente, una vez despierto, aquella idea de una muerta que continuaba viviendo hubiera debido parecerme de nuevo tan imposible de comprender como imposible me es de explicar. Pero tantas veces la había concebido en esos períodos pasajeros de locura que son nuestros sueños, que acabé por familiarizarme con ella; la

memoria de los sueños puede hacerse duradera si se repiten con bastante frecuencia. Y me figuro que aquel hombre que, para explicar a unos visitantes de un manicomio que él no estaba loco, aunque lo dijera el doctor, decía, poniendo en contraste con su sana razón las insensatas quimeras de los enfermos: «Por ejemplo, ese que parece una persona como cualquier otra, que no parece loco, lo está: se cree que es Jesucristo, yeso no puede ser, porque Jesucristo soy yo»; me figuro que, aunque ese hombre esté hoy curado y haya recuperado la razón, debe de comprender un poco mejor que los demás lo que quería decir en un tiempo ya superado de su vida mental. Y mucho tiempo después de acabado mi sueño, seguía atormentado por aquel beso que Albertina me dijera que había dado, con unas palabras que me parecía está royendo aún. Y, en realidad, debieron de pasar muy cerca de mi oído, puesto que era yo mismo quien las pronunció. Continuaba todo el día hablando con Albertina, la interrogaba, la perdonaba, reparaba el olvido de cosas que siempre había querido decirme cuando vivía. Y de pronto me asustaba pensar que a aquel ser evocado por la memoria, al que se dirigían todas aquellas palabras, no correspondía ya ninguna realidad, que habían quedado destruidas las diferentes partes del rostro al que sólo el impulso continuo de la voluntad de vivir, aniquilado hoy, había dado la unidad de una persona.

Otras veces, sin haber soñado, sentía al despertarme que el viento había girado en mí; soplaba frío y continuo en otra dirección que venía del fondo del pasado, trayéndome el sonido de otras lejanas, de los silbidos de salida que yo no oía habitualmente. Probaba a coger un libro, abría una novela de Bergotte que me había gustado especialmente. Los personajes afines me gustaban mucho y, absorbido en seguida por el encanto del libro, me acuciaba el deseo, como un placer personal, de que la mujer mala recibiera su castigo; y se me humedecían los ojos cuando quedaba asegurada la felicidad de los prometidos. «Pero entonces -exclamaba con desesperación-, por el hecho de dar tanta importancia a lo que pudo hacer Albertina, no puedo sacar la conclusión de que su personalidad es algo real que no puede quedar abolido, que volveré a encontrarla un día tal como era en el cielo, puesto que pongo tanto interés, espero con tanta impaciencia, celebro con lágrimas el éxito de una persona que nunca existió más que en la imaginación de Bergotte, a la que nunca he visto y cuyo rostro me puedo imaginar a mi capricho.» Además, en aquella novela había muchachas seductoras, correspondencias amorosas, paseos desiertos donde se encuentran las parejas, y esto me recordaba que se puede amar clandestinamente, me avivaba los celos, como si Albertina pudiera todavía pasear por aquellos paseos desiertos. Y se trataba también de un hombre que, pasados cincuenta años, vuelve a ver a una mujer a la que amó de joven, *y* no la reconoce, y se aburre con ella. Y esto me recordaba que el amor no dura siempre y me perturbaba como si yo estuviera destinado a estar separado de Albertina y a volver a encontrarla con indiferencia cuando fuera ya viejo. Y si divisaba un mapa de Francia, mis asustados ojos procuraban no encontrar en él Turena para no sentir celos, y, para no sufrir, no encontrar Normandía, donde estaban marcados por lo menos Balbec y Doncières, entre los cuales situaba yo todos los caminos que tantas veces recorrimos juntos. En medio de otros nombres de ciudades o de pueblos de Francia nombres que sólo eran visibles o audibles, el nombre de Tours, por ejemplo, parecía compuesto de otra manera, no ya de imágenes inmateriales, sino de sustancias venenosas que actuaban fulminantemente sobre mi corazón acelerando y haciendo dolorosas sus palpitaciones. Y si esta fuerza se extendía hasta ciertos nombres, que ella hacía tan diferentes de los demás, ¿cómo, estando más cerca de mí, limitándome a la misma

Albertina, podía extrañarme que aquella fuerza irresistible sobre mí, y que cualquier mujer hubiera podido servir para producirla, fuera el resultado de una maraña y de un contacto de sueños, de deseos, de costumbres, de sentimientos tiernos, con la interferencia requerida de sufrimientos y de goces alternos? Y esto continuaba su muerte, la memoria bastaba para mantener la vida real, que es mental. Recordaba a Albertina bajando del tren y diciéndome que tenía gana de ir a Saint-Martin-le-Vêtu, y la veía también delante, con su toca bajada sobre las mejillas; volvía a ver posibilidades de felicidad y me lanzaba hacia ellas diciéndome: «Podíamos haber ido juntos hasta Quimperlé, hasta Pont-Aven». No había una sola estación cerca de Balbec donde no la viese, de suerte que aquella tierra, como un país mitológico conservado, me tornaba vivas y crueles las leyendas más antiguas, las más seductoras, las más difuminadas por lo que siguió en mi amor. ¡Ah, qué sufrimiento si alguna vez tuviera que volver a dormir en aquella cama de Balbec, en torno a aquel marco de cobre donde, como en torno a un poste inamovible, a una barra fija, se había movido, había evolucionado mi vida, apoyando en él sucesivamente alegres conversaciones con mi abuela, el horror de su muerte, las dulces caricias de Albertina, el descubrimiento de su vicio, y ahora una vida nueva, en la que, mirando las librerías encristaladas donde se reflejaba el mar, sabía que Albertina no entraría ya jamás! ¿No era aquel hotel de Balbec como aquella única decoración de casa de los teatros de provincias, donde se representan desde hace años las obras más diferentes, que ha servido para una comedia, para una primera tragedia, para otra, para una obra puramente poética, aquel hotel que se remontaba ya bastante lejos en mi pasado y siempre, entre sus paredes, con nuevas épocas de mi vida? Que aquella sola parte fuera siempre la misma, las paredes, las librerías, el espejo, me hacía sentir mejor que, en suma, era lo demás, era yo mismo quien había cambiado, y me daba así esa impresión que no tienen los niños que, en su optimismo pesimista, creen que los misterios de la vida, del amor, de la muerte, están reservados, que ellos no participan en esos misterios, y que nos damos cuenta con doloroso orgullo de que, en el transcurso de los años, se ha fundido con nuestra propia vida.

Intentaba leer los periódicos[21].

Por eso la lectura de los periódicos me resultaba odiosa y además no era inofensiva. Porque en nosotros, de cada idea, como de una encrucijada en un bosque, parten tantos caminos diferentes, que cuando menos lo esperaba me encontraba ante un nuevo recuerdo. El título de la melodía de Fauré, *Le secret,* me llevó *a Le secret du roi,* del duque de Broglie; el nombre de Broglie al de Chaumont. O bien las palabras Viernes Santo me hacían pensar en el Gólgota, el Gólgota en la etimología de esa palabra que a su vez parece el equivalente de *Calvus mons,* Chaumont. Mas, por cualquier camino que me llevase a Chaumont, en aquel momento sufría un choque tan cruel que pensaba mucho más en librarme del dolor que en pedirle recuerdos. A los pocos instantes del choque la inteligencia, que, como el ruido del trueno, no corre tan de prisa, me traía la razón. Chaumont me había hecho pensar en las Buttes-Chaumont, adonde madame Bontemps me había dicho que solía ir Andrea con Albertina, mientras que Albertina me dijo que no había estado nunca en las Buttes-Chaumont. A partir de cierta edad, nuestros recuerdos están tan enmarañados unos con otros que la cosa en que pensamos, el libro que leemos

[21] En la edición de La Pléiade se advierte que, en el manuscrito, sigue: «También la lectura...», quedando el párrafo sin terminar. *(N. de la T)*

ya casi no tiene importancia. Hemos puesto algo de nosotros mismos en todo, todo es fecundo, todo es peligroso, y podemos hacer en un anuncio de un jabón descubrimientos tan valiosos como en *los Pensamientos* de Pascal.

Seguramente un hecho como el de las Buttes-Chaumont, que en su tiempo me parecía fútil, era en sí mismo, contra Albertina, mucho menos grave, menos decisivo que la historia de la mujer de las duchas o la de la lavandera. Pero, en primer lugar, un recuerdo que nos viene fortuitamente encuentra en nosotros un poder intacto de imaginar, es decir, en este caso, de sufrir, que hemos gastado en parte cuando somos nosotros, por el contrario, quienes hemos dedicado voluntariamente nuestra inteligencia a recrear un recuerdo. Y además, los últimos (la mujer de las duchas, la lavandera), siempre presentes, aunque oscurecidos en mi memoria, como esos muebles colocados en la penumbra de un pasillo y con los que, sin distinguirlos, evitamos, sin embargo tropezar, me había habituado a ellos. En cambio, hacía mucho tiempo que no había pensado en las Buttes-Chaumont, o, por ejemplo, en la mirada de Albertina en el espejo del casino de Balbec, o en el retraso inexplicado de Albertina la noche en que tanto la esperé después de la fiesta Guermantes, todas aquellas partes de su vida que estaban fuera de mi corazón y que yo hubiera querido conocer para que pudieran asimilarse, unirse a él, encontrar en él los recuerdos más dulces que en él formaban una Albertina interior y verdaderamente poseída. Levantando una punta del pesado velo de la costumbre (la costumbre embrutecedora que en todo el transcurso de nuestra vida nos esconde casi todo el universo y en una noche profunda, bajo su etiqueta invariable, sustituye los más peligrosos venenos de la vida o los más embriagadores con algo anodino que no causa delicias), volverían a mí como el primer día, con esa fresca y penetrante novedad de una estación que reaparece, de un cambio en la rutina de nuestras horas, que, también en el dominio de los placeres, si subimos en coche un primer hermoso día de primavera o salimos de casa al asomar el sol, nos hacen notar nuestros actos insignificantes con una exaltación lúcida que hace prevalecer ese intenso minuto sobre todos los días anteriores. Los antiguos días van cubriendo poco a poco los precedentes y son a su vez enterrados bajo los que le siguen. Pero cada día antiguo queda depositado en nosotros como una inmensa biblioteca donde hay, entre los libros más viejos, un ejemplar que seguramente nadie pedirá nunca. Sin embargo, ese día antiguo, atravesando las traslúcidas épocas siguientes, sube a la superficie y se extiende en nosotros cubriéndonos por entero, y, durante un momento, los nombres recuperan su antiguo significado; los seres, su antiguo rostro; nosotros, nuestra alma de entonces, y sentimos, con un sufrimiento vago, pero soportable y que no durará, los problemas desde hace tiempo insolubles que tanto nos angustiaban entonces. Nuestro yo está hecho de la superposición de nuestros estados sucesivos. Pero esa superposición no es inmutable como la estratificación de una montaña. Se producen perpetuamente levantamientos que hacen aflorar a la superficie estratos antiguos. Yo estaba esperando, después de la fiesta de la princesa de Guermantes, la llegada de Albertina. ¿Qué había hecho aquella noche? ¿Me engañó? ¿Con quién? Las revelaciones de Amado, aun aceptándolas, no atenuaban en nada para mí el interés ansioso, desolado, de aquella pregunta inesperada, como si cada Albertina diferente, cada nuevo recuerdo, suscitara un problema de celos especial al que no podían aplicarse las soluciones de los otros.

Pero yo no hubiera querido saber únicamente con qué mujer había pasado aquella noche, sino qué placer especial representaba aquello para ella, lo que pasaba en ella en aquel momento. A veces, en Balbec, Francisca iba a buscarla y me decía que la había

encontrado asomada ala ventana, con aire inquieto, indagador, como si esperara a alguien. Supongamos que me enterase de que la muchacha esperada era Andrea: ¿con qué estado de ánimo, oculto detrás de la mirada inquieta e indagadora, la esperaba Albertina? ¿Qué importancia tenía para ella aquella afición, qué lugar ocupaba en sus preocupaciones? Desgraciadamente, recordando mis propias ansiedades cada vez que encontré una muchacha que me gustaba, a veces con sólo oír hablar de ella sin haberla visto, mi preocupación por arreglarme bien, por estar atractivo, mis sudores fríos, me bastaba para torturarme esta misma voluptuosa emoción en Albertina, de la misma manera que mi tía Leoncia, después de la visita de un médico que se mostraba escéptico sobre la realidad de sus males, deseaba la invención de un aparato que hiciera sentir al tal doctor, para que se diera mejor cuenta, todos los sufrimientos de su enfermo. Y era ya bastante para torturarme, para decirme que, al lado de esto, las conversaciones serias conmigo sobre Stendhal y Victor Hugo debieron de pesar bien poco en ella, para que le atrajeran el corazón otros seres, para separarse del mío, para encarnarse en otro sitio. Mas la misma importancia que aquel deseo debía de tener para ella y las reservas que se formaban en torno a él no podían revelarme lo que, cualitativamente, era; más aún: cómo lo calificaba cuando se hablaba a sí misma. En el sufrimiento físico, por lo menos no tenemos que elegir nosotros mismos nuestro dolor. Lo determina y nos lo impone la enfermedad. Pero en los celos tenemos que ensayar en cierto modo sufrimientos de todo tipo y de toda magnitud antes de quedarnos con el que nos parece conveniente. ¡Y qué dificultad más grande, cuando se trata de un sufrimiento como éste, la de sentir a la que amamos gozando con otros seres que no son nosotros, que le dan sensaciones que nosotros ya no sabemos darle, o que, al menos, por su configuración, su imagen, sus maneras, le representan algo muy diferente de nosotros! ¡Ojalá hubiera amado Albertina a Saint-Loup: creo que me hubiera hecho sufrir menos!

Desde luego, ignoramos la sensibilidad particular de cada ser, pero generalmente no sabemos siquiera que la ignoramos, pues esa sensibilidad de los demás nos es indiferente. En cuanto a Albertina, mi desgracia o mi felicidad hubieran dependido de lo que era esta sensibilidad; yo sabía bien que no la conocía, y el desconocerla era ya para mí un dolor. Los deseos, los placeres desconocidos que Albertina sentía tuve una vez la ilusión de verlos, otra de oírlos. De verlos cuando, al poco tiempo de la muerte de Albertina, vino Andrea a mi casa. Por primera vez me pareció bella; pensaba que aquel cabello crespo, aquellos ojos oscuros y ojerosos, era sin duda lo que Albertina había amado tanto, la materialización ante mí de la que llevaba en su sueño amoroso, de la que veía en las miradas anticipadoras del deseo el día en que, tan precipitadamente, quiso volver de Balbec. Como una desconocida flor oscura que me trajeran de la tumba de un ser en el que no había sabido descubrirla, me parecía exhumación inesperada de una reliquia inestimable, ver ante mí el Deseo encarnado de Albertina que Andrea era para mí, como Venus era el deseo de Júpiter. Andrea sentía la muerte de Albertina, mas en seguida me di cuenta de que no echaba de menos a su amiga. Alejada a la fuerza de ella por la muerte, parecía haber tomado fácilmente su partido de una separación definitiva que yo no me habría atrevido a pedirle cuando Albertina estaba viva: hasta tal punto habría temido no obtener el consentimiento de Andrea. Al contrario, parecía aceptar sin dificultad aquel renunciamiento, pero precisamente cuando ya no podía beneficiarme a mí. Andrea me dejaba a Albertina, pero muerta, y ya perdida para mí no sólo su vida, sino, retrospectivamente, un poco de su realidad, viendo que no era indispensable, única,

para Andrea, que había podido reemplazarla por otras.

Si Albertina viviera, no me habría atrevido a pedir a Andrea ciertas confidencias sobre el carácter de su amistad, entre ellas y con la amiga de mademoiselle Vinteuil, pues no era seguro que Andrea no repitiera a Albertina todo lo que *yo le* decía. Ahora, de tal interrogatorio podría no sacar nada, pero al menos no ofrecía peligro. Le hablé a Andrea, no en un tono interrogativo, sino como si lo supiera de siempre, quizá por Albertina, de su propio gusto, el de Andrea, por las mujeres y de sus propias relaciones con mademoiselle Vinteuil. Confesó todo esto sin ninguna dificultad, sonriendo. De esta confesión podía yo sacar dolorosas consecuencias; primero, porque Andrea, tan afectuosa y tan coqueta con muchos muchachos en Balbec, no le hubiera hecho pensar a nadie en unas costumbres que ella no negaba en modo alguno, de suerte que, por analogía, podía yo pensar, al descubrir a aquella nueva Andrea, que Albertina las hubiera confesado con la misma facilidad a cualquier otro que no fuera yo, conociendo como conocía mis celos. Pero, por otra parte, como Andrea era la mejor amiga de Albertina, y por la que probablemente volvió ésta de Balbec, ahora que Andrea confesaba sus costumbres, la conclusión que tenía que imponerse en mi ánimo era que Albertina y Andrea habían tenido siempre entre ellas esa clase de relaciones. Claro es que así como delante de una persona extraña no siempre nos atrevemos a mirar el regalo que nos entrega y no desenvolvemos el paquete hasta que se va el donante, mientras Andrea estuvo allí no entré en mí mismo para examinar el dolor que me acababa de causar y que yo sabía bien que iba a causar por mi parte a mis servidores físicos, los nervios, el corazón, grandes trastornos que yo, por buena educación, fingía no ver mientras, por el contrario, charlaba muy amablemente con la muchacha que estaba en mi casa, sin fijar la mirada en estos incidentes interiores. Me fue muy penoso oír decir a Andrea hablando de Albertina: «¡Ah!, sí, le gustaba mucho que fuéramos de excursión al valle de Chevreuse». En el universo vago e inexistente donde tenían lugar los paseos de Albertina y de Andrea, me parecía que ésta, mediante una creación posterior y diabólica, acababa de añadir a la obra de Dios un valle maldito. Me daba cuenta de que Andrea iba a decirme todo lo que hacía con Albertina, y sin dejar de intentar, por cortesía, por habilidad, por amor propio, quizá por agradecimiento, mostrarme cada vez más afectuoso, mientras menguaba cada vez más el espacio que yo había podido conceder aún a la inocencia de Albertina, me parecía notar que, a pesar de mis esfuerzos, tenía el aspecto paralizado de un animalejo en torno al cual describe un círculo cada vez más estrecho el pájaro fascinador, que no se apresura porque está seguro de caer cuando quiera sobre la víctima, que ya no se le escapará. La miraba, sin embargo, y con lo que le queda de animación, de naturalidad y de aplomo a las personas que quieren aparentar que no temen que se las hipnotice mirándolas con fijeza, le dije a Andrea esta frase incidental:

-No le había hablado nunca de eso por miedo a que se enfadara, pero ahora que es dulce para nosotros hablar de ella, puedo decirle que yo sabía desde hacía mucho tiempo las relaciones esas que tenía usted con Albertina; además, le gustará que le diga, aunque seguramente lo sabía ya, que Albertina la adoraba.

Le dije también que sentía una gran curiosidad por que me dejara verla (aunque fuera solamente unas caricias que no la azarasen mucho delante de mí) hacer aquello con las amigas de Albertina que tenían esas costumbres, y nombré a Rosamunda, a Berta, a todas las amigas de Albertina, por saber. '

-Aparte de que por nada del mundo haría yo eso que dice delante de usted -me contestó

Andrea-, no creo que ninguna de esas que usted nombra tenga esas costumbres.

Reprochándome, a pesar mío, el monstruo que me impulsaba, contesté:

-¡Vamos, no me va a hacer creer que de toda aquella pandilla sólo con Albertina hacía usted eso!

-Es que yo no lo he hecho nunca con Albertina.

-Bueno, Andreíta, ¿para qué negar lo que yo sé desde hace lo menos tres años? No encuentro nada malo en ello, al contrario. Precisamente, a propósito de la noche en que ella se empeñaba en ir al día siguiente con usted a casa de madame Verdurin, quizá recuerda...

Antes de continuar la frase vi pasar por los ojos de Andrea, ahora punzantes como esas piedras que, por eso, tanto les cuesta a los joyeros trabajar, una mirada preocupada, como esas cabezas de privilegiados que levantan una punta del telón antes de empezar una obra y escapan en seguida para que no los vean. Esta mirada inquieta desapareció, se restableció el orden, pero me daba cuenta de que todo lo que ahora viera estaría ficticiamente amañado para mí. En este momento me vi en el espejo; me impresionó cierto parecido entre yo y Andrea. Si no hubiera dejado, desde hacía tiempo, de afeitarme el bigote y sólo hubiera tenido una sombra de él, el parecido habría sido casi completo. Quizá fue mirando, en Balbec, mi bigote que apenas renacía, cuando Albertina sintió súbitamente aquel deseo impaciente, furioso, de volver a París.

-Pero, sin embargo, no puedo decir lo que no es verdad por la simple razón de que a usted no le parezca mal. Le juro que nunca jamás hice nada con Albertina, y estoy segura de que ella detestaba esas cosas. Quienes le hayan dicho eso han mentido, quizá con un fin interesado -me dijo con un gesto interrogador y desconfiado.

-Bueno, si usted no quiere decírmelo qué le vamos a hacer- repliqué, prefiriendo aparentar que no quería dar una prueba que no poseía. Sin embargo, pronuncié vagamente y a lo que saliera el nombre de Buttes-Chaumont.

-Yo podía ir a las Buttes-Chaumont con Albertina, pero ¿ese lugar tiene algo especialmente malo?

Le pregunté si no podría hablar de esto a Gisela, que en cierta época conoció mucho a Albertina. Pero Andrea me dijo que, después de una infamia que le había hecho últimamente Gisela, pedirle un favor era lo único que se negaría siempre a hacer por mí.

-Si la ve -añadió- no le diga lo que le he dicho de ella, no hay necesidad de hacerme una enemiga. Sabe lo que pienso de ella, pero siempre he preferido evitar las riñas violentas con Gisela, que siempre paran en reconciliaciones. Y, además, es peligrosa. Pero ya comprende usted que cuando se ha leído la carta que yo tuve hace ocho días delante de mis ojos y en la que mentía con tal perfidia, nada, ni las más bellas acciones del mundo, puede borrar el recuerdo de aquello.

En resumidas cuentas, si Andrea tenía esos gustos hasta el punto de no ocultármelos y Albertina la quería como con toda seguridad la quería, y a pesar de esto Andrea no tuvo nunca relaciones carnales con Albertina e ignoró siempre que Albertina tuviera tales gustos, es que Albertina no los tenía y no tuvo con nadie unas relaciones que habría tenido con Andrea mejor que con ninguna otra. De modo que cuando Andrea se marchó me di cuenta de que su afirmación tan rotunda me había tranquilizado. Pero acaso esta afirmación se la había dictado un deber al que Andrea se creía obligada con la muerta cuyo recuerdo subsistía aún en ella, el deber de no dejar que se creyera lo que, seguramente, le había pedido que negara.

Aquellos placeres de Albertina que, después de haber intentado tantas veces imaginármelos, creí por un momento verlos contemplando a Andrea, otra vez creí sorprender su presencia no con los ojos, sino con los oídos. Llevé a una casa de citas a dos jóvenes lavanderas de un barrio al que solía ir Albertina. Bajo las caricias de una de ellas, comenzó la otra a emitir algo que al principio no pude distinguir lo que era, pues nunca podemos comprender exactamente la significación de un sonido original, expresivo de una sensación que nosotros no sentimos. Si lo oímos de una habitación contigua y sin ver nada, puede parecernos una risa loca lo que el dolor arranca a un enfermo al que están operando sin anestesia; y en cuanto al lamento de una madre al enterarse de que acaba de morir su hijo, puede parecernos, si no sabemos de qué se trata, tan difícil aplicarle una traducción humana como a la que emite un animal o al sonido de un arpa. Hace falta un poco de tiempo para entender que esas dos emisiones sonoras expresan lo que, por analogía con lo que nosotros mismos hayamos podido sentir, muy diferente, sin embargo, llamamos sufrimiento, y necesité tiempo también para comprender que aquella manifestación sonora expresaba lo que, también por analogía con lo muy diferente que yo mismo había sentido, llamé placer; y este placer debía de ser muy fuerte para trastornar hasta tal punto a aquel ser que lo sentía y sacar de él aquel lenguaje desconocido que parece señalar y comentar todas las fases del delicioso drama que vivía la mujercita aquella y que ocultaba a mis ojos el telón, bajado para siempre, para los demás que no fuesen ella, sobre lo que pasa en el misterio íntimo de cada criatura. Por lo demás, aquellas dos pequeñas no pudieron decirme nada; no sabían quién era Albertina.

Los novelistas suelen afirmar en una introducción que, viajando por un país, conocieron a alguien que les contó la vida de una persona. Ceden la palabra a ese amigo encontrado, y el relato que les hace es precisamente la novela de esos autores. Así, por ejemplo, la vida de Fabricio del Dongo se la contó a Stendhal un canónigo de Padua. ¡Cuánto nos gustaría cuando estamos enamorados, es decir, cuando la existencia de otra persona nos parece misteriosa, encontrar ese narrador informado! Y desde luego existe. ¿No solemos contar nosotros mismos, sin ninguna pasión, la vida de una o de otra mujer a un amigo o a un extraño que no saben nada de sus amores y nos escuchan con curiosidad? El hombre que era yo cuando hablaba a Bloch de la princesa de Guermantes, de madame Swann, aquel hombre que hubiera podido hablarme de Albertina, ese ser sigue existiendo... pero jamás le encontraremos. Me parecía que si hubiera podido encontrar mujeres que la hubieran conocido, habría averiguado todo lo que ignoraba. Y, sin embargo, los extraños creerían que nadie podía conocer su vida tan bien como yo. ¿No conocía yo hasta a su mejor amiga, a Andrea? Así creemos que el amigo de un ministro tiene que saber la verdad sobre ciertos asuntos o no podrá verse implicado en un proceso. Y, en la práctica, el amigo ha aprendido que cada vez que hablaba de política al ministro, éste no se apartaba de las generalidades yle decía a lo sumo lo que se podía leer en los periódicos, o que, cada vez que ha tenido alguna complicación, sus múltiples llamadas al ministro han acabado siempre con un: «eso no está en mi mano», con lo que resulta que tampoco está en la mano del amigo. Yo me decía: «¡Si yo pudiera conocer a estos o a los otros testigos!», y, de haberlos conocido, no habría podido sacar de ellos más de lo que saqué de Andrea, depositaria de un secreto que no quería descubrir. Diferente, también en esto, de Swann, que, cuando dejó de tener celos, dejó de importarle lo que Odette hubiera podido hacer con Forcheville, para mí sólo tenía encanto conocer a la lavandera de

Albertina, a las personas de su barrio, y reconstruir su vida, sus intrigas. Y como el deseo proviene siempre de un prestigio previo, como ocurrió con Gilberta, con la duquesa de Guermantes, las mujeres que busqué y las únicas cuya presencia hubiera podido desear fueron mujeres de los barrios donde había vivido Albertina, de su medio. Aunque de nada pudieran enterarme, las únicas mujeres hacia las que me sentía atraído eran las que Albertina había conocido o habría podido conocer, las mujeres de su medio o de los medios en que ella se encontraba a gusto: en una palabra, las mujeres que tenían para mí el prestigio de parecérsele o de ser de aquellas que le hubieran gustado. Y entre éstas, sobre todo las hijas del pueblo, por esa vida tan diferente de la que yo conocía y que es su vida. Seguramente sólo con el pensamiento se poseen ciertas cosas, y no poseemos un cuadro por tenerlo en el comedor si no sabemos comprenderlo, ni un país porque vivamos en él sin mirarlo siquiera. Pero en fin, yo tenía antes la ilusión de recuperar Balbec, cuando, en París, Albertina venía a verme y la tenía en mis brazos; de la misma manera que establecía un contacto, muy estrecho y furtivo por lo demás, con la vida de Albertina, la atmósfera de los talleres, una conversación de mostrador, el alma de los tabucos, cuando besaba a una obrera. Andrea, esas otras mujeres, todo con relación a Albertina, como Albertina misma fue con relación a Balbec, eran esos sustitutivos de placeres que se van reemplazando uno a otro en sucesiva degradación, que nos permiten pasar sin aquel que no podemos lograr, viaje a Balbec o amor de Albertina, esos placeres que (como el de ir a ver en el Louvre un Tiziano que fue, tiempo atrás, un consuelo de no poder ir a Venecia), separados unos de otros por matices indiscernibles, hacen de nuestra vida como una serie de zonas concéntricas, contiguas, armónicas y esfumadas, en torno a un deseo primero que dio el tono, eliminado lo que no se funde con él, extendido el color dominante (como me ocurrió también, por ejemplo, con la duquesa de Guermantes y con Gilberta). Andrea, aquellas mujeres, eran en cuanto al deseo que yo sabía ya imposible de satisfacer, de tener cerca de mí a Albertina lo que una noche, antes de conocer a Albertina más que de vista, cuando creía que ya nunca podría satisfacer el deseo de tenerla cerca de mí, fue el rayo solar tortuoso y fresco de un racimo de uvas. Aquellas mujeres, recordándome así, bien a Albertina misma, bien el tipo por el que ella tenía sin duda una preferencia, despertaban en mí un sentimiento doloroso, de celos o de añoranza, que más adelante, cuando se calmó mi dolor, se transmutó en una curiosidad no exenta de encanto.

Las particularidades fisicas y sociales de Albertina, a pesar de las cuales la amé, asociadas ahora al recuerdo de mi amor, orientaban, por el contrario, mi deseo hacia lo que menos naturalmente hubiera elegido antes: mujeres morenas de la pequeña burguesía. Desde luego, lo que comenzaba a renacer parcialmente en mí era aquel inmenso deseo que mi amor por Albertina no pudo satisfacer, aquel inmenso deseo de conocer la vida que sentía en los caminos de Balbec, en las calles de París, aquel deseo que tanto me hizo sufrir cuando, suponiendo que existía también en el corazón de Albertina, quise privarla de los medios de satisfacerlo con otros que no fueran yo. Ahora que podía soportar la idea de su deseo, como esta idea la despertaba en seguida el mío, los dos inmensos apetitos coincidían, hubiera querido que pudiésemos entregarnos a ellos juntos y me decía: «Esta muchacha le hubiera gustado», y por este brusco rodeo, pensando en ella y en su muerte, me sentía demasiado triste para poder llevar más lejos mi deseo. Así como en otro tiempo las zonas de Méséglise y de Guermantes fueron la base de mi afición al campo y me hubieran impedido encontrar un encanto profundo en un lugar donde no hubiera una iglesia vieja, margaritas, botones de oro, así mi amor por Albertina,

uniéndolas en mí a un pasado pleno de encanto, me hacía buscar exclusivamente cierta clase de mujeres; como antes de amarla, sentía la necesidad de armónicas de ella que fuesen intercambiables con mi recuerdo, el cual iba siendo poco a poco menos exclusivo. Ahora no podría gustarme una rubia y altiva duquesa, porque no despertaría en mí ninguna de las emociones que partían de Albertina, de mi deseo de ella, de los celos que me habían inspirado sus amores, de mi dolor por su muerte. Pues nuestras sensaciones, para ser fuertes, tienen que provocar en nosotros algo diferente de ellas, un sentimiento que no podrá satisfacerse en el placer, sino que se suma al deseo, lo infla, le hace agarrarse desesperadamente al placer. A medida que el amor que había podido sentir Albertina por ciertas mujeres dejaba de hacerme sufrir, incorporaba a aquellas mujeres a mi pasado, les daba algo de más real, como daba el recuerdo de Combray a los botones de oro, a los majuelos, más realidad que a las flores nuevas. Ni siquiera de Andrea me decía yo con rabia: «Albertina la amaba», sino, al contrario, para explicarme a mí mismo mi deseo, pensaba enternecido: «Albertina la quería mucho». Ahora comprendía a los viudos que, porque se casan con su cuñada, los creemos consolados, cuando, por el contrario, demuestran así que son inconsolables.

Así mi amor agonizante parecía hacer posibles para mí nuevos amores, y Albertina, como esas mujeres amadas mucho tiempo por ellas mismas que, más tarde, al ver debilitarse el interés de su amante, conservan su poder contentándose con el papel de celestinas, me porporcionaba, como la Pompadour a Luis XV, mujeres de repuesto. Antes, mi tiempo se dividía en períodos en los que yo deseaba a esta mujer o aquella otra. Saciados los placeres violentos que la una me ofrecía, deseaba a la que me daba una ternura casi pura, hasta que la necesidad de caricias más sabias resucitaban el deseo de la primera. Ahora estas alternaciones habían terminado, o al menos uno de los períodos se prolongaba indefinidamente. Lo que yo hubiera querido es que la nueva viniera a vivir conmigo y por la noche, antes de dejarme, se acercara a darme un beso familiar, de hermana. De suerte que, de no haber pasado yo por la experiencia de la presencia insoportable de otra mujer, habría podido creer que echaba más de menos un beso que ciertos labios, más un placer que un amor, más una costumbre que a una persona. Habría querido también que la nueva pudiera tocarme música de Vinteuil como Albertina, hablar, como ella conmigo, de Elstir. Todo esto era imposible. Ese amor no valdría lo que el suyo, pensaba; bien sea porque un amor que lleva anexo todos esos episodios -visitas a los museos, tardes de concierto, toda una vida complicada que permite correspondencias, conversaciones, un *flirt* anterior a las relaciones mismas, una amistad grave después- tiene más recursos que un amor a una mujer que sólo sabe darse, como una orquesta más que un piano; o bien porque, más profundamente, mi necesidad del mismo género de cariño que me daba Albertina, el cariño de una muchacha bastante culta y que fuera al mismo tiempo una hermana, tal amor no era más -como la necesidad de mujeres del mismo medio que Albertina- que una reviviscencia del recuerdo de Albertina, del recuerdo de mi amor por ella. Y sentí una vez más, en primer lugar, que el recuerdo no es inventivo, que es impotente para desear otra cosa, ni siquiera otra cosa mejor que lo que hemos poseído; después, que es espiritual, de suerte que la realidad no puede proporcionarle el estado que busca; por último, que el renacimiento que encarna, derivándose de una persona muerta, más que la necesidad de amar, en la que hace creer, es la necesidad de la ausente. De suerte que incluso el parecido con Albertina de la mujer elegida, el parecido, si lograba obtenerlo, de su cariño con el de Albertina sólo lograba

hacerme sentir más la ausencia de lo que, sin saberlo, había buscado, y que era indispensable para que renaciera mi amor; lo que había buscado, es decir, Albertina misma, el tiempo que vivimos juntos, el pasado que, sin saberlo, buscaba.

En los días claros París me parecía ciertamente todo florido de todas las muchachitas, no que yo deseaba, sino que hundían sus raíces en la oscuridad del deseo y de las noches desconocidas de Albertina. Era una de las que, al principio, cuando Albertina no desconfiaba de mí, me decía: «Esa pequeña es encantadora, ¡qué pelo más bonito tiene!» Todas las curiosidades de su vida que sentí en otro tiempo, cuando aún no la conocía más que de vista, y, por otra parte, todos mis deseos de la vida se confundían en esta sola curiosidad: la manera de gozar Albertina su placer, verla con otras mujeres, acaso porque así, cuando ellas se marcharan, quedaría yo solo con ella, el último y el dueño. Y viendo sus vacilaciones sobre si valía la pena pasar la noche con ésta o con la otra, su saciedad cuando la otra se marchaba, quizá su decepción, habría yo esclarecido, reducido a sus justas proporciones los celos que me inspiraba Albertina, porque al verla a ella sentirlos parecidos habría medido y descubierto yo el límite de sus placeres.

¡De cuántos placeres, de qué vida más dulce nos ha privado, pensaba yo, con tan cerrada pertinacia en negar su afición! Y, como una vez más, buscaba yo cuál podía ser la razón de aquella persistencia, de pronto me vino el recuerdo de una frase que le dije en Balbec un día en que me dio un lápiz. Reprochándole que no me hubiera dejado besarla, le dije que encontraba esto tan natural como innoble me parecía que una mujer tuviera relaciones con otra mujer. Quizá Albertina, ¡ay de mí!, lo recordó.

Me llevaba conmigo a las muchachas que menos me gustaran, alisaba el pelo a la virgen, admiraba una naricilla bien modelada, una palidez española. Cierto que antes, aunque sólo se tratara de una mujer a la que había visto en un camino de Balbec, en una calle de París, me daba cuenta de lo que mi amor tenía de individual, y de que intentar satisfacerlo con otra persona era falsearlo. Pero la vida, descubriéndome poco a poco la permanencia de nuestras necesidades, me había enseñado que, a falta de un ser, hay que contentarse con otro, y me daba cuenta de que lo que le había pedido a Albertina podía habérmelo dado otra, mademoiselle de Stermaria. Pero había sido Albertina; y entre la satisfacción de mis necesidades de ternura y las particularidades de su cuerpo, se había producido un entrelazamiento de recuerdos tan inexplicable que yo no podía arrancar a un deseo de ternura todo aquel bordado de recuerdos del cuerpo de Albertina. Sólo ella podía darme esa felicidad. La idea de su unicidad ya no era un a priori metafísico sacado de lo que Albertina tenía de individual, como antes en las transitorias, sino un a posteriori construido por la imbricación, contingente pero indisoluble, de mis recuerdos. Ya no podía desear un cariño sin necesitarla, sin sufrir por su ausencia. Por eso, el parecido mismo de la mujer elegida, del cariño solicitado, con la felicidad que había conocido no hacían sino hacerme sentir mejor todo lo que les faltaba para que aquella felicidad pudiera renacer. El mismo vacío que sentía en mi cuarto desde que Albertina se fuera y que creí llenar estrechando a mujeres contra mí, lo encontraba en ellas. Ellas no me habían hablado nunca de la música de Vinteuil, de las Memorias de Saint-Simon, no se habían echado un perfume demasiado fuerte para venir a verme, no habían jugado a mezclar sus pestañas con las mías, cosas todas importantes porque, al parecer, permiten soñar en torno al acto sexual mismo y hacerse la ilusión del amor, pero, en realidad, porque formaban parte del recuerdo de Albertina y era a ella a quien yo quería encontrar. Lo que aquellas mujeres tenían de Albertina me hacía notar más lo que de ella les faltaba, y que

era todo, y que no existiría nunca más, porque Albertina había muerto. Y así mi amor por Albertina, que me llevaba hacia aquellas mujeres, me las hacía indiferentes, y mi añoranza de Albertina y la presencia de mis celos, cuya duración había rebasado ya mis previsiones más pesimistas, seguramente no habrían cambiado nunca mucho sólo con que la existencia de aquellas mujeres, aislada del resto de mi vida, fuese sometida al juego de mis recuerdos, a las acciones y reacciones de una psicología aplicable a estados inmóviles, y no fuera arrastrada hacia un sistema más vasto donde las almas se mueven en el tiempo como los cuerpos en el espacio.

Así como hay una geometría del espacio, hay una psicología del tiempo en la que los cálculos de una psicología plana ya no serían exactos, porque en ellos no se tendría en cuenta el tiempo y una de las formas que adopta, el olvido; el olvido cuya fuerza comenzaba yo a sentir y que es tan poderoso instrumento de adaptación a la realidad porque destruye poco a poco en nosotros el pasado superviviente que está en constante contradicción con ella. Y, realmente, yo hubiera podido adivinar más pronto que un día llegaría a no amar a Albertina. Cuando, por la diferencia que había entre lo que la importancia de su persona *y* de sus actos era para mí *y* para los demás, comprendí que mi amor, más que un amor a ella, era un amor en mí, habría podido deducir diversas consecuencias de ese carácter subjetivo de mi amor, y que, siendo un estado mental, podía sobre todo sobrevivir bastante tiempo a la persona, pero también que, no teniendo con esta persona ninguna verdadera unión, careciendo de todo apoyo ajeno a sí mismo, debería, como todo estado mental, hasta los menos duraderos, encontrarse un día fuera de uso, ser «sustituido», y que, ese día, todo lo que parecía unirme tan dulcemente, tan indisolublemente al recuerdo de Albertina, ya no existiría para mí. La desgracia de los seres es que no son para nosotros más que unas láminas de colección que se gastan mucho en nuestro pensamiento. Precisamente por esto fundamos en ellos proyectos que tienen el ardor del pensamiento; pero el pensamiento se cansa, el recuerdo se destruye: llegará un día en que daré de buena gana a la primera que llegue el cuarto de Albertina, como le di a Albertina, sin el menor pesar, la bolita de ágata u otros regalos de Gilberta.

No es que no siguiera amando a Albertina, pero ya no de la misma manera que en los últimos tiempos; no, de la manera de los tiempos más antiguos, en que todo lo relacionado con ella, lugares y personas, me hacía sentir una curiosidad en la que había más encanto que sufrimiento. Y, en realidad, ahora me daba muy bien cuenta de que antes de olvidarla por completo, antes de llegar a la indiferencia inicial, necesitaría, como un viajero que vuelve por el mismo camino al punto de donde salió, atravesar en sentido inverso todos los sentimientos por los que había pasado antes de llegar a mi gran amor. Pero estas etapas, esos momentos del pasado ya no son inmóviles, han conservado la fuerza terrible, la ignorancia feliz de la esperanza que entonces se lanzaba hacia un tiempo que hoy es ya el pasado, pero que una alucinación nos hace confundir por un instante, retrospectivamente, con el futuro. Leía una carta suya en la que anunciaba su visita para la noche, y sentía un segundo la alegría de la espera. En esos retornos por la misma línea de un país al que no volveremos nunca, donde reconocemos el nombre, el aspecto de todas las estaciones por las que ya pasamos a la ida, acontece que, mientras permanecemos parados en una de ellas, al arrancar sentimos por un instante la ilusión de que partimos, pero en la dirección del lugar de donde venimos, como la primera vez. La ilusión cesa en seguida, pero, por un segundo, nos hemos sentido de nuevo llevados hacia él: tal es la crueldad del recuerdo.

Y, sin embargo, aunque no podemos evitar, antes de volver a la indiferencia de la que partimos, cubrir en sentido inverso las distancias franqueadas para llegar al amor, el trayecto, la línea que seguimos, no son forzosamente los mismos. Tienen de común el no ser directos, porque el olvido, como el amor, no progresa regularmente. Pero no toman forzosamente las mismas vías. Y en la que yo seguí al retorno, hubo, ya muy cerca de la llegada, cuatro etapas que recuerdo especialmente, sin duda porque vi en ellas cosas que no formaban parte de mi amor a Albertina, o al menos que no se relacionaban con él sino en la medida en que ya en nuestra alma antes de un gran amor se asocia con él, bien sea alimentándolo, bien combatiéndolo, bien formando con él, para nuestra inteligencia que analiza, contraste e imagen.

La primera de estas etapas comenzó a principios de invierno, un hermoso domingo de Todos los Santos en que yo salí. Al acercarme al Bois, recordé con tristeza el retorno de Albertina yendo a buscarme desde el Trocadero, pues era el mismo día, pero sin Albertina. Con tristeza y, sin embargo, no sin placer, pues la repetición en tono menor, en un tono desolado, del mismo motivo que llenara mi jornada de antaño, la ausencia misma de aquel telefonazo de Francisca, de aquella llegada de Albertina, que no era cosa negativa, sino la supresión en la realidad de lo que yo recordaba, daba al día algo de doloroso y lo convertía en algo más bello que un día monótono y simple porque lo que ya no existía, lo que había sido arrancado, quedaba allí imprimido como en hueco. Yo tarareaba frases de la sonata de Vinteuil. Ya no me hacía sufrir mucho pensar que Albertina me la había tocado tantas veces pues casi todos mis recuerdos de ella habían entrado en ese segundo estado químico en el que ya no causan la ansiosa opresión del corazón, sino dulzura. En algunos momentos, en los pasajes que ella tocaba más a menudo, en los que solía hacer una reflexión que entonces me parecía encantadora, sugerir una reminiscencia, me decía: «Pobre pequeña», pero sin tristeza, sino añadiendo solamente al pasaje musical un valor más, un valor en cierto modo histórico y curioso, como ocurre con el cuadro de Carlos I pintado por Van Dyck que, ya tan bello en sí mismo, adquiere mayor valor aún por el hecho de haber entrado en las colecciones nacionales por el deseo de madame du Barry de impresionar al rey. Cuando la pequeña frase, antes de desaparecer por completo, se desintegró en sus diversos elementos donde flotó aún un instante dispersa, no fue para mí, como para Swann, una mensajera de Albertina que desaparecía. Las asociaciones de ideas despertadas por la pequeña frase no eran en mí exactamente las mismas que en Swann. Yo era sobre todo sensible a la elaboración, a los ensayos, a las repeticiones, al «devenir» de una frase que se formaba durante la sonata como este amor se formó durante mi vida. Y, ahora, sabiendo cómo se iba cada día un elemento más de mi amor, la parte celos, después otro, volviendo, en suma, poco a poco en un vago recuerdo al débil impulso del principio, era mi amor lo que, en la pequeña frase dispersa, me parecía ver disgregarse ante mí.

Cuando seguía las avenidas separadas de un parque, cubiertas de una hierba cada vez más enteca, cuando sentía el recuerdo de un paseo con Albertina a mi lado en el coche en el que volvía conmigo, donde sentía que ella envolvía mi vida, que flotaba en torno mío en la incierta bruma de las ramas ensombrecidas entre las cuales el sol poniente hacía brillar, como suspendida en el vacío, la horizontalidad espaciada de los dorados follajes[22],

[22] Por otra parte, me estremecía a cada momento, como todo hombre que, por una idea fija, encuentra en toda mujer detenida en el recodo de una avenida la semejanza, la identidad posible con aquella en la que está pensando. «¡Acaso es ella!» Se vuelve, el coche sigue avanzando y el hombre no retrocede. [En la

no me limitaba a ver aquello con los ojos de la memoria: me interesaba, me impresionaba como esas páginas puramente descriptivas en medio de las cuales un artista, para hacerlas más completas, introduce una ficción, toda una novela; y esa naturaleza adquiría así el único encanto de la melancolía que podía llegar a mi corazón. La razón de este encanto me pareció ser que yo seguía amando lo mismo a Albertina, cuando la razón verdadera era, por el contrario, que el olvido seguía progresando en mí, que el recuerdo de Albertina ya no era doloroso, es decir, que había cambiado; pero por más que veamos claro en nuestras impresiones, como entonces creí yo ver claro en la razón de mi melancolía, no sabemos remontarnos a su significado más lejano: así como esos malestares que el enfermo cuenta al médico y a través de los cuales el médico se remonta a una causa más profunda, ignorada por el paciente, así nuestras impresiones, nuestras ideas no tienen sino un valor de síntomas. Alejados mis celos por la impresión de encanto y de dulce tristeza que sentía, se despertaban mis sentidos. Una vez más, como cuando dejé de ver a Gilberta, se levantaba en mí el amor a la mujer, liberado de toda asociación exclusiva con una determinada mujer ya amada, y flotaba como esas esencias que se han librado de las destrucciones anteriores y, errantes en suspenso en el aire primaveral, no esperan sino incorporarse a una nueva criatura. En ninguna parte germinan tantas flores, aunque sean «no me olvides», como en un cementerio. Miraba a las muchachas de que estaba innumerablemente florecido aquel hermoso día como hubiera mirado en otro tiempo el coche de madame Villeparisis o aquel en el que, un domingo, vine yo con Albertina. En seguida, a la mirada que yo acababa de posar en una o en otra de ellas se emparejaba inmediatamente la mirada curiosa, furtiva, incitante, reflejo de inasequibles pensamientos, que les hubiera echado a hurtadillas Albertina, y que, haciendo germinar en la mía un ala misteriosa, rápida y azulada, hacía pasar por aquellas avenidas, tan naturales hasta entonces, el estremecimiento de un algo desconocido con el que mi propio deseo no hubiera bastado a renovarlas si estuviera solo, pues él no tenía para mí nada de extraño.

Y a veces la lectura de una novela un poco triste me hacía retroceder bruscamente, pues ciertas novelas son como grandes duelos momentáneos que acaban con la costumbre y nos vuelven al contacto con la realidad de la vida, pero sólo por unas horas, como una pesadilla, pues las fuerzas del hábito, el olvido que producen, la alegría que vuelven a traernos por la impotencia del cerebro para luchar contra ellas y para recrear lo verdadero, se imponen infinitamente sobre la sugestión casi hipnótica de un bello libro, la cual, como todas las sugestiones, produce efectos poco duraderos.

Por otra parte, en Balbec, cuando deseaba conocer a Albertina, ¿no fue la primera vez porque me pareció representativa de aquellas jóvenes que muchas veces, al verlas en las calles, en los caminos, me hicieron detenerme, y porque, para mí, podía ella resumir su vida? ¿Y no era natural que ahora la estrella declinante de mi amor en que aquellas muchachas se habían condensado se dispersara de nuevo en ese polvo diseminado de las nebulosas? Todas me parecían Albertina, la imagen que llevaba en mí me hacía encontrarla en todas partes, y hasta en el recodo de una avenida, una que subía a un automóvil me la recordó de tal modo, era tan exactamente de la misma corpulencia, que me pregunté por un momento si no era ella misma la que acababa de ver, si no me habrían engañado con la noticia de su muerte. Volvía a verla así en un ángulo de la avenida, acaso en Balbec, subiendo al coche de la misma manera, cuando Albertina tenía

---

edición de La Pléiade figura a pie de página este fragmento con referencia al lugar señalado. *(N. de la T.)]*

tanta confianza en la vida. Y el acto de aquella muchacha de subir al automóvil no lo veía solamente con mis ojos como la superficial apariencia que tan a menudo se suele encontrar en un paseo: transmutado en una especie de acto duradero, me parecía extenderse también en el pasado, por esa parte que acababa de serle incorporada y que tan voluptuosamente, tan tristemente se apoyaba contra mi corazón.

Pero la muchacha había desaparecido ya. Un poco más lejos vi un grupo de otras tres un poco mayores, quizá mujeres casadas jóvenes, cuyo porte elegante y enérgico tan bien correspondía a lo que me sedujo el primer día que vi a Albertina y a sus amigas, que me dirigí hacia aquellas tres nuevas muchachas y, en el momento en que subieron al coche, busqué desesperadamente otro en todos los sentidos, y lo encontré, pero demasiado tarde. No pude alcanzarlas. Pero pasados unos días, al volver a casa, vi que salían bajo la bóveda de la misma las tres muchachas a las que seguí en el Bois. Eran enteramente, sobre todo las dos morenas, y sólo un poco mayores, de esas muchachas del gran mundo que muchas veces, al verlas desde mi ventana o al cruzarme con ellas en la calle, me habían hecho concebir mil proyectos, amar la vida, y a las que no había podido conocer. La rubia tenía un aspecto un poco más delicado, casi enfermizo, que me gustaba menos. Y, sin embargo, por ella no me limité a mirarlas un momento, sino que mi mirada echó raíces, con esa fijeza que no admite distracción, como concentrada en un problema, como sabiendo que se trata de penetrar mucho más hondo de lo que está a la vista. Seguramente habría dejado que aquellas muchachas desaparecieran, como tantas otras, de no haber sido porque, al pasar ante mí, la rubia -quizá porque yo la contemplaba con aquella fijeza- me lanzó furtivamente una mirada y, después de pasar, volviendo la cabeza hacia mí me lanzó otra que acabó de enardecerme. Pero como en seguida se desentendió de mí y se puso a hablar con sus amigas, la llamarada aquella que sentí habría acabado por apagarse si el hecho siguiente no la hubiera centuplicado. Le pregunté al portero quiénes eran. «Preguntaron por la señora duquesa -me dijo-. Creo que sólo una de ellas la conoce y que las otras la acompañaron nada más que hasta la puerta. Aquí está el nombre, pero no sé si estará bien escrito.» Y leí: mademoiselle d'Eporcheville, que yo interpreté fácilmente: d'Eporcheville, o sea, aproximadamente, por lo que yo podía recordar, aquella muchacha de excelente familia, pariente lejana de los Guermantes, de la que, tiempo atrás, me habló Roberto por haberla encontrado en una casa de citas y con la que él tuvo relaciones. Ahora comprendía yo el significado de su mirada, por qué había vuelto la cabeza y se había ocultado de sus compañeras. ¡Cuántas veces había pensado en ella, imaginándomela por el nombre que me dio Roberto! Y ahora la había visto, en nada diferente de sus amigas, salvo en aquella mirada furtiva que abría entre ella y yo una entrada en partes de su vida que, evidentemente, desconocían sus amigas y que me la presentaban como más asequible -casi medio mía-, más dulce de lo que habitualmente son las muchachas de la aristocracia. En el ánimo de ésta, entre ella y yo había previamente de común las horas que habríamos podido pasar juntos de tener ella libertad para darme una cita. ¿No era esto lo que su mirada quiso expresarme con una elocuencia que sólo para mí fue clara? Me palpitaba el corazón con todas sus fuerzas; no habría podido decir exactamente cómo era mademoiselle d'Eporcheville, veía vagamente una cabeza rubia vislumbrada de lado, pero estaba locamente enamorado de ella. De pronto me di cuenta de que estaba razonando como si, entre las tres, fuera precisamente mademoiselle d'Eporcheville la rubia que, volviendo la cabeza hacia mí, me miró dos veces. El portero no me lo había dicho. Volví a la portería, le pregunté de nuevo y me

dijo que no podía informarme sobre el caso, porque era la primera vez que habían ido a la casa aquellas señoritas y cuando él no estaba. Pero preguntaría a su mujer, que ya las había visto otra vez. Estaba limpiando la escalera de servicio. ¿Quién no tiene en el transcurso de su vida incertidumbres más o menos parecidas a ésta, y deliciosas? Un amigo caritativo al que describimos una muchacha que hemos visto en el baile reconstituye que debe de ser una amiga suya y nos invita con ella. Pero entre tantas otras, y por un simple retrato oral, ¿no se cometerá un error? La muchacha que vamos a ver dentro de un momento, ¿no será otra muchacha distinta de la que deseamos? O bien, por el contrario, ¿no nos tenderá la mano sonriendo precisamente la que deseábamos que fuera? Esta última probabilidad es bastante frecuente, y aunque no siempre la justifique un razonamiento tan probatorio como el que se refería a mademoiselle d'Eporcheville, es el resultado de una especie de intuición y también de ese soplo de suerte que a veces nos favorece. Entonces, al verla, nos decimos: «Pues sí que era ella». Recordé que, en la pandilla de muchachas que paseaban a la orilla del mar, adiviné exactamente cuál era la que se llamaba Albertina Simonet. Este recuerdo me produjo un dolor agudo, pero breve, y mientras el portero buscaba a su mujer, yo -pensando en mademoiselle d'Eporcheville y como en esos minutos de espera en los que un nombre, un dato que, no sabemos por qué, hemos adscrito a un rostro, se desprende un momento y flota entre otros varios, dispuesto, si se adhiere a uno nuevo, a hacernos retrospectivamente desconocido, inocente, inasible, el primero sobre el cual nos informó- pensaba sobre todo que quizá la portera iba a decirme que mademoiselle d'Eporcheville no era la rubia, sino una de las dos morenas. En este caso se esfumaba el ser en cuya existencia creía yo, el ser al que ya amaba, sin pensar más que en poseerle, aquella rubia e hipócrita mademoiselle d'Eporcheville que la fatal respuesta disociaría entonces en dos elementos distintos arbitrariamente unidos por mí como un novelista funde diversos elementos tomados de la realidad para crear un personaje imaginario y que, por separado -al no corroborar el nombre la intención de la mirada-, perdían todo significado. En este caso mis argumentos quedaban destruidos, pero ¡cuán reforzados resultaron, por el contrario, cuando volvió el portero a decirme que mademoiselle d'Eporcheville era, en efecto, la rubia!

Y no podía creer en una homonimia. Hubiera sido demasiada casualidad que una de aquellas tres muchachas se llamara mademoiselle d'Eporcheville, que fuera precisamente (lo que representaba una primera comprobación tópica de mi suposición) la que me miró de aquella manera, casi sonriéndome, y que no fuera la que iba a las casas de citas.

Entonces comenzó una jornada de loca agitación. Aun antes de ir a comprar todo lo que me parecía adecuado a mi atuendo para producir mejor impresión cuando, al día siguiente, fuera a ver a madame de Guermantes, donde encontraría una muchacha fácil y me citaría con ella (pues ya encontraría el medio de hablarle un momento en un extremo del salón), fui, para mayor seguridad, a telegrafiar a Roberto pidiéndole el nombre y la descripción de la muchacha, esperando recibir su respuesta antes de dos días, para cuando ella volviera, según me anunció el portero, a ver a madame de Guermantes; y (no pensaba ni un segundo en otra cosa, ni siquiera en Albertina) ocurriera lo que ocurriera de allí a entonces; así tuvieran que llevarme en una silla de manos si estaba enfermo, iría a la misma hora a visitar a la duquesa. Si telegrafié a Saint-Loup no fue porque me quedara duda alguna sobre la identidad de la persona, no fue porque la muchacha que yo había visto y aquella de la que él me había hablado fuesen aún distintas para mí. Estaba seguro de que eran una misma. Pero, en mi impaciencia por no tener que esperar dos días, era

para mí dulce, era ya para mí un poder secreto sobre ella recibir un telegrama que la concernía, lleno de detalles. En el telégrafo, mientras redactaba el telegrama con la animación del hombre exaltado por la esperanza, observé que ahora estaba mucho menos desarmado que en mi infancia, mucho menos ante mademoiselle d'Eporcheville que ante Gilberta. Nada más tomarme el trabajo de escribir el telegrama, el empleado no tenía sino cogerlo, sólo transmitirlo las más rápidas redes de comunicación eléctrica, *y* toda la extensión de Francia *y* del Mediterráneo, todo el pasado mujeriego de Roberto, aplicado a identificar a la persona que yo acababa de encontrar, iban a estar al servicio de la novela que yo acababa de esbozar y en la que ni siquiera tenía necesidad de pensar, pues todo aquello se iba a encargar de terminarla en un sentido o en otro antes de transcurrir veinticuatro horas, mientras que en otro tiempo, llevado a casa por Francisca de los Champs-Elysées, alimentando sólo en la casa impotentes deseos, privado de los medios prácticos de la civilización, amaba como un salvaje, o hasta como una flor, pues no tenía la libertad de moverme. Desde este momento pasó el tiempo en espera febril; una ausencia de cuarenta y ocho horas que mi padre me pidió pasar con él y que me hubiera hecho perder la visita a casa de la duquesa me produjo tal rabia, tal desesperación, que mi madre intervino y logró de mi padre que me dejara en París. Pero la rabia me duró varias horas, a la vez que el obstáculo interpuesto entre nosotros centuplicó mi deseo de mademoiselle d'Eporcheville, por el temor que un instante sentí de que aquellas horas de mi visita a casa de madame de Guermantes, a las que sonreía de antemano sin tregua como a un seguro bien que nadie podría quitarme, no fueran a tener lugar. Dicen algunos filósofos que el mundo exterior no existe y que es en nosotros mismos donde transcurre nuestra vida. Comoquiera que sea, el amor, aun en sus más humildes comienzos, es un ejemplo decisivo de lo poco que la realidad es para nosotros. Si hubiera tenido que dibujar de memoria un retrato de mademoiselle d'Eporcheville describirla, dar sus señas, me habría sido imposible, y hasta reconocerla en la calle. La divisé de perfil, al pasar, y me pareció bonita, sencilla, alta y rubia: no podría decir más. Pero todas las reacciones del deseo, de la ansiedad, del golpe mortal asestado por el miedo de no verla si mi padre me llevaba consigo, todo esto, asociado a una imagen que después de todo no conocía y que me bastaba saberla agradable, constituía ya un amor. Por fin, a la mañana siguiente, después de una noche de insomnio feliz, recibí el telegrama de Saint-Loup: «De l'Orgeville, *de* partícula, *orge,* la gramínea, como centeno, *ville* como una ciudad, pequeña, morena, redondita, está en este momento en Suiza». No era ella. Un momento después entró mi madre en mi cuarto con el correo, lo dejó descuidadamente sobre la cama y, con aire de pensar en otra cosa, se retiró para dejarme solo. Y yo, conociendo los ardides de mi querida mamá, y sabiendo que podía leer siempre en su cara sin miedo a equivocarme, siempre que se tomara como clave el deseo de dar gusto a los demás, sonreí y pensé: «Hay algo interesante para mí en el correo y mamá ha simulado ese aire indiferente y distraído para que mi sorpresa sea completa y no hacer como esas personas que nos chafan la mitad del placer anunciándonoslo. Y no se ha quedado aquí por miedo de que yo, por amor propio, disimule mi gozo y así lo sienta menos.» Entre tanto, mi madre, al salir, se encontró con Francisca, que entraba en mi cuarto. Y mi madre la obligó a retroceder y se la llevó, enfurruñada y sorprendida, porque consideraba que su cargo tenía el privilegio de entrar a cualquier hora en mi habitación y de quedarse en ella si le acomodaba. Pero en su rostro desapareció la rabia bajo la sonrisa negra y pegajosa de una piedad trascendental y de una ironía filosófica, viscoso licor que su amor propio ofendido

segregaba para curar su herida. Para no sentirse despreciada, nos despreciaba. Sabía que éramos los amos, unos seres caprichosos que no brillan por la inteligencia y que se complacen en imponer por el miedo a personas inteligentes, a criados, para demostrar bien que son los amos, unos deberes absurdos, como el de hervir el agua en tiempo de epidemia, lavar una habitación con un paño mojado y salir de ella precisamente cuando tienen intención de entrar. Mi madre, en su precipitación, se llevó la vela; me di cuenta de que puso el correo muy cerca de mí, para que no dejara de verlo. Pero vi que no había más que periódicos. Seguramente habría en ellos algún artículo de un escritor que me gustara y que, por escribir de tarde en tarde, sería para mí una sorpresa. Me acerqué a la ventana y aparté los cortinones. Por encima del día lívido y brumoso, el cielo, rosado como están a esta hora en las cocinas los hornillos encendidos, me devolvió un poco la esperanza *y* el deseo de pasar la noche *y* de despertarme en la pequeña estación de montaña donde había visto a la lechera de rosadas mejillas.

Abrí *Le Figaro.* ¡Qué contrariedad! Precisamente el primer artículo tenía el mismo título que el que yo había enviado y que no se publicó. Pero no solamente el mismo título, había allí unas palabras absolutamente iguales. Aquello era demasiado fuerte. Mandaría una protesta[23]. Pero no eran sólo unas palabras, era todo, era mi firma... ¡Habían por fin publicado mi artículo! Pero mi pensamiento, que quizá ya en aquella época había empezado a envejecer y a fatigarse un poco, siguió por un momento razonando como si no comprendiera que era mi artículo, como esos viejos que tienen que terminar hasta el fin un movimiento comenzado, aunque resulte ya inútil, aunque lo haga peligroso un obstáculo imprevisto ante el que habría que retirarse rápidamente. Después pensé en el pan espiritual que es un periódico, todavía caliente y húmedo de la prensa reciente y de la neblina de la mañana en que se distribuye, desde el alba, a las criadas que se lo sirven al señor con el café con leche; un pan milagroso, multiplicable, que es a la vez uno *y* diez mil *y* sigue siendo el mismo para cada uno sin dejar de penetrar a la vez, innumerable, en todas las casas.

Lo que yo tenía en la mano no era un determinado ejemplar del periódico, era uno cualquiera de los diez mil; no era sólo lo que yo había escrito, era lo escrito por mí y leído por todos. Para apreciar exactamente el fenómeno que se produjo en aquel momento en las casas tenía que leer aquel artículo no como autor, sino como uno de los lectores del periódico; no era sólo lo que yo había escrito, era el símbolo de su encarnación en tantos espíritus. De modo que para leerlo tenía que dejar por un momento de ser el autor, tenía que ser uno cualquiera de los lectores del periódico. Mas, por lo pronto, una primera inquietud. ¿Vería este artículo el lector no advertido? Abro distraídamente el periódico como lo haría ese lector no advertido, incluso como si ignorara lo que hay esta mañana en mi periódico y tuviera prisa en mirar las noticias mundanas o la política. Pero mi artículo es tan largo que mis ojos, que lo evitan (para permanecer en la verdad y no poner la suerte de mi parte como el que espera cuenta adrede demasiado despacio), se enganchan al paso en un pasaje. Pero muchos de los que ven el primer artículo, y aun cuando lo lean, no miran la firma. Yo mismo sería incapaz de decir de quién era el primer artículo de la

[23] Y oía a Francisca, que, indignada de que la echaran de mi cuarto, al que consideraba que tenía los privilegios reales de las grandes entradas, gruñía: «Ya es triste, un niño al que he visto nacer. Claro que no le vi cuando su madre le estaba haciendo. Pero cuando le conocí, por no mentir, no tenía ni cinco años.» [En la edición de La Pléiade figura este fragmento en nota a pie de página con referencia al lugar indicado. *(N. de la T)]*

víspera. Y ahora me prometo leerlos siempre, los artículos y el nombre del autor; mas, como un amante celoso que no engaña a su amada por creer en su fidelidad, pienso tristemente que mi atención futura no obligará, no ha obligado, en compensación, a la de los demás. Y hay que contar también los que se han ido de caza, los que salieron muy temprano. En fin, de todos modos, algunos lo leerán. Yo hago lo que éstos, empiezo a leerlo. Aunque sé que muchos de los que lean este artículo lo encontrarán detestable, en el momento de leer, lo que veo en cada palabra me parece estar sobre el papel; no puedo creer que cada persona, al abrir los ojos, no verá directamente esas imágenes que veo yo, creyendo que el lector percibe directamente el pensamiento del autor, cuando la verdad es que el pensamiento que se fabrica en su mente es otro pensamiento con la misma ingenuidad de los que creen que es la misma palabra pronunciada la que camina a lo largo de los hilos del teléfono. En el momento mismo en que quiero ser un lectorr cualquiera, mi mente rehace como autor el trabajo de los que leerán mi artículo. Si monsieur de Guermantes no entendía una frase que a Bloch le gustaría, en cambio podrá divertirle una reflexión que Bloch desdeñaría. Así, por cada parte que el lector anterior parecía pasar por alto, se presentaba otro nuevo que la apreciaba, y el artículo, en conjunto, se encontraba elevado hasta las nubes por una multitud y se imponía sobre mi propia desconfianza que ya no necesitaba sostenerlo. Y es que, en realidad, ocurre con el valor de un artículo, por notable que pueda ser, como con esas frases de las reseñas del Congreso, donde las palabras «ya veremos», pronunciadas por el ministro, no son más que una parte, y quizá la menos importante, de la frase que hay que leer así: EL PRESI

DENTE DEL CONSEJO, MINISTRO DEL INTERIOR Y DE JUSTICIA: «Ya veremos» *(vivas exclamaciones de la extrema izquierda. «¡Muy bien! ¡Muy bien!», en algunos bancos de la izquierda y del centro,* final mucho más bello que la parte del medio, digno del principio): una parte de su belleza -y ésta es la tara fundamental de ese género de literatura, del que no se exceptúan los célebres *Lundis*- está en la impresión que produce a los lectores. Es una Venus colectiva, de la que, reducida al pensamiento del autor, sólo queda un miembro mutilado, pues sólo se realiza completa en la mente de sus lectores. En ellos se termina. Y como una multitud, aun cuando sea selecta, no es artista, ese sello final que le da conserva siempre algo un poco común. Así, por ejemplo, Sainte-Beuve, el lunes, podía imaginarse a madame de Boigne en su cama de altas columnas leyendo su artículo de *Le Constitutionnel,* apreciando una bonita frase en la que se había recreado mucho tiempo y que quizá no habría escrito si no hubiera juzgado conveniente meterla en su artículo para que el disparo llegara más lejos. Seguramente el canciller, leyéndola por su parte, hablaría de él a su vieja amiga en la visita que más tarde le haría. Y el duque de Noailles, llevándole de pantalón gris aquella noche en su coche, le diría lo que de tal artículo habían opinado en la sociedad, suponiendo que no se lo hubiera dicho ya madame d'Arbouville. Y apuntalando mi propia desconfianza de mí mismo con aquellas diez mil aprobaciones que me sostenían, sacaba de mi lectura en aquel momento tanta sensación de mi fuerza y de esperanza de talento como desconfianza había sacado cuando lo que escribí se dirigía solamente a mí. Veía a aquella misma hora brillar mi pensamiento para tantas gentes -o incluso, a falta de mi pensamiento para los que no podían entenderlo, la repetición del nombre y como una evocación embellecida de mi persona-; lo veía brillar en ellos, iluminar su propio pensamiento en una aurora que me colmaba de más fuerza y de más gozo triunfal que la alborada innumerable que, al mismo

tiempo, asomaba rosada por todas las ventanas[24]. Y apenas terminada aquella lectura reconfortante, yo, que no había tenido el valor de releer mi manuscrito, deseé volver a empezarlo inmediatamente, pues nada como un viejo artículo de uno mismo para decir que «cuando se ha leído se puede volver a leerlo». Hice el propósito de mandar a Francisca a comprar otros ejemplares para dárselos a los amigos; en realidad, ¿me atreveré a decirlo?, para tocar con el dedo el milagro de la multiplicación de mi pensamiento y leer las mismas frases en otro número como si fuera otro señor que acaba de abrir *Le Figaro.* Precisamente hacía muchísimo tiempo que no había visto a los Guermantes; iría a hacerles una visita y me daría cuenta por ellos de lo que se pensaba de mi artículo.

Me imaginaba a una lectora en cuya habitación tanto me hubiera gustado entrar y a la que el periódico llevaba, si no mi pensamiento, que ella no podía entender, al menos mi nombre, a modo de un elogio que le hicieran de mí. Pero los elogios dedicados a lo que no amamos no encadenan al corazón, como no atraen a la inteligencia los pensamientos de otra inteligencia que no podemos penetrar. Y, en cuanto a otros amigos, me decía que, si mi salud continuaba agravándose y ya no podía ir a verlos, sería agradable seguir escribiendo para poder así llegar hasta ellos, para hablarles entre lineas, para hacerles pensar a mi gusto, para agradarles, para ser recibido en su corazón. Me decía esto porque, como las relaciones mundanas habían ocupado hasta entonces un lugar en mi vida cotidiana, me asustaba un porvenir en el que ya no figurarían, y aquel recurso que me permitiría conservar la atención de mis amigos, tal vez suscitar su admiración hasta el día en que me repusiera lo suficiente para volver a verlos, me consolaba; me decía esto, pero me daba perfecta cuenta de que no era cierto, de que si me complacía en imaginar su atención como el objeto de mi placer, este placer era un placer interior, espiritual, voluntario, que ellos no podían darme y que yo podía encontrar no hablando con ellos, sino escribiendo lejos de ellos; y que si empezaba a escribir para verlos indirectamente, para que tuvieran mejor idea de mí, para prepararme una situación mejor en el mundo, acaso escribir me quitaría el deseo de verlos, y la posición que la literatura me valdría quizá en el mundo ya no me tentaría gozarla, pues mi placer ya no estaría en el mundo, sino en la literatura.

Y después del almuerzo, cuando fui a casa de madame de Guermantes, más que por mademoiselle d'Eporcheville, que después del telegrama de Saint-Loup había perdido lo mejor de su personalidad, lo hice por ver en la duquesa misma a una de las lectoras de mi

[24] Veia a Bloch, a los Guermantes, a Legrandin, a Andrea, al señor X... sacar de cada frase las imágenes en ella contenidas mientras yo intento ser un lector cualquiera, y leo como autor. Mas para que el ser imposible que yo intento ser reuniera todos los contrarios que pueden serme más favorables, cuando leo como autor me juzgo como lector, sin ninguna de las exigencias que puede tener para un escrito el que lo compara con el ideal que en él quiso expresar. Aquellas páginas que, cuando las escribí, eran tan pálidas comparadas con mi pensamiento, tan complicadas y opacas comparadas con mi visión armoniosa y transparente, tan llenas de lagunas que no logré llenar, que su lectura era para mí un sufrimiento, no habían conseguido más que acrecer en mí el sentimiento de mi impotencia y de mi incurable falta de talento. Mas ahora, esforzándome por ser lector, me descargo en los demás del doloroso deber de juzgarme, al menos logro hacer tabla rasa de lo que quise hacer al leer lo que hice. Leía el artículo intentando convencerme de que era de otro. Entonces todas mis imágenes, todas mis reflexiones, todos mis epítetos tomados en sí mismos y sin el recuerdo que representaban para mis propósitos, me encantaban por su brillantez, su originalidad, su profundidad. Y cuando la desanimación era demasiado grande, refugiándome en el alma de cualquier lector maravillado, me decía: « ¡Bah!, ¿cómo va a notar esto un lector? Es posible que aquí falte algo. Pero, ¡caramba, sino están contentos! Tal como está tiene bastantes cosas bonitas, más de las que se suelen leer.» [La edición de La Pléiade incluye este fragmento en nota a pie de página, con referencia al lugar indicado. *(N. de la T.)]*

artículo que podrían permitirme imaginar lo que pensaría el público, suscriptores y compradores de *Le Figaro*. De todos modos fui con gusto a casa de madame de Guermantes. Por más que me dijera que lo que diferenciaba para mí este salón de los demás era el mucho tiempo que había permanecido en mi imaginación, el conocimiento de las causas de esta diferencia no anulaba mi interés. Además había para mí varios nombres de Guermantes. Si el que mi memoria había escrito solamente como en un libro de direcciones no llevaba consigo ninguna poesía, otros más antiguos, los que se remontaban al tiempo en que yo no conocía a madame de Guermantes, podían resurgir en mí, sobre todo cuando hacía mucho tiempo que no había visto a la persona y la luz cruda de ésta en el rostro humano no apagaba los rayos misteriosos del nombre. Entonces volvía a pensar de nuevo en la casa de madame de Guermantes como en algo que estuviera más allá de lo real, de la misma manera que volvía a pensar en el Balbec brumoso de mis primeros sueños y como si desde entonces no hubiera hecho aquel viaje en el tren de las dos menos diez, como si no le hubiera tomado. Olvidaba por un instante el conocimiento que tenía de la inexistencia de todo aquello, como a veces pensamos en un ser querido olvidando por un momento que ha muerto. Después, al entrar en la antecámara de la duquesa, volvió la idea de la realidad. Pero me consolé diciéndome que, a pesar de todo, era para mí el verdadero punto de intersección entre la realidad y el sueño.

Al entrar en el salón vi a la muchacha rubia que, durante veinticuatro horas, creí yo que era aquella de que me habló Saint-Loup. Ella misma pidió a la duquesa que me «volviera a presentar» a ella. Y, en efecto, nada más entrar tuve la impresión de conocerla muy bien pero la duquesa disipó esta impresión diciéndome: «¡Ah!, ¿es que ya conocía a mademoiselle de Forcheville?» Y no, estaba seguro de que no me habían presentado nunca a una muchacha con este nombre, que seguramente me hubiera llamado la atención, tan familiar era a mi memoria desde que me hicieron un relato retrospectivo de los amores de Odette y de los celos de Swann. Mi doble error de nombre, la confusión de «de l'Orgeville» con «d'Eporcheville» y la aplicación de «Eporcheville» a lo que era en realidad «Forcheville», no tenía nada de extraordinario. Nuestro error es presentar las cosas tales como son, los nombres tales como están escritos, las personas tales como las presenta la fotografía y la psicología dándonos de ellas una noción inmóvil. Pero, en realidad, no es esto lo que generalmente percibimos. Vemos, oímos, concebimos el mundo completamente al revés. Repetimos un nombre tal como lo hemos oído hasta que la experiencia nos saca del error, lo que no siempre ocurre. En Combray todo el mundo habló durante veinticinco años a Francisca de madame Sazerat y Francisca siguió diciendo madame Sazerin, no por aquella voluntaria y orgullosa perseverancia en sus errores que era habitual en ella, que se afianzaba con nuestra contradicción y que era lo único que ella había puesto en la Francia de Saint-André-des-Champs de los principios igualitarios de 1789 (Francisca no reclamaba más que un derecho del ciudadano, el de no pronunciar como nosotros y sostener que hotel, verano y aire eran del género femenino), sino porque, en realidad, siguió oyendo siempre Sazerin. Este perpetuo error, que es precisamente la «vida», no da sus mil formas solamente al mundo visible y al mundo audible, sino al mundo social, al mundo sentimental, al mundo histórico, etc. La princesa de Luxembourg no tiene más que una categoría de cocotte para la mujer del Primer Presidente, lo que, por lo demás, tiene poca importancia: tiene un poco más que Odette sea una mujer difícil para Swann, porque de aquí saca él toda una novela tanto más

dolorosa cuando él comprende su error, y la tiene mayor para los alemanes que los franceses no piensen sino en el desquite. Sólo tenemos del mundo unas visiones informes, fragmentarias, que completamos con asociaciones de ideas arbitrarias, creadoras de peligrosas sugestiones. De suerte que no hubiera tenido yo por qué extrañarme mucho de oír el nombre de Forcheville (y ya me preguntaba si sería pariente del Forcheville del que tanto había oído hablar) si la muchacha rubia, deseosa sin duda de salir discretamente al paso de preguntas que le hubieran sido desagradables, no me hubiese dicho en seguida: «No se acuerda de que me conoció mucho en otro tiempo; venía usted a casa con su amiga Gilberta. Ya me di cuenta de que no me reconocía. Yo le reconocí en seguida.» (Dijo esto como si me hubiera reconocido en seguida en el salón, pero la verdad es que me había reconocido en la calle y me había saludado, y después madame de Guermantes me dijo que le había contado como una cosa muy divertida y extraordinaria que yo la había seguido y la había rozado, tomándola por una cocotte.) Hasta que se marchó no supe por qué se llamaba mademoiselle de Forcheville. Después de morir Swann, Odette, que sorprendió a todo el mundo con un dolor hondo, duradero y sincero, era una viuda muy rica. Forcheville se casó con ella, después de una larga gira de castillos y de asegurarse de que su familia recibiría a su mujer. (Esta familia opuso algunas dificultades, pero cedió ante el interés de no tener que subvenir a los gastos de un pariente menesteroso que iba a pasar de una casi miseria a la opulencia.) Poco después murió un tío de Swann, sobre el que la desaparición sucesiva de numerosos parientes había acumulado una enorme herencia, y dejó toda esta enorme fortuna a Gilberta, que resultó ser así una de las más ricas herederas de Francia. Pero era el momento en que las repercusiones del asunto Dreyfus provocaron un movimiento antisemita paralelo a un mayor movimiento de penetración en el gran mundo por parte de los israelitas. No se habían equivocado los políticos al pensar que el descubrimiento del error judicial sería un gran golpe para el antisemitismo. Pero, al menos por el momento, aumentó y se exasperó, por el contrario, un antisemitismo mundano. Forcheville, que, el último noble, había sacado de las conversaciones de familia la certidumbre de que su nombre era más antiguo que el de La Rochefoucauld, consideraba que casándose con la viuda de un judío había hecho el mismo acto de caridad que un millonario que recoge a una prostituta en la calle y la saca de la miseria y del arroyo. Estaba dispuesto a extender su bondad hasta la persona de Gilberta, a la que tantos millones ayudarían, pero a cuyo casamiento perjudicaría aquel absurdo nombre de Swann. Y declaró que la adoptaba. He sabido que madame de Guermantes, ante el asombro de su sociedad -asombro que, por lo demás, le gustaba y solía provocar-, cuando Swann se casó se negó a recibir a la hija lo mismo que a la madre. Esta repulsa fue en apariencia tanto más cruel porque, durante mucho tiempo, lo que hizo a Swann considerar posible su casamiento con Odette era la presentación de su hija a madame de Guermantes. Y seguramente él, que tanto había vivido, hubiera debido saber que estos cuadros que nos imaginamos no se realizan nunca, por diferentes razones, pero por una de ellas poco tuvo que lamentar Swann no realizar aquella presentación. Y esta razón es que, cualquiera que sea la imagen que decide a un hombre sedentario a tomar el tren, desde comer una trucha hasta el deseo de poder asombrar una noche a una orgullosa cajera parándose ante ella en suntuoso carruaje, ya vaya más lejos en la prosecución de sus ideas o se quede acariciando el primer eslabón, el acto destinado a permitirnos llegar a la imagen, bien sea el viaje, la boda, el crimen, etc., ese acto nos modifica lo bastante profundamente para que ya no demos importancia, quizá para que ni

siquiera nos venga una vez a la mente, a la imagen que se formaba el que todavía no era un viajero, o un marido, o un criminal, o un solitario (que se ha puesto al trabajo por la gloria e inmediatamente ha perdido el deseo de la gloria), etc. Por otra parte, aunque nos obstináramos en no querer obrar en vano, es probable que no encontráramos el efecto del sol; que, en aquel momento, el frío nos hiciera desear una sopa junto a la chimenea y no una trucha al aire libre; que nuestro suntuoso carruaje dejara indiferente a la cajera que quizá nos tenía, por otras razones muy distintas, en gran consideración, y que esta súbita riqueza la moviera a desconfiar. En fin, que vimos a Swann, casado, dar sobre todo importancia a las relaciones de su mujer y de su hija con madame Bontemps, etc.

A todas las razones, sacadas del estilo Guermantes de entender la vida mundana, que decidieron a la duquesa a no permitir jamás que le presentaran a madame y a mademoiselle Swann, se puede añadir también esa feliz facilidad con la que las personas que no están enamoradas se apartan de lo que ellas censuran en los enamorados y que el amor de éstos explica. «¡Oh, a mí que no me metan en eso!; si al pobre Swann se le antoja hacer barbaridades y malograr su vida, allá él, pero a mí no me pescan con esas cosas, todo eso puede acabar muy mal y yo les dejo que se las arreglen.» Es el *suave mari magno* que el propio Swann me aconsejaba con relación a los Verdurin, cuando hacía ya mucho tiempo que no estaba enamorado de Odette y ya no le interesaba el pequeño clan. Por eso son tan prudentes los juicios de terceros sobre las pasiones que ellos no sienten y las complicaciones que de ellas se derivan.

Madame de Guermantes había llegado a poner en la exclusión de madame y de mademoiselle Swann una perseverancia que llamó mucho la atención. Cuando madame Molé, madame de Marsantes comenzaron a relacionarse con madame Swann y a llevar a casa de ésta a muchas mujeres del gran mundo, madame de Guermantes no sólo se mantuvo intratable, sino que se las arregló para cortar los puentes y para que su prima la princesa de Guermantes la imitara. Uno de los días más graves de la crisis, cuando, durante el ministerio Rouvier, se creyó que iba a estallar la guerra entre Francia y Alemania, estando yo invitado a comer en casa de madame de Guermantes con monsieur Bréauté, encontré a la duquesa con aire preocupado. Como le gustaba intervenir en política creí que quería demostrar así su temor de la guerra, como un día en que se sentó muy callada a la mesa, contestando apenas con monosílabos a alguien que le preguntó tímidamente por qué estaba preocupada, le respondió con gesto grave: «Me preocupa la China». Pero, pasado un momento, madame de Guermantes, explicando ella misma el gesto preocupado que yo había atribuido al temor de una declaración de guerra, le dijo a monsieur de Bréauté: «Dicen que María-Aynard quiere hacerles una posición a los Swann. Tengo que ir mañana sin falta a ver a María-Gilberto para que me ayude a impedirlo. De otro modo ya no hay sociedad. Muy bonito el asunto Dreyfus. Pero de ese modo la tendera de la esquina no tiene más que proclamarse nacionalista y pretender, en cambio, que la recibamos nosotros.» Y estas palabras, tan frívolas en comparación con las que esperaba, me causaron la sorpresa del lector que, buscando en *Le Figaro,* en el lugar habitual, las últimas noticias de la guerra ruso-japonesa, encuentra en vez de esto la lista de las personas que han hecho regalos de boda a mademoiselle de Mortemart, es decir, que la importancia de una boda aristocrática ha relegado al final del periódico las batallas en tierra y en el mar. La duquesa, por otra parte, acababa por experimentar en su perseverancia desmedida una satisfacción de orgullo que no perdonaba ocasión de manifestarse. «Babal -decía- asegura que somos las dos personas más elegantes de París,

porque sólo él y yo no nos dejamos saludar por madame y mademoiselle Swann. Ahora bien, asegura que la elegancia es no conocer a madame Swann.» Y la duquesa reía con toda su alma.

Sin embargo, ya muerto Swann, ocurrió que la decisión de no recibir a su hija acabó por dar a madame de Guermantes todas las satisfacciones de orgullo, de independencia, de *self-government,* de persecución que podía sacar de aquello, hasta que la desaparición de la persona que le ofrecía la deliciosa sensación de oponerle resistencia, de que no lograba hacerle revocar sus decretos, dio fin a tales satisfacciones. Entonces la duquesa pasó a promulgar otros decretos que, aplicados a personas vivientes, pudieran hacerle sentir que era dueña de hacer lo que le diera la gana. No pensaba en la pequeña Swann, pero, cuando le hablaban de ella, la duquesa sentía una curiosidad como de un lugar nuevo que ya no venía a enmascararle a ella misma el deseo de resistir a la pretensión de Swann. Por lo demás, tantos sentimientos diferentes pueden contribuir a formar uno solo que no se podría decir si no habría en este interés algo de afectuoso para Swann. Seguramente -pues en todas las clases de la sociedad una vida mundana y frívola paraliza la sensibilidad y quita el poder de resucitar a los muertos- la duquesa era de las personas que necesitan la presencia (esa presencia que, como verdadera Guermantes, sobresalía en prolongar) para amar verdaderamente, pero también, cosa más rara, para odiar un poco. De suerte que muchas veces sus buenos sentimientos para las gentes, suspendidos en vida por la irritación que le causaban algunos de sus actos, renacían después de su muerte. Entonces sentía casi un deseo de reparación, porque ya apenas los veía, muy vagamente por lo demás, sino con sus cualidades y desprovistos de las pequeñas satisfacciones, de las pequeñas pretensiones que en ellos la molestaban cuando vivían. Esto daba a veces a su conducta, a pesar de su frivolidad, un cierto matiz bastante noble -mezclado con mucha bajeza-. Pues mientras que las tres cuartas partes de los humanos halagaban a los vivos y no se ocupan para nada de los muertos, madame de Guermantes solía hacer después de muertos lo que habrían deseado aquellos a quienes, vivos, trató mal.

En cuanto a Gilberta, las personas que la amaban y tenían por ella un poco de amor propio sólo hubieran podido alegrarse del cambio de actitud de la duquesa con Gilberta pensando que ésta pudiera vengarse rechazando desdeñosamente las amabilidades que sucedían a veinticinco años de ultrajes. Desgraciadamente los reflejos morales no siempre son idénticos a lo que el buen juicio imagina. Hay quien, por una ofensa inoportuna, puede malograr para siempre el cumplimiento de sus ambiciones respecto a una persona que le interesa y, por el contrario, las salva precisamente por eso. Gilberta, bastante indiferente con las personas que estaban amables con ella, no dejaba de pensar con admiración en la insolente madame de Guermantes; no dejaba de preguntarse los motivos de esta insolencia, y hasta pensó una vez escribir a la duquesa -lo que habría hecho morir de vergüenza por ella a todos los que la querían un poco- preguntándole qué tenía contra una muchacha que no le había hecho nada. Los Guermantes habían tomado para ella unas proporciones que su nobleza no bastara a darles. Los ponía por encima no sólo de toda la nobleza, sino de todas las familias reales.

Algunos antiguos amigos de Swann se ocupaban mucho de Gilberta. En la aristocracia se supo la última herencia que acababa de recibir, y empezaron a observar que estaba muy bien educada y que sería una esposa encantadora. Se decía que una prima de madame de Guermantes, la princesa de Nièvre, pensaba en ella para su hijo. Madame de Guermantes detestaba a madame de Nièvre. Dijo a todo el mundo que semejante boda

sería un escándalo. Madame de Nièvre, asustada, aseguró que jamás había pensado en tal cosa. Un día, después de almorzar, como hacía bueno y monsieur de Guermantes tenía que salir con su mujer, madame de Guermantes se puso a colocarse el sombrero al espejo; sus ojos azules se miraban a sí mismos y miraban al cabello, rubio todavía; la doncella tenía en las manos varias sombrillas para que su señora eligiese. El sol entraba a raudales por la ventana y los Guermantes habían decidido aprovechar tan buen tiempo para ir a hacer una visita a Saint-Cloud. Monsieur de

Guermantes, ya dispuesto, con guantes gris-perla y la chistera puesta, se decía: «Oriana está todavía verdaderamente estupenda. La encuentro deliciosa.» Y viendo a su mujer bien dispuesta, dijo:

-A propósito, tenía que darte un recado de madame de Virelef. Quería pedirte que fueras el lunes a la ópera. Pero como va con ella la pequeña Swann no se atrevía, y me ha pedido que tantee el terreno. Yo no opino, me limito a transmitirte el recado. Bueno, creo que podríamos... -añadió evasivamente, pues, como su disposición hacia una persona era una disposición colectiva y nacía idéntica en cada uno de ellos, sabía por sí mismo que la hostilidad de su mujer hacia mademoiselle Swann había amainado y que tenía curiosidad por conocerla. Madame de Guermantes acabó de arreglarse el velo y eligió una sombrilla.

-Pero ¿qué quieres que me importe eso? No veo ningún inconveniente en que conozcamos a esa pequeña. Bien sabes que nunca tuve nada *contra* ella. Simplemente no quería que se dijera que recibíamos a los matrimonios desiguales de nuestros amigos. Nada más.

-Y tenías mucha razón -repuso el duque-. Es usted la prudencia en persona, señora, y además está usted encantadora con ese sombrero.

-Muy amable -dijo madame de Guermantes sonriendo a su marido y dirigiéndose hacia la puerta. Pero antes de subir al coche quiso darle algunas explicaciones más-: Ahora hay muchas personas que tratan a la madre; por lo demás tiene la buena idea de estar enferma las tres cuartas partes del año. Parece ser que la pequeña es muy simpática. Todo el mundo sabe que queríamos mucho a Swann. Les parecerá esto muy natural.

Y se dirigieron juntos a Saint-Cloud.

Pasado un mes, la hija de Swann, que no se llamaba todavía Forcheville, almorzaba en casa de los Guermantes. Se habló de mil cosas; al final del almuerzo, Gilberta dijo tímidamente:

-Creo que ustedes conocieron mucho a mi padre.

-Mucho -repuso madame de Guermantes en un tono melancólico que demostraba que comprendía la pena de la hija y con un exceso de intensidad deliberado que le daba el aspecto de disimular que no estaba segura de acordarse muy exactamente del padre-. Le conocimos mucho, le recuerdo *muy bien. -Y* claro que podía recordarle: había ido a verla casi todos los días durante veinticinco años-. Sé muy bien quién era, voy a decirle -añadió como si quisiera explicar a la hija a quién había confundido con su padre y dar a esta muchacha datos sobre él-: era un gran amigo de mi suegra y también de mi cuñado Palamède.

-Venía también aquí, hasta almorzaba aquí -añadió monsieur de Guermantes por ostentación de modestia y escrúpulo de exactitud-. Recuerda, Oriana. ¡Qué excelente hombre era su padre de usted! ¡Cómo se notaba que debía de ser de una familia honrada! Además otra vez vi a sus padres, ¡buena gente, ellos y él!

Se notaba que si vivieran todavía, los padres y el hijo, el duque de Guermantes no

habría dudado en recomendarlos para un puesto de jardineros.

Y así habla el Faubourg Saint-Germain a todo burgués de otros burgueses, bien sea por halagarle con la excepción, con el tiempo que pasan hablándole, en favor del interlocutor o de la interlocutora, o más bien, o al mismo tiempo, por humillarle. Así es como un antisemita, en el momento mismo en que abruman de afabilidades a un judío, le habla mal de los judíos, de una manera general que permite ofender sin ser grosero.

Pero madame de Guermantes, reina del momento, en el que sabía verdaderamente colmar de gentileza al invitado, en el que no podía decidirse a dejarle marcharse, era también esclava del momento. Swann había podido aveces, en la embriaguez de la conversación, dar a la duquesa la ilusión de que la quería; ahora ya no podía.

-Era encantador -dijo la duquesa con una sonrisa triste posando en Gilberta una mirada muy dulce que, a todo evento, en el caso de que aquella muchacha fuera sensible, le demostraría que la comprendía y que a madame de Guermantes, si estuviera sola con ella y si las circunstancias lo permitieran, le gustaría desvelar toda la profundidad de su sensibilidad. Pero monsieur de Guermantes, bien porque pensaba que precisamente las circunstancias se oponían a tales efusiones, bien porque considerase que toda exageración de sentimiento era cosa de mujeres y que en ella no tenían los hombres más que ver que en sus otras atribuciones, salvo en la cocina y en los vinos, que él se había reservado, con más luces que la duquesa, creyó oportuno no alimentar, mezclándose en ella, aquella conversación que escuchaba con visible impaciencia. Por lo demás, madame de Guermantes, pasado aquel acceso de sensibilidad, añadió con una frivolidad mundana, dirigiéndose a Gilberta:

-Verá, ahora recuerdo, era un gran amigo de mi cuñado Charlus, y también muy amigo de Voisenon (el castillo del príncipe de Guermantes) -y lo dijo no sólo como si el hecho de conocer a monsieur de Charlus y al príncipe hubiera sido para Swann una casualidad, como si el cuñado y el primo de la duquesa hubieran sido dos hombres con los que Swann trabó relaciones en una circunstancia cualquiera, cuando la verdad es que Swann se trataba con todas las personas de aquella misma sociedad, sino incluso como si madame de Guermantes quisiera explicarle a Gilberta quién era aproximadamente su padre, hacer que le «situara» por uno de esos detalles característicos con los cuales, cuando alguien quiere explicar el porqué de sus relaciones con una persona que no debía conocer, o por singularizar su relato, invoca el padrinazgo particular de cierta persona. En cuanto a Gilberta, le encantó que cayera la conversación, una conversación que precisamente estaba procurando cambiar, pues había heredado de Swann ese tacto exquisito con una finura de infinura de inteligencia que el duque y la duquesa reconocieron y apreciaron, pidiéndole que volviera pronto. Por otra parte, con esa minucia de las personas cuya vida carece de objeto iban percibiendo sucesivamente en sus nuevos conocidos las cualidades más sencillas, exclamando delante de ellas con el ingenuo asombro de un hombre de ciudad que descubre en el campo una brizna de hierba o, al contrario, exagerando las proporciones como con un microscopio, comentando sin fin, tomándola con los menores defectos y a veces alternativamente en una misma persona. En el caso de Gilberta, la perspicacia ociosa de monsieur y de madame de Guermantes empezó por fijarse en sus atractivos:

-¿Has visto su manera de decir ciertas palabras? -observó la duquesa cuando se marchó Gilberta-. Era completamente Swann, me parecía estar viéndole.

-Eso mismo te iba a decir yo, Oriana.

-Es inteligente, el mismísimo estilo de su padre.

-A mí me parece hasta muy superior a él. Recuerda lo bien que contó esa historia de los baños de mar. Tiene una animación que Swann no tenía.

-¡Oh!, de todos modos era muy inteligente.

-Yo no digo que no fuera inteligente, lo que digo es que no era animado -replicó monsieur de Guermantes en un tono gimiente, pues la gota le ponía nervioso, y cuando no tenía otra persona a quien demostrar su mal humor, se lo manifestaba a la duquesa. Mas, incapaz de comprender bien las causas de su nerviosismo, prefería hacerse el incomprendido.

Por estas buenas disposiciones del duque y de la duquesa, ahora, llegado el caso, le habrían dicho a veces un «su pobre padre» que no podía servir, pues, precisamente por aquella época, Forcheville había adoptado a la muchacha. Le llamaba «padre» a Forcheville, encantaba a las abuelas por su cortesía y su distinción y reconocían que, si Forcheville se había portado con ella admirablemente, la pequeña, por su parte, tenía mucho corazón y sabía recompensarle. Seguramente porque a veces quería y deseaba demostrar mucha naturalidad, procuró que yo la reconociera y habló delante de mí de su verdadero padre. Pero esto era una excepción y ya nadie se atrevía a pronunciar delante de ella el nombre de Swann.

Precisamente acababa yo de observar al entrar en el salón dos dibujos de Elstir que antes estaban relegados a un gabinete del piso alto, donde yo los había visto por casualidad. Elstir estaba ahora de moda. Madame de Guermantes no se consolaba de haber regalado tantos cuadros suyos a su prima, no porque estaban de moda, sino porque ahora le gustaban. Y es que la moda la hace el capricho de un conjunto de personas de las que los Guermantes son representativos. Pero la duquesa no podía pensar en comprar otros cuadros de Elstir, pues desde hacía algún tiempo habían llegado a unos precios desatinadamente altos. Como quería por lo menos tener algo de él en su salón, mandó bajar aquellos dos dibujos, diciendo que los prefería a su pintura. Gilberta reconoció aquella factura.

-Parecen de Elstir -dijo.

-Pues sí -contestó atolondradamente la duquesa-, precisamente fue su..., fueron unos amigos nuestros quienes nos los hicieron comprar. Son admirables. Para mi gusto, superiores a su pintura.

Yo, que no había oído este diálogo, me acerqué a mirar el dibujo.

-¡Ah!, es el Elstir que... -vi las señales desesperadas de madame de Guermantes-. ¡Ah!, sí, es el Elstir que yo admiraba en el piso de arriba. Está aquí mucho mejor que en aquel pasillo. A propósito de Elstir, ayer le nombré en un artículo del *Le Figaro.* ¿Lo ha leído?

-¿Ha escrito usted un artículo en *Le Fígaro?* -exclamó monsieur de Guermantes con la misma violencia que hubiera podido exclamar: «Pero es mi prima».

-Sí, ayer.

-¿En *Le Figaro,* está usted seguro? Me extrañaría mucho. Pues nosotros tenemos cada uno nuestro *Figaro, y si* se nos hubiera escapado a uno de nosotros, el otro lo habría visto. No había nada, ¿verdad, Oriana?

El duque mandó a buscar *Le Figaro y* sólo se rindió ante la evidencia, como si, hasta entonces, hubiera tenido más bien la probabilidad de que yo estuviera equivocado en cuanto al periódico en que había escrito.

-Pues no comprendo, ¿de modo que ha escrito usted un artículo en *Le Figaro?* -me dijo

la duquesa, esforzándose por hablar de una cosa que no le interesaba-. ¡Pero vamos, Basin, ya leerás eso después!

-No, no, el duque está muy bien así con su gran barba sobre el periódico -dijo Gilberta-. Lo voy a leer en seguida que vuelva a casa.

-Sí, ahora que todo el mundo va afeitado, él lleva barba -dijo la duquesa-; nunca hace nada como los demás. Cuando nos casamos se afeitaba no sólo la barba, sino hasta el bigote. Los campesinos que no le conocían no creían que era francés. Entonces se llamaba príncipe de Laumes.

-¿Hay todavía un príncipe de Laumes? -preguntó Gilberta, interesada por todo lo que se refería a personas que durante tanto tiempo no habían querido saludarla.

-Pues no -contestó la duquesa con una mirada melancólica y tierna.

-¡Un título tan bonito! ¡Uno de los más bellos títulos de Francia! -comentó Gilberta, pues a la boca de algunas personas inteligentes asoma inevitablemente, cuando llega el momento, cierto tipo de trivialidades.

-Pues sí, yo también lo siento. Basin quisiera que el hijo de su hermana lo renovara, pero ya no es lo mismo. En el fondo podría ser, porque ya no es forzosamente el primogénito, puede pasar del primogénito al segundo. Le estaba diciendo que Basin se afeitaba entonces completamente; un día, en una excursión, ¿recuerdas, hijito -dijo a su marido-, en aquella excursión a Paray-le-Monial?, mi cuñado Charlus, que le gusta bastante hablar con los campesinos, les iba diciendo: «¿De dónde eres tú?», y como es muy generoso les daba algo, los convidaba a beber. Pues no hay nadie a la vez tan altivo y tan sencillo como Mémé. Lo mismo se niega a saludar a una duquesa a la que él no encuentra bastante duquesa que colma de atenciones al perrero. Entonces le dijo a Basin: «Anda, Basin, háblales tú también un poco». Mi marido, que no siempre es muy inventivo...

-Gracias Oriana -dijo el duque sin interrumpir la lectura de mi artículo, en la que estaba absorto.

-... Se fijó en un campesino y le repitió textualmente la pregunta de su hermano: «¿Y tú de dónde eres?» «Soy de Laumes». «¿Eres de Laumes? Pues entonces yo soy tu príncipe.» El campesino miró la cara toda rasurada de Basin y le contestó: «No es verdad. Usted es un *English.»*

En estos pequeños relatos de la duquesa se veían así surgir aquellos títulos eminentes, como el de príncipe de Laumes, en su verdadero lugar, en su estado antiguo y en su color local, como en ciertos libros de horas se ve la torre de Bourges en medio de la multitud de la época.

Trajeron unas tarjetas.

-No sé qué es lo que le pasa, no la conozco. Esto te lo debo a ti, Basin. Y no te han resultado tan bien esa clase de relaciones, mi pobre amigo -y dirigiéndose a Gilberta-: Ni siquiera podría explicarle quién es, seguro que ni siquiera la conozco, se llama lady Rufus Israel.

Gilberta enrojeció vivamente.

-No la conozco -dijo (lo que era falso, pues lady Israel, dos años antes de morir Swann, se había reconciliado con él y llamaba a Gilberta por su nombre de pila)-, pero sé muy bien, por otras personas, quién es la que usted quiere decir.

Me enteré de que una muchacha, por mala intención o por torpeza, le preguntó una vez el nombre de su padre, no el adoptivo, sino el verdadero, y ella, en su turbación y por

cambiar un poco lo que tenía que decir, pronunció *Svann* en vez de *Suann,* dándose cuenta un poco más tarde de que este cambio era peyorativo, porque transformaba aquel nombre de origen inglés en un nombre alemán. E incluso añadió, rebajándose por elevarse: «Se han contado muchas cosas diferentes sobre mi nacimiento, yo no debo hacer caso de nada de eso». Por mucho que Gilberta hubiera debido avergonzarse en ciertos momentos, pensando en sus padres (pues la misma madame Swann representaba y era para ella una buena madre), de aquella manera de ver la vida, tenemos que pensar, desgraciadamente, que los elementos le venían sin duda de sus padres, pues no nos formamos nosotros mismos en todos nuestros componentes. Y a cierta cantidad de egoísmo que existe en la madre se añade un egoísmo diferente propio de la familia del padre, y añadir no siempre quiere decir sumar, ni siquiera sólo servir de múltiplo, sino crear un egoísmo nuevo, mucho más poderoso y temible. Y desde que el mundo existe, cuántas familias en las que hay un defecto bajo una forma emparentan con otras familias que tienen el mismo defecto en otra forma, lo que crea en el hijo una variedad particularmente completa y detestable, tomando tal poder los egoísmos acumulados (por no hablar aquí sino del egoísmo) que la humanidad entera quedaría destruida si del mismo mal no nacieran unas restricciones naturales capaces de reducirlo ajustas proporciones, análogas a las que impiden que la proliferación infinita de los infusorios destruya nuestro planeta, que la fecundación un¡sexuada de las plantas extinga el reino vegetal, etc. De vez en cuando viene a contrarrestar este egoísmo un poder nuevo y desinteresado. Las combinaciones en virtud de las cuales la química moral fija de este modo y hace inofensivos los elementos que iban siendo demasiado temibles son infinitas y darían a la historia de las familias una variedad apasionante. Por otra parte, con estos egoísmos acumulados, como los que debía haber en Gilberta, coexiste una u otra virtud encantadora de los padres que, en un momento dado, constituye ella sola un intermedio, desempeña su papel emocionante con una sinceridad perfecta. Desde luego, Gilberta no siempre llegaba tan lejos como cuando insinuaba que quizá era hija natural de algún gran personaje; pero generalmente disimulaba sus orígenes. Quizá le resultaba simplemente demasiado desagradable confesarlos y prefería que los supieran por otros. Acaso creía verdaderamente ocultarlos, con esa creencia incierta que, sin embargo, no es la duda, que reserva una posibilidad a lo que se desea y de la que Musset da un ejemplo cuando habla de la Esperanza en Dios.

-No la conozco personalmente -repitió Gilberta. Pero, haciéndose llamar mademoiselle de Forcheville, ¿tenía la esperanza de que ignorasen que era hija de Swann? La tenía quizá en cuanto a ciertas personas que, con el tiempo, esperaba que llegarían a ser casi todo el mundo. No debía de hacerse grandes ilusiones sobre su apellido actual, y seguramente sabía que muchas personas debían de murmurar: «Es la hija de Swann». Pero lo sabía sólo por esa misma ciencia que nos habla de gentes que se matan por miseria mientras nosotros vamos al baile. Es decir, una ciencia lejana y vaga, que no tenemos empeño en sustituir por un conocimiento más preciso debido a una impresión directa. Como la lejanía nos hace las cosas más pequeñas, más inciertas, menos peligrosas, Gilberta prefería no estar cerca de las personas en el momento en que éstas descubrían que su nombre de nacimiento era Swann[25]. Y como estamos cerca de personas que nos

[25] . Gilberta pertenecía, o al menos perteneció durante aquellos años, a la variedad más abundante de los avestruces humanos, los que esconden la cabeza bajo el ala con la esperanza no de que no los vean, lo que les parece poco verosímil, sino de no ver que los ven, lo que les parece ya mucho y les permite

imaginamos, como podemos imaginarnos a las gentes leyendo un periódico, Gilberta prefería que los periódicos la llamasen mademoiselle de Forcheville. Verdad es que, en los escritos de su personal y única responsabilidad, en sus cartas, cuidó por algún tiempo de la transición firmando G. S. Forcheville. En esta firma la verdadera hipocresía se manifestaba, más que por la supresión del resto de las letras del nombre de Swann, por la de las del nombre de Gilberta. En efecto, reduciendo el inocente nombre de pila a una simple G, mademoiselle de Forcheville parecía insinuar a sus amigos que la amputación aplicada al apellido de Swann se debía a motivos de abreviación. Y hasta daba especial importancia a la S, haciendo en ella una especie de larga cola que venía a cruzar la G, pero se la notaba transitoria y destinada a desaparecer, como la que, todavía larga en el mono, no existe ya en el hombre.

A pesar de esto, había en su *snobismo* algo de la inteligente curiosidad de Swann. Recuerdo que aquella tarde preguntó a madame de Guermantes si no podría ella conocer a monsieur du Lau, y como la duquesa contestara que estaba enfermo y no salía, Gilberta preguntó cómo seguía, pues -añadió sonrojándose ligeramente- había oído hablar mucho de él. (El marqués de Lau fue, en efecto, uno de los amigos más íntimos de Swann antes del casamiento de éste, y aun es posible que Gilberta lo divisara alguna vez, pero cuando ella no se interesaba por aquella sociedad.)

-¿Podrían decirme algo de esto monsieur de Bréauté o el príncipe de Agrigente? -preguntó.

-¡En absoluto! -exclamó madame de Guermantes que tenía un sentimiento muy agudo de esas diferencias provincianas y hacía retratos sobrios, pero animados por su voz dorada y ronca, bajo la dulce floración de sus ojos de violeta-. No, en absoluto. Du Lau era el noble del Périgord, encantador, con todas las bellas maneras y toda la soltura de su provincia. En Guermantes, cuando estaba el rey de Inglaterra, del que Du Lau era muy amigo, había una merienda después de la cacería; era la hora en que Du Lau tenía la costumbre de ir a quitarse las botas y ponerse unas gruesas zapatillas de lana. Pues bien, la presencia del rey Eduardo y de todos los grandes duques no le cortaba en absoluto, y bajaba al gran salón de Guermantes con sus zapatillas de lana. Pensaba que él era el marqués de Lau d'Allemans, que no tenía que contenerse en nada por el rey de Inglaterra. Él y aquel encantador Cuasimodo de Breteuil eran los dos que yo más quería. Y eran muy amigos de... -iba a decir de su padre y se paró en seco-. No, eso no tiene ninguna relación ni con GriGri ni con Bréauté. Es el verdadero gran señor del Périgord. Mémé cita una página de Saint-Simon sobre un marqués de Allemans; es exacto.

Yo cité las primeras palabras del retrato: «Monsieur d'Allemans, que era un hombre muy distinguido entre la nobleza del Périgord, por la suya y por su mérito, y donde todo el que vivía allí le consideraba un árbitro general a quien todo el mundo recurría por su probidad, su capacidad y la dulzura de sus maneras, y un gallo de provincias...».

-Sí, algo así es -dijo madame de Guermantes-, y además Du Lau fue siempre rojo como un gallo.

-Sí, recuerdo haber oído citar ese retrato -dijo Gilberta sin añadir que se lo había oído a su padre, el cual era, en efecto, gran admirador de Saint-Simon.

Le gustaba también por otra razón oír hablar del príncipe de Agrigente y de monsieur

---

ncomendarse a la suerte en cuanto al resto. [La edición de La Pléiade añade este fragmento en nota a pie de página, advirtiendo que, aunque figuraba en la primera edición en el lugar señalado en el texto, rompe la ilación y no se encuentra en el manuscrito, del que falta la página en que quizá se hallaba. *(N. de la T.)]*

de Bréauté. El príncipe de Agrigente lo era por herencia de la casa de Aragón, pero su señorío es del Poitou. En cuanto a su castillo, al menos el castillo en que vivía, no era de su familia, sino de la familia de un primer marido de su madre, y estaba situado aproximadamente a igual distancia de Martinville y de Guermantes. Por eso Gilberta hablaba de él y de monsieur de Bréauté como de los vecinos de campo que le recordaban su vieja provincia. Materialmente había en estas palabras una parte de mentira, pues a monsieur de Bréauté lo conoció en París, por la condesa de Molé, aunque era antiguo amigo de su padre. En cuanto al placer de hablar de los alrededores de Tansonville, podía ser sincera. En ciertas personas, el *snobismo* es como ciertos brebajes agradables que llevan mezcladas sustancias útiles. A Gilberta le interesaba esta o la otra mujer elegante porque tenía unos libros soberbios y unos Nattiers que mi antigua amiga seguramente no hubiera ido a ver a la Biblioteca Nacional y al Louvre, y me figuro que, a pesar de la proximidad aún mayor, la influencia atrayente de Tansonville habría actuado en Gilberta más con relación a madame Sazerat o madame Goupil que con relación a monsieur d'Agrigente.

-¡Oh, pobre Babal y pobre Gri-Gri! -dijo madame de Guermantes-, están más enfermos que Du Lau, mucho me temo que no duren mucho ni el uno ni el otro.

Cuando monsieur de Guermantes terminó de leer mi artículo, me dirigió unas felicitaciones, por lo demás bastante mitigadas. No le gustaba la forma poco original de aquel estilo en el que había «ampulosidad, metáforas como en la prosa pasada de moda de Chateaubriand»; en cambio me felicitó sin reservas por «ocuparme en algo»:

-Me gusta que se haga algo con los diez dedos. No me gustan los inútiles que están siempre haciéndose los importantes o los atareados. ¡Estúpida ralea!

Gilberta, que iba adquiriendo con gran rapidez las maneras del gran mundo, dijo que iba a estar muy orgullosa de decir que era amiga de un escritor.

-Figúrese cómo voy a decir que tengo el gusto, el *honor* de conocerle.

-¿No quiere venir con nosotros mañana a la ópera Cómica? -me dijo la duquesa, y pensé que seguramente sería a aquel mismo palco donde la vi la primera vez y que entonces me pareció inaccesible como el reino submarino de las nereidas. Pero contesté con voz triste:

-No, no voy al teatro, he perdido a una amiga a la que quería mucho.

Casi tenía lágrimas en los ojos, pero, sin embargo, por primera vez me daba cierto placer hablar de ella. Fue a partir de aquel momento cuando empecé a escribir a todo el mundo que acababa de sufrir un gran dolor, y cuando comencé a dejar de sentirlo.

Cuando Gilberta se marchó, madame de Guermantes me dijo:

-No comprendió usted las señales que le hice, era para que no hablara de Swann -y como yo me disculpara-: No, si le comprendo muy bien; yo misma estuve a punto de nombrarle, me contuve por un pelo, es espantoso, menos mal que me detuve a tiempo. Es muy fastidioso, Basin -le dijo a su marido para atenuar un poco mi falta aparentando creer que yo había obedecido a una propensión común a todos y a la que era muy dificil resistir.

-¿Qué quieres que le haga yo? -replicó el duque-. No tienes más que decir que vuelvan esos dibujos arriba, puesto que hacen pensar en Swann. Si no se piensa en Swann, no se habla de él.

Al día siguiente recibí dos cartas de felicitación que me sorprendieron mucho, una de madame Goupil, una señora de Combray a la que no había visto desde hacía muchos años

y a la que, en el mismo Combray, no le había dirigido la palabra ni tres veces. Un salón de lectura le había enviado *Le Figaro.* De modo que, cuando nos ocurre en la vida algo que tiene alguna resonancia, nos llegan noticias de personas situadas tan lejos de nuestras relaciones y cuyo recuerdo es ya tan antiguo que esas personas parecen situadas a gran distancia, sobre todo en el sentido de la profundidad. Una amistad de colegio olvidada, y que ha tenido veinte ocasiones de acordarse de nosotros, nos da señales de vida, por lo demás no sin compensación. Así, por ejemplo, Bloch, cuya opinión sobre mi artículo tanto me hubiera interesado, no me escribió. Verdad es que había leído mi artículo y me lo llegó a confesar más tarde, pero por carambola. Pasados unos años, escribió él mismo un artículo en *Le Figaro* y quiso hacerme saber inmediatamente el acontecimiento. Como le llegara a su vez lo que consideraba un privilegio, cesó la envidia que le había hecho fingir ignorar mi artículo, y, como un compresor que se levanta, me habló de él, y de manera muy diferente a como él deseaba que yo le hablara del suyo: «Supe que también tú -me dijo- publicaste un artículo. Pero me pareció que no debía hablarte de él por no serte desagradable, pues no se debe hablar a los amigos de las cosas humillantes que les ocurren. Y no hay duda de que lo es escribir en el periódico del sable *y* del hisopo, de los *five o'clock,* sin olvidar la pila de agua bendita.» Su carácter seguía siendo el mismo, pero su estilo era menos preciosista, como les ocurre a ciertos escritores que abandonan el manierismo cuando, no haciendo ya poemas simbolistas, escriben novelas folletinescas.

Para consolarme de su silencio, volví a leer la carta de madame Goupil; pero era una carta sin calor, pues, aunque la aristocracia tiene ciertas fórmulas que levantan una empalizada, entre ellas, entre el «Monsieur» del principio y el «suyo afectísimo» del final, pueden brotar, como flores, exclamaciones de alegría, de admiración, puede colgar de la empalizada el perfume embriagador de las enredaderas. Pero el convencionalismo burgués apresa el interior mismo de las cartas en una red de «su merecido éxito», a lo sumo «su gran éxito». Las cuñadas, fieles a la educación recibida y envaradas en su jubón como Dios manda, creen caer en la desgracia o en el entusiasmo si escriben: «Mis cariñosos recuerdos». «Mamá se une a mí», es un superlativo con el que rara vez se dignan favorecernos. Recibí otra carta además de la de madame Goupil, pero el nombre Sanilon me era desconocido. Era un estilo popular, un lenguaje encantador, sentí muchísimo no poder descubrir quién me había escrito.

Dos días después tuve la satisfacción de saber que Bergotte era un gran admirador de mi artículo, que no había podido leerlo sin envidia. Pero al cabo de un momento se disipó mi alegría. En efecto, Bergotte no me escribió absolutamente nada. Me pregunté si siquiera le había gustado el artículo, temiendo que no. A esta pregunta que me hacía a mí mismo me contestó madame de Forcheville que Bergotte lo admiraba mucho, que le parecía de un gran escritor. Pero esto me lo dijo madame Forcheville estando yo dormido: era un sueño. A las preguntas que nos hacemos contestan casi todos con afirmaciones completas, puestas en escena con varios personajes, pero sin consecuencias.

En cuanto a mademoiselle de Forcheville, no podía menos de pensar en ella con desolación. Cómo era posible, una hija de Swann, a la que tanto deseara éste ver en casa de los Guermantes, que habían negado a su gran amigo aquella alegría de recibirla y luego la buscaron espontáneamente, pasando el tiempo que renueva para nosotros, que insufla otra personalidad, según lo que se dice de ellos, a los seres que no hemos visto desde hace mucho tiempo, desde que nosotros mismos hemos cambiado de piel y adquirido otros gustos. Mas cuando Swann decía a veces a aquella hija, abrazándola y

besándola: «Es bueno, querida mía, tener una hija como tú; un día, cuando yo ya no esté, si se habla aún de tu pobre papá, será sólo contigo y por causa tuya», Swann, poniendo así en su hija para después de su propia muerte una temerosa y ansiosa esperanza de supervivencia, se equivocaba como se equivoca el viejo banquero que, al hacer testamento a favor de una bailarina que es su querida y que tiene un continente muy digno se dice que no es para ella más que un gran amigo, pero que ella permanecerá fiel a su recuerdo. Un continente muy digno, pero tocando con el pie debajo de la mesa a los amigos del viejo banquero que le gustaban, mas todo esto muy disimulado, con excelentes apariencias. Se pondrá luto por el excelente hombre, se sentirá liberada de él, gozará no sólo del dinero líquido, sino de las propiedades, de los automóviles que le ha dejado, dejará que se vaya borrando el nombre del antiguo propietario que le causaba un poco de vergüenza, y nunca asociará al goce de la donación la añoranza del donante. Quizá las ilusiones del amor paterno no son menores que las del otro; para muchas muchachas, su padre no es más que el viejo que les deja su fortuna. La presencia de Gilberta en un salón, en vez de ser un motivo para que todavía se hablara de su padre alguna vez, era un obstáculo para que se aprovecharan los, cada vez más raros, que pudieran presentarse para hacerlo. Incluso a propósito de las frases que él había dicho, de los objetos que él había regalado, se tomó la costumbre de no aludir a ellas o a ellos, y resultó que la que hubiera debido rejuvenecer, ya que no perpetuar su memoria, apresuró y consumó la obra de la muerte y del olvido.

Y esta obra del olvido no la consumaba Gilberta solamente con respecto a Swann: había acelerado en mí esa obra del olvido con respecto a Albertina. Bajo la acción del deseo, a consecuencia del deseo de felicidad que Gilberta provocó en mí durante las horas en que creí que era otra y no ella, se esfumaron en mí cierto número de sufrimientos, de preocupaciones dolorosas que todavía poco antes me embargaban el pensamiento, llevándose con ellos todo un bloque de recuerdos, probablemente desmoronados desde hacía mucho tiempo y precarios. Pues si bien muchos recuerdos unidos a ella contribuyeron al principio a mantener en mí el pesar de su muerte, recíprocamente el pesar mismo había fijado los recuerdos. De suerte que la modificación de mi estado sentimental, preparada sin duda oscuramente día tras día por las continuas disgregaciones del olvido, pero realizada bruscamente en su conjunto, me dio aquella impresión, que recuerdo haber sentido aquel día por primera vez, de vacío, de supresión en mí de toda una parte de mis asociaciones de ideas, que experimenta un hombre al que se le ha roto una arteria cerebral gastada ya desde hacía tiempo y en el que queda inhibida y paralizada una parte de la memoria[26].

La desaparición de mi sufrimiento, y de todo lo que llevaba consigo, me dejaba disminuido como suele dejarnos una enfermedad que ocupaba en nuestra vida un lugar importante. Si el amor no es eterno, seguramente es porque los recuerdos no siguen siendo siempre verdaderos y porque la vida está hecha de la perpetua renovación de las células. Pero, en cuanto a los recuerdos, esta renovación la retarda, sin embargo, la atención que detiene, que fija por un momento lo que tiene que cambiar. Y como con la

[26] Ya no amaba a Albertina. A lo sumo algunos días, cuando hacía un tiempo de esos que, modificando, despertando nuestra sensibilidad, nos vuelven a poner en relación con la realidad, me sentía tristísimo pensando en ella. Sufría de un amor que ya no existía, como a los amputados, en ciertos cambios de tiempo, les duele la pierna que han perdido. [La edición de La Pléiade incluye a pie de página, como inédito, este fragmento, hallado en un papel suplementario, y con referencia al lugar indicado. *(N- de la T.)]*

pena ocurre como con el deseo de mujeres, que crece al pensar en él, tener mucho que hacer haría más fácil, lo mismo que la castidad, el olvido.

En virtud de otra reacción, si, de todos modos, es el tiempo el que trae progresivamente el olvido (aunque la distracción -el deseo de mademoiselle de Forcheville- me hiciera de pronto efectivo y sensible el olvido), no deja, por otra parte, el olvido de alterar profundamente la noción del tiempo. En el tiempo hay errores ópticos como los hay en el espacio. La persistencia en mí de una antigua veleidad de trabajar, de recuperar el tiempo perdido, de cambiar de vida, o más bien de empezar a vivir, me daba la ilusión de que seguía siendo joven; sin embargo, en el recuerdo, todos los acontecimientos que se habían sucedido en mi vida -y también los que se habían sucedido en mi corazón, pues, cuando se ha cambiado mucho, nos inclinamos a suponer que hemos vivido más tiempo- en el transcurso de los últimos meses de la existencia de Albertina, hicieron que a mí me parecieran más largos de un año, y ahora aquel olvido de tantas cosas, separándome de acontecimientos muy recientes por espacios vacíos que los hacían parecer antiguos, porque había tenido lo que se llama «tiempo» de olvidarlos, era su interpolación, fragmentada, irregular, en medio de mi memoria -como una bruma espesa sobre el océano y que suprime los puntos de referencia de las cosas- la que trastornaba, la que dislocaba mi sentido de las distancias en el tiempo, contraídas aquí, distendidas allá, y me hacía creerme mucho más lejos o mucho más cerca de las cosas de lo que estaba en realidad. Y como en los nuevos espacios, aún no recorridos, que se extendían ante mí, ya no quedarían trazas de mi amor a Albertina, como ya no quedaban, en el tiempo perdido que acababa de atravesar, de mi amor por mi abuela -ofreciendo una sucesión de períodos, bajo los cuales, después de cierto intervalo, no subsistía nada de lo que sostenía el anterior ni tampoco en el siguiente-, mi vida me pareció algo tan desprovisto del soporte de un yo individual idéntico y permanente, algo tan inútil en el futuro como largo en el pasado, algo que la muerte podría cortar aquí o allá, sin concluirlo en modo alguno, como esos cursos de historia de Francia que en retórica se cortan indiferentemente, según el capricho de los programas o de los profesores, en la revolución de 1830, en la de 1848 o al final del Segundo Imperio.

Acaso la fatiga y la tristeza que sentí procedían, más que de haber amado inútilmente lo que ya estaba olvidando, de empezar a complacerme en nuevos seres vivos, simplemente en personas del gran mundo, en amigos de los Guermantes, tan poco interesantes en sí mismos. Quizá me consolaba más fácilmente comprobar que la que yo había amado no era ya, pasado cierto tiempo, más que un pálido recuerdo que volver a encontrar en mí esa vana actividad que nos hace perder el tiempo en tapizar nuestra vida con una vegetación humana vivaz pero parásita, que también pasará a no ser nada cuando muera, que ya es ajena a todo lo que hemos conocido y a la que, sin embargo, intenta agradar nuestra senilidad charlatana, melancólica y coqueta. Había hecho su aparición en mí el nuevo ser que soportaba fácilmente vivir sin Albertina, puesto que había podido hablar de ella en casa de los Guermantes con palabras afligidas, sin sufrimiento profundo. La posible llegada de estos nuevos yos que deberían llevar otro nombre distinto del anterior me había asustado siempre, por su indiferencia a lo que yo amaba: en otro tiempo, cuando, a propósito de Gilberta, su padre me decía que si yo iba a vivir a Oceanía ya no querría volver, muy recientemente, cuando tanto me dolió leer las memorias de un escritor mediocre que, separado de por vida de una mujer a la que había adorado de joven, de viejo la volvía a encontrar sin emoción, sin deseo de volver a verla. Y, en

cambio, ese ser tan temido, tan benéfico y que no era otro que uno de esos yos de recambio que el destino tiene en reserva para nosotros, y, que sin escuchar ya nuestros ruegos más que los escuchara un médico clarividente y, como tal, autoritario, me traía con el olvido una supresión casi completa del sufrimiento, una posibilidad de bienestar, que, como el médico, sustituye, a pesar nuestro, con una intervención oportuna, al yo verdaderamente demasiado maltrecho. Por lo demás, ese recambio lo realiza de vez en cuando, como el uso y la reparación de los tejidos, pero sólo nos damos cuenta cuando en el antiguo había un gran dolor, un cuerpo extraño e hiriente, que no echamos de menos en nuestro asombrado gozo de ser otro, un otro para el que el sufrimiento de su antecesor ya no es más que el sufrimiento ajeno, del que se puede hablar con pasión porque no se siente. Y hasta nos es indiferente haber pasado por tantos sufrimientos, pues sólo confusamente recordamos haberlos padecido. Análogamente, es posible que nuestras pesadillas nocturnas sean terribles, pero al despertar somos otra persona a la que le importa muy poco que aquella a la que sucede tuviera que huir, durmiendo, de los asesinos.

Desde luego, este yo conservaba todavía algún contacto con el antiguo, como un amigo, indiferente a un duelo, habla, sin embargo, a las personas presentes con la tristeza debida, y vuelve de vez en cuando a la habitación en que el viudo que le ha encargado de recibir por él sigue sollozando.

Yo sollozaba todavía cuando, por un momento, volvía a ser el antiguo amigo de Albertina. Pero tendía a pasar entero a un nuevo personaje. Si nuestro afecto a los muertos se va debilitando, no es porque ellos se hayan muerto, sino porque morimos nosotros mismos. Albertina no tenía nada que reprochar a su amigo. El que usurpaba el nombre de éste no era más que su heredero. No podemos ser fieles sino a aquello de que nos acordamos, y no nos acordamos más que de lo que hemos conocido. Mi nuevo yo, mientras iba creciendo a la sombra del antiguo, le había oído a menudo hablar de Albertina; a través de él, a través de los relatos que de él recogía, creía conocerla, le era simpática, la amaba; pero no era más que un cariño de segunda mano.

Otra persona en quien el olvido de Albertina se produjo probablemente con mayor rapidez en aquella época y que, de rechazo, me permitió darme cuenta un poco más tarde de un nuevo progreso que esta obra hiciera en mí (y éste es mi recuerdo de una segunda etapa antes del olvido definitivo) fue Andrea. En efecto, no puedo menos de considerar el olvido de Albertina como causa, si no única, ni siquiera principal, al menos como causa condicionante y necesaria de una conversación que Andrea tuvo conmigo unos seis meses después de la que ya conté, y en la que sus palabras fueron tan diferentes de las que me dijo la primera vez. Recuerdo que fue en mi cuarto, porque en aquel momento me complacía en unas semirrelaciones carnales con ella, debido al lado colectivo que hubo en los comienzos y que ahora reanudaba mi amor por las muchachas de la pandilla, tanto tiempo indiviso entre ellas, asociado únicamente a la persona de Albertina sólo un momento, durante los últimos meses que precedieron y siguieron a su muerte. Estábamos en mi cuarto también por otra razón que me permite situar muy exactamente aquella conversación. Y es que me habían expulsado del resto de la casa porque era el cumpleaños de mamá. Había estado en dudas de ir o no a casa de madame Sazerat. Pero como, incluso en Combray, madame Sazerat se las arreglaba siempre para invitarle a uno con personas aburridas, mamá, segura de que no iba a divertirse, contó que podría volver pronto sin perder ningún gusto. Y, en efecto, volvió pronto y sin pesar, pues en casa de

madame Sazerat no había más que personas aburridísimas, ya congeladas por la voz especial que madame Sazerat adoptaba cuando tenía gente, lo que mamá llamaba su voz del miércoles. A pesar de todo, mi madre la quería, la compadecía por su infortunio -resultado de las andanzas de su padre, arruinado por la duquesa de X infortunio que la obligaba a vivir casi todo el año en Combray, con unas semanas en casa de su prima en París y un gran «viaje de recreo» cada diez años.

Recuerdo que la víspera, a mi ruego repetido desde hacía meses, y porque la princesa la reclamaba siempre, había ido a ver a la princesa de Parma, que no hacía visitas, y ni siquiera se las hacían, pues se contentaban con la costumbre de dejarle tarjeta, pero que había insistido para que mi madre fuera a verla, porque el protocolo impedía que ella viniera a nuestra casa. Mi madre volvió muy descontenta: «Me has hecho hacer una tontería -me dijo-, la princesa de Parma apenas me ha saludado, se volvió hacia las damas con las que estaba hablando sin ocuparse de mí, y a los diez minutos, como no me había dirigido la palabra, me marché sin que siquiera me tendiera la mano. Yo estaba muy fastidiada. En cambio, cuando me iba, me encontré en la puerta con la duquesa de Guermantes, que estuvo muy atenta conmigo y me habló mucho de ti. ¡Qué idea más extraña la tuya hablar de Albertina! Me contó que le hablas dicho que su muerte era un gran dolor para ti -(Sí que se lo había dicho a la duquesa, pero ni siquiera me acordaba, y apenas había insistido en ello. Pero las personas más distraídas suelen prestar una rara atención a unas palabras que dejamos caer, que nos parecen muy naturales y que suscitan profundamente su curiosidad.)- Pero nunca jamás volveré a casa de la princesa de Parma. Me has hecho hacer una tontería.»

Al día siguiente, cumpleaños de mi madre, fue a verme Andrea. No disponía de mucho tiempo, pues tenía que ir a buscar a Gisela, con la que le interesaba mucho ir a comer. «Conozco sus defectos, pero, a pesar de todo, es mi mejor amiga y la persona que más quiero», me dijo. Y hasta pareció asustarse ante la idea de que yo pudiera proponerle ir a comer con ellas. Tenía avidez por los seres, y un tercero que la conociera demasiado bien, como yo, la impedía entregarse y, en consecuencia, gustar con ellos un placer completo.

Verdad es que cuando llegó yo no estaba en casa; me esperó y, cuando me disponía a pasar por mi pequeño salón para ir a verla, me di cuenta, al oír una voz, de que había otra visita para mí. Con la prisa de ver a Andrea, que estaba en mi cuarto, y sin saber quién era la otra persona, y a la que, al parecer, no conocía, puesto que la habían pasado a otra habitación, escuché un momento a la puerta del saloncito; pues mi visitante hablaba, no estaba solo; hablaba a una mujer: *«¡Oh, querida, está en mi corazón!»,* le canturreaba, citando los versos de Armand Silvestre. «Sí, serás siempre querida, a pesar de todo lo que hayas podido hacer»:

Les morts dorment en paix dans le sein de la terre.
Ainsi doivent dormir nos sentiments éteints.
Ces reliques du coeur ont aussi leur poussière;
Sur leurs restes sacrés ne portons pas les mains[27].

Es un poco anticuado, pero ¡qué bonito! Y también lo que hubiera podido decirte desde el primer día:

[27] «En paz duermen los muertos en la tierra./ Así deben dormir los sentimientos muertos, / que también polvo son las reliquias del alma; / apartemos las manos de esos sagrados restos.»

Tu les feras pleurer, enfant belle et chérie ...[28]

Pero ¿no conoces esto?

... Tous ces bambins, hommes futurs,
Qui suspendent déjà leur jeune rêverie
Aux cils câlins de tes yeux purs[29].

¡Ah!, por un momento creí poder decirme:

Le premiersoir qu'il vint ici
De fierté je n'eus plus souci.
Je lui disais: Tu m'aimeras
Aussi longtemps que tu pourras.
Je ne dormais bien qu'en ses brasa.[30]

Curioso por saber, aunque tuviese que retrasar un momento mi urgente visita a Andrea, a qué mujer se dirigía aquel diluvio de poemas, abrí la puerta. Se los recitaba monsieur de Charlus a un militar, en el que reconocí en seguida a Morel y que se marchaba para hacer sus trece días. Ya no estaba bien con monsieur de Charlus, pero le veía de vez en cuando para pedirle un favor. Monsieur de Charlus, que habitualmente daba al amor una forma más viril, tenía también sus languideces. Además, en su infancia, para poder comprender y sentir los versos de los poetas, había tenido que suponerlos dirigidos no a una bella infiel, sino a un muchacho. Les dejé lo más pronto que pude, aunque me daba cuenta de que hacer visitas con Morel era una inmensa satisfacción para monsieur de Charlus, al que esto le daba por un momento la ilusión de haberse vuelto a casar. Y además aunaba en sí el *snobismo* de las reinas con el de los criados.

El recuerdo de Albertina se había tornado en mí tan fragmentario que ya no me producía tristeza y no era más que una transición a nuevos deseos, como un acorde que prepara cambios de armonía. Y apartaba toda idea de capricho sensual y pasajero, en tanto seguía todavía fiel al recuerdo de Albertina, hasta era más dichoso teniendo junto a mí a Andrea de lo que lo hubiera sido encontrando de nuevo, milagrosamente, a Albertina. Pues Andrea podía decirme sobre Albertina más cosas de las que me había dicho la misma Albertina. Ahora bien, los problemas relativos a Albertina seguían en mi espíritu, mientras que mi cariño por ella, tanto físico como moral, había desaparecido ya. Y mi deseo de conocer su vida, como había disminuido menos, era ahora comparativamente más grande que la necesidad de su presencia. Por otra parte, la idea de que una mujer había tenido quizá relaciones con Albertina ya no me inspiraba el deseo de tenerlas yo con esa mujer. Se lo dije a Andrea a la vez que la acariciaba. Entonces, sin cuidarse lo más mínimo de poner sus palabras de acuerdo con las de hacía unos meses,

[28] «Les vas a hacer llorar, niña bella y querida...»

[29] «Todos esos zagales, esos futuros hombres / que ponen ya su deliquio púber / en las suaves pestañas de tus ojos puros.»

[30] «La primera noche que vino aquí, / todo mi orgullo le rendí. / Me amarás sólo, le pedí, / mientras amor sientas por mí. / Sólo en sus brazos bien dormí...»

Andrea me dijo medio sonriendo: «¡Ah!, sí, pero tú eres un hombre, de modo que no podemos hacer juntos exactamente lo mismo que yo hacía con Albertina». Y, bien porque ella pensara que esto incitaba mi deseo (con la esperanza de confidencias le dije en otro tiempo que me gustaría tener relaciones con una mujer que las hubiera tenido con Albertina), o mi contrariedad, o acaso destruyera un sentimiento de superioridad sobre ella que Andrea pudiera creer que yo tenía por haber sido el único que sostuvo relaciones con Albertina: «Hemos pasado las dos juntas muy buenos ratos; era tan cariñosa, tan apasionada. Pero no lo pasaba bien sólo conmigo. Conoció en casa de madame Verdurin a un muchacho muy guapo que se llamaba Morel. Se entendieron en seguida. Morel se encargaba -con el permiso de Albertina, para divertirse también él, pues le gustaban las pequeñas novicias, y, después de ponerlas en el mal camino, dejarlas-, se encargaba de conquistar a pescaderas jóvenes de una playa lejana, o a pequeñas lavanderas, que se enamoriscaban de un muchacho, pero no hubiesen respondido a las insinuaciones de una muchacha. Cuando tenía a la jovencita bajo su dominio, la llevaba a un lugar bien seguro yla dejaba en manos de Albertina. Por miedo de perder a aquel Morel, que además intervenía en la cosa, la pequeña obedecía siempre, y de todos modos le perdía, pues Morel, por miedo a las consecuencias y también porque le bastaba una vez o dos, desaparecía dejando una dirección falsa. Una vez llegó a llevar a una, al mismo tiempo que a Albertina, a una casa de mujeres de Couliville, donde la tomaron cuatro o cinco a la vez o sucesivamente. Era su pasión y también la de Albertina. Pero Albertina tenía después unos remordimientos horribles. Yo creo que en tu casa dominó su pasión e iba aplazando de día en día el entregarse a ella. Además te quería tanto que tenía escrúpulos. Pero era seguro que si algún día te dejaba volvería a empezar. Sólo que, después de dejarte, si volvía a entregarse a aquel furioso deseo, creo que los remordimientos eran luego mucho más grandes. Albertina esperaba que tú la salvarías, que te casarías con ella. En el fondo, sentía que aquello era una especie de locura criminal, y muchas veces pensé que quizá, después de provocar un suicidio en una familia, se dio muerte ella misma. Tengo que confesar que, muy al principio de su estancia en tu casa, no renunció del todo a sus juegos conmigo. Había días en que parecía necesitarlos, tanto que una vez, con lo fácil que hubiera sido fuera, no se resignó a decirme adiós sin tenderme a su lado, en tu casa. No tuvimos suerte, por poco nos cogen. Albertina aprovechó una salida de Francisca a un recado y que tú no habías vuelto. Entonces apagó todas las luces para que, cuando tú abrieras con tu llave, perdieras un poco de tiempo antes de encontrar el conmutador, y no cerró la puerta de su cuarto. Te oímos subir y sólo me dio tiempo para arreglarme y bajar. Precipitación inútil, pues, por una casualidad increíble, habías olvidado la llave y tuviste que llamar. Pero no perdimos la cabeza; para disimular nuestro azoramiento, a las dos, sin haber podido consultarnos, se nos ocurrió la misma idea: hacer como que nos molestaba el olor de las celindas, cuando la verdad es que nos encantaba. Tú traías una larga rama de este arbusto, y eso me permitió volver la cabeza y ocultar mi turbación. Y, con una torpeza absurda, te dije que quizá había subido ya Francisca y podría abrir, cuando un segundo antes te había dicho que acabábamos de llegar de paseo y que, cuando llegamos, Francisca no había bajado todavía (lo que era verdad). Pero lo malo fue haber apagado la luz -creyendo que tenías la llave-, porque tuvimos miedo de que, cuando subieras de nuevo, la vieras otra vez encendida; o por lo menos vacilamos demasiado. Y Albertina no pudo cerrar un ojo en tres noches, porque tenía miedo de que tú desconfiaras y le preguntaras a Francisca por qué no había encendido antes de salir. Pues Albertina te

temía mucho, y a veces decía que eras pérfido, malo, que en el fondo la odiabas. Pasados tres días comprendió, por tu tranquilidad, que no se te había ocurrido la idea de preguntar a Francisca, y así pudo recuperar el sueño. Pero nunca más reanudó sus relaciones conmigo, no sé si por miedo o por remordimiento, pues decía que te quería mucho, o quizá amara a algún otro. En todo caso, nunca más se pudo hablar de celindas delante de ella sin que se pusiera roja como la púrpura y se pasara la mano por la cara pensando disimular así el sonrojo.»

Hay desgracias, como hay venturas, que llegan demasiado tarde y no alcanzan en nosotros toda la importancia que habrían tenido algún tiempo antes. Tal ocurrió con la desgracia que era para mí la terrible revelación de Andrea. Ocurre que, incluso cuando malas noticias deben entristecernos, en la distracción, en el juego equilibrado de la conversación, pasan ante nosotros sin detenerse, y nosotros, preocupados por mil cosas que hemos de contestar, transformados en otro por el deseo de agradar a las personas presentes, protegidos durante unos momentos en ese nuevo ciclo contra los afectos, los sufrimientos que hemos dejado para entrar aquí y que volvemos a encontrar una vez roto el breve encanto, no tenemos tiempo de acogerlos. Sin embargo, si esos afectos, si esos sufrimientos son demasiado predominantes, entramos siempre distraídos en la zona de un mundo nuevo momentáneo, donde, demasiado fieles al sufrimiento, no podemos ser otro; entonces las palabras se ponen inmediatamente en relación con nuestro corazón, que no ha quedado al margen. Pero, desde hacía algún tiempo, las palabras sobre Albertina, como un veneno evaporado, habían perdido su poder tóxico. La distancia era ya demasiado grande; como un paseante que al ver en la tarde un cuarto creciente brumoso se dice que aquello es la inmensa luna, me decía yo: «¡Pero aquella verdad que tanto busqué, que tanto temí, es solamente estas pocas palabras dichas en una conversación, en las que ni siquiera se puede pensar completamente, porque no se está solo!». Además me cogía verdaderamente desprevenido, me había cansado mucho con Andrea. Verdaderamente, hubiera querido tener más fuerzas que dedicar a una verdad como aquélla; me resultaba ajena, pero es que no le había encontrado aún un sitio en mi. corazón. Quisiéramos que la verdad nos fuera revelada con signos nuevos, no con una frase, con una frase parecida a las que nos hemos dicho tantas veces. La costumbre de pensar impide a veces sentir la realidad, inmuniza contra ella, hace que parezca todavía pensamiento. No hay una idea que no lleve en sí misma su posible refutación, no hay palabra que no lleve en sí la palabra contraria.

En todo caso, ahora se trataba, si era cierto, de toda esa inútil verdad sobre la vida de una amante que ya no existe y que asciende de las profundidades, que aparece una vez que ya no podemos hacer nada con ella. Entonces (pensando seguramente en alguna otra a la que ahora amamos y con la que podría ocurrir lo mismo, pues de la ya olvidada no nos preocupamos), quedamos desolados. Pensamos: «¡Si la que vive pudiera comprender todo esto y cuando muera supiera yo todo lo que me oculta!» Pero es un círculo vicioso. Si hubiera estado en mi mano que Albertina viviera, yo habría hecho que Andrea no me revelara nada. Es un poco como el eterno «verás cuando ya no te quiera», tan verdadero y tan absurdo, porque, en efecto, no amando ya, obtendremos mucho más, pero no nos preocuparíamos de obtenerlo. Hasta es enteramente lo mismo. Pues la mujer que volvemos a ver cuando ya no la amamos, si nos lo dice todo, es que, en realidad, ya no es ella, o que ya no somos nosotros: el ser que amaba ya no existe. También aquí está la muerte que ha pasado, que lo ha hecho todo fácil y todo inútil. Yo hacía estas reflexiones

poniéndome en la hipótesis de que Andrea decía la verdad -lo que era posible-, movida a la sinceridad hacia mí precisamente porque ahora tenía relaciones conmigo, por aquel lado Saint-André-des-Champs que al principio tuvo conmigo Albertina. La ayudaba en este caso el hecho de que ya no temía a Albertina, pues la realidad de los seres sólo sobrevive para nosotros poco tiempo después de su muerte, y al cabo de unos años son como esos dioses de las religiones abolidas a las que se ofende sin temor porque se ha dejado de creer en su existencia. Mas el hecho de que Andrea no creyera ya en la realidad de Albertina podía traducirse en el efecto de que ya no temiera inventar una mentira que calumniara retrospectivamente a su supuesta cómplice (como no temería revelar una verdad que había prometido no decir). ¿Acaso esta ausencia de temor le permitía revelar, por fin, diciéndome aquello, la verdad, o bien inventar una mentira, si, por alguna razón, me creía lleno de felicidad y de orgullo y quería entristecerme? Quizá estuviera irritada contra mí (irritación suspendida mientras me vio desgraciado, inconsolable) porque había tenido relaciones con Albertina y acaso me envidiaba -creyendo que yo me consideraba por eso más favorecido que ella- una ventaja que tal vez ella no había obtenido, ni siquiera deseado. Así la había oído decir a veces que parecían muy enfermos a personas cuyo buen aspecto, y sobre todo la consciencia que tenían de su buen aspecto, la exasperaba, y añadir, con la esperanza de fastidiarlos, que ella estaba muy bien, y lo decía cuando estaba muy mala, hasta el día en que, en la indiferencia de la muerte, ya no le importaba que los afortunados estuviesen bien y supiesen que ella se moría, pero ese día estaba lejos aún. Quizá Andrea estaba irritada contra mí, sin saber yo por qué razón, como una vez lo estuvo contra aquel joven muy ducho en cosas de deporte y muy ignorante de lo demás que conocimos en Balbec y que después vivió con Raquel, sobre el cual Andrea se despachaba a su gusto en difamaciones, deseando que se querellaran contra ella por calumnia sólo para poder decir de su padre cosas deshonrosas, cuya falsedad no pudiera probar el calumniado. O quizá aquella rabia contra mí no era nueva, sino reaparición, suspendiéndola solamente cuando me veía tan triste. En efecto, aun cuando se tratara de personas a las que, echándole los ojos chispas de rabia, quiso deshonrar, matar, conseguir su condena, incluso a costa de falsos testimonios, bastaba que los viera tristes, humillados, para no desearles ya ningún mal y estar dispuesta a hacer cualquier cosa por ellos. Pues en el fondo no era mala y, si bien su naturaleza no aparente, un poco profunda, no era la simpatía en la que nos hacían creer sus delicadas atenciones, sino más bien la envidia y el orgullo, su tercera naturaleza, aún más profunda, la verdadera, pero no realizada por completo, tendía hacia la bondad y el amor al prójimo. Sólo que, como todos los seres que, en cierta situación, desean una mejor, pero, no conociéndola más que por el deseo, no comprenden que la primera condición es romper con la anterior situación -como los neurasténicos o los morfinómanos, que bien quisieran curarse, pero sin prescindir de sus manías o de su morfina, como los corazones religiosos o los espíritus artistas atados al mundo que desean la soledad, pero imaginándola, sin embargo, sin la necesidad de renunciar absolutamente a su vida anterior-, Andrea estaba dispuesta a amar a todas las criaturas, pero con la condición de haber conseguido previamente no verlas como triunfadoras, y para ello humillarlas de antemano. No comprendía que había que amar incluso a los orgullosos y vencer su orgullo con el amor y no con un orgullo más fuerte. Pero es que Andrea era como esos enfermos que quieren curarse con los mismos medios que mantienen la enfermedad, esos medios que aman y que, de renunciar a ellos, dejarían inmediatamente de amar. Pero se quiere nadar y

guardar la ropa.

En cuanto a aquel joven deportivo, sobrino de los Verdurin, al que encontré en mis dos estancias en Balbec, hay que decir accesoriamente, y por anticipado, que, poco tiempo después de la visita de Andrea, visita cuyo relato vamos a continuar dentro de un momento, ocurrieron hechos que causaron una gran impresión. En primer lugar, aquel muchacho (quizá por recuerdo de Albertina, a la que yo no sabía entonces que había amado) se hizo novio de Andrea y se casó con ella, sin hacer ningún caso de la desesperación de Raquel. Entonces (es decir, a los pocos meses de la visita de que hablo) Andrea no dijo que aquel muchacho era un miserable, y sólo más tarde me di cuenta de que lo había dicho, porque estaba loca por él y creía que él no la quería. Pero hubo otro hecho más llamativo. Aquel muchacho hizo representar unos pequeños *sketches* con decorados y figurines suyos y que han producido en el arte contemporáneo una revolución tan importante por lo menos como la de los bailes rusos. Los jueces más autorizados consideraron sus obras como algo capital, casi geniales, y yo pienso, por cierto, como ellos, ratificando así, con asombro de mí mismo, la antigua opinión de Raquel. Las personas que lo conocieron en Balbec, ocupándose sólo de si el corte de los trajes de las personas que tenía que tratar era elegante o no, pasando todo el tiempo en el bacarrá, en las carreras, en el golf o en el polo, que sabían que en sus clases había sido siempre un ceporro y hasta le habían expulsado del Liceo (para fastidiar a sus padres se había ido a vivir dos veces a la lujosa casa de mujeres donde monsieur de Charlus creyó sorprender a Morel), pensaron que quizá sus obras eran de Andrea, quien, por amor, quería cederle la gloria de las mismas, o que probablemente pagaba por hacerlas, con su gran fortuna personal, sólo desportillada por sus locuras, a algún profesional genial y menesteroso (esta clase de sociedad rica -no afinada por el trato de la aristocracia y sin ninguna idea de lo que es un artista, que para ellos es, bien un actor al que hacen recitar monólogos para los esponsales de su hija, entregándole en seguida la paga discretamente en un salón vecino, bien un pintor al que le encargan un retrato de la misma una vez casada, antes de los hijos y cuando está todavía del mejor vercree fácilmente que todas las personas del gran mundo que escriben, componen o pintan encargan a otros sus obras y pagan por tener una fama de autor como otros por salir diputados). Pero todo esto era falso, y aquel muchacho era ciertamente el autor de tan admirables obras. Cuando lo supe, hube de vacilar entre diversas suposiciones: o bien había sido, en realidad, durante muchos años el bruto que parecía y un cataclismo fisiológico había despertado en él el genio dormido, como en la Bella durmiente del bosque; o bien en aquella época de su retórica tempestuosa, de sus suspensos en bachillerato, de sus grandes pérdidas de juego en Balbec, de su miedo a subir al tranvía con los fieles de su tía Verdurin por lo mal vestidos que estaban, era ya un hombre de talento, quizá apartado de su talento, habiéndole dejado la llave debajo de la puerta en la efervescencia de pasiones juveniles; o incluso, hombre de talento ya consciente, y, si último en clase, era porque, mientras el profesor decía vulgaridades sobre Cicerón, el leía a Rimbaud o a Goethe. Claro que nada permitía sospechar esta hipótesis cuando le encontré en Balbec, donde sus preocupaciones me parecieron únicamente producidas por la corrección de los atalajes y las preparaciones de los coctels. Pero esto no es una objeción irrefutable. Podía ser muy vanidoso, lo que no está reñido con el talento, y querer brillar de la manera que él sabía adecuada para deslumbrar en el mundo donde vivía y que no era ni mucho menos demostrar un conocimiento profundo de las *Afinidades electivas,* sino más bien conducir un tiro de cuatro caballos. De todas maneras

no estoy seguro de que ni siquiera cuando llegó a ser autor de aquellas obras tan originales, le gustara mucho saludar, fuera de los teatros donde era conocido, a cualquiera que no llevara *smoking,* como los fieles en su primera etapa, lo que demostraría en él no estupidez, sino vanidad, y hasta cierto sentido práctico, cierta clarividencia para adaptar su vanidad a la mentalidad de los imbéciles, cuya estimación le importaba y para los cuales el *smoking* brillaba quizá con mayor resplandor que la mirada de un pensador. Quién sabe si, visto desde fuera, un hombre de talento, o incluso un hombre sin talento pero amante de las cosas del espíritu, yo por ejemplo, no hubiera hecho a quien le encontrara en Rivebelle, en el hotel de Balbec, en el malecón de Balbec, el efecto del más perfecto y pretencioso imbécil. Sin contar que, para Octavio, las cosas del arte debían de ser algo tan íntimo, tan escondido en los más secretos repliegues de sí mismo, que seguramente no se le habría ocurrido la idea de hablar de ellas, como lo hubiera hecho, por ejemplo, Saint-Loup, para quien el arte tenía el mismo prestigio que los atalajes para Octavio. Podía tener también la pasión del juego y dicen que la ha conservado. Pero si la piedad que hizo revivir la obra desconocida de Vinteuil salió de un medio tan turbio como el de Montjouvain, no me impresionó menos pensar que las obras maestras quizá más extraordinarias de nuestra época han salido no del Concurso general, de una educación modelo, académica, a lo Broglie, sino de la frecuentación de los «pesajes» y de los grandes bares. En todo caso en aquella época, en Balbec, las razones que me hacían desear conocerle, y a Albertina y a sus amigas que no le conociese, eran igualmente ajenas a su valor, y hubieran podido aclarar el eterno equívoco de un «intelectual» (representado en este caso por mí) y de la gente del gran mundo (representada por la camarilla) respecto a una persona mundana (el joven jugador de golf). Yo no presentía en absoluto su talento y, para mí, su prestigio -del mismo género que en otro tiempo el de madame Blantin- consistía en ser, dijeran ellas lo que quisieran, amigo de mis amigas, y más de su pandilla que yo. Por otra parte, Albertina y Andrea, simbolizando en esto la incapacidad de la gente del gran mundo para emitir un juicio valedero sobre las cosas del espíritu y su propensión a fijarse, en este orden, en las apariencias, no sólo no estaban lejos de considerarme tonto porque me inspiraba curiosidad semejante imbécil, sino que les extrañaba sobre todo que, jugador de golf por jugador de golf, eligiera precisamente el más insignificante. Si siquiera hubiera querido entrar en relación con Gilberto de Belloeuvre, que aparte del golf era un muchacho que tenía conversación, que había ganado un accésit en el Concurso general y hacía versos agradables (lo que no impedía que fuera, en realidad, más tonto que ninguno). O si me proponía «hacer un estudio para un libro», Guy Saumoy, que era completamente loco, que había raptado a dos muchachas, era por lo menos un tipo curioso que podía «interesarme». Estos dos me los hubieran «permitido», pero, ¿qué podía encontrarle al otro? Era el tipo del gran tonto.

Volviendo a la visita de Andrea, después de la revelación que acababa de hacerme sobre sus relaciones con Albertina, añadió que la principal razón de que Albertina me dejara era por lo que podían pensar sus amigas de la camarilla, y otras más, al verla vivir con un joven con el que no estaba casada: «Ya sé que era la casa de tu madre. Pero eso no importa. No sabes lo que es ese mundo de muchachas, lo que se ocultan unas a otras, cómo temen la opinión de las demás. Las he visto de una severidad terrible con muchachos simplemente porque conocían a sus amigas y temían que se repitieran ciertas cosas, y hasta a ésas las he visto, por casualidad, muy distintas, bien a su pesar.» Unos meses antes, este saber que parecía tener Andrea de los móviles a que obedecen las mu-

chachas de la pandilla me habría parecido el más preciado del mundo. Quizá lo que decía bastaba para explicar que Albertina, que luego se entregó a mí en París, se me negara en Balbec, donde yo veía constantemente a sus amigas, lo que yo cometía el absurdo de creer una ventaja para estar muy bien con ella. Y hasta es posible que ver algunos movimientos de confianza míos con Andrea, o que yo le dijese imprudentemente que Albertina iba a dormir al Gran Hotel, indujera a ésta, que quizá una hora antes estaba dispuesta a concederme ciertos goces como la cosa más natural, a revelarse y amenazar con llamar. Pero entonces debía de haber sido fácil con otros muchos. Esta idea me despertó los celos y le dije a Andrea que quería preguntarle una cosa.

-¿Hacíais eso en aquel piso deshabitado de tu abuela?

-¡Oh, no, nunca!, nos hubieran molestado.

-Pues mira, yo creía, me parecía...

-Además, a Albertina le gustaba hacer eso sobre todo en el campo.

-¿Dónde?

-Antes, cuando tenía tiempo de ir muy lejos, íbamos a las Buttes-Chaumont, conocía allí una casa, o debajo de los árboles, no hay nadie; también en la gruta del pequeño Trianon.

-Ya ves, ¿cómo quieres que te crea? No hace ni un año me juraste que no habíais hecho nada en las Buttes-Chaumont.

-Temía hacerte sufrir.

Como ya he dicho, yo pensé, pero mucho más tarde, que, por el contrario, fue esta segunda vez, el día de las confesiones, cuando Andrea quiso hacerme sufrir. Y mientras ella hablaba, se me habría ocurrido en seguida la idea, porque lo necesitaría, si todavía hubiera yo amado tanto a Albertina. Pero las palabras de Andrea no me hacían bastante daño para que me fuera indispensable considerarlas falsas. En fin, si lo que Andrea decía era verdad, y al principio no lo dudé, la Albertina que yo descubría, después de haber conocido tantas apariencias diversas de ella, difería muy poco de la chica orgiástica surgida y adivinada el primer día en el malecón de Balbec y que tantos aspectos me fue ofreciendo sucesivamente, como sucesivamente se va modificando, cuando nos acercamos a una ciudad, la disposición de los edificios hasta aplastar, hasta borrar el monumento capital, único que se veía desde lejos, pero finalmente, cuando conocemos bien esa ciudad y la juzgamos exactamente, sus verdaderas proporciones resultan ser las que la perspectiva de la primera ojeada había indicado, mientras que el resto, las sucesivas vistas por las que hemos pasado, no eran sino esa serie sucesiva de líneas de defensa que todo ser levanta contra nuestra visión y que tenemos que pasar una tras otra, a costa de cuántos sufrimientos, antes de llegar al corazón. Por otra parte, si bien no tuve necesidad de creer absolutamente en la inocencia de Albertina, porque mi sufrimiento disminuyó, puedo decir que, recíprocamente, si aquella revelación no me hizo sufrir demasiado es porque, desde hacía tiempo, la creencia que me había forjado de la inocencia de Albertina había sido sustituida poco a poco y sin que yo me diese cuenta, por la otra creencia, siempre presente en mí, la creencia en la culpabilidad de Albertina. Ahora bien, si ya no creía en la inocencia de Albertina, es que ya no tenía la necesidad, el deseo apasionado de creer en ella. Es el deseo lo que engendra la creencia, y si habitualmente no nos damos cuenta, es porque la mayor parte de los deseos creadores de creencias -contrariamente al que me había convencido de que Albertina era inocente- sólo terminan con nosotros mismos. A tantas pruebas que corroboraban mi primera versión,

había preferido estúpidamente simples afirmaciones de Albertina. ¿Por qué creerla? La mentira es esencial a la humanidad. Quizá desempeña en ella un papel tan grande como la búsqueda de la felicidad, y además es esta búsqueda quien la dirige. Mentimos por proteger nuestro placer, o nuestro honor cuando la divulgación del placer es contraria al honor. Mentimos toda la vida, incluso, sobre todo, quizá solamente, a los que nos aman. Pues sólo éstos nos hacen temer por nuestro placer y desear su estimación. Al principio creí a Albertina culpable, y sólo mi deseo, aplicando a una obra de duda las fuerzas de mi inteligencia, me hizo equivocar el camino. Quizá vivimos rodeados de indicaciones eléctricas, sísmicas, que tenemos que interpretar de buena fe para conocer la verdad de los caracteres. Si hay que decirlo, por triste que estuviera por las palabras de Andrea, a pesar de todo, me parecía mejor que la realidad concordara por fin con lo que mi instinto presintió al principio, más bien que con el miserable optimismo al que después cedí cobardemente. Prefería que la vida estuviese a la altura de mis intuiciones. Además, las que tuve el primer día en la playa, cuando creí que aquellas muchachas encarnaban el frenesí del placer, el vicio, y también la noche en que vi a la institutriz de Albertina hacer entrar a esta muchacha apasionada en la casita, como quien mete en su jaula a una fiera que, pese a las apariencias, nadie podrá después domesticar, ¿no se acomodaban a lo que me dijo Bloch cuando me hizo tan bella la tierra enseñándome en ella, haciéndome estremecerme en todos mis paseos, en cada encuentro, la universalidad del deseo? Quizá, a pesar de todo, más valía que aquellas intuiciones primeras no las hubiera encontrado de nuevo, comprobadas, hasta ahora. Mientras duraba todo mi amor por Albertina, me habrían hecho sufrir demasiado, y era mejor que no subsistiera de ellas más que una huella, mi perpetua sospecha de cosas que yo no veía y que, sin embargo, ocurrieron continuamente tan cerca de mí, y quizá otra huella también, anterior, más dilatada: *mi amor mismo.* Pues conocer en toda su fealdad a Albertina ¿no era en realidad, a pesar de todas las denegaciones de mi razón, elegirla, amarla? Y aun en los momentos en que la desconfianza se adormece, ¿no es el amor la persistencia y una transformación de esa desconfianza? ¿No es una prueba de clarividencia (prueba ininteligible para el amante mismo), puesto que el deseo, que va siempre hacia lo que nos es más opuesto, nos obliga a amar lo que nos hará sufrir? En el encanto de un ser, en sus ojos, en su boca, en su tipo, entran ciertamente los elementos desconocidos por nosotros que pueden hacernos más desgraciados, tanto que sentirnos atraídos por ese ser, comenzar a amarle es, por inocente que le creamos, leer ya, en una versión diferente, todas sus traiciones y todas sus faltas.

Y esos encantos que, para atraernos, materializaban así las partes nocivas, peligrosas, mortales, de un ser, ¿no estarían, con sus secretos venenos, en una relación de causa a efecto más directa de la que hay entre la curiosa seductora y el zumo de ciertas flores venenosas? Quizá, pensaba, el vicio mismo de Albertina, causa de mis sufrimientos futuros, produjo en ella aquellas maneras buenas y francas, dando la ilusión de tener con ella la misma camaradería leal y sin restricciones que con un hombre, de la misma manera que un vicio paralelo produjo en monsieur de Charlus una finura femenina de sensibilidad y de espíritu. En medio de la más completa ceguera, subsiste la perspicacia en la forma misma de la predilección y de la ternura, de suerte que hacemos mal en hablar de mala elección en amor, puesto que, desde el momento que hay elección, no puede ser sino mala.

-Aquellos paseos a las Buttes-Chaumont, ¿los hacíais cuando venías a buscarla a casa? -le pregunté a Andrea.

-¡Oh, no!, desde que Albertina volvió de Balbec contigo, aparte lo que te he contado, nunca hizo nada más conmigo. Ni siquiera me permitía hablar de esas cosas.

-Pero, Andreíta, ¿por qué mentir? Por una casualidad muy grande, pues yo no intento nunca averiguar nada, me he enterado hasta con los detalles más precisos de las cosas de ese género que Albertina hacía, y puedo precisar, a la orilla del agua, con una lavandera apenas unos días antes de su muerte.

-¡Ah!, quizá después de dejarte, eso yo no lo sé. Ella creía que no había podido, que nunca más podría reconquistar tu confianza.

Estas últimas palabras me desolaban. Después pensé en la noche de la rama de celindas, recordaba que unos quince días después, como mis celos cambiaban sucesivamente de aspecto, pregunté a Albertina si no había tenido nunca relaciones con Andrea, y me contestó: «¡Oh, jamás! Claro que adoro a Andrea, le tengo muchísimo cariño, pero como a una hermana, y aunque yo tuviera esas aficiones que tú pareces creer, sería la última persona en quien yo pensara para eso. Te lo puedo jurar por todo lo que quieras, por mi tía, por la tumba de mi pobre madre.» Yo la creí. Y, sin embargo, aun cuando no me hubiera entrado la desconfianza por la contradicción entre sus semiconfesiones anteriores sobre cosas que luego negó al ver que no eran indiferentes, hubiera debido acordarme de Swann convencido del platonismo de las amistades de monsieur de Charlus y afirmándomelo la noche misma del día en que vi al chalequero y al barón en el patio; debí pensar que hay, uno frente a otro, dos mundos, uno constituido por las cosas que dicen los seres mejores, los más sinceros, y detrás de él el mundo compuesto por la sucesión de lo que esos mismos seres hacen; de modo que cuando una mujer casada nos dice de un joven: «¡Oh!, desde luego tengo por él una amistad inmensa, pero muy inocente, muy pura, podría jurarlo por la memoria de mis padres», deberíamos nosotros mismos, en lugar de dudar, jurarnos que, probablemente, esa mujer sale del cuarto de baño, adonde, después de una cita con ese joven, se precipita para no tener niños. La rama de celindas me ponía tristísimo, y también que Albertina me hubiera creído *y* llamado perverso *y* creyera que la odiaba; quizá más que nada, sus mentiras, tan inesperadas que me era dificil asimilarlas a mi pensamiento. Un día me contó que había estado en un campo de aviación, que era amiga del aviador (seguramente para desviar mis sospechas de las mujeres, pensando que tenía menos celos de los hombres); que era divertido ver lo maravillada que estaba Andrea de aquel aviador, ante los homenajes que éste rendía a Albertina, hasta el punto de que Andrea quiso dar un paseo con él en avión. Esto era mentira desde el principio al fin, pues Andrea no estuvo nunca en aquel campo de aviación, etc.

Cuando Andrea se fue ya era hora de comer.

-¿A que no adivinas quién me ha hecho una visita de lo menos tres horas? -me dijo mi madre-. Digo tres horas, pero quizá fue más; llegó casi al mismo tiempo que la primera persona, que fue madame Cottard, vio entrar y salir sucesivamente, sin moverse, a mis diferentes visitas -y he tenido más de treinta- y no me ha dejado hasta hace un cuarto de hora. Si no hubieras estado con tu amiga Andrea te habría mandado a buscar.

-Pero bueno, ¿quién era?

-Una persona que nunca hace visitas.

-¿La princesa de Parma?

-Decididamente tengo un hijo más inteligente de lo que yo creía. No es divertido hacerte buscar un nombre, pues lo encuentras en seguida.

-¿No se disculpó por su frialdad de ayer?

-No, hubiera sido estúpido, su visita era precisamente esa disculpa; a tu pobre abuela le hubiera parecido muy bien. Parece ser que, dos horas antes, mandó a un criado a preguntar si yo recibía un día de la semana. Le contestaron que era precisamente hoy, y subió.

Mi primera idea, que no me atreví a decir a mamá, fue que la princesa de Parma, rodeada la vispera de personas brillantes con las que ella estaba muy relacionada y con las que le gustaba hablar, sintió al ver entrar a mi madre una contrariedad que no trató de disimular. Y era muy propio de las grandes damas alemanas aquel gesto de contrariedad, que creían luego reparar con una amabilidad escrupulosa, en lo que las imitaban mucho los Guermantes. Pero mi madre cre*yó, y yo* lo creí después como ella, que, simplemente, la princesa de Parma no la había reconocido, no había creído que tenía que ocuparse de ella, y que, después de marcharse mi madre, se enteró de quién era, bien por la duquesa de Guermantes, con la que mi madre se encontró en la puerta, bien por la lista de visitantes, a quienes los criados preguntaban los nombres para apuntarlos en un resgistro. Le parecía poco fino mandar a decir o decir ella misma a mi madre: «No la reconocí», y pensó, lo que no era menos propio de las cortes alemanas y del estilo Guermantes, que mi primera versión, que una visita, cosa excepcional en una alteza, y sobre todo una visita de varias horas, daría a mi madre aquella explicación en una forma indirecta y no menos persuasiva, como en efecto ocurrió.

Pero no me detuve en pedir a mi madre un relato de la visita de la princesa, pues acababa de recordar varios hechos relativos a Albertina sobre los que quería y había olvidado interrogar a Andrea. De todos modos, ¡qué poco sabía yo, qué poco sabría nunca de aquella historia de Albertina, la única historia que me habría interesado de verdad, al menos que empezaba de nuevo a interesarme en ciertos momentos! Pues el hombre es ese ser sin edad fija, ese ser que tiene la facultad de tornarse en unos segundos muchos años más joven, y que, rodeado por las paredes del tiempo en que ha vivido, flota en él, pero como en un estanque cuyo nivel cambiara constantemente y le pusiera al alcance ya de una época, ya de otra. Le escribí a Andrea que viniera. No pudo hacerlo hasta una semana después. Casi desde el principio de su visita, le dije:

-En fin, puesto que aseguras que Albertina ya no hacía esas cosas cuando vivía aquí, según tú, me dejó para hacerlas más libremente, pero ¿por qué amiga?

-Seguramente no, seguramente no fue por eso.

-¿Entonces porque yo era demasiado desagradable?

-No, no creo. Creo que se vio obligada a dejarte por su tía, que tenía planes sobre ella con ese canalla, ya sabes, ese joven al que tú llamabas *«je suis dans les choux»*[31], ese muchacho que quería a Albertina y la había pedido. Viendo que tú no te casabas con ella, tuvieron miedo de que la prolongación chocante de su estancia en tu casa impidiera que el muchacho se casara con ella. Madame Bontemps, presionada por él, llamó a Albertina. Albertina, en el fondo, tenía necesidad de sus tíos y cuando supo que le ponían el retrato en las manos te dejó.

En mis celos, no había pensado nunca en esta explicación, sino sólo en la inclinación de Albertina a las mujeres y en mi vigilancia; olvidaba que existía también madame

[31] No es posible una traducción segura de este *alias.* Según el último diccionario francés-español publicado por Larousse, *être dans les choux* significa dos cosas tan distintas como `estar a la cola' y estar desmayado', `haber sufrido un patatús'. *(N. de la T.)*

Bontemps, quien podía encontrar extraño un poco más tarde lo que desde el principio chocó a mi madre. Al menos madame Bontemps temía que aquello chocara al posible marido que ella le reservaba como un refresco para la sed si yo no me casaba con Albertina. Pues Albertina, contra lo que creyera en otro tiempo la madre de Andrea, había encontrado en suma un buen partido burgués. Y cuando quiso ver a madame Verdurin, cuando le habló en secreto, cuando tanto la contrarió que yo fuese a la fiesta sin decirle nada, la intriga que había entre ella y madame Verdurin tenía por objeto no prepararle un encuentro con mademoiselle Vinteuil, sino con el sobrino, a quien quería Albertina y para el cual madame Verdurin, con esa satisfacción de ciertas bodas que nos sorprenden en ciertas familias en cuya mentalidad no entramos por completo, no buscaba una novia rica. Y yo no había vuelto nunca a pensar en aquel sobrino que quizá había sido el iniciador gracias al cual me besó la primera vez Albertina. Y todo el tinglado de las inquietudes de Albertina que yo había armado había que sustituirlo por otro, o superponerle otro, pues acaso no se excluían, ya que la afición a las mujeres no impide a una mujer casarse. ¿Sería verdaderamente aquella boda la razón de la marcha de Albertina y, por amor propio, porque no se viera que dependía de su tía o porque yo no creyera que querían obligarme a casarme con ella, no quiso decírmelo? Empecé a darme cuenta de que el sistema de las causas numerosas de una sola acción, del que Albertina era una adepta en sus relaciones con sus amigas cuando hacía creer a cada una que era por ella por quien había ido, no era una especie de símbolo artificial, deliberado, de los diferentes aspectos que toma una acción según el punto de vista en que nos colocamos. La extrañeza y la especie de vergüenza que yo sentía por no haberme dicho una sola vez que Albertina estaba en mi casa en una posición falsa que podía disgustar a su tía, aquella extrañeza no era la primera vez, ni fue la última, que la sentí. ¡Cuántas veces, después de intentar comprender las relaciones de dos seres y las crisis que determinan, me ocurrió oír de pronto el punto de vista de un tercero, pues este tercero tiene relaciones más grandes aún con uno de los dos, punto de vista que quizá fue la causa de la crisis! Y si los actos siguen siendo tan inseguros, ¿cómo no van a serlo las personas mismas? Al oír a las personas que decían que Albertina era una pícara que había intentado pescar a éste o al otro marido, no es difícil suponer cómo definirían su vida en mi casa. Y, sin embargo, a mi parecer había sido una víctima, una víctima quizá no completamente pura, pero, en este caso, culpable por otras razones, por los vicios de los que no se habla.

Mas hay que decirse sobre todo esto: por una parte, la mentira suele ser un rasgo de carácter; por otra parte, en las mujeres que, sin esto, no serían mentirosas, es una defensa natural, improvisada, después mejor organizada cada vez, contra ese peligro súbito y que sería capaz de destruir cualquier vida: el amor. Por otra parte, no es resultado de la casualidad que los hombres intelectuales y sensibles se entreguen siempre a mujeres insensibles e inferiores y les tengan, sin embargo, apego, si la prueba de que no son amados no los cura en absoluto de sacrificarlo todo por conservar junto a ellos a una mujer así. Si yo digo que esos hombres tienen necesidad de sufrir, digo una cosa exacta, suprimiendo las verdades previas en virtud de las cuales esa necesidad de sufrir -involuntaria en cierto modo- es una consecuencia perfectamente comprensible de esas verdades. Sin contar que, como las naturalezas completas son raras, una persona muy intelectual y sensible tendrá generalmente poca voluntad, será juguete del hábito y de ese miedo a sufrir en el minuto siguiente, que nos lleva a sufrimientos perpetuos y que en esas condiciones no quiera nunca repudiar a la mujer que no le ama. Resultará extraño

que se contente con tan poco amor, pero más bien habrá que imaginarse el dolor que puede causarle el amor que siente. Dolor que no hay que compadecer demasiado, pues con esas conmociones terribles producidas por un amor desgraciado, por la ausencia, por la muerte de una amante, ocurre como con esos ataques de parálisis que nos fulminan de pronto, pero después de los cuales los músculos tienden poco a poco a recuperar su elasticidad, su energía vital. Además, ese dolor no deja de tener compensación. Esas personas intelectuales y sensibles son generalmente poco inclinadas a la mentira. La mentira los coge tanto más desprevenidos cuanto que, aun siendo muy inteligentes, viven en el mundo de los posibles, reaccionan poco, viven en el dolor que acaba de infligirles una mujer más bien que en la clara percepción de lo que esa mujer quería, de lo que hacía, de lo que amaba, percepción dada sobre todo a las naturalezas de voluntad y que la necesitan para hacer frente al porvenir en lugar de llorar el pasado. Es decir, que estas personas se sienten engañadas sin saber bien cómo. Así, la mujer mediocre, a la que tanto nos extrañaba que amaran, les enriquece el universo mucho más que pudiera hacerlo una mujer inteligente. Detrás de cada una de sus palabras sienten una mentira, detrás de cada casa a la que dice haber ido, otra casa; detrás de cada acción, de cada persona, otra acción, otra persona. Seguramente no saben cuáles, no tienen la energía, no tendrían quizá la posibilidad de llegar a saberlo. Una mujer mentirosa, con un truco sumamente sencillo, puede engañar, sin tomarse el trabajo de cambiarlo, a muchas personas, y, lo que es más, a la misma persona que debería descubrirlo. Todo esto crea, frente al intelectual sensible, un universo todo en profundidades que sus celos quisieran sondear y que no dejan de interesar a su inteligencia. Yo, sin ser precisamente de esos, ahora que Albertina había muerto, acaso iba a saber el secreto de su vida. Pero esto, esas indiscreciones que sólo se producen cuando la vida terrestre de una persona ha terminado, ¿acaso no demuestran que, en el fondo, nadie cree en una vida futura? Si esas indiscreciones son ciertas deberíamos temer el resentimiento de aquella cuyos actos descubrimos y temerlo tanto para el día en que la encontraremos en el cielo como lo temíamos cuando vivía, cuando nos creíamos obligados a ocultar su secreto. Y si esas indiscreciones son falsas, inventadas, porque ella ya no está aquí para desmentir, deberíamos temer más aún la ira de la muerta si la creyéramos en el cielo. Pero nadie lo cree.

De suerte que era posible que en el corazón de Albertina se hubiera representado un largo drama entre quedarse y dejarme, y que dejarme fuera por causa de su tía, o de aquel muchacho, y no por causa de las mujeres, en las que quizá no había pensado nunca. Lo más grave para mí fue que Andrea, aunque no tenía nada que ocultarme sobre las costumbres de Albertina, me jurara que no hubo nada de ese género entre Albertina, por una parte, y mademoiselle Vinteuil y su amiga por otra. (Albertina ignoraba ella misma sus propias aficiones cuando las conoció, y ellas, por ese miedo de engañarse en el sentido que se desea, miedo que engendra tantos errores como el deseo mismo, la consideraban muy hostil a estas cosas. Y es muy posible que después se enteraran de que tenía los mismos gustos que ellas, pero entonces conocían demasiado a Albertina y Albertina las conocía demasiado a ellas para poder ni siquiera pensar en hacer aquello juntas.)

En fin, que yo seguía sin comprender por qué me había dejado Albertina. Si la figura de una mujer es difícilmente visible para los ojos que no pueden abarcar toda esa superficie movediza para los labios, más aún para la memoria; si unas nubes la modifican según su posición social, según la altura en que estamos situados, ¡cuánto más espesa es la cortina interpuesta entre las acciones que vemos de esa persona y sus móviles! Los móviles están

en un plano más profundo, que no vemos, y además engendran otros actos distintos de los que conocemos, y muchas veces en absoluta contradicción con ellos. ¿En qué época no hubo un hombre público a quien sus amigos creían un santo y que después se descubrió que había falsificado documentos, robado al Estado, traicionado a su patria? ¡Cuántas veces a un gran señor le roba cada año un administrador al que él crió, del que hubiera jurado que era un hombre excelente, y que acaso lo era! Y esa cortina que cubre los móviles de otro, ¡cuánto más impenetrable es si tenemos amor a esa persona! Porque nos nubla el juicio y también los actos de la persona que, sintiéndose amada, deja de pronto de dar valor a lo que, a no ser por eso, lo tendría para ella, como la fortuna, por ejemplo. Quizá también le hace fingir en parte ese desdén por la fortuna con la esperanza de obtener más haciendo sufrir. Es decir, que a lo demás se puede unir el regateo, e incluso hechos positivos de su vida, una intriga que ella no ha contado a nadie por miedo a que nos la revelen, que, a pesar de esto, habrían podido conocerla muchos si hubieran tenido el mismo apasionado deseo de conocerla que tenemos nosotros, pero con más libertad de espíritu, despertando en la interesada menos sospechas, una intriga que quizá algunos no han ignorado -pero algunos que nosotros no conocemos y que no sabríamos dónde encontrar-. Y entre todas las razones de tener con nosotros una actitud inexplicable hay que incluir esas singularidades de carácter que llevan a una persona, bien por negligencia de su interés, bien por odio, bien por amor a la libertad, bien por bruscos arrebatos de ira o por temor de lo que pensarán ciertas personas, a hacer lo contrario de lo que pensábamos. Y además hay diferencias de medio, de educación, en las que no queremos creer porque, cuando hablamos los dos, se borran en las palabras, pero que reaparecen cuando está uno solo, para dirigir los actos de cada uno desde un punto de vista tan opuesto que no hay verdadera coincidencia posible.

-Pero, mi pequeña Andrea, sigues mintiendo. Recuerda (tú misma me lo confesaste, yo te telefoneé la víspera, ¿te acuerdas?) que Albertina deseaba tanto, y ocultándomelo como algo que yo no debía saber, ir a la fiesta Verdurin, donde debía estar mademoiselle Vinteuil.

-Sí, pero Albertina no sabía en absoluto que mademoiselle Vinteuil iba a ir allí.

-¿Qué? Tú misma me dijiste que, unos días antes, encontró a madame Verdurin. De todos modos, Andrea, para qué nos vamos a engañar el uno al otro. Una mañana encontré en el cuarto de Albertina un papel, unas letras de madame Verdurin animándola a ir a la fiesta. -Y le enseñé aquella carta que Francisca se las arregló para que yo la viera poniéndola encima de las cosas de Albertina pocos días antes de su marcha, y temo que lo dejó así para hacer creer a Albertina que yo había registrado sus cosas, en todo caso para que se diera cuenta de que yo había visto aquel papel. Y muchas veces me pregunté si este ardid de Francisca no influiría bastante en la marcha de Albertina, que, al ver que no podía ocultarme nada, se sentiría desanimada, vencida. Le enseñé el papel: «No tengo ningún remordimiento, todo se explica por ese sentimiento tan familiar...»-. Ya sabes, Andrea, que Albertina dijo siempre que la amiga de mademoiselle Vinteuil era, en efecto, para ella una madre, una hermana.

-Pero entendiste mal esa carta. La persona que madame Verdurin quería reunir en su casa con Albertina no era en absoluto la amiga de mademoiselle Vinteuil, era el novio, era *je suis dans les choux, y* el sentimiento familiar es el que tenía madame Verdurin por ese sinvergüenza, que es sobrino suyo. Sin embargo, creo que Albertina supo luego que iba a ir mademoiselle Vinteuil, quizá madame Verdurin se lo dijo incidentalmente. Desde

luego le alegró la idea de que iba a ver a su amiga, que le recordaba un pasado agradable, pero de la misma manera que a ti te alegraría ir a un sitio donde ibas a encontrar a Elstir, pero nada más, y ni siquiera tanto. No, si Albertina no quería decirte por qué quería ir a casa de madame Verdurin, es porque se trataba de un ensayo al que habían invitado a muy pocas personas y entre ellas estaba ese sobrino que tú conociste en Balbec, con el que madame Bontemps quería casar a Albertina y con el que Albertina quería hablar. Menudo granuja era... Bueno, después de todo no hay necesidad de buscar tantas explicaciones -añadió Andrea-. Bien sabe Dios lo que yo quería a Albertina y lo buena que era, pero, sobre todo, desde que tuvo la fiebre tifoidea (un año antes de conocernos tú a todas), era una verdadera cabeza loca. De pronto se aburría de lo que estaba haciendo, tenía que cambiar, y en el mismo momento ni siquiera sabía ella misma por qué. ¿Recuerdas el primer año que fuiste a Balbec, el año que nos conociste? Un buen día discurrió que le mandaran un telegrama llamándola a París, y apenas hubo tiempo para hacer el equipaje. Bueno, pues no tenía ningun motivo para marcharse. Todos los pretextos que dio eran falsos. En aquel momento París era aburridísimo para ella, estábamos todas todavía en Balbec. No se había cerrado el golf, y ni siquiera habían terminado las pruebas para la gran copa que tanto deseaba ella. Seguramente la hubiera ganado. No tenía que esperar más que ocho días. Bueno, pues se marchó al galope. Después le hablé muchas veces de aquello. Decía que ni ella misma sabía por qué se había marchado, que era la nostalgia del país (el país era París, figúrate si esto es probable), que no le gustaba Balbec, que creía que había allí personas que se burlaban de ella.

Y en lo que decía Andrea había de cierto que, así como las diferencias mentales explican las impresiones distintas producidas en una o en otra persona por una misma obra, y las diferencias de sentimiento, la imposibilidad de convencer a una persona que no nos ama, hay también las diferencias de caracteres, las particularidades de un carácter, que son también una causa de acción. Después dejé de pensar en esta explicación y me dije lo dificil que es saber la verdad en la vida.

Yo había observado desde luego el deseo y el disimulo de Albertina para ir a casa de madame Verdurin, y no me había engañado. Pero ocurre que cuando tenemos así un hecho, los demás, de los que nunca tenemos sino las apariencias, se escapan y sólo vemos pasar unas siluetas vagas que nos hacen decirnos: es esto, es aquello; es por ella, o por tal otra. La revelación de que iba a ir mademoiselle Vinteuil a casa de madame Verdurin me pareció la explicación adecuada, con más razón porque Albertina se adelantó a hablarme de ella. Y además, ¿no se negó a jurarme que la presencia de mademoiselle Vinteuil no le causaba ninguna alegría? Y ahora, a propósito de aquel joven, recordé esto, que había olvidado. Poco tiempo antes, cuando Albertina vivía en mi casa, le encontré y, contra su costumbre de Balbec, estuvo muy amable conmigo, hasta afectuoso; me rogó que le permitiera ir a verme, a lo que me negué por muchas razones. Y ahora me daba cuenta de que, simplemente, sabiendo que Albertina vivía en mi casa, quiso estar a bien conmigo para tener todas las facilidades para verla *y* quitármela, *y* saqué la conclusión de que era un miserable. Pero cuando, al poco tiempo, me pusieron las primeras obras de aquel joven seguí pensando, desde luego, que si había tenido tanto empeño en venir a mi casa era por Albertina, y sin dejar de considerar esto culpable recordaba que, cuando yo fui a Doncières a ver a Saint-Loup, era en realidad porque amaba a madame de Guermantes. Claro que no era el mismo caso: como Saint-Loup no quería a madame de Guermantes,

había quizá en mi cariño un poco de duplicidad, pero nada de traición. Mas luego pensé que ese cariño que sentimos por el que detenta el bien que nosotros deseamos lo sentimos igualmente si lo detenta queriéndolo para él mismo. Entonces tenemos que luchar contra una amistad que nos llevará derechos a la traición. Y creo que esto es lo que yo he hecho siempre. Pero en cuanto a los que no tienen la fuerza de hacerlo así, no puede decirse que, en ellos, la amistad que muestran al detentador sea una pura mentira; la sienten sinceramente y por eso la manifiestan con un ardor que, una vez consumada la traición, mueve al marido o al amante engañado a decir con una indignación estupefacta: «¡Si hubieras oído las protestas de cariño que me prodigaba ese miserable! Que vengan a robarle a un hombre su tesoro todavía lo comprendo. Pero que sientan la necesidad diabólica de asegurarle previamente su amistad, es un grado de ignominia y de perversidad inimaginables.» Pero no, no hay en esto placer de perversidad, ni siquiera mentira completamente lúcida.

El afecto de esta clase que me manifestó aquel día el seudoprometido de Albertina tenía además otra disculpa, pues era más complejo que un simple derivado del amor a Albertina. Sólo desde hacía poco se sabía, se proclamaba, quería que le proclamaran intelectual. Por primera vez existían para él otros valores que no fueran los deportivos o juerguísticos. El hecho de que yo gozara de la estimación de Elstir, de Bergotte, de que Albertina le hubiera hablado quizá de la manera como yo juzgaba a los escritores y de la que ella se figuraba que podía escribir yo mismo, explicaba que yo me hubiera convertido de pronto para él (para el hombre nuevo que él se disponía por fin a ser) en una persona interesante con quien le gustaría relacionarse, a quien le gustaría confiar sus proyectos, quizá pedirle que le presentara a Bergotte. De modo que era sincero pidiéndome venir a mi casa, expresándome una simpatía en la que ponían sinceridad ciertas razones intelectuales al mismo tiempo que un reflejo de Albertina. Seguramente no era *por esto* por lo que tanto le interesaba ir a mi casa y por lo que hubiera dejado todo. Pero esta última razón, que apenas intervenía sino para llevar las dos primeras a una especie de paroxismo apasionado, quizá la ignoraba él mismo, y las otras dos existían realmente, como realmente pudo existir en Albertina cuando, la tarde del ensayo, quiso ir a casa de madame Verdurin, el placer perfectamente lícito que hubiera tenido en volver a ver a unas amigas de la infancia -que para ella no eran ya más viciosas que ella lo fuera para ellas-, en hablar con ellas, en demostrarles, con su sola presencia en casa de los Verdurin, que la pobre niña que ellas habían conocido estaba ahora invitada en un salón importante, también el placer que quizá le causara oír música de Vinteuil. Si todo esto era cierto, el sonrojo de Albertina, cuando le hablé de mademoiselle Vinteuil, se explicaba por lo que yo le hice a propósito de aquella fiesta que ella quiso ocultarme por el proyecto de boda que yo no debía saber. La negativa de Albertina a jurarme que no le hubiera producido ninguna alegría volver a ver en aquella fiesta a mademoiselle Vinteuil aumentó entonces mi tormento, afianzó mis sospechas, pero me demostraba retrospectivamente que había querido ser sincera, e incluso por una cosa inocente, quizá precisamente porque era una cosa inocente. Quedaba, sin embargo, lo que Andrea me dijo sobre sus relaciones con Albertina. Pero quizá, aun sin llegar a creer que Andrea las inventara de punta a cabo para que yo no fuese feliz y no pudiera creerme superior a ella, podía yo suponer que había exagerado un poco lo que ella hacía con Albertina y que Albertina, por restricción mental, disminuyera también un poco lo que ella había hecho con Andrea, utilizando jesuíticamente ciertas definiciones que yo, estúpido de mí, había formulado sobre esto,

pensando que sus relaciones con Andrea no entraban en lo que ella debía confesarme y que podía negarlas sin mentir. Pero ¿por qué creer que era ella y no Andrea quien mentía? La verdad y la vida son muy arduas, y me quedaba de ellas, sin que, en suma, las conociese, una impresión en la que todavía la tristeza estaba quizá dominada por el cansancio.

La tercera vez en que recuerdo haberme dado cuenta de que me acercaba a la indiferencia absoluta con respecto a Albertina (y esta última vez hasta sentir que había llegado por completo a ella) fue un día en Venecia, bastante tiempo después de la última visita de Andrea.

Mi madre me había llevado a Venecia a pasar unas semanas y -como puede haber belleza lo mismo en las cosas más humildes que en las más preciosas- gustaba allí impresiones análogas a las que en otro tiempo sintiera muchas veces en Combray, pero traspuestas de un modo muy diferente y más rico. Cuando a las diez de la mañana venían a abrir los postigos de mi cuarto, veía resplandecer, en lugar del mármol negro en que se transformaban con la luz las pizarras de San Hilario, el ángel de oro del campanil de San Marcos. Rutilante de un sol que hacía casi imposible mirarlo, me hacía con sus grandes brazos abiertos, para cuando, media hora después, estuviera yo en la Piazzetta, una promesa de goce más cierta que la que en otro tiempo tuviera la misión de anunciar a los hombres de buena voluntad. Mientras seguía acostado no podía ver otra cosa que él, pero como el mundo no es más que un gran cuadrante solar en el que un solo segmento iluminado nos permite ver la hora que es, ya la primera mañana pensé en las tiendas de Combray, las de la plaza de la Iglesia, que los domingos estaban a punto de cerrar cuando yo iba a misa, mientras la paja del mercado despedía un fuerte olor bajo el sol ya caliente. Pero el segundo día lo que vi al despertar, lo que me hizo levantarme (porque sustituía en mi memoria y en mi deseo a los recuerdos de Combray), fueron las impresiones de la primera salida en Venecia, en Venecia, donde la vida cotidiana no era menos real que en Combray: lo mismo que en Combray, el domingo por la mañana se gozaba del placer de bajar a una calle en fiesta, pero esta calle estaba toda en un agua de zafiro, refrescada de soplos tibios y de un color tan resistente que mis ojos cansados, para descansar y sin miedo a que la calle cediera, podían apoyar en ella la mirada. Como en Combray las buenas gentes de la Rue de l'Oiseau, en esta nueva ciudad también los habitantes salían de las casas alineadas una junto a otra al otro lado de la calle principal; pero en Venecia este papel de las casas proyectando un poco de sombra a sus pies estaba encomendado a unos palacios de pórfido y de jaspe, sobre cuya puerta cimbrada la cabeza de un dios barbudo (que rebasaba la alineación como la aldaba de una puerta en Combray) producía el efecto de hacer más oscuro con su reflejo, no el moreno del sol, sino el azul espléndido del agua. En la Piazza, la sombra que hubieran proyectado en Combray el toldo de la tienda de novedades y la enseña del peluquero eran las florecillas azules que siembra a sus pies en el desierto de losas soleado el relieve de una fachada Renacimiento, y no es que, cuando el sol pegaba fuerte, no hubiera que bajar los transparentes en Venecia como en Combray, aun a la orilla del canal. Pero estaban entre los cuatrilóbulos y los follajes de las ventanas góticas. Lo mismo diré de la de nuestro hotel, delante de cuyas balaustradas me esperaba mi madre mirando el canal con una paciencia que quizá no hubiera tenido en Combray, donde, poniendo en mí esperanzas que después no se realizaron, no quería hacerme ver cuánto me quería. Ahora se daba cuenta de que su frialdad aparente no

hubiera conseguido nada, y el cariño que me prodigaba era como esos alimentos prohibidos que ya no se les niegan a los enfermos cuando es seguro que ya no pueden curarse. Cierto que las humildes particularidades que daban su individualidad a la ventana del cuarto de mi tía Leoncia, en la Rue de l'Oiseau, su asimetría producida por la desigual distancia entre las dos ventanas vecinas, la excesiva altura de su barandilla de madera y la falleba acodada que servía para abrir los postigos, las dos cortinas de raso azul que un alzapaño separaba y retenía apartadas, todo esto existía también en aquel hotel de Venecia, donde yo oía aquellas palabras tan particulares y tan elocuentes que nos hacen reconocer de lejos la morada a donde volvemos para almorzar y más tarde permanecen en nuestro recuerdo como un testimonio de que, durante cierto tiempo, aquella morada fue nuestra morada; mas el cuidado de decirlas había pasado ya en Venecia no como ocurre en Combrayy un poco en todas partes con las cosas más sencillas, hasta con las más feas, sino en la ojiva todavía medio árabe de una fachada que se encuentra en todos los museos de reproducciones y en todos los libros de arte ilustrados, como una de las obras maestras de la arquitectura doméstica de la Edad Media; desde muy lejos, y cuando había rebasado apenas San Jorge el Mayor, percibía aquella ojiva que me había visto y el vuelo de sus arcos mitrales daba a su sonrisa de bienvenida la distinción de una mirada más elevada y casi incomprendida. Y porque, detrás de sus balaustradas de mármol de diversos colores, mamá leía esperándome, envuelto el rostro en un velillo de tul de un blanco tan desgarrador para mí como el de su pelo, pues sentía que mi madre, ocultando sus lágrimas, lo había puesto en su sombrero de paja, más que para presentarse más «vestida» ante la gente del hotel para parecerme a mí menos de luto, menos triste, casi consolada; porque, sin reconocerme en seguida, en cuanto yo la llamaba desde la góndola me enviaba, desde el fondo de su corazón, su amor, que no se detenía sino allí donde ya no encontraba materia para sostenerlo, en la superficie de su mirada apasionada que acercaba a mí lo más posible, que procuraba elevar, adelantándola a sus labios, en una sonrisa que parecía besarme en el marco y bajo el dosel de la sonrisa más discreta de la ojiva iluminada por el sol del mediodía; por eso aquella ventana adquirió en mi memoria la dulzura de las cosas que tuvieron, al mismo tiempo que nosotros, junto a nosotros, su parte en cierta hora que sonaba, la misma para nosotros y para ellas; y, por llenos de formas admirables que estén esos ajimeces, aquella ilustre ventana conserva para mí el aspecto íntimo de un hombre de genio con el que hubiéramos pasado un mes en un mismo veraneo y hubiera contraído con nosotros cierta amistad, y si después, cada vez que veo la reproducción de esa ventana en un museo, tengo que contener las lágrimas, es simplemente porque me dice sólo lo que más puede emocionarme: «Me acuerdo muy bien de tu madre».

Y para ir a buscar a mamá, que se había apartado de la ventana, yo, al dejar el calor de la calle, tenía esa sensación de frescor que encontraba en Combray cuando subía a mi cuarto; pero en Venecia la mantenía una corriente de aire marino no ya en una escalerita de madera de peldaños estrechos, sino sobre las nobles superficies de gradas de mármol salpicadas en todo momento de un rayo de sol glauco, y que a la útil lección de Chardin, en otro tiempo recibida, unía la de Veronés. Y como en Venecia son obras de arte, cosas magníficas, las encargadas de darnos las impresiones familiares de la vida, es esquivar el carácter de esta ciudad, so pretexto de que la Venecia de ciertos pintores es fríamente estética en su parte más célebre (exceptuemos los soberbios estudios de Máximo Dethomas), no representar de ella, por el contrario, más que los aspectos míseros,

aquellos en que desaparece lo que constituye su esplendor, y, para dar una Venecia más íntima y más verdadera, hacerla parecida a Aubervilliers. Éste fue el error de muy grandes artistas, por una reacción muy natural contra la Venecia falsa de los malos pintores: fijarse únicamente en la Venecia que les parecía más realista de los humildes *campi,* de los pequeños *rü* abandonados.

Ésta era la Venecia que yo solía explorar por las tardes si no salía con mi madre. Porque en ella encontraba más fácilmente a esas mujeres de la clase popular, las cerilleras, las enhebradoras de perlas, las obreras del vidrio o del encaje, las menestralas con grandes chales negros de franjas, a las que nada me impedía amar porque había olvidado en gran parte a Albertina y que me parecían más deseables que otras porque todavía la recordaba un poco. Por otra parte, ¿quién hubiera podido decirme exactamente, en aquella búsqueda apasionada de las venecianas, lo que en ella había de ellas mismas, de Albertina, de mi antiguo deseo del viaje a Venecia? Nuestro menor deseo, aunque único como un acorde, admite en sí las notas fundamentales sobre las que se levanta toda nuestra vida. Y a veces, si suprimiéramos una de ellas, que, sin embargo, no oímos, de la que no tenemos consciencia, que no tiene nada que ver con el objeto que perseguimos, veríamos, sin embargo, esfumarse todo nuestro deseo. Había muchas cosas que yo no intentaba dilucidar en la emoción que sentía corriendo en busca de las venecianas.

Mi góndola seguía los pequeños canales; como la misteriosa mano de un genio que me condujera por los recovecos de aquella ciudad de Oriente, a medida que iba avanzando, parecían abrirme un camino en pleno corazón de un barrio que dividían apartando apenas, con un delgado surco arbitrariamente trazado, las altas casas de pequeñas ventanas moriscas; y como si el guía mágico llevara en la mano una bujía para alumbrarme el camino, hacían brillar ante ellos un rayo de sol al que abrían a su vez el camino. Se notaba que entre las pobres moradas que el canalillo acababa de separar, y que sin esto hubieran formado un todo compacto, no se había reservado ningún sitio. De suerte que el campanil de la iglesia o los emparrados de los jardines estaban suspendidos a pico sobre el río, como en una ciudad inundada. Mas, en virtud de la misma transposición que en el Gran Canal, el mar se prestaba tan bien a desempeñar la función de vía de comunicación, de calle, grande o pequeña, para las iglesias y para los jardines, que, a cada lado del *canaletto,* las iglesias surgían del agua, convertida en un viejo barrio populoso y pobre, como parroquias humildes y frecuentadas, llevando en sí el sello de su necesidad de la frecuentación de una multitud pobre; tan bien que los jardines atravesados por la penetración del canal dejaban llegar hasta el agua sus hojas o sus frutos asombrados, y que en el reborde de la casa cuyo gres groseramente resquebrajado estaba todavía rugoso como si acabaran de serrarlo bruscamente, unos chavales sorprendidos y en equilibrio dejaban colgar las piernas a pico y bien aplomadas, como marineros sentados en un puente móvil cuyas dos mitades acabaran de separarse permitiendo que el mar pasara entre ellas. A veces surgía un monumento más bello, que se encontraba allí como una sorpresa en una caja que acabáramos de abrir: un pequeño templo de marfil con sus órdenes corintios y su estatua alegórica en el frontispicio, un poco fuera de lugar entre las cosas usuales que le rodeaban, pues por más que quisiéramos hacerle un sitio, el peristilo que el canal le reservaba conservaba el aspecto de un muelle de desembarque de hortalizas. Yo tenía la impresión, acentuada por mi deseo, de no estar fuera, sino de entrar cada vez más al fondo de algo secreto, porque cada vez encontraba allí algo nuevo que venía a situarse a uno o a otro lado de mí, pequeño monumento o campo imprevisto,

con el aire asombrado de las cosas bellas que contemplamos por primera vez y cuyo destino y utilidad no vemos bien aún. Volvía a pie por pequeñas *calli,* paraba a muchachas del pueblo, como quizá hiciera Albertina, y hubiera querido que ella estuviera conmigo.

Pero no podían ser las mismas; en la época en que Albertina estuvo en Venecia, serían todavía niñas. Mas después de haber sido en otro tiempo infiel, en un primer sentido y por cobardía, a cada uno de mis deseos concebido como único, porque yo había buscado un objeto análogo, y no el mismo, que no esperaba encontrar, ahora buscaba sistemáticamente unas mujeres que no eran las mismas que Albertina conociera, y ni siquiera buscaba ya las que en otro tiempo deseé. Verdad es que a veces recordaba, con una inusitada violencia de deseo, a una muchachuela de Méséglise o de París, la lechera que vi al pie de una colina, una mañana, en mi primer viaje a Balbec. Pero las recordaba, infeliz de mí, tales como eran entonces, es decir, tales como, ciertamente, no eran ya. De suerte que si, en otro tiempo, llegué a quebrar mi impresión de la unicidad de un deseo buscando en lugar de una colegiala perdida de vista una colegiala parecida, ahora, para encontrar las muchachas que turbaron mi adolescencia o la de Albertina, tenía que avenirme a renunciar una vez más al principio de la individualidad del deseo: lo que yo debía buscar no eran las que tenían entonces dieciséis años, sino las que los tenían ahora, pues ahora, a falta de lo que había de más particular en la persona y que se había perdido, lo que yo quería era la juventud. Sabía que la juventud de las que conocí no existía ya más que en mi ardiente recuerdo, y que no eran ellas, por mucho que yo desease encontrarlas cuando me las representaba mi memoria, las que debía cosechar, si de veras quería recoger la juventud y la flor del año.

Cuando iba a reunirme con mi madre en la Piazzetta, todavía el sol estaba alto en el cielo. Llamábamos a una góndola. «¡Cómo le hubiera gustado a tu pobre abuela esta grandeza tan sencilla! -me decía mamá, señalándome el palacio ducal que contemplaba el mar con el pensamiento que le había confiado su arquitecto y que guardaba fielmente en la muda espera de los dux desaparecidos-. Le hubiera gustado hasta la suavidad de estos tintes rosados, porque no tiene nada de amaneramiento. ¡Cómo le hubiera gustado Venecia a tu abuela, y qué familiaridad, que puede rivalizar con la de la naturaleza, habría encontrado en todas estas bellezas tan llenas de cosas que no necesitan ningún arreglo, que se presentan tales como son, el palacio ducal en su forma cúbica, las columnas que tú dices que son las del palacio de Herodes, en plena Piazzetta, y todavía menos colocados, dejados ahí como a falta de otro lugar, los pilares de San Juan de Acre, y esos caballos del balcón de San Marcos! Cuánto hubiera gozado tu abuela al ver ponerse el sol tras el palacio de los dux, tanto como viéndolo ponerse tras una montaña.» Y había, en realidad, una parte de verdad en lo que decía mi madre, pues, mientras la góndola remontaba el Gran Canal, mirábamos la fila de palacios entre los que pasábamos reflejando la luz y la hora sobre sus flancos rosados y cambiando con ellas, más que como casas privadas y monumentos célebres, como una cadena de acantilados de mármol al pie de la cual se va a pasear en barca por un canal para ver la puesta de sol. De suerte que las casas dispuestas a ambos lados del canal hacían pensar en parajes de la naturaleza, pero de una naturaleza que hubiera creado sus obras con una imaginación humana. Pero al mismo tiempo (por el carácter de las impresiones siempre urbanas que Venecia produce en pleno mar, sobre aquellas aguas en las que el flujo y el reflujo se sienten dos veces al día, y que, alternativamente, cubren en la marea alta y descubren en

la marea baja las magníficas escaleras exteriores de los palacios), como hubiéramos hecho en París por los bulevares, en los Champs-Elysées, en el Bois, en cualquier ancha avenida de moda, nos cruzábamos, en la luz pulverizada de la tarde, con las mujeres más elegantes, extranjeras casi todas, que, blandamente apoyadas en los cojines de su vehículo flotante, se ponían en la cola, se detenían ante un palacio donde tenían que ver a una amiga, mandaban preguntar si estaba, y mientras, esperando la respuesta, preparaban por si acaso su tarjeta para dejarla como lo hubieran hecho en la puerta del hotel de Guermantes, buscaban en la guía la época, el estilo del palacio, no sin que las sacudiera, como en la cresta de una ola azul, la agitación del agua resplandeciente y encabritada, que se asustaba de verse estrujada entre la góndola danzante y el mármol resonante. Y de este modo los paseos, aun los simples paseos para hacer visitas y doblar tarjetas, eran triples y únicos en Venecia, donde las simples idas y venidas mundanas toman al mismo tiempo la forma y el encanto de una visita a un museo y de una excursión por mar.

Varios de los palacios del Gran Canal habían sido transformados en hoteles, y, por el gusto de cambiar o por amabilidad con madame Sazerat, con la que nos habíamos encontrado -ese encuentro imprevisto e inoportuno de todo viaje-, y a la que mamá había invitado, quisimos una noche intentar comer en un hotel que no era el nuestro y en el que decían que la cocina era mejor. Mientras mi madre pagaba al gondolero y entraba con madame Sazerat en el salón que había reservado, quise echar una mirada al gran comedor del restaurante, con sus bellas columnas de mármol y en otro tiempo con todas las paredes pintadas al fresco, mal restauradas después. Dos camareros hablaban en un italiano que yo traduje así:

«¿Comen los viejos en su habitación? Nunca avisan. Es una lata, nunca sé si tengo que reservar su mesa *(non so se bisogna conservar loro la tavola).* ¡Bueno, y si bajan y la encuentran tomada, que se fastidien! No comprendo que reciban *a forestieri* como esos en un hotel tan elegante. No son clientes de aquí.»

A pesar de su desdén, el camarero hubiera querido saber qué es lo que debía decidir en cuanto a la mesa, e iba a mandar al ascensorista a preguntar al piso, cuando, sin darle tiempo, recibió la respuesta: acababa de ver entrar a la anciana señora. A pesar del aire de tristeza y de fatiga que da el peso de los años y a pesar de una especie de eczema, de lepra roja que le cubría la cara, no me fue difícil reconocer bajo su gorro, con su traje negro hecho por W... pero, para los profanos, parecido al de una vieja portera, a la marquesa de Villeparisis. Quiso la casualidad que el lugar en que yo estaba, de pie, examinando los vestigios de un fresco, se encontrara, a lo largo de las bellas paredes de mármol, exactamente detrás de la mesa a la que acababa de sentarse madame de Villeparisis.

«Pues ahora no tardará en bajar monsieur de Villeparisis. En un mes que llevan aquí, no han comido ni una sola vez el uno sin el otro», dijo el camarero.

Yo me preguntaba quién sería el pariente con quien viajaba madame de Villeparisis y al que llamaban monsieur de Villeparisis, cuando, pasado un momento, vi dirigirse a la mesa y sentarse junto a la dama a su antiguo amante, monsieur de Norpois.

Su avanzada edad había debilitado la sonoridad de su voz, pero, en cambio, había dado a su lenguaje, tan reservado en otro tiempo, una verdadera intemperancia. Acaso había que buscar la causa en que se daba cuenta de que ya no le quedaba mucho tiempo para realizar sus ambiciones, más vehementes y exaltadas por eso, o quizá en el hecho de que, dejado al margen de una política en la que sentía el afán de entrar, creía, en la ingenuidad

de su deseo, que con las sangrientas críticas dirigidas contra los que quería reemplazar iba a hacerlos pasar a la reserva. Así vemos a algunos políticos muy seguros de que el ministerio del que ellos no forman parte no va a durar ni tres días. Pero sería exagerado creer que monsieur de Norpois había perdido por completo las tradiciones del lenguaje diplomático. En cuanto se trataba de «grandes asuntos», volvía a ser, como veremos, el hombre que hemos conocido, pero el resto del tiempo se expansionaba contra uno o contra otro con esa violencia senil de ciertos octogenarios que los lanza sobre mujeres a las que ya no pueden hacer mucho mal.

Madame de Villeparisis guardó durante unos minutos el silencio de una señora anciana a quien, por el cansancio de la vejez, le es difícil ascender de la evocación del pasado al presente. Después, en esas preguntas exclusivamente prácticas características de la prolongación de un mutuo amor:

-¿Estuviste en casa de Salviati?

-Sí.

-¿Lo mandarán mañana?

-Yo misma traje la copa. Te la enseñaré después de comer. Vamos a ver el menú.

-¿Diste la orden de bolsa para mis Suez?

-No, toda la atención de la bolsa está ahora en los valores de petróleos. Pero como el mercado está muy bien, no hay por qué apresurarse. Aquí está el menú. De entrada hay salmonetes. ¿Quieres que los pidamos?

-Yo sí, pero a ti te los han prohibido. En vez de eso pide *risotto.* Pero no saben hacerlo.

-Lo mismo da. Mozo, tráigame primero salmonetes para la señora *y* un *risotto* para mí.

Un nuevo y largo silencio.

-Mira, te traigo periódicos, el *Corriere della Sera,* la *Gazzetta del Popolo,* etc. ¿Sabes que se habla mucho de un movimiento diplomático cuya primera víctima propiciatoria sería Paleólogo, notoriamente insuficiente en Serbia? Quizá lo sustituya Lozé y habrá que proveer el puesto de Constantinopla. Pero -se apresuró a añadir con aspereza monsieur de Norpois- para una embajada tan importante, y en la que es evidente que la Gran Bretaña tendrá que tener siempre, ocurra lo que ocurra, el primer puesto en la mesa de deliberaciones, sería prudente dirigirse a hombres de experiencia mejor pertrechados para resistir a las emboscadas de los enemigos de nuestro aliado británico que esos diplomáticos de la nueva escuela, que caerían en la trampa como unos inocentes. -La volubilidad irritada con que monsieur de Norpois pronunció estas palabras se debía, sobre todo, a que los periódicos, en vez de pronunciar su nombre como les había recomendado hacerlo, daban como «gran favorito» a un joven ministro plenipotenciario-. ¡Dios sabe si los hombres de edad están lejos de ponerse, cuando median no sé qué maniobras tortuosas, en el lugar de los reclutas más o menos incapaces! He conocido muchos de todos esos seudodiplomáticos del método empírico que ponían toda su esperanza en un globo sonda que yo no tardaba en desinflar. Si el gobierno comete la insensatez de poner las riendas del Estado en manos turbulentas, no cabe duda de que un recluta contestará siempre a la llamada del deber: presente. Pero quién sabe -y monsieur de Norpois parecía saber muy bien de quién hablaba- si no ocurriría lo mismo el día en que fueran a buscar a algún veterano muy sabio y muy hábil. A mi juicio, cada cual puede tener su manera de ver las cosas, el puesto de Constantinopla no se debe aceptar hasta que no se solventen nuestras dificultades pendientes con Alemania. No debemos nada a nadie, y es inadmisible que, por maniobras dolosas y contra nuestra voluntad, vengan todos los meses a reclamarnos

no sé qué deuda, siempre sacada a colación por una prensa de esportularios. Eso tiene que terminar, y, naturalmente, un hombre de alto valor y de méritos acreditados, un hombre que sería escuchado por el emperador, gozaría de más autoridad que nadie para poner punto final al conflicto.

Un señor que acababa de comer saludó a monsieur de Norpois.

-¡Ah!, es el príncipe Foggi -dijo el marqués.

-No sé exactamente a quién te refieres -suspiró madame de Villeparisis.

Pues claro que sí. Es el príncipe Odón. El mismísimo cuñado de tu prima Doudeauville. ¿Recuerdas que cacé con él en Bonnétable?

-¡Ah!, Odón, ¿es el que pintaba?

-Nada de eso, es el que se casó con la hermana del gran duque N...

Monsieur de Norpois decía todo esto en el tono bastante desagradable de un profesor descontento de su alumno y miraba fijamente, con sus ojos azules, a madame de Villeparisis.

Cuando el príncipe acabó de tomar el café y se levantó de la mesa, monsieur de Norpois se levantó a su vez, se dirigió muy atentamente hacia él y, con gesto majestuoso, se apartó y, pasando él a segundo término, le presentó a madame de Villeparisis. Y durante los pocos minutos que el príncipe permaneció de pie junto a ellos, monsieur de Norpois no dejó ni un momento de vigilar a madame de Villeparisis con su pupila azul, por complacencia o por severidad de antiguo amante, y, sobre todo, por miedo a que la señora se entregara a uno de esos disparates de lenguaje que él había celebrado, pero que temía. En cuanto ella decía al príncipe algo inexacto, rectificaba él la palabra y clavaba los ojos en la marquesa, desolada y dócil, con la intensidad sostenida de un magnetizador.

Vino un camarero a decirme que mi madre me estaba esperando, acudí y pedí perdón a madame Sazerat, diciéndole que me había entretenido viendo a madame de Villeparisis. Al oír este nombre, madame Sazerat palideció y pareció a punto de desmayarse. Procurando dominarse, me dijo:

-¿Madame de Villeparisis, mademoiselle de Bouillon?

-Sí.

-¿Podría yo verla un segundo? Es el sueño de mi vida.

-Pues no pierda tiempo, señora, porque va a terminar de comer en seguida. Pero ¿por qué le interesa tanto?

-Es que madame de Villeparisis era en primeras nupcias la duquesa de Havré, bella como un ángel, mala como un demonio, que volvió loco a mi padre, le arruinó y en seguida le abandonó. Bueno, pues, a pesar de haber obrado con él como la última ramera, de haber sido la causa de que yo y los míos tuviéramos que vivir estrechamente en Combray, ahora que mi padre ha muerto, mi consuelo es que amó a la mujer más bella de su tiempo, y como no la he visto nunca, a pesar de todo me gustará...

Llevé a madame Sazerat, trémula de emoción, al restaurante y le señalé a madame de Villeparisis.

Mas como los ciegos que dirigen los ojos adonde no corresponde, madame Sazerat no dirigió los suyos a la mesa donde estaba comiendo madame de Villeparisis, y, buscando otro punto del comedor:

-Debe de haberse marchado, no la veo donde usted dice.

Y seguía buscando, persiguiendo la visión detestada, adorada, que desde tanto tiempo hacía habitaba su imaginación.

-Sí, en la segunda mesa.

-Es que no contamos partiendo del mismo punto. Tal como yo cuento, la segunda mesa es una en que sólo hay, junto a un señor viejo, una mujer pequeña y jorobada, roja, horrible.

-¡Esa misma!

A todo esto, madame de Villeparisis había pedido a monsieur de Norpois que hiciera sentarse al príncipe Foggi, se entabló entre ellos una amable conversación, se habló de política, el príncipe declaró que le era indiferente la suerte del ministerio y que se quedaría aún una semana larga en Venecia. Esperaba que de allí a entonces se evitaría la crisis ministerial. Al principio, el principe Foggi creyó que aquellas cosas de política no le interesaban a monsieur de Norpois, pues éste, que hasta entonces se había expresado con tanta vehemencia, guardó de pronto un silencio casi angélico que daba la sensación de que, si le volvía la voz, no podría expresarse sino en un inocente y melodioso canto de Mendelssohn o de César Franck. El príncipe pensaba también que aquel silencio se debía a la reserva de un francés que, delante de un italiano, no quiere hablar de los asuntos de Italia. Y el príncipe se equivocaba completamente. El silencio, el aire de indiferencia de monsieur de Norpois eran no la marca de la reserva, sino el preludio habitual de una intromisión en asuntos importantes. El marqués ambicionaba, como hemos visto, nada menos que Constantinopla, con un arreglo previo de los asuntos alemanes, para el cual esperaba forzar la mano al ministerio de Roma. El marqués consideraba, en efecto, que, para él, un acto de alcance internacional podía ser la digna coronación de su carrera, y hasta quizá el comienzo de nuevos honores, de funciones difíciles a las que no había renunciado. Pues la vejez nos hace al principio incapaces de emprender, pero no de desear. Sólo en un tercer período los que llegan a muy viejos han renunciado al deseo, como tuvieron que abandonar la acción. Ni siquiera se presentan ya a unas elecciones fútiles en las que tantas veces intentaron triunfar, como la de presidente de la República. Se contentan con salir, comer, leer los periódicos, se sobreviven a sí mismos.

El príncipe, para que el marqués no se sintiera cohibido y para demostrarle que le consideraba como a un compatriota, se puso a hablar de los posibles sucesores del actual presidente del Consejo. Sucesores cuya misión sería difícil. Cuando el príncipe Foggi hubo citado más de veinte nombres de hombres políticos que le parecían ministrables, nombres que el antiguo embajador escuchó con los párpados medio cerrados sobre sus ojos azules y sin hacer un movimiento, monsieur de Norpois rompió por fin el silencio para pronunciar esas palabras que, durante veinte años, debían alimentar la conversación de las cancillerías, y que después, una vez olvidadas, las había de exhumar alguna personalidad que firmaría «Un enterado», o «Testis», o «Maquiavelo», en un periódico donde el mismo olvido en que cayeran le vale el beneficio de causar nuevamente sensación. Bueno, pues el príncipe Foggi acababa de citar más de veinte nombres ante el diplomático, tan inmóvil y mudo como un hombre sordo, cuando monsieur de Norpois levantó ligeramente la cabeza y, en la forma en que antaño redactara sus intervenciones diplomáticas de más trascendentales consecuencias, aunque esta vez con mayor audacia y menor brevedad, preguntó finamente:

-¿No ha pronunciado nadie el nombre de monsieur Giolitti?

A estas palabras cayeron las escamas del príncipe Foggi; oyó un murmullo celestial. Inmediatamente, monsieur de Norpois se puso a hablar de diversas cosas, sin miedo a hacer algún ruido, como cuando, terminada la última nota de una sublime aria de Bach, el

público no se recata ya de hablar en voz alta yendo a buscar sus prendas al guardarropas. Y hasta hizo más neto el contraste rogando al príncipe que pusiera sus homenajes a los pies de Sus Majestades los reyes cuando tuviera ocasión de verlos, frase de partida que correspondía a estas palabras que se gritan al final de un concierto: «¡El cochero Augusto de la Rue de Belloy!». Ignoramos cuáles fueron exactamente las impresiones del príncipe Foggi. Seguramente estaba encantado de haber oído aquella obra maestra: «¿No ha pronunciado nadie el nombre de monsieur Giolitti?». Pues monsieur de Norpois, que con la edad había perdido sus más bellas cualidades, en cambio había perfeccionado, al envejecer, las «arias de bravura», como ciertos músicos viejos, en decadencia para todo lo demás, adquieren para la música de cámara, hasta el último día, un virtuosismo perfecto que hasta entonces no poseían.

El caso es que el príncipe Foggi, que esperaba pasar quince días en Venecia, volvió a Roma aquel mismo día y unos días después fue recibido en audiencia por el rey para tratar de unas propiedades que, creemos haberlo dicho ya, el príncipe poseía en Sicilia. El ministerio vegetó más tiempo de lo que se hubiera creído. Cuando cayó, el rey consultó a varios hombres de Estado sobre el jefe que debía nombrar para el nuevo ministerio. Después mandó llamar a Giolitti, que aceptó. A los tres meses un periódico contó la entrevista del príncipe Foggi con monsieur de Norpois. La conversación se reproducía como hemos dicho, con la diferencia de que, en lugar de decir: «Monsieur de Norpois preguntó finamente», se leía: «Dijo con esa fina y encantadora sonrisa suya». Monsieur de Norpois consideró que «finamente» tenía ya bastante fuerza explosiva para un diplomático y que aquel añadido era por lo menos intempestivo. Pidió que el Quai d'Orsay desmintiera aquello oficialmente, pero el Quai d'Orsay no sabía cómo salir del apuro. En efecto, desde que se publicó la entrevista, monsieur Barrère telegrafiaba varias veces por hora con París para quejarse de que hubiera un embajador oficioso en el Quirinal y para comunicar el descontento que este hecho había producido en toda Europa. No existía tal descontento, pero los diversos embajadores eran demasiado finos para desmentir a monsieur Barrère afirmando que seguramente todo el mundo estaba soliviantado. Para monsieur Barrère, sin escuchar más que a su pensamiento, este silencio cortés era una adhesión. Inmediatamente telegrafió a París: «He hablado durante una hora con el marqués Visconti-Venosta, etc.». Sus secretarios no tenían momento de reposo.

Monsieur de Norpois contaba con un antiguo periódico francés que, incluso en 1870, cuando él era ministro de Francia en un país alemán, le favoreció mucho. Este periódico estaba admirablemente escrito (sobre todo el primer artículo, no firmado). Pero interesaba mil veces más cuando este primer artículo (que en aquellos lejanos tiempos se llamaba «premier-París» y que hoy, no se sabe por qué, se llama «editorial») estaba, por el contrario, mal escrito, plagado de repeticiones de palabras. Entonces todo el mundo se daba cuenta, con emoción, de que el artículo había sido «inspirado». Quizá por monsieur de Norpois, acaso por algún otro gran maestre del momento. Para dar una idea anticipada de los acontecimientos de Italia, diremos cómo utilizaba monsieur de Norpois este periódico en 1870; inútilmente, se dirá, puesto que la guerra estalló de todos modos; muy eficazmente, pensaba monsieur de Norpois, que profesaba el axioma de que lo primero es preparar la opinión. Sus artículos, en los que pesaba cada palabra, parecían esas notas optimistas a las que sigue inmediatamente la muerte del enfermo. Por ejemplo, la víspera de la declaración de guerra, en 1870, ya casi acabada la movilización, monsieur de Norpois (quedándose en la sombra, naturalmente) se creyó en el deber de enviar a ese

periódico famoso el siguiente editorial:

«En los círculos autorizados parece prevalecer la opinión de que, desde ayer tarde, la situación, desde luego sin que tenga un carácter alarmante, se puede considerar grave y hasta, en ciertos aspectos, crítica. Parece ser que el señor marqués de Norpois ha celebrado varias entrevistas con el ministro de Prusia para estudiar, en un espíritu de firmeza *y de* conciliación, *y* de manera muy concreta, los diferentes motivos de fricción, si así puede decirse. Desgraciadamente, a la hora de cerrar nuestra edición no hemos recibido noticia de que Sus Excelencias se hayan puesto de acuerdo sobre una fórmula que pudiera servir de base a un instrumento diplomático.»

Última hora: «En los círculos bien informados se ha sabido con satisfacción que parecen haberse suavizado ligeramente las relaciones franco-prusianas. Se da especialísima importancia al hecho de que monsieur de Norpois se encontrara, al parecer, *"unter den Linden"* con el ministro de Inglaterra, conferenciando con él unos veinte minutos. Esta noticia se considera satisfactoria.» (Se añadía entre paréntesis, después de «satisfactoria», la palabra alemana equivalente: *befriedigend.) Al* día siguiente se leía en el editorial: «Parece ser que, a pesar de la gran habilidad de monsieur de Norpois, a quien todo el mundo se complace en rendir homenaje por la sutil energía con que ha sabido defender los derechos imprescriptibles de Francia, apenas queda ninguna probabilidad de evitar la ruptura.»

El periódico no podía menos de añadir a semejante editorial algunos comentarios, enviados, por supuesto, por monsieur de Norpois. Quizá se ha observado que el «parece ser» era uno de los modismos preferidos por el embajador en la literatura diplomática. («Se daría especialísima importancia» en lugar de «parece ser que se da especialísima importancia».) Pero monsieur de Norpois empleaba también el presente de indicativo, tomado no en su sentido habitual, sino en el del antiguo optativo. Los comentarios que seguían al editorial eran éstos:

«Nunca se comportó el público con tan admirable calma. (Monsieur de Norpois hubiera querido que esto fuese verdad, pero temía todo lo contrario.) Está cansado de agitaciones estériles y ha sabido con satisfacción que el gobierno de Su Majestad asumiría sus responsabilidades según las eventualidades que pudieran producirse. El público no pide otra cosa. *A su* magnífica serenidad que es ya un indicio de triunfo, añadiremos otra noticia muy propia para tranquilizar ala opinión pública, si tranquilizarla fuera necesario. Se asegura que monsieur de Norpois, que, por razones de salud, hace tiempo que tenía que venir a París para una pequeña cura, habría abandonado Berlin, donde ya no consideraba útil su presencia.»

Última hora: «Su Majestad el emperador salió esta mañana de Compiègne para París, con el fin de conferenciar con el marqués de Norpois, el ministro de la Guerra y el mariscal Bazaine, en quien la opinión pública tiene gran confianza. S. M. el emperador ha suspendido la comida que iba a ofrecer a su cuñada la duquesa de Alba. Esta medida ha producido una impresión muy favorable en todos los círculos adonde ha llegado. El Emperador ha pasado revista a las tropas, cuyo entusiasmo es indescriptible. En virtud de una orden de movilización dada al llegar los soberanos a París, algunos cuerpos se encuentran ya dispuestos, a todo evento, a partir en dirección al Rin.»

A veces, al anochecer, sentía, al volver al hotel, que la Albertina de otro tiempo, invisible para mí mismo, estaba, sin embargo, en el fondo de mí como en los «plomos»

de una Venecia interior, y que un incidente corría de pronto la endurecida tapa de los mismos abriéndome una rendija al pasado.

Así, por ejemplo, una noche recibí una carta de mi corredor que volvió a abrirme un momento para mí las puertas de la prisión donde Albertina estaba viva en mí, pero tan lejos, tan hondo, que me era inaccesible. Desde su muerte no había vuelto a ocuparme de las especulaciones que había emprendido con el *fin* de tener más dinero para ella. Había pasado el tiempo; grandes prudencias de la época anterior quedaban desmentidas por la presente, como antes le ocurriera a Thiers cuando dijo que los ferrocarriles no podrían nunca dar resultado, y los títulos de los que monsieur de Norpois nos había dicho: «No rentan mucho, desde luego, pero por lo menos el capital no sufrirá nunca una depreciación», solían ser los que más bajaban. Nada más que por los consolidados ingleses y las Refinerías Say, tenía que pagar a los corredores unas diferencias tan considerables, al mismo tiempo que unos intereses y unos informes, que en un arranque me decidí a venderlo todo, y de pronto me encontré con que sólo poseía la quinta parte apenas de lo que heredé de mi abuela y tenía aún en vida de Albertina. Por cierto, que se supo en Combray en lo que quedaba de nuestra familia *y* de nuestras relaciones, *y* como sabían que trataba al marqués de Saint-Loup y a los Guermantes, dijeron: «A eso se va a parar con las manías de grandeza». Poco se figuraban que me había metido en especulaciones por una muchacha de tan modesta condición como era Albertina, casi una protegida de un antiguo profesor de piano de mi abuela, Vinteuil. Por otra parte, en aquella vida de Combray, donde cada cual queda clasificado para siempre en las rentas que se le conocen como en una casta india, no hubieran podido imaginarse la gran libertad que reinaba en el mundo de los Guermantes, donde no se daba ninguna importancia a la fortuna, donde la pobreza podía considerarse tan desagradable como una enfermedad del estómago, pero en modo alguno más humillante, más influyente en la situación social. En Combray debían de creer, por el contrario, que Saint-Loup y monsieur de Guermantes serían unos nobles arruinados, con los castillos cargados de hipotecas y que yo les prestaba dinero, cuando la verdad es que, si yo me hubiera arruinado, habrían sido ellos los primeros en ofrecerme, en vano, acudir en mi ayuda. En cuanto a mi relativa ruina, me contrariaba más porque mis curiosidades venecianas se habían concentrado desde hacía poco en una joven vendedora de objetos de cristal, con un cutis de flor que ofrecía a los ojos fascinados toda una gama de tonos naranja y me inspiraba tal deseo de volver a verla cada día que, ya a punto de marcharnos de Venecia mi madre y yo, había resuelto intentar que se trasladara a París para no separarme de ella. La belleza de sus diecisiete años era tan noble y tan radiante como un verdadero Tiziano que hubiera que adquirir antes de marcharse. ¿Y bastaría la poca fortuna que me quedaba para tentarla hasta el punto de que dejara su país y viniera a vivir en París para mí solo?

Pero, al terminar la carta del agente, una frase en la que me decía: «Me ocuparé de sus prórrogas» me recordó una expresión casi tan hipócritamente profesional que empleó la mujer de las duchas de Balbec, refiriéndose a Albertina. «Era yo quien la atendía», había dicho. Y estas palabras de las que no me había vuelto a acordar hicieron funcionar como un sésamo las puertas del calabozo. Pero al cabo de un instante se volvieron a cerrar tras la emparedada -yo no tenía la culpa de no querer reunirme con ella, puesto que no llegaba a verla, a recordarla, y los seres sólo existen para nosotros por la idea que tenemos de ellos-, no sin que ésta me hiciera por un momento más conmovedor el abandono en que la había dejado y que ella no sabía: lo que dura un relámpago, añoré el tiempo, ya muy

lejano, en que sufría noche y día el acompañamiento de su recuerdo. Otra vez, en San Giorgio dei Schiavoni, un águila, junto a uno de los apóstoles y estilizada de la misma manera, me despertó el recuerdo y casi el sufrimiento que me causaran aquellas dos sortijas cuya similitud me descubrió Francisca y que yo no supe nunca quién se las dio a Albertina.

Pero una noche se produjo una circunstancia tan singular que pareció que iba a renacer mi amor. Cuando se detuvo nuestra góndola junto a las escalinatas del hotel, el conserje me entregó un telegrama por el que el telegrafista había ido tres veces al hotel, pues debido a la inexactitud del nombre del destinatario (en el que yo descubrí el mío a través de las deformaciones de los empleados italianos) se exigía un acuse de recibo certificando que el telegrama era realmente para mí. Nada más entrar en mi habitación lo abrí y, dirigiendo una mirada a un escrito lleno de palabras mal transmitidas, pude leer, sin embargo: «Querido amigo: me crees muerta, perdóname, estoy bien viva; quisiera verte, hablarte de casamiento, ¿cuándo volverás? Cariñosamente, *Albertina.* » Entonces ocurrió, a la inversa, lo mismo que cuando mi abuela: en el momento en que me enteré de que de verdad mi abuela había muerto, no sentí al principio ninguna pena. Y no sufrí realmente por su muerte hasta que unos recuerdos involuntarios la revivieron para mí. Ahora que Albertina, en mi pensamiento, no vivía ya para mí, la noticia de que vivía no me causó la alegría que hubiera creído. Albertina no había sido para mí más que un haz de pensamientos, había sobrevivido a su muerte material mientras estos pensamientos vivieron en mí; en cambio, ahora que estos pensamientos habían muerto, Albertina no resucitaba en modo alguno para mí con su cuerpo. Y al darme cuenta de que no me alegraba de que estuviera viva, de que ya no la amaba, hubiera debido sentir el mismo choque de quien, mirándose al espejo después de varios meses de viaje o de enfermedad, se ve con el pelo blanco y una cara nueva, de hombre maduro o de viejo. Esto produce una gran impresión porque quiere decir: el hombre que yo era, el hombre rubio ya no existe, soy otro. Y ¿no es un cambio igualmente profundo, una muerte tan total del yo que éramos, la sustitución tan completa de este nuevo yo, ver un rostro todo arrugado y sobre él una peluca blanca, que ha sustituido al antiguo? Mas, pasados los años y en el orden de la sucesión de los tiempos, transformarse en otro no aflige más que ser sucesivamente, en una misma época, los seres contradictorios, el malo, el sensible, el delicado, el grosero, el desinteresado, el ambicioso que se es sucesivamente cada día. Y la razón de no afligirse es la misma, es que el yo eclipsado -momentáneamente en el último caso y cuando se trata del carácter, para siempre en el primer caso y cuando se trata de las pasiones- no está presente para deplorar al otro, al que allí está en este momento, o después, todo nosotros; el grosero se ríe de su grosería porque se es el grosero, y el olvidadizo no se entristece por su falta de memoria precisamente porque se ha olvidado.

Yo era incapaz de resucitar a Albertina porque lo era de resucitarme a mí mismo, de resucitar mi yo de entonces. La vida, por su hábito, que es cambiar la faz del mundo mediante trabajos incesantes infinitamente pequeños, no me dijo al día siguiente de la muerte de Albertina: «Sé otro», pero, en virtud de unos cambios demasiado imperceptibles para permitirme darme cuenta del hecho mismo del cambio, lo renovó casi todo en mí, de suerte que mi pensamiento estaba ya habituado a su nuevo dueño -mi nuevo yo- cuando se dio cuenta de que había cambiado y mi pensamiento estaba apegado a este nuevo yo. Mi cariño por Albertina, mis celos, estaban adscritos, como hemos visto,

a la irradiación, por asociación de ideas, de ciertos núcleos de impresiones dulces o dolorosas, al recuerdo de mademoiselle Vinteuil en Montjouvain, a los dulces besos de la noche que Albertina me daba en el cuello. Pero a medida que estas impresiones se habían ido debilitando, el inmenso campo que coloreaban con un tinte angustioso o dulce fue tomando tonos neutros. Una vez que el olvido se fue apoderando de algunos puntos dominantes de sufrimiento y de placer, la resistencia de mi amor quedó vencida, ya no amaba a Albertina. Intenté recordarla. Había tenido un justo presentimiento cuando, dos días después de marcharse Albertina, me aterró haber podido vivir cuarenta y ocho horas sin ella. Era como cuando escribía antes a Gilberta y me decía: si esto sigue dos años, ya no la amaré. Y si, cuando Swann me pidió que fuera a ver a Gilberta, me pareció el absurdo de recibir a una muerta, en Albertina la muerte -o lo que creí la muertehizo lo mismo que en Gilberta la ruptura prolongada. La muerte actúa sólo como la ausencia. El monstruo ante *cuya* aparición se estremeció mi amor, el olvido, había acabado en efecto, como yo creí, por devorarlo. Esta noticia de que Albertina vivía no sólo no despertó mi amor, no sólo me permitió comprobar hasta qué punto había avanzado mi retorno hacia la indiferencia, sino que le hizo sufrir instantáneamente una aceleración tan brusca que me pregunté, retrospectivamente, si antes la noticia contraria, la de la muerte de Albertina, no había exaltado, a la inversa, mi amor, rematando la obra de su partida y retardado su declinación. Sí, ahora que saberla viva y poder reunirme con ella me la hacía de pronto tan poco valiosa, me preguntaba si las insinuaciones de Francisca, la ruptura misma y hasta la muerte (imaginaria, pero cruel) no habían prolongado mi amor: hasta tal punto los esfuerzos de personas ajenas, y hasta del destino por separarnos de una mujer, no hacen sino unirnos más a ella. Ahora ocurría lo contrario. Por otra parte, intentaba recordarla, y quizá porque no tenía más que hacer una señal para que fuera mía, el recuerdo que me vino fue el de una muchacha ya muy gorda, hombruna, ajado el rostro, del que salía ya, como una simiente, el perfil de madame Bontemps. Ya no me interesaba lo que había podido hacer con Andrea o con otras. Ya no sufría el mal que durante tanto tiempo me pareció incurable y en el fondo hubiera podido preverlo. En realidad, la añoranza de una amante, los celos supervivientes son enfermedades físicas como la tuberculosis o la leucemia. Sin embargo, entre los males físicos se pueden distinguir los causados por un agente puramente físico y los que sólo actúan sobre el cuerpo a través de la inteligencia. Sobre todo si la parte de la inteligencia que sirve de hilo de transmisión es la memoria -es decir, si la causa ha muerto o se ha alejado-, por cruel que sea el sufrimiento, por profundo que parezca el trastorno producido en el organismo, es muy raro, pues el pensamiento tiene un poder de renovación o más bien una incapacidad de conservación que no tienen los tejidos, que el pronóstico no sea favorable. En el mismo tiempo que tarda en morir un enfermo de cáncer es muy raro que un viudo, que un padre inconsolable, no se curen; yo estaba curado. ¿Y por esa muchacha que en este momento veía tan gorda y que seguramente había envejecido como habían envejecido las muchachas que ella amara, por esa muchacha tenía yo que renunciar a la esplendorosa niña que era mi recuerdo de ayer, mi esperanza de mañana, a la que ya no podría dar un céntimo, como a ninguna otra, si me casaba con Albertina; renunciar a esta «nueva Albertina» «no como la hemos visto en los infiernos», «sino fiel, sino altiva y hasta un poco hosca»? Era ésta ahora lo que Albertina fue en otro tiempo: mi amor por Albertina no había sido más que una forma pasajera de mi devoción a la juventud. Creemos amar a una muchacha y no amamos, ¡ay!, en ella más que esa aurora cuyo rojo resplandor refleja

momentáneamente su rostro. Pasó la noche. A la mañana siguiente devolví el telegrama al conserje del hotel diciéndole que me lo habían entregado por error y que no era para mí. Me dijo que, una vez abierto, tendría dificultades, que era mejor que me quedase con él; me lo metí en el bolsillo, pero prometí hacer como si no lo hubiera recibido. Había dejado definitivamente de amar a Albertina. De modo que este amor, después de haberse apartado tanto de lo que yo había previsto por mi amor a Gilberta, después de haberme hecho dar un rodeo tan largo y tan doloroso, acababa también por entrar, aunque había sido una excepción, lo mismo que mi amor a Gilberta, en la ley general del olvido.

Pero entonces pensé: me interesaba Albertina más que yo mismo; ahora ya no me interesa porque he pasado cierto tiempo sin verla. Mi deseo de que la muerte no me separara de mí mismo, de resucitar después de la muerte, no era como el deseo de no separarme jamás de Albertina, era un deseo que seguía durando. Pero ¿sería porque me creía más importante que ella, porque cuando la amaba me amaba más a mí mismo? No; era porque, al dejar de verla, dejé de amarla, y no dejé de amarme a mí porque mis lazos cotidianos conmigo mismo no se habían roto como se rompieron los que me unían con Albertina. Pero ¿y si también se rompían los lazos que me unían con mi cuerpo, conmigo mismo...? Desde luego ocurriría lo mismo. Nuestro amor a la vida no es más que un viejo vínculo del que no sabemos desprendernos. Su fuerza está en su permanencia. Pero la muerte que la rompe nos curará del deseo de la inmortalidad.

Después del almuerzo, cuando no iba a deambular solo por Venecia, me preparaba para salir con mi madre, y subía a mi cuarto para coger unos cuadernos donde tomaba notas para un trabajo que estaba haciendo sobre Ruskin. En el golpe brusco de los recodos del muro que formaban ángulos entrantes notaba las restricciones impuestas por el mar, la parsimonia del suelo. Y al bajar para reunirme con mi madre, que me estaba esperando, a aquella hora donde tan grato era en Combray gustar el sol muy próximo en la oscuridad conservada por los postigos cerrados, aquí, de arriba abajo de la escalera de mármol que no se sabía más de lo que se sabría en una pintura del Renacimiento si pertenecía a un palacio o a una galera, se percibía el mismo fresco y la misma sensación del esplendor de fuera gracias a una cortina que se movía delante de las ventanas constantemente abiertas y por las que, en una incesante corriente de aire, se deslizaban la sombra tibia y el sol verdoso como por una superficie flotante y evocaban la vecindad móvil, la iluminación, la reverberante inestabilidad del agua. Generalmente me dirigía a San Marcos y con más gusto porque, como había que tomar una góndola para ir, la iglesia no era para mí como un simple monumento, sino como el término de un trayecto por el agua marina y primaveral con la que San Marcos constituía para mí un todo indivisible y vivo. Mi madre y yo entrábamos en el bautisterio, pisando los mosaicos de mármol y de vidrio del pavimento, teniendo ante nosotros los anchos arcos en los que el tiempo ha curvado ligeramente las superficies ensanchadas y rosas, lo que da a la iglesia, allí donde el tiempo ha respetado la frescura de su colorido, el aspecto de ser de una materia dulce y maleable como un panal de alvéolos gigantescos; en cambio, allí donde el tiempo ha endurecido la materia y donde los artistas la han calado y ornamentado de oro, parece una preciosa encuadernación, en algún cuero de Córdoba, del colosal Evangelio de Venecia. Mi madre, viendo que me iba a quedar mucho tiempo ante los mosaicos que representan el bautismo de Cristo, notando el fresco helado del bautisterio, me echaba un chal sobre los hombros. Cuando yo estaba con Albertina en Balbec creía que, cuando me hablaba del placer que sentiría viendo conmigo una pintura -placer que, a mi juicio, no tenía fun-

damento-, creía que se trataba de una de esas ilusiones inconsistentes que llenan el espíritu de tantas personas que no piensan con claridad. He llegado a un momento en que, cuando recuerdo el bautisterio, ante las aguas del Jordán donde San Juan sumerge a Cristo, mientras la góndola nos esperaba ante la Piazzetta, no me es indiferente que en la fresca penumbra estuviera junto a mí una mujer vestida de luto con el fervor respetuoso y entusiasta de la mujer de edad que vemos en Venecia en la *Santa Ursula* de Carpaccio, y que aquella mujer de rojas mejillas, de ojos tristes, con sus velos negros, y a la que, para mí, nadie podrá jamás hacer salir de ese santuario suavemente alumbrado de San Marcos donde estoy seguro de volverla a encontrar porque tiene allí su sitio reservado e inmutable como un mosaico, que esa mujer sea mi madre.

Carpaccio, al que acabo de nombrar y que era el pintor al que, cuando yo no trabajaba en San Marcos, más nos gustaba visitar, estuvo un día a punto de reanimar mi amor por Albertina. Veía por primera vez *El Patriarca de Grado exorcizando a un poseso.* Miraba el admirable cielo encarnado *y* violeta sobre el que se destacaban esas altas chimeneas incrustadas cuya forma ensanchada, con la roja expansión de los tulipanes, hace pensar en tantas Venecias de Whistler. Después mis ojos iban del viejo Rialto de madera, aquel Ponte Vecchio del siglo xv, a los palacios de mármol adornados de dorados capiteles, volvían al Canal donde las barcas son conducidas por adolescentes con casacas color rosa, con sombreros adornados de plumas, que se podían confundir con un personaje que evocaba verdaderamente a Carpaccio en esa deslumbradora *Leyenda de José,* de Sert, Strauss *y* Kessler. Finalmente, antes de apartarse del cuadro, mis ojos volvieron a la orilla donde pululan las escenas de la vida veneciana de la época. Miraba al barbero secando su navaja, al negro cargando su tonel, las conversaciones de los musulmanes, de los nobles señores venecianos en sus amplios brocados y damascos, con sus tocados de terciopelo color cereza, cuando de pronto sentí en el corazón como una ligera mordedura. En los hombros de uno de los *Compañeros de la Calza,* que se distinguía por los bordados de oro y de perlas que dibujan en la manga o en el cuello el emblema de la gozosa hermandad a la que estaban afiliados, había reconocido la capa que Albertina tomó para ir conmigo en coche descubierto a Versalles la tarde en la que yo estaba lejos de pensar que apenas me separaban quince horas del momento en que iba a marcharse de mi casa. Siempre dispuesta a todo, cuando le pedí que se fuera, aquel día que ella iba a calificar en su última carta como «dos veces crepuscular, porque llegaba la noche y porque íbamos a separarnos», se echó sobre los hombros una capa de Fortuny que se llevó con ella al día siguiente y que no volví a ver jamás en mis recuerdos. Y de este cuadro de Carpaccio lo había tomado el genial hijo de Venecia, de los hombros de este *compañero de la Calza lo* quitó para echarlo sobre los hombros de tantas parisienses, que ciertamente ignoraban, como hasta entonces lo ignoraba yo, que el modelo existía en un grupo de señores, en el primer plano del *Patriarca de Grado,* en una sala de la Academia de Venecia. Lo reconocí todo y, como la capa olvidada me devolvió para mirarla los ojos y el corazón del que aquella tarde iba a salir para Versalles con Albertina, me invadió unos momentos un sentimiento oscuro, y pronto disipado, de deseo y de melancolía.

Había días en que mi madre y yo no nos contentábamos con los museos y las iglesias de Venecia, y una vez en que el tiempo era especialmente bueno nos fuimos hasta Padua para volver a ver aquellos «Vicios» y aquellas «Virtudes» cuyas reproducciones me había dado Swann, y que probablemente siguen aún colgadas en la sala de estudio de la casa de Combray. Después de atravesar a pleno sol el jardín de la Arena, entré en la capilla de los

Giotto, donde la bóveda entera y el fondo de los frescos son tan azules que parece como si el día radiante hubiera traspasado el umbral con el visitante para poner por un momento a la sombra y al fresco su cielo puro, su cielo puro apenas un poco más oscuro sin los dorados de la luz, como en esos breves intervalos en que descansan los días luminosos, cuando, sin que se vea nube alguna, el sol desvía su mirada por un momento y el azul, aún más suave, se oscurece. En aquel cielo transportado a la piedra azulada volaban unos ángeles que yo veía por primera vez, pues Swann sólo me había dado reproducciones de las «Virtudes» y de los «Vicios» y no de los frescos que reproducen la historia de la Virgen y de Cristo. Y en el vuelo de los ángeles volvía a sentir la misma impresión de acción efectiva, literalmente real, que me dieran los gestos de la «Caridad» o de la «Envidia». Con tal fervor celestial, o al menos con tanta sabiduría y aplicación infantiles, juntando sus manitas, están representados los ángeles en la arena, pero como volátiles de una especie particular que hubieran existido realmente y debieran figurar en la historia natural de los tiempos bíblicos y evangélicos. Son unos pequeños seres que no dejan de revolotear ante los santos cuando éstos se pasean; siempre hay algunos sueltos sobre ellos, *y* como son criaturas reales *y* efectivamente volantes, los vemos elevarse, describir curvas, ejecutando *loopings* con la mayor facilidad, picando hacia el suelo de cabeza con gran refuerzo de alas que les permiten mantenerse en posiciones contrarias a las leyes de la gravedad y hacen pensar en una variedad de pájaros desaparecida o en unos jóvenes discípulos de Garros ejercitándose en vuelo planeado mucho más que en los ángeles del arte del Renacimiento y de las épocas siguientes, cuyas alas no son sino emblemas y cuya actitud es habitualmente la misma que la de personajes celestiales no alados.

Al volver al hotel encontraba a unas señoras jóvenes que venían a Venecia, sobre todo de Austria, a pasar los primeros días buenos de aquella primavera sin flores. Había una cuyos rasgos no se parecían a los de Albertina, pero que me gustaba por la misma tez fresca, el mismo mirar alegre y ligero. Pronto me di cuenta de que empezaba a decirle las mismas cosas que al principio le decía a Albertina, de que le disimulaba el mismo dolor cuando me decía que no me iba a ver al día siguiente, que iba a Verona, y en seguida me entraba el deseo de ir a Verona yo también. Esto duró poco, porque la dama tenía que volverse a Austria y nunca más la vería; pero ya, vagamente celoso como se está cuando se empieza a enamorarse, mirando su preciosa y enigmática cara, pensaba yo si también a ella le gustarían las mujeres; si lo que tenía de común con Albertina, aquella claridad de la tez y de las miradas, aquel aire de flaqueza amable que seducía a todo el mundo y que se debía más a que no intentaba en modo alguno conocer las acciones de los demás, que no le interesaban nada, que a confesar las suyas, disimuladas al contrario bajo las más pueriles mentiras, si todo esto, en fin, constituía unos caracteres morfológicos de la mujer a quien le gustan las mujeres. ¿Era esto lo que en ella, sin que yo pudiese penetrar racionalmente el porqué, ejercía sobre mí su atracción, lo que causaba mis inquietudes (causa quizá más profunda de mi atracción por lo que lleva hacia lo que hará sufrir), lo que tanto placer y tanta tristeza me daba cuando la veía, como esos elementos magnéticos que no vemos y que, en el aire de ciertas acciones, nos hacen sentir tanto malestar? Desgraciadamente no lo sabré jamás. Cuando intentaba leer en su rostro hubiera querido pedirle: «Debiera usted decírmelo, me interesaría por conocer una ley de historia natural humana», pero nunca me lo diría; sentía un horror especial por lo que se pareciese a ese vicio y adoptaba una gran frialdad con sus amigas mujeres. Quizá esto mismo era una

prueba de que tenía algo que ocultar, acaso le habían dirigido alguna broma o algún insulto por causa de esto y la actitud que tomaba para evitar que le atribuyeran aquello fuera ese alejamiento revelador que tienen los animales ante las personas que les han pegado. En cuanto a informarse de su vida, era imposible, aun con Albertina, ¡cuánto tiempo tardé en saber algo! Hizo falta la muerte para soltar las lenguas, tan prudente circunspección guardaba Albertina en su conducta, lo mismo que esta mujer. Y aun sobre la misma Albertina, ¿estaba yo seguro de saber algo? Y además, así como las condiciones de vida que más deseamos se nos tornan indiferentes cuando dejamos de amar a la persona que, sin quererlo nosotros, nos las hacía desear porque nos permitían vivir cerca de ella, agradarle en lo posible, lo mismo ocurre con ciertas curiosidades intelectuales. La importancia científica que yo veía en saber el tipo de deseo que se escondía bajo los pétalos ligeramente rosados de aquellas mejillas, en la claridad, clara sin sol como la alborada, de aquellos ojos pálidos, en aquellas jornadas nunca referidas, desaparecería seguramente cuando ya no amara en absoluto a Albertina o cuando ya no amara en absoluto a esta mujer.

Por la noche salía solo, al centro de la ciudad encantada donde me encontraba solo en medio de unos barrios nuevos como un personaje de *Las mil y una noches.* Era raro que no descubriese al azar de mis paseos alguna plaza desconocida y espaciosa de la que no me había hablado ningún guía, ningún viajero. Me internaba en una red de pequeñas calles, de *calli.* Por la noche, con sus altas chimeneas atulipanadas, que el sol tiñe de los rosas más vivos, de los rojos más claros, florece por encima de las casas todo un jardín con matices tan variados que se dijera el jardín de un cultivador de tulipanes de Delft o de Haarlem. Y, por otra parte, la extremada proximidad de las casas hacía de cada ventana un cuadro en el que soñaba una cocinera que miraba por ella, de una muchacha sentada a la que estaba peinando una vieja con cara -adivinada en la sombra- de bruja; de cada pobre casa silenciosa y muy próxima por la suma estrechez de aquellas *calli,* como una exposición de cien cuadros holandeses yuxtapuestos. Aquellas *calli,* apretujadas unas contra otras, dividían en todos los sentidos con sus ranuras el trozo de Venecia cortado entre un canal y la laguna, como si hubiera cristalizado en aquellas formas innumerables, compuestas y minuciosas. De pronto parece como si, al final de una de esas callecitas, se produjera una distensión. Ante mí se extendía, sin que, en aquella red de callejuelas, hubiera podido adivinar su importancia, ni siquiera encontrarles sitio, un suntuoso campo rodeado de preciosos palacios, pálido de luna. Era uno de esos conjuntos arquitectónicos hacia los cuales se dirigen las calles en otra ciudad, conduciéndonos a él y señalándonos-lo. Aquí parecía escondido a propósito en un entrecruzamiento de callejuelas, como esos palacios de los cuentos orientales a los que llevan por la noche a un personaje que, conducido a su casa antes de amanecer, no debe volver a encontrar la mágica morada y acaba por creer que sólo en sueños fue a ella.

Al día siguiente salía en busca de mi bella plaza nocturna, seguía unas *calli* que se parecían todas *y* se negaban a darme el menor dato, a no ser para extraviarme más. A veces un vago indicio, que creía reconocer, me hacía pensar que iba a surgir, en su enclaustramiento, en su soledad y en su silencio, la bella plaza desterrada. En este momento, algún genio malo que había tomado la apariencia de una nueva calle me hacía retroceder, a pesar mío, y me encontraba de nuevo en el Gran Canal. Y como entre el recuerdo de un sueño y el recuerdo de una realidad no hay grandes diferencias, acababa por preguntarme si aquella extraña fluctuación que una gran plaza rodeada de palacios

románticos ofrecía a la meditación detenida del claro de luna no se habría producido durante mi sueño, en un oscuro trozo de cristalización veneciana.

Pero el deseo de no perder para siempre a ciertas mujeres, mucho más que el de no perder ciertas plazas, mantenía en mí en Venecia una agitación que se tornó febril el día en que mi madre decidió que nos marcháramos, cuando al final del día, ya el equipaje en la góndola camino de la estación, leí en un registro de los extranjeros hospedados en el hotel: «Baronesa Putbus y compañía». Inmediatamente, el sentimiento de todas las horas de placer carnal de que nuestra partida iba a privarme elevó aquel deseo, que existía en mí en estado crónico, a la altura de un sentimiento y le ahogó en la melancolía y en la vaguedad; le pedí a mi madre que aplazara por unos días nuestra marcha, y al ver que ni por un momento parecía tomar mi ruego en consideración ni siquiera en serio, se despertó en mis nervios excitados por la primavera veneciana el viejo deseo de resistencia a un complot imaginario tramado contra mí por mis padres, que se imaginaban que no tenía más remedio que obedecer, aquella decisión de lucha que antaño me impulsara a imponer brutalmente mi voluntad a los que más quería, sin perjuicio de conformarme con la suya cuando había conseguido hacerles ceder. Le dije a mi madre que no me iría, pero ella, creyendo más hábil hacer como que pensaba que no lo decía en serio, ni siquiera me contestó. Insistí en que ya vería ella si lo decía en serio o no. Vino el conserje a traernos tres cartas, dos para ella y una para mí, que metí en mi cartera con todas las demás sin mirar siquiera el sobre. Y cuando llegó la hora en que mi madre, seguida de todas mis cosas, salía para la estación, pedí una consumición en la terraza, frente al canal, y me senté mirando la puesta del sol, mientras, en una barca detenida frente al hotel, un músico cantaba *Sole mio.*

El sol seguía declinando. Mi madre no debía de estar ahora muy lejos de la estación. Dentro de un momento partiría, yo me quedaría solo en Venecia, solo con la tristeza de saberla apenada por mí, y sin su presencia para consolarme. Se acercaba la hora del tren, estaba tan próxima mi soledad irrevocable que me parecía ya comenzada y total. Pues me sentía solo, las cosas me resultaban extrañas, ya no tenía bastante tranquilidad para salir de mi corazón palpitante y poner en ellas alguna estabilidad. La ciudad que tenía ante mí había dejado de ser Venecia. Su personalidad, su nombre me parecían como ficciones mentirosas que ya no tenía el valor de infundir a las piedras. Veía los palacios reducidos a sus simples partes y cantidades de mármol parecidas a cualesquiera otras, y el agua como una combinación de hidrógeno y de nitrógeno *[sic],* eterna, ciega, anterior y exterior a Venecia, ignorante de los dux y de Turner. Y, sin embargo, aquel lugar cualquiera era extraño como el lugar al que llegamos y que no nos conoce todavía, como un lugar que hemos dejado y que ya nos ha olvidado. Ya no podía decirle nada de mí, ya no podía poner en él nada de mí, me constreñía a mí mismo, yo no era ya más que un corazón que latía y una atención que seguía ansiosamente el desarrollo de *Sole mio.* Por más que aferrara desesperadamente mi pensamiento a la bella curva característica del Rialto, lo veía con la mediocridad de la evidencia como un puente no sólo inferior, sino tan extraño a la idea que yo tenía de él como un actor del que, a pesar de su peluca rubia y de su traje negro, sabemos bien que, en su esencia, no es Hamlet. Así eran los palacios, el canal, el Rialto, despojados de la idea que constituía su individualidad y disueltos en sus vulgares elementos materiales. Pero al mismo tiempo aquel lugar mediocre me parecía menos lejano. En el estanque del arsenal, debido también a un elemento científico, la latitud, había esa singularidad de las cosas que, aunque semejantes en apariencia a las de nuestro país,

resultan extranjeras, en destierro bajo otros cielos; sentía que aquel horizonte tan cercano, al que llegaría en una hora de barco, era una curvatura de la tierra muy distinta a la de Francia, una curvatura lejana que, por el artificio del viaje, se encontraba amarrada cerca de mí y no hacía sino hacerme notar mejor que yo estaba lejos; tanto que aquel estanque del arsenal, a la vez insignificante y lejano, me producía esa mezcla de desagrado y de susto que sentí la primera vez que, de muy niño, acompañé a mi madre a los baños de Deligny, y donde, en aquel sitio fantástico de un agua oscura que no cubrían el cielo ni el sol y que, sin embargo, rodeada de cabinas, se la sentía comunicar con invisibles profundidades cubiertas de cuerpos humanos, me pregunté si aquellas profundidades, ocultas a los mortales por unas barracas que impedían sospecharlas desde la calle, no serían la entrada de los mares glaciales que comenzaban allí, en los que estaban comprendidos los polos, y si aquel estrecho espacio no sería el mar libre del polo; y en aquel sitio solitario, irreal, glacial, sin simpatía para mí, donde iba a quedarme solo, el canto de *Sole mio* se elevaba como deplorando la Venecia que yo había conocido y parecía tomar por testigo mi dolor. Seguramente habría sido preciso dejar de escucharlo si yo hubiera querido poder alcanzar todavía a mi madre y tomar el tren con ella; habría sido preciso decidir sin perder un segundo mi partida. Pero esto era precisamente lo que no podía hacer; permanecí inmóvil, sin poder no sólo levantarme, sino ni siquiera decidir levantarme. Mi pensamiento, por no enfrentarse con la resolución que debía tomar, se concentraba por entero en seguir el desarrollo de las frases sucesivas de *Sole mio,* en cantar mentalmente con el cantor, en prever el vuelo que iba a tomar la frase, en seguirlo con ella, en volver a caer luego con ella. Claro es que aquel canto insignificante, oído cien veces, no me interesaba nada. No podía complacer a nadie, ni a mí mismo, escuchando religiosamente hasta el fin como cumpliendo un deber. Y, por último, ninguna de aquellas frases de la romanza, conocidas de antemano por mí, podía moverme a la resolución que yo necesitaba; más aún, cada una de aquellas frases, cuando pasaba a su turno, era un obstáculo para tomar eficazmente esta resolución, o más bien me obligaba a la resolución contraria de no marcharme, pues hacía que pasara la hora. De modo que aquella ocupación, sin placer en sí misma, de escuchar *Sole mio* se cargaba de una tristeza profunda, casi desesperada. Me daba perfecta cuenta de que, en realidad, tomaba la resolución de no marcharme por el hecho de permanecer allí sin moverme; pero decirme: «No me voy», que no me era posible en esta forma directa, me lo era en esta otra: «Voy a escuchar una frase más de *Sole mio»;* posible pero infinitamente doloroso, pues el significado práctico de este lenguaje figurado no me pasaba inadvertido, y a la vez que me decía: «Después de todo no hago más que escuchar otra frase», sabía que esto significaba: «Me quedo solo en Venecia». Y quizá esta tristeza, como una especie de frío entumecimiento, constituía el encanto mismo, el encanto desesperado pero fascinante de aquel canto. Cada nota que lanzaba la voz del cantor con una fuerza y una ostentación casi musculares venía a herirme en pleno corazón. Cuando la frase se consumaba en bajo y el trozo parecía terminado, el cantor no se conformaba y reanudaba en alto como si necesitara proclamar una vez más mi soledad y mi desespero. Y por una cortesía estúpida de mi atención a su música, me decía: «No puedo decidirme aún; sigamos mentalmente esta frase en alto». Y la frase aumentaba mi soledad, en la que caía haciéndomela cada minuto más completa, en seguida irrevocable.

Mi madre no debía de estar lejos de la estación. Pronto saldría el tren. Y se extendía ya ante mí la Venecia donde iba a permanecer sin ella. No solamente no contenía ya a mi

madre, sino que, como yo no tenía ya suficiente calma para dejar que mi pensamiento se posara en las cosas que estaban ante mí, aquellas cosas dejaron de contener ya nada de mí; más aún, dejaron de ser Venecia, como si sólo yo hubiera insinuado un alma en las piedras de los palacios y en el agua del canal.

Y me quedé inmóvil, disuelta la voluntad, sin decisión aparente; seguramente en esos momentos está ya tomada: nuestros mismos amigos pueden a veces preverla. Pero nosotros no podemos, y cuántos sufrimientos se nos evitarían si pudiéramos preverla.

Pero de antros más oscuros que aquellos de los que se lanza el cometa que se puede predecir -en virtud del insospechable poder defensivo del hábito inveterado, en virtud de las ocultas reservas que éste, con un impulso súbito, lanza a la liza en el último momento- surgió, por fin, mi acción: eché a todo correr y llegué, con las portezuelas ya cerradas, pero a tiempo para alcanzar a mi madre, roja de emoción, conteniéndose para no llorar, pues creía que *yo ya* no iba a ir. «Ya lo decía tu pobre abuela: es curioso, nadie tan insoportable o tan gentil como este pequeño». En el trayecto vimos Padua y después Verona venir hacia el tren, decirnos adiós casi hasta la estación, y cuando nos alejamos, las vimos volver, porque ellas no partían e iban a reanudar su vida, una a sus campos y otra a su colina.

Pasaban las horas. Mi madre no se apresuró a leer dos cartas que no había hecho más que abrir y procuró que tampoco yo sacara en seguida mi cartera para coger la carta que me había dado el conserje del hotel. Temía, como siempre, que me resultaran los viajes demasiado largos, demasiado fatigosos, y retrasaba lo más posible, para ocuparme en las últimas horas, el momento de desenvolver los huevos duros, pasarme los periódicos, deshacer el paquete de libros que había comprado sin decírmelo. Miré a mi madre, que leía su carta con sorpresa, después levantaba la cabeza, y sus ojos parecían posarse sucesivamente en recuerdos distintos, incompatibles y que ella no lograba conciliar. Mientras tanto, reconocí la letra de Gilberta en mi sobre. Lo abrí. Gilberta me anunciaba su boda con Roberto de Saint-Loup. Me decía que me había telegrafiado sobre esto a Venecia y que no recibió respuesta. Recordé que me habían hablado de lo mal que estaba el servicio de telégrafos. No había recibido su telegrama. Quizá ella no lo creyera. De pronto percibí que un hecho, un hecho antes instalado en mi cerebro en estado de recuerdo, dejaba el sitio y se lo cedía a otro. El telegrama que había recibido últimamente y que creí de Albertina era de Gilberta. Como la originalidad, bastante artificiosa, de la letra de Gilberta consistía principalmente, cuando escribía una línea, en poner en la línea superior las barras de la t, que producían así el efecto de subrayar las palabras, o los puntos sobre las íes, que parecían interrumpir las frases de la línea de encima, y en intercalar, en cambio, en la línea de abajo los rabos y los arabescos que añadía a las palabras, era muy natural que el empleado del telégrafo leyera los bucles de s o de y de la línea superior como «ine» (terminación de Albertine), terminando la palabra Gilberta. El punto sobre la i de Gilberta subió a formar puntos suspensivos. En cuanto a la G, parecía una A gótica. Si, además de esto, el telegrafista leyó mal dos o tres palabras (algunas, desde luego, me parecieron incomprensibles), se explicaban los detalles de mi error, y ni siquiera era necesario. Cuántas letras lee en una palabra una persona distraída y, sobre todo, predispuesta, es decir, que parte de la idea de que la carta es de una determinada persona; cuántas palabras en la frase. Al leer, adivinamos, creamos; todo parte de un error inicial, y los que siguen (y no sólo en la lectura de las cartas y de los telegramas, no sólo en cualquier lectura), por extraordinarios que puedan parecer al que no tiene el mismo

punto de partida, son muy naturales. Una buena parte de lo que creemos, y hasta en las últimas conclusiones es así, con igual obstinación y buena fe, se deriva de un primer error en las premisas.

-¡Oh, es inaudito! -me dijo mi madre-. Mira, a mi edad ya no se asombra uno de nada, pero te aseguro que nada más inesperado que la noticia que me trae esta carta.

-Pues verás -contesté-, no sé lo que será, pero por muy asombroso que sea, no puede serlo tanto como lo que me dicen en ésta. Es una boda. Roberto de Saint-Loup se casa con Gilberta Swann.

-¡Ah! -me dijo mi madre-, pues debe de ser lo que me dicen en la otra carta, la que no he abierto todavía, pues he reconocido la letra de tu amigo.

Y mi madre sonrió con aquella ligera emoción que, desde que perdió a su madre, ponía ella en todo acontecimiento, por poco importante que fuese, que interesara a criaturas humanas capaces de dolor, de recuerdo y que tuvieran también sus muertos. Mi madre me sonrió y me habló con voz dulce, como si, tratando ligeramente aquella boda, temiera olvidar las impresiones melancólicas que podía despertar en la hija y en la viuda de Swann, en la madre de Roberto, que iba a separarse de su hijo y a las cuales mi madre, por bondad, por simpatía debida a su bondad para mí, prestaba su propia emotividad filial, conyugal y maternal.

-¿No tenía yo razón al decirte que no ibas a encontrar nada más sorprendente? -le dije.

-Pues sí -contestó con voz dulce-; la noticia más extraordinaria es la mía, no te diré que la más grande ni la más pequeña, pues esta cita de Sévigné, que hacen todos los que no saben de ella más que esto, desagradaba a tu abuela tanto como «esa cosa tan bonita que es henificar». Nosotros no nos dignamos recoger ese Sévigné de todo el mundo. Esta carta me anuncia la boda del pequeño Cambremer.

-¡Anda! -dije yo con indiferencia-: ¿con quién? Bueno, de todos modos, la personalidad del novio quita a esa boda todo carácter sensacional.

-A menos que se lo dé la novia.

-¿Y quiénes esa novia?

-Si te lo digo en seguida, no tiene mérito. Vamos a ver, busca un poco -repuso mi madre, que, viendo que todavía no habíamos llegado a Turín, quería dejarme tela que cortar, entretenerme un poco más.

-Pero ¿cómo quieres que yo lo sepa? ¿Es alguien muy brillante? Si Legrandin y su hermana están contentos, podemos asegurar que es una boda brillante.

-Legrandin no lo sé, pero la persona que me anuncia la boda dice que madame de Cambremer está encantada. Yo no sé si tú llamarás a eso una boda brillante. A mí me hace el efecto de una boda de los tiempos en que los reyes se casaban con las pastoras, y para eso la pastora es menos que pastora, pero, eso sí, encantadora. Esto hubiera pasmado a tu abuela y no le hubiera desagradado.

-Pero bueno, ¿quién es esa novia?

-Mademoiselle d'Oloron.

-Me parece algo inmenso y nada de pastora, pero no veo quién puede ser. Es un título que estaba en la familia de los Guermantes.

-Precisamente, y monsieur de Charlus se lo dio, al adoptarla, a la sobrina de Jupien. Con ella se casa el pequeño Cambremer.

-¡La sobrina de Jupien! ¡No es posible!

-Es la recompensa a la virtud. Es una boda de final de novela de madame Sand -dijo mi

madre. «Es el precio al vicio, es una boda de final de novela de Balzac», pensé yo.

-Después de todo -le dije a mi madre-, bien pensado, es bastante natural. Ya tenemos a los Cambremer anclados en ese clan de los Guermantes, donde jamás esperaron que podrían armar su tienda; además, la pequeña, adoptada por monsieur de Charlus, tendrá mucho dinero, lo que era indispensable desde que los Cambremer perdieron el suyo; y después de todo es la hija adoptiva, y, según los Cambremer, probablemente la hija verdadera -la hija natural- de alguien que ellos consideran como un príncipe de la sangre. Un bastardo de casa casi real fue siempre considerado como una alianza honrosa por la nobleza francesa y extranjera. Sin remontarnos muy lejos de nosotros, a los Lucinge, no hace más de seis meses, recordarás la boda del amigo de Roberto con aquella muchacha cuya única importancia social era que la suponían, con razón o sin ella, hija natural de un príncipe soberano.

Mi madre, sin dejar de mantener la parte casta de Combray, por la que a mi abuela le habría escandalizado aquella boda, queriendo, ante todo, subrayar el valor del juicio de su madre, añadió:

-Por lo demás, la pequeña es perfecta, y tu querida abuela ni siquiera hubiera necesitado su inmensa bondad, su infinita indulgencia, para no juzgar con severidad la elección del joven Cambremer. ¿Recuerdas lo distinguida que le pareció esa pequeña, hace mucho tiempo, un día que entró a que le cosieran la falda? Entonces no era más que una niña. Y ahora, aunque ya muy crecida y mayorcita, es otra mujer, mil veces más perfecta. Pero tu abuela vio eso de una ojeada. La sobrinilla de un chalequero le pareció más «noble» que el duque de Guermantes -pero mi madre, más aún que alabar a mi abuela, necesitaba considerar preferible para ella que no existiera ya. Era la suprema finalidad de su cariño y como si le evitara un último disgusto-. Y, sin embargo -me dijo mi madre-, ¡quién le había de decir al abuelo Swann (al que no conociste) que iba a tener un bisnieto o una bisnieta por cuyas venas correrían juntas la sangre de la tía Moser, que decía: «Ponchour mezieurs» y del duque de Guisa!

-Pero observa, mamá, que es mucho más extraordinario de lo que dices. Pues los Swann eran gente muy distinguida y, con la posición que tenía su hijo, su hija, si él hubiera hecho una buena boda, habría podido hacerla muy buena. Pero todo se vino al suelo porque se casó con una *cocotte.*

-¡Oh!, una *cocotte...* Quizá eran las malas lenguas, yo no lo creí nunca del todo.

-Sí, una *cocotte,* otro día te haré incluso revelaciones familiares.

Mi madre, absorta en sus evocaciones, acabó por decir:

-¡La hija de una mujer a la que tu padre nunca me hubiera permitido saludar, casarse con el sobrino de madame de Villeparisis, a la que tu padre, al principio, no me permitía ir a visitar, porque le parecía de un mundo demasiado brillante para mí! -y después-: ¡El hijo de madame de Cambremer, para el que tanto se resistía Legrandin a darnos una recomendación, porque no nos encontraba demasiado elegantes, casándose con la sobrina de un hombre que jamás se hubiera atrevido a subir a nuestra casa más que por la escalera de servicio!... Al fin y al cabo tu pobre abuela tenía razón, recuerda cuando decía que la alta aristocracia hacía cosas que chocarían a unos pequeños burgueses y que la reina María Amelia había bajado para ella por sus amabilidades con la amante del príncipe de Condé para que le hiciera testar a favor del duque de Aumale. Ya te acordarás de que le chocaba que las descendientes de la casa de Gramont, que fueron verdaderas santas, llevaran desde siglos el nombre de Corisande en memoria de las relaciones de una abuela con

Enrique IV. Son cosas que quizá se hacen también en la burguesía, pero se ocultan más. ¡Cuánto le hubiera divertido esto a tu pobre abuela! -exclamó mi madre con tristeza, pues las alegrías que tanto nos dolía que mi abuela no gozara eran las alegrías más simples de la vida, una noticia, una obra de teatro, menos aún: una «imitación», que la hubieran divertido-. Tanto como asombrarla, no, pero estoy segura de que esas bodas le habrían chocado, le habrían resultado penosas, así que creo preferible que no se haya enterado -añadió mi madre, pues, ante todo acontecimiento, le gustaba pensar que a mi abuela le habría producido una impresión muy especial, debido a la maravillosa singularidad de su naturaleza, y que tenía una importancia extraordinaria. Ante todo acontecimiento triste que no se hubiera podido prever en tiempo de mi abuela, la desgracia o la ruina de uno de nuestros antiguos amigos, una calamidad pública, una epidemia, una guerra, una revolución, mi madre se decía que quizá era mejor que mi abuela no hubiera visto nada de todo aquello, que le habría dado demasiada pena, que acaso no habría podido soportarlo. Y cuando se trataba de una cosa chocante como ésta, mi madre, por un movimiento de corazón inverso al de los malos que se complacen en suponer que las personas a quienes ellos no quieren han sufrido más de lo que se cree, no quería admitir, en su cariño por mi abuela, que pudiera ocurrirle nada triste, nada decepcionante. Se figuraba siempre a mi abuela fuera del alcance de todo mal que no debía producirse, diciéndose que, después de todo, la muerte de mi abuela quizá fue un bien, por evitar el espectáculo demasiado feo del tiempo presente a aquella naturaleza tan noble, incapaz de resignarse a él. Pues el optimismo es la filosofía del pasado. Como los acontecimientos que han tenido lugar son, entre todos los posibles, los únicos que conocemos, el mal que han producido nos parece inevitable, y el poco bien que no han podido llevarse con ellos, a ellos se lo abonamos, imaginando que, sin ellos, no se habría producido. Al mismo tiempo, mi madre intentaba adivinar mejor lo que mi abuela hubiera sentido ante aquellas noticias, y creyendo al mismo tiempo que a nuestras mentes, menos elevadas que la suya, les era imposible adivinarlo-. De veras -reanudó mi madre-, ¡cuánto le hubiera asombrado a tu abuela! -y yo notaba que mi madre sufría por no poder decírselo, lamentando que mi abuela no pudiera saberlo y pareciéndole una especie de injusticia que en la vida surgieran hechos que mi abuela no habría podido creer, haciendo así, retrospectivamente, falso e incompleto el conocimiento que ella se había llevado de los seres y de la sociedad, pues la boda de la sobrina de Jupien con el sobrino de Legrandin era como para modificar las nociones generales de mi abuela, como lo era la noticia -si mi madre hubiera podido hacérsela llegar- de que se había conseguido resolver el problema, que mi abuela creía insoluble, de la navegación aérea y de la telegrafía sin hilos. Pero luego veremos que este deseo de mi madre de hacer compartir a mi abuela los beneficios de nuestra ciencia llegó pronto a parecer aún demasiado egoísta[32].

[32] Me enteré -pues no había podido asistir en Venecia a todo aquellode que a mademoiselle de Forcheville la habían pedido el duque de Châtellerault y el príncipe de Silistrie, mientras que Saint-Loup intentaba casarse con mademoiselle d'Entrague, hija del duque de Luxembourg. He aquí lo que había ocurrido. Como mademoiselle de Forcheville tenía cien millones, madame de Marsantes pensó que era una excelente boda para su hijo. Cometió el error de decir que aquella muchacha era encantadora, que ella ignoraba en absoluto si era rica o pobre, que no quería saberlo, pero que, incluso sin dote, sería una suerte para el muchacho más dificil tener una mujer como aquélla. Era demasiado audacia para una mujer a la que sólo le tentaban los cien millones que le cerraban los ojos sobre lo demás. En seguida se comprendió que pensaba en ella para su hijo. La princesa de Silistrie se puso a vociferar en todas partes, a ponderar las grandezas de Saint-Loup, a clamar que si Saint-Loup se casaba con la hija de Odette y de un judío, se acabó

Aquellas bodas provocaron vivos comentarios en los mundos más diferentes.

Varias amigas de mi madre que habían visto a Saint-Loup en nuestra casa vinieron el día que mi madre recibía y preguntaron si el novio era efectivamente aquel amigo mío. Algunos llegaron a decir, en cuanto a la otra boda, que no se trataba de los Cambremer-Legrandin. Lo sabían de buena tinta, pues la marquesa Legrandin por su familia lo desmintió la víspera misma del día en que se hicieron públicos los esponsales. En cuanto a mí, me preguntaba por qué monsieur de Charlus, por una parte, y Saint-Loup, por otra, que habían tenido ocasión de escribirme poco antes, me hablaban de proyectos tan amistosos de viajes y cuya realización debería excluir la posibilidad de aquellas ceremonias, y no me decían nada de ellas. Sin pensar en el secreto que se guarda hasta el final en esta clase de cosas, saqué la conclusión de que eran menos amigos míos de lo que yo creyera, y esto, en cuanto a Saint-Loup, me entristecía. Pero sabiendo que la amabilidad, el trato llano, el «de igual a igual» de la aristocracia era una comedia, ¿por qué me extrañaba que me exceptuaran? En la casa de mujeres -donde se buscaban cada vez más hombres-, aquella en que monsieur de Charlus sorprendió a Morel y en la que la «subdirectora», gran lectora de *Le Gaulois,* comentaba las noticias mundanas, esta patrona, hablando con un señor que iba con unos jóvenes a beber *champagne* sin parar, porque, ya muy grueso, quería llegar a estar lo bastante obeso para tener la seguridad de que, si había guerra, no le «cogerían», declaró: «Parece ser que el niño Saint-Loup es "de esos" y el niño Cambremer también. ¡Pobres esposas! En todo caso, si conocéis a esos prometidos, tenéis que enviárnoslos, aquí encontrarán todo lo que quieran, y se puede ganar con ellos mucho dinero.» A lo que el señor gordo, aunque él era «de esos», replicó, pues era un poco *snob,* que solía ver a Cambremer *y a* Saint-Loup en casa de sus primos los Ardonvillers, y que eran muy mujeriegos y todo lo contrario de «eso». «¡Ah!», concluyó la subdirectora en un tono escéptico, pero sin tener ninguna prueba y convencida de que, en nuestro siglo, la perversidad de costumbres rivalizaba con el absurdo calumniador de los chismes. Algunas personas a las que no vi me escribieron y me preguntaron «qué pensaba yo» de aquellas dos bodas, exactamente como quien abre una encuesta sobre la altura de los sombreros de las mujeres en los teatros o sobre la novela psicológica. No tuve valor para contestar a estas cartas. Yo no pensaba nada de aquellas dos bodas, pero sentía una inmensa tristeza, como cuando dos partes de nuestra existencia pasada, amarradas cerca de nosotros, y en las cuales, quizá perezosamente, al día, fundamos alguna esperanza inconfesada, se alejan definitivamente, con un alegre chisporroteo de llamas, para destinos extranjeros, como dos barcos. En cuanto a los

---

el Faubourg Saint-Germain. Madame de Marsantes, por segura que ella misma estuviera, no se atrevió a seguir adelante y se retiró ante los gritos de la princesa de Silistrie, que inmediatamente preparó la petición para su propio hijo. Los gritos no habían tenido otra finalidad que reservarse a Gilberta. A todo esto, madame de Marsantes, por no tragarse el fracaso, volvió en seguida los ojos hacia mademoiselle d'Entragues, hija del duque de Luxembourg. Como ésta no tenía más que veinte millones, le convenía menos, pero dijo a todo el mundo que un Saint-Loup no podía casarse con una mademoiselle Swann (ya ni siquiera se hablaba de Forcheville). Al poco tiempo, como alguien dijera atolondradamente que el duque de Châtellerault pensaba casarse con mademoiselle d'Entragues, madame de Marsantes, que era más puntillosa que nadie, levantó el gallo, volvió a Gilberta, la pidió para Saint-Loup y se celebraron inmediatamente los esponsales. [La edición de La Pléiade separa a pie de página este pasaje, con la advertencia de que se halla incompleto en el manuscrito. *(N. de la T.)]*

interesados mismos, tuvieron sobre sus propias bodas una opinión muy natural, puesto que se trataba no de otros sino de ellos. Nunca se habían cansado de burlarse de esas «grandes bodas» fundadas en una tara secreta. Y hasta los Cambremer, de una casa tan antigua y de pretensiones tan modestas, hubieran sido los primeros en olvidar a Jupien y en recordar sólo las inauditas grandezas de la casa de Oloron de no haberse producido una excepción en la persona a quien más debiera halagar esa boda, la marquesa de Cambremer-Legrandin. Pero, perversa por naturaleza, anteponía el placer de humillar a los suyos al de glorificarse ella misma. Así, pues, como no quería a su hijo y en seguida la tomó con su futura nuera, declaró que era lamentable para un Cambremer casarse con una persona que no se sabe de dónde venía y tenía unos dientes tan mal dispuestos. En cuanto a la propensión del joven Cambremer a tratarse con literatos, como, por ejemplo, Bergotte y el mismo Bloch, es natural que una boda tan brillante no produjera el efecto de hacerle más *snob,* sino que, sintiéndose ahora sucesor de los duques de Oloron, «príncipes soberanos», como decían los periódicos, estaba lo bastante convencido de su grandeza para poder tratarse con quienquiera que fuese. Y dejó a la pequeña nobleza por la burguesía inteligente, los días en que no se dedicaba a las altezas. Aquellas notas de los periódicos, sobre todo en lo que se refería a Saint-Loup, dieron a mi amigo, de cuyos antepasados regios se daba relación, una grandeza nueva, pero que no hizo más que entristecerme, como si ahora fuera otra persona, el descendiente de Roberto el Fuerte más bien que el amigo que, muy poco tiempo antes, se había sentado en *el traspuntín* del coche para que yo fuese mejor en el fondo; no haber previsto su boda con Gilberta, que, de pronto, en mi carta, resultó tan diferente de lo que yo podía pensar de cada uno de ellos la víspera, inopinada como un precipitado químico, me hacía sufrir, cuando hubiera debido pensar que había tenido mucho que hacer y que además, en el gran mundo, las bodas se hacen así, de repente, para sustituir una combinación distinta que se ha frustrado. Y la tristeza, tétrica como un desahucio, amarga como los celos, que, por lo inesperadas, por el detalle del choque, me causaron aquellas dos bodas fue tan profunda, que más tarde me la recordaron, glorificándome absurdamente por ella, como si hubiera sido lo contrario de lo que fue en el momento mismo, un doble y hasta triple y cuádruple presentimiento.

La gente del gran mundo que no había hecho ningún caso de Gilberta me dijo en un tono gravemente interesado: «¡Ah!, es la que se casa con el marqués de Saint-Loup», y la miraban con esa atención de las personas no sólo ávidas de los acontecimientos de la vida parisiense sino que además quieren enterarse y creen en la profundidad de su mirada. Los que, por el contrario, conocían sólo a Gilberta, miraron a Saint-Loup con suma atención, y muchos (algunos de los cuales apenas me conocían) me pidieron que los presentara, y volvían de la presentación al novio vestidos de fiesta, diciéndome: «Es muy distinguido». Gilberta estaba convencida de que el nombre del marqués de Saint-Loup era mil veces más ilustre que el del duque de Orleáns, pero, como pertenecía, ante todo, a su generación espiritual, no quiso parecer menos inteligente que los demás y se complació en decir *mater semita,* añadiendo para parecer más inteligente aún: «En cambio, para mí, es mi *pater».*

«Dicen que ha sido la princesa de Parma la que ha hecho el casamiento del pequeño Cambremer», me dijo mamá. Era verdad. La princesa de Parma conocía desde hacía tiempo, por las obras de caridad, por una parte, a Legrandin, que le parecía un hombre distinguido; por otra, a madame de Cambremer, que cambiaba de conversación cuando la

princesa le preguntaba si era verdad que era hermana de Legrandin. La princesa sabía cuánto le dolía a madame de Cambremer haber quedado a la puerta de la alta sociedad aristocrática, donde nadie la recibía. En cuanto a la princesa de Parma, que se había encargado de buscarle un partido a mademoiselle d'Oloron, preguntó a monsieur de Charlus si sabía quién era un hombre agradable y culto que se llamaba Legrandin de Méséglise (así se hacía llamar ahora Legrandin); el barón contestó primero que no, pero de pronto se acordó de un viajero al que había conocido una noche y que le dejó su tarjeta. Insinuó una sonrisa. «Quizá es el mismo», pensó. Cuando se enteró de que se trataba del hijo de la hermana de Legrandin, dijo:

-¡Anda, sería verdaderamente extraordinario! Si se parece a su tío, después de todo, no sería para asustarme, siempre he dicho que son los mejores maridos.

-¿Quiénes? -preguntó la princesa.

-¡Oh!, se lo explicaría con mucho gusto si nos viéramos más a menudo. Con su alteza se puede hablar. ¡Es tan inteligente! -dijo Charlus con un deseo de confidencias que, sin embargo, no pasó de aquí. El nombre de Cambremer le agradó, aunque no le gustaban los padres, pero sabía que era una de las cuatro baronías de Bretaña y lo mejor que podía esperar para su hija adoptiva; era un nombre antiguo, respetado, con sólidas alianzas en su provincia. Un príncipe hubiera sido imposible y además no deseable. Cambremer era lo que convenía. La princesa mandó a buscar en seguida a Legrandin. Desde hacía algún tiempo había cambiado físicamente, y bastante favorablemente. Como las mujeres que sacrifican resueltamente su cara a la esbeltez del tipo y no salen de Marienbad, Legrandin había tomado el aspecto desenvuelto de un oficial de caballería. Mientras que monsieur de Charlus se había vuelto torpe y lento, Legrandin era ahora más esbelto y ligero, efecto contrario de una misma causa. Esta velocidad obedecía además a causas psicológicas. Tenía la costumbre de ir a ciertos lugares poco recomendables procurando que no le vieran entrar ni salir. Cuando la princesa de Parma le habló de los Guermantes, de Saint-Loup, dijo que los había conocido siempre, haciendo una especie de mezcolanza entre el hecho de haber conocido siempre, *de nombre,* a los Guermantes y haber visto, *en persona,* en casa de mi tía, a Swann, el padre de la futura madame de Saint-Loup, y no haber querido tratar ni a la mujer ni a la hija de Swann. «Hasta he viajado últimamente con el hermano del duque de Guermantes, con monsieur de Charlus. Él mismo inició la conversación, lo que demuestra que no es un necio envarado ni un pretencioso. Sí, ya sé todo lo que dicen de él, pero yo no creo nunca esas cosas. Además a mí no me importa la vida privada de los demás. Me ha hecho el efecto de un hombre sensible, de un corazón bien cultivado.» Entonces la princesa de Parma habló de mademoiselle d'Oloron. En el círculo de los Guermantes se enternecían con la nobleza de corazón de monsieur de Charlus, que, bueno como siempre había sido, hacía la felicidad de una muchacha pobre y encantadora. El duque de Guermantes, que sufría por la fama de su hermano, daba a entender que sí, que aquello era muy bonito, pero muy natural. «No sé si me entienden, en ese asunto todo es natural», decía torpemente a fuerza de habilidad. Quería indicar que la muchacha era una hija de su hermano, a la que reconocía. Al mismo tiempo explicaba lo de Jupien. La princesa de Parma insinuó esta versión para hacer ver a Legrandin que, después de todo, el joven Cambremer se iba a casar con algo así como mademoiselle de Nantes, una de aquellas bastardas de Luis XIV que no desdeñaron ni el duque de Orleáns ni el príncipe de Conti.

Aquellas dos bodas, de las que hablamos mi madre y yo en el tren que nos traía a París,

produjeron unos efectos bastante notables en ciertos personajes que han figurado ya en este relato. En primer lugar, en Legrandin. Inútil decir que irrumpió como un huracán en el hotel de monsieur de Charlus, absolutamente como en una casa de mala nota, donde no debía ser visto, *y,* a la vez, por demostrar su valentía *y* disimular su edad -pues nuestros hábitos nos siguen incluso allí donde no nos sirven para nada-, y casi nadie notó que monsieur de Charlus le dirigió al saludarle una sonrisa difícil de captar, y más aún de interpretar; una sonrisa igual en apariencia -y en el fondo era exactamente inversa- a la que se dirigen dos hombres que tienen la costumbre de verse en la buena sociedad, si, por casualidad, se encuentran en un lugar de mala nota (por ejemplo, el Elysée, donde el general de Froberville, cuando encontraba a Swann, le miraba con la mirada irónica y la misteriosa complicidad de dos asiduos de la princesa de Laumes, que se comprometen en casa de monsieur Grévy). Pero lo notable fue el favorable cambio de su naturaleza. Desde hacía tiempo -y desde la época en que yo, de muy niño, iba a pasar las vacaciones a Combray-, Legrandin cultivaba relaciones aristocráticas que le valían a lo sumo una invitación aislada para unos días infecundos. De pronto, la boda de su sobrino venía a enlazar aquellos fragmentos lejanos, y Legrandin alcanzó una posición mundana, a la que dieron retroactivamente cierta solidez sus antiguas relaciones con personas que sólo le habían tratado particular pero íntimamente. Algunas damas a quienes se pretendía presentarle contaron que, desde hacía veinte años, pasaba quince días en su casa del campo y que era él quien les había regalado el precioso barómetro antiguo del salón pequeño. Entró por casualidad en algunos «grupos» donde figuraban duques que ahora emparentaban con él. Y el caso es que, en cuanto llegó a esta posición mundana, dejó de aprovecharla. No solamente porque, ahora que se sabía que le recibían, ya no le causaba ningún placer ser invitado, sino porque, de los dos vicios entre los que oscilara durante tanto tiempo, el menos natural, el *snobismo,* cedía el sitio a otro menos artificial, puesto que marcaba, al menos, una especie de retorno, aunque desviado, hacia la naturaleza. Desde luego, no son incompatibles y se puede explorar un barrio al salir de la fiesta de una duquesa. Pero el enfriamiento de la edad apartaba a Legrandin de acumular tantos placeres, de salir, como no fuera a tiro hecho, y también le hacía bastante platónicos los de la naturaleza, consistentes, sobre todo, en amistades, en charlas que llevaban tiempo y le llevaban a pasar casi todo el suyo en el pueblo, dejándole poco para la vida de sociedad. La misma madame de Cambremer se tornó bastante indiferente a la amabilidad de la duquesa de Guermantes. Obligada ésta a tratar a la marquesa, se dio cuenta, como ocurre siempre que se vive más con seres humanos, es decir, con cualidades que se acaba por descubrir y defectos a los que se acaba por acostumbrarse, de que madame de Cambremer era una mujer dotada de una inteligencia y provista de una cultura que yo, por mi parte, apreciaba poco, pero que a la duquesa le parecieron notables. En consecuencia fue a menudo, al atardecer, a hacer largas visitas a madame de Cambremer. Pero en cuanto ésta se vio solicitada por la duquesa de Guermantes, se evaporó el maravilloso encanto que se imaginaba en ella. Y la recibía por cortesía más bien que por gusto.

En Gilberta se produjo un cambio más notable, a la vez simétrico y diferente del que se había producido en Swann casado. Claro que, los primeros meses, a Gilberta le encantó recibir a la sociedad más selecta. Sólo por la herencia invitaban a los amigos íntimos, a los que su madre tenía apego, pero sólo ciertos días en los que no había más que ellos, encerrados aparte, lejos de las personas elegantes, y como si el contacto de madame

Bontemps o de madame Cottard con la princesa de Guermantes o con la princesa de Parma pudiera producir, como el contacto de dos pólvoras inestables, catástrofes irreparables. Sin embargo, los Bontemps, los Cottard y otros, aunque decepcionados por comer entre ellos, estaban orgullosos por poder decir: «Hemos comido en casa de la marquesa de Saint-Loup», más aún porque, a veces, llegaban a la audacia de invitar con ellos a madame de Marsantes, que se conducía como verdadera gran dama, con un abanico de concha y de pluma, por interés de la herencia. Sólo que, de vez en cuando, se cuidaba de alabar a las personas discretas que sólo se presentan cuando se las llama, advertencia con la cual dirigía su más gracioso y altivo saludo a los buenos entendedores de la clase Cottard, Bontemps, etc. Quizá por causa de mi «amiguita de Balbec», por cuya tía me gustaba ser visto en aquel círculo, yo hubiese preferido ser de estas series. Pero Gilberta, para quien ahora yo era sobre todo un amigo de su marido y de los Guermantes (y que -quizá desde Combray, donde mis padres no trataban a su madre-, a la edad en que no sólo no damos este o el otro valor a las cosas y las clasificamos por especies, me había dotado de este prestigio que ya no se pierde después), consideraba indignas de mí aquellas reuniones, y cuando me iba me decía: «Me ha gustado mucho verle, pero venga más bien pasado mañana; verá a mi tía Guermantes, a madame de Poix; hoy eran amigas de mamá, por dar gusto a mamá». Pero esto no duró más que unos meses y en seguida cambió todo de arriba abajo. ¿Sería porque la vida social de Gilberta debía de tener los mismos contrastes que la de Swann? En todo caso, hacía poco tiempo que Gilberta era marquesa de Saint-Loup (y poco después, como se verá, duquesa de Guermantes), y, llegada a lo más brillante y más difícil, pensando que el nombre de Guermantes se había incorporado a ella como un esmalte dorado y que, tratase a quien tratase, sería para todo el mundo la duquesa de Guermantes (lo que era un error, pues el valor de un título de nobleza, como la bolsa, sube cuando se solicita y baja cuando se ofrece)[33], compartiendo, en una palabra, la opinión de aquel personaje de opereta que dice: «Mi nombre me dispensa, a lo que creo, de decir más», dio en hacer ostentación de desprecio por lo que tanto había deseado, en declarar que todos los del Faubourg Saint-Germain eran idiotas, intratables, y, pasando de la palabra a la acción, dejó de tratarlos. Algunas personas que la conocieron después de esta época, y en su primer trato con ella, *oye*ron a esta duquesa de Guermantes burlarse graciosamente de la gente de pro a la que tan fácil le hubiera sido tratar, no recibir ni a una sola persona de esta sociedad, y si una

[33] Todo lo que nos parece imperecedero tiende a la destrucción; una situación mundana, como cualquier otra cosa, no se crea de una vez para siempre, sino que, de la misma manera que el poder de un imperio se reconstruye a cada momento por una especie de creación perpetuamente continua, lo que explica las anomalías aparentes de la historia mundana o politica a lo largo de medio siglo. La creación del mundo no tuvo lugar en un principio, tiene lugar todos los días. La marquesa de Saint-Loup se decía: «Soy la marquesa de Saint-Loup»; sabía que había rechazado la víspera tres comidas en casa de duquesas. Pero si su nombre elevaba, en cierta medida, a la gente tan poco aristocrática a la que ella recibía, por un efecto inverso la gente que recibía la marquesa despreciaba el nombre que ésta llevaba. No hay nada que resista a tales reacciones: hasta los nombres más grandes acaban por sucumbir. ¿No había conocido Swann a una princesa de la casa de Francia cuyo salón cayó al último rango porque en él recibían a cualquiera? Un día en que la princesa de Laumes fue por deber a pasar un momento a casa de esta alteza, donde no encontró más que a gente de poco más o menos, al entrar después en casa de madame Leroi, dijo a Swann y al marqués de Modème: «Por fin me encuentro en país amigo. Vengo de casa de la señora condesa de X..., y no había allí tres caras conocidas.» [La edición de La Pléiade añade esta «adición marginal», con la advertencia de que, situada en el lugar indicado por Proust, rompe la continuidad de la frase. *(N. de la T.)]*

de ellas, aunque fuera la más brillante, se aventuraba a ir a su casa, darle abiertamente con la puerta en las narices; se sonreían retrospectivamente de haber podido encontrar ellos algún prestigio en el gran mundo, y no se atreverían jamás a confiar este humillante secreto de sus debilidades pasadas a una mujer a la que, por una elevación esencial de su naturaleza, creen incapaz, en todo tiempo, de comprender tales debilidades. «La oyen burlarse de los duques con tanta gracia, y, lo que es más significativo, ven su conducta tan de acuerdo con sus burlas...» Desde luego, no piensan en buscar las causas accidentales por las cuales pasó mademoiselle Swann a mademoiselle de Forcheville, y mademoiselle de Forcheville a marquesa de Saint-Loup y después a duquesa de Guermantes. Quizá no pensaban tampoco que estas causas accidentales servirían, tanto por ellas como por sus efectos, para explicar la actitud posterior de Gilberta, pues el trato de los plebeyos no lo concibe exactamente de la misma manera mademoiselle Swann que una dama a quien todo el mundo llama «señora duquesa» y a quien esas duquesas que la aburren llaman «prima». Se suele desdeñar un fin que no se ha conseguido alcanzar o que se ha alcanzado definitivamente. Y este desdén nos parece formar parte de las personas que no conocemos todavía. Si pudiéramos remontar el curso de los años, quizá las encontráramos destrozadas, más frenéticamente que nadie, por esos mismos defectos que han logrado enmascarar o vencer hasta tal punto que las consideramos incapaces no sólo de haber caído jamás ellas mismas en tales defectos, sino hasta de disculparlos en los demás, porque no pueden concebirlos. El salón de la nueva marquesa de Saint-Loup tomó muy pronto su aspecto definitivo (al menos desde el punto de vista mundano, pues ya veremos los trastornos que en otro sentido había de sufrir). Pero este aspecto era sorprendente en esto. Todavía se recordaba que las recepciones más pomposas, más refinadas de París, tan brillantes como las de la princesa de Guermantes, eran las de madame de Marsantes, la madre de Saint-Loup. Por otra parte, en los últimos tiempos, el salón de Odette, de categoría mucho menor, era deslumbrador de lujo y de elegancia. Saint-Loup, satisfecho de gozar, gracias a la gran fortuna de su mujer, de todo el bienestar que podía desear, no pensaba más que en estar tranquilo después de una buena comida y con unos artistas que iban a tocar buena música. Y aquel joven que en otra época parecía tan orgulloso, tan ambicioso, invitaba a compartir su lujo a unos compañeros a los que su madre no habría recibido. Gilberta, por su parte, ponía en práctica el aforismo de Swann: «La calidad importa poco, lo que temo es la cantidad». Y Saint-Loup, de rodillas ante su mujer, porque la amaba y porque le debía precisamente aquel lujo, no pensaba en contrariar aquellos gustos, tan parecidos a los suyos. De suerte que las grandes recepciones de madame de Marsantes y de madame de Forcheville, dadas durante años con vistas, sobre todo, a colocar brillantemente a sus hijos, no dieron lugar a ninguna recepción de monsieur y de madame de Saint-Loup. Tenían los caballos más hermosos para montar juntos, tenían el yate más bonito para hacer viajes de recreo -pero sin llevar más que dos invitados-. En París tenían todas las noches tres o cuatro amigos a comer, nunca más; de modo que, por una regresión imprevista y, sin embargo, natural, cada una de las dos inmensas pajareras maternas fue sustituida por un nido silencioso.

La persona que menos aprovechó estas dos uniones fue la joven mademoiselle d'Oloron, quien, contraída ya la fiebre tifoidea el día del casamiento religioso, se arrastró penosamente a la iglesia y murió a las pocas semanas. En la esquela de defunción figuraban, junto a nombres como el de Jupien, casi todos los más grandes de Europa, como los de los vizcondes de Montmorency, de S. A. R. la condesa de BourbonSoissons,

del príncipe de Modène-Este, de la vizcondesa de Edumea, de lady Essex, etc. Seguramente el nombre de todas estas grandes alianzas no podía sorprender, ni siquiera a quienes sabían que la difunta era la hija[34] de Jupien. Porque lo importante es tener una gran alianza. De este modo, interviniendo el *casus foederis,* la muerte de la pequeña plebeya pone de luto a todas las familias principescas de Europa. Pero muchas personas de las nuevas generaciones, y que no conocían las posiciones reales, aparte de que podían tomar a María Antonia de Oloron, marquesa de Cambremer, por una dama de la más alta estirpe, podrían cometer otros muchos errores leyendo aquella esquela de defunción. Así, pues, a poco que sus viajes a través de Francia les permitieran conocer el país de Combray, al ver que madame L. de Méséglise, que el conde de Méséglise figuraba en la esquela de defunción entre los primeros, muy cerca del duque de Guermantes, pudieran no sentir ningún asombro: Méséglise y Guermantes están muy próximos. «Antigua nobleza de la misma región, quizá emparentada desde generaciones -podrían decirse-. Quién sabe si no es una rama de los Guermantes quien lleva el nombre de los condes de Méséglise.» Ahora bien, el conde de Méséglise no tenía nada que ver con los Guermantes y ni siquiera formaba parte del clan Guermantes, sino del clan Cambremer, puesto que el conde de Méséglise, que, por un rápido ascenso, sólo dos años fue Legrandin de Méséglise, era nuestro antiguo amigo Legrandin. Desde luego, falso título por falso título, pocos había que pudieran ser tan desagradables como éste para los Guermantes. Habían emparentado antiguamente con los verdaderos condes de Méséglise, de los que no quedaba más que una mujer, hija de unos padres oscuros y degradados, casada ella misma con un colono enriquecido de mi tía, a la que compró Mirougrain, y que, llamado Ménager, se hacía llamar ahora Ménager de Mirougrain, de modo que cuando se decía que su mujer se llamaba de Méséglise, se pensaba que debía de ser más bien nacida en Méséglise y que era de Méséglise como su marido de Mirougrain.

Cualquier otro falso título habría molestado menos a los Guermantes. Pero la aristocracia sabe aceptar esos falsos títulos, y otros muchos, cuando entra en juego un casamiento que se considera útil desde cualquier punto de vista. Amparado por el duque de Guermantes, Legrandin fue para una parte de esta generación, y lo será para la totalidad de la siguiente, el verdadero conde de Méséglise.

Otro error en que puede caer cualquier joven lector poco enterado sería el de creer que el barón y la baronesa de Forcheville, en su calidad de padres y suegros del marqués de Saint-Loup, formaban parte del clan Guermantes. Y no, no figuraban en este clan, porque el pariente de los Guermantes era Roberto y no Gilberta. El barón y la baronesa de Forcheville, a pesar de esta falsa apariencia, figuraban en la parte de la esposa, y no por la parte Cambremer, no por los Guermantes, sino por Jupien, del que nuestro lector más enterado sabe que Odette era prima hermana.

Después de la boda de su hija adoptiva, toda la protección de monsieur de Charlus recayó en el joven marqués de Cambremer; los gustos del aspirante, parecidos a los del barón, desde el momento que no impidieron a éste elegirle para marido de mademoiselle d'Oloron, no hicieron sino ascenderle, cuando enviudó, en el aprecio de monsieur de Charlus. No es que le faltaran otras cualidades para ser un compañero encantador para el barón. Pero hasta en un hombre de alto valor es ésa una cualidad que no desdeña el que le incorpora a su intimidad y que le hace especialmente cómodo si además sabe jugar al *whist.* El joven marqués tenía una inteligencia notable y, como decían ya en Féterne

[34] Hasta aquí la aludida ha figurado siempre como sobrina y no como hija de Jupien. *(N. de la T.)*

cuando era todavía un niño, salía completamente a la rama de su abuela, era tan entusiasta, tan músico como ella. Reproducía además ciertas particularidades de ésta, pero más por imitación, como toda la familia, que por atavismo. Así, cuando, al poco tiempo de morir su mujer, recibí una carta con la firma de Leonor, nombre que yo no recordaba que fuera el suyo, no caí en quién me escribía hasta que leí la fórmula final: «Crea en mi verdadera simpatía». Esta palabra, *verdadera,* «puesta en su lugar», añadía al nombre Leonor el apellido de Cambremer.

Ya estaba entrando el tren en la estación de París y mi madre y yo seguíamos hablando de aquellas dos noticias que, para que el camino no me pareciera demasiado largo, quiso ella reservar para la segunda parte del viaje y no me las dijo hasta después de pasar Milán. Mi madre había vuelto en seguida al punto de vista que, para ella, era verdaderamente el único, el de mi abuela. Empezó por pensar que a mi abuela le hubiera sorprendido aquello, después se dijo que la hubiera entristecido, lo que era simplemente una manera de decir que a mi abuela la hubiera alegrado un acontecimiento tan sorprendente, y que mi madre, no pudiendo admitir que la suya se viera privada de una alegría, prefería pensar que todo aquello estaba muy bien, cuando aquella noticia no habría podido menos de disgustarla. Pero apenas habíamos entrado en casa, cuando ya a mi madre le parecía aún demasiado egoísta aquel pesar de no poder hacer participar a mi abuela de todas las sorpresas que la vida nos trae. Y prefirió suponer que no hubieran sido para ella tales sorpresas, que todo aquello no hacía sino confirmar sus previsiones. Quiso ver en éstas la prueba de la visión adivinatoria de mi abuela, la demostración de que había sido una inteligencia aún más profunda, más clarividente, más certera de lo que creíamos. De suerte que mi madre, para llegar a este punto de vista de admiración pura, no tardó en añadir: «Y, sin embargo, quizá tu abuela lo hubiera aprobado. ¡Era tan indulgente! Y además ya sabes que, para ella, la condición social no era nada, era la distinción natural. Y es curioso, recuerda que las dos le gustaban. ¿Te acuerdas de aquella primera visita a madame de Villeparisis, cuando volvió y nos dijo que había encontrado vulgar a monsieur de Guermantes, y los elogios que hizo, en cambio, de esos Jupien? Pobre madre, ¿te acuerdas?, decía del padre: "Si yo tuviera otra hija se la daría, y su hija es todavía mejor que él". Y de la pequeña Swann decía: "Os digo que es encantadora, ya veréis cómo hace una buena boda'. ¡Pobre madre, si pudiera ver lo bien que adivinó! Hasta el final, hasta cuando ya no existe, nos dará lecciones de clarividencia, de bondad, de justa apreciación de las cosas.» Y como los goces de que nos dolía ver privada a mi abuela eran todos los pequeños goces de la vida -una entonación de actor que la habría divertido, un plato que le gustaba, una nueva novela de un autor preferido-, mamá decía: «¡Cómo la habría sorprendido esto, cómo le habría gustado! ¡Qué carta tan bonita habría contestado! » Y mi madre continuaba: «¡Figúrate lo feliz que habría sido el pobre Swann, que tanto deseaba que los Guermantes recibieran a Gilberta, si pudiera ver a su hija convertida en una Guermantes! ».

-¿Con otro nombre que no es el suyo, llevada al altar como mademoiselle de Forcheville? ¿Crees que esto le haría feliz?

-¡Ah!, es verdad, no había pensado en eso.

-Por eso no puedo alegrarme por esa mala personilla. ¡Pensar que ha tenido el valor de renunciar al nombre de su padre, que era tan bueno para ella!

-Sí, tienes razón, bien pensado, quizá es mejor que no haya llegado a saberlo.

¡Tan difícil es determinar, trátese de muertos o de vivos, si una cosa les alegrará o les

apenará!

-Parece ser que los Saint-Loup van a vivir en Tansonville. ¡Quién le iba a decir al abuelo Swann, que tanto deseaba enseñar su estanque a tu pobre abuelo, que el duque de Guermantes lo iba a ver a menudo, sobre todo si hubiera sabido la boda infamante de su hijo! En fin, a ti, que tanto has hablado a Saint-Loup de los espinos rosa, de las lilas y de los lirios de Tansonville, te comprenderá mejor. Van a ser suyos.

Así transcurría en nuestro comedor, bajo la luz de la lámpara de la que tan amigas son, una de esas charlas en que la sabiduría, no de las naciones, sino de las familias, apoderándose de un hecho cualquiera, muerte, boda, herencia, ruina, y poniéndolo bajo el cristal de aumento de la memoria, le da todo su relieve, disocia, aleja y sitúa en perspectiva, en diferentes puntos del espacio y del tiempo, lo que para los que no lo han vivido parece amalgamado en una misma superficie, los nombres de los fallecidos, las direcciones sucesivas, los orígenes de la fortuna y sus cambios, las mutaciones de propiedad. Esta sabiduría no la inspira la musa, que conviene ignorar el mayor tiempo posible si se quiere conservar frescas las impresiones y alguna virtud creadora, pero que los mismos que la han ignorado la encuentran en el ocaso de su vida en la nave de la vieja iglesia provinciana, a una hora en que de pronto se sienten menos sensibles a la belleza eterna expresada por las esculturas del altar que al conocimiento de las fortunas diversas que sufrieron, pasando de una ilustre colección particular a una capilla, a un museo después, volviendo luego a la iglesia; o que a sentir que pisan un pavimiento casi pensante, constituido por el último polvo de Arnauld o de Pascal, o simplemente a descifrar, imaginando acaso el rostro de una fresca provinciana en la placa de cobre del reclinatorio de madera, los nombres de las hijas del hidalgo o del notable, el museo que ha recogido todo lo que las más altas musas de la filosofía o del arte han rechazado, todo lo que no se funda en verdad, todo lo que es sólo contingente, pero revela también otras leyes: la Historia[35].

Antiguas amigas de mi madre, más o menos de Combray, vinieron a verla para hablarle de la boda de Gilberta, que no las deslumbraba en absoluto.

-Ya sabe usted quién es mademoiselle de Forcheville, es simplemente mademoiselle Swann. Y el testigo de su boda, el «barón» de Charlus, como él se hace llamar, es aquel viejo que sostenía ya a la madre antiguamente a sabiendas de Swann, que encontraba en esto su conveniencia.

-Pero ¿qué está diciendo usted? -protestaba mi madre-. En primer lugar, Swann era riquísimo.

-Pues no lo sería tanto cuando tenía necesidad del dinero de los demás. Pero ¿qué tiene esa mujer para conservar así a su servicio a sus antiguos amantes? Se las ha arreglado para casarse con el primero, después con el tercero y ahora saca casi de la tumba al segundo para que sirva de testigo a la hija que tuvo del primero o de sabe Dios quién, pues cualquiera cuenta cuántos han sido; ni ella misma lo sabe. He dicho el tercero y habría que decir el número trescientos. Además ya sabe usted que es tan Forcheville como usted y como yo, eso va muy bien con el marido, que no es noble de verdad. A cualquiera se le ocurre que sólo un aventurero puede casarse con esa chica. Parece ser que es un monsieur Dupont o Durand cualquiera. Si no tuviéramos ahora en Combray un alcalde radical, que ni siquiera saluda al cura, ya me enteraría yo bien. Pues ya comprenderá usted que cuando publicaron las amonestaciones habrán tenido que decir el

[35] En la edición de La Pléiade se advierte en nota que toda esta frase es casi ilegible en el manuscrito, y, por consiguiente, es insegura su transcripción. *(N. de la T.)*

verdadero nombre. Es muy bonito, para los periódicos y para el papelero que manda las invitaciones, poner en ellas el marqués de Saint-Loup. Eso no perjudica a nadie, y si puede dar gusto a esas buenas gentes, no seré yo quien lo critique, ¿a mí qué me importa? Como yo no voy a tratar nunca a la hija de una mujer que ha dado que hablar, ya puede ser para sus criados un pedazo de marquesa del largo de un brazo. Pero en las actas del registro civil no es lo mismo. ¡Ah!, si mi primo Sazerat fuera todavía primer teniente de alcalde, le escribiría y me diría con qué nombre había hecho las amonestaciones.

Por aquella época vi bastante a menudo a Gilberta, con la que había vuelto a relacionarme, pues nuestra vida, en su transcurso, no se calcula por la vida de nuestras amistades. Al cabo de cierto período de tiempo (como ocurre en política con los antiguos ministros, en el teatro con las obras olvidadas que se vuelven a poner) vemos reanudarse relaciones de amistad entre las mismas personas de otro tiempo, después de largos años de interrupción, y reanudarse con satisfacción. Pasados diez años ya no existen las razones que tenía uno para amar demasiado, el otro para no poder soportar un despotismo demasiado exigente. Sólo subsiste la conveniencia, y todo lo que Gilberta me hubiera negado en otro tiempo me lo concedía ahora fácilmente, sin duda porque ya no lo deseaba. Y lo que le había parecido intolerable, imposible: estaba siempre dispuesta a venir a mí, nunca con prisa de dejarme, sin que nos dijéramos nunca la razón del cambio; es que había desaparecido el obstáculo: mi amor.

Además, un poco después fui a pasar unos días a Tansonville[36], porque me enteré de que Gilberta era desgraciada, de que Roberto la engañaba, pero no de la manera que todo el mundo creía, que quizá creía ella misma, que en todo caso decía ella. Pero el amor propio, el deseo de engañar a los demás, de engañarse a sí mismo, el conocimiento de las traiciones, imperfecto por lo demás, de todas las personas engañadas, más en este caso porque Roberto, como verdadero sobrino de monsieur de Charlus, se exhibía con mujeres alas que comprometía, de las que la gente creía y también creía Gilberta que eran sus amantes[37]... Y la gente pensaba que Saint-Loup no se recataba bastante, pues en las fiestas no se apartaba un palmo de una u otra mujer y luego la acompañaba, dejando a madame Saint-Loup volver como pudiera. Quien dijera que la otra mujer a la que

[36] Este viaje me importunaba bastante, pues tenía en París una muchacha que dormía en el piso bajo que yo había alquilado. Como otros el aroma de los bosques o el murmullo de un lago, yo necesitaba su sueño al lado mío y, por el día, tenerla siempre junto a mí, en mi coche. Pues por más que olvidemos un amor, puede determinar la forma del amor siguiente. Ya en el amor anterior existían hábitos cotidianos, cuyo origen no recordábamos nosotros mismos; es una angustia de un primer día que nos hizo desear apasionadamente, adoptar después de una manera fija, como las costumbres cuyo sentido hemos olvidado, esos retornos en coche hasta la casa misma de la amada, o a su residencia en nuestra morada, o nuestra presencia o la de alguien en quien tenemos confianza en todas sus salidas: todas esas costumbres, especie de grandes días uniformes por donde pasa cada día nuestro amor, y que se cimentaron antaño en el fuego volcánico de una emoción ardiente. Pero esas costumbres sobreviven a la mujer, incluso al recuerdo de la mujer. Llegan a ser la forma, si no de todos nuestros amores, al menos de algunos de nuestros amores que alternan entre ellos. Y así mi casa había exigido, en recuerdo de Albertina, olvidada, la presencia de mi amante actual, que yo escondía a los visitantes y que llenaba mi vida, como antes Albertina. Y para ir a Tansonville tuve que conseguir de ella que se dejara guardar durante unos días por un amigo mío al que no le gustaban las mujeres. [La edición de La Pléiade intercala este pasaje a pie de página y con referencia al lugar señalado, sin ninguna aclaración. *(N. de la T.)]*

[37] Estos puntos suspensivos indican, en la edición de La Pléiade, que la frase no termina. *(N. de la T.)*

comprometía así no era en realidad su querida habría pasado por cándido, ciego ante la evidencia. Pero unas palabras que se le escaparon a Jupien me orientaron, desgraciadamente, hacia la verdad, una verdad que me dio mucha pena. Cuál no sería mi estupefacción cuando, unos meses antes de salir para Tansonville, al ir un día a preguntar por monsieur de Charlus, al que se le habían presentado ciertos trastornos cardíacos que causaban grandes inquietudes, y al hablar a Jupien, al que encontré solo, de una correspondencia amorosa dirigida a Roberto y firmada con el nombre de Bobette que madame de Saint-Loup había sorprendido, me enteré por el antiguo *factotum* del barón de que la persona que firmaba Bobette no era otra que el violinista-cronista de que hemos hablado y que tan gran papel representó en la vida de monsieur de Charlus. Jupien comentó con indignación: «Ese mozo podía hacer lo que le diera la gana. Pero si había alguien adonde no debía mirar era el sobrino del barón. Sobre todo que el barón quería a su sobrino como a un hijo; ha querido desunir al matrimonio, es una vergüenza. Y ha tenido que poner en juego unas trampas diabólicas, pues nadie más opuesto que el marqués de Saint-Loup a esa clase de cosas. ¡La de locuras que ha hecho por sus queridas! Que ese miserable músico dejara al barón tan feamente como le dejó, allá él, ¡pero dirigirse al sobrino! Hay cosas que no se hacen.» Jupien era sincero en su indignación; en las personas que llaman inmorales, las indignaciones morales son tan fuertes como en las demás, y lo único que hacen es cambiar un poco de objeto. Por otra parte, las personas que no ponen directamente el corazón en el asunto, como siempre creen que se pueden evitar las relaciones, los malos casamientos, como si uno fuera libre de elegir lo que ama, no tienen en cuenta ese delicioso espejismo que el amor proyecta y que envuelve a la persona amada tan por entero y tan únicamente que la «tontería» que hace un hombre casándose con la cocinera o con la querida de su mejor amigo es en general la única acción poética que realiza en toda su existencia.

Comprendí que había estado a punto de producirse una separación entre Roberto y su mujer (sin que Gilberta se diera bien cuenta todavía de qué se trataba) y fue madame de Marsantes, madre amantísima, ambiciosa y filósofa, quien arregló, quien impuso la reconciliación. Formaba parte de esos medios donde la mezcla de sangres que van creciendo continuamente y el empobrecimiento de los patrimonios hacen reflorecer a cada momento en el dominio de las pasiones y en el de los intereses, los vicios y los compromisos hereditarios. Lo hizo con la misma energía que en otro tiempo protegiera a madame Swann, y la boda de la hija de Jupien y con que arregló la boda de su propio hijo con Gilberta, aplicando así para ella misma, con una dolorosa resignación, aquella misma habilidad atávica que ponía al servicio de todo el Faubourg. Y quizá dispuso a toda prisa él casamiento de Roberto con Gilberta, lo que le costó ciertamente menos trabajo y menos lágrimas que hacerle romper con Raquel, por miedo de que iniciara con otra *cocotte -o* quizá con la misma, pues Roberto tardó mucho en olvidar a Raquel- un nuevo enredo que quizá hubiera sido su salvación. Ahora comprendía yo lo que Roberto quiso decirme en casa de la princesa de Guermantes: «Es una lástima que tu amiguita de Balbec no tenga la fortuna que mi madre exige; creo que nos habríamos entendido bien los dos». Quiso decir que ella era de Gomorra como él de Sodoma, o quizá, si no lo era todavía, no le gustaban más que las mujeres a las que podía amar de cierta manera y con otras mujeres. También Gilberta hubiera podido informarme sobre Albertina. De modo que, si yo no hubiera perdido, salvo en raros retrocesos, la curiosidad de saber nada sobre mi amiga, habría podido interrogar sobre ella no sólo a Gilberta, sino a su marido. Y en

resumidas cuentas, era el mismo hecho el que nos inspiró a Roberto y a mí el deseo de casarnos con Albertina (es decir, que le gustaban las mujeres). Pero las causas de nuestro deseo, como sus finalidades, eran opuestas. En mí era por la desesperación que sentí al enterarme; en Roberto, por la satisfacción; en mí, por impedirle, mediante una vigilancia continua, entregarse a su afición; en Roberto, por cultivarla y por la libertad que le dejaría para que ella le trajera amigas.

Si para Jupien se remontaba a muy poco tiempo la nueva orientación, tan divergente de la primitiva, que habían tomado las inclinaciones carnales de Roberto, por una conversación que tuve con Amado, y que me apenó mucho, me enteré de que el antiguo mayordomo del hotel de Balbec llevaba aquella divergencia, aquella inversión, mucho más atrás.

El motivo de esta conversación fue unos días que fui a pasar a Balbec, donde el propio Saint-Loup, que tenía un largo permiso, fue a su vez con su mujer, de la que, en aquella primera fase, no se apartaba ni un paso. Yo había admirado cómo se notaba todavía en Roberto la influencia de Raquel. Sólo un recién casado que ha tenido mucho tiempo una amante sabe quitarle el abrigo a su mujer antes de entrar en un restaurante, tener con ella las atenciones que conviene. En aquellas relaciones ha recibido la instrucción que debe tener un buen marido. No lejos de él, en una mesa cercana a la mía, Bloch, rodeado de pretenciosos jóvenes universitarios, aparentaba estar a sus anchas y le gritaba muy fuerte a uno de sus amigos, pasándole con ostentación la carta con un ademán que derribó dos botellas de agua: «No, no, querido, pida usted. Yo no he sabido en mi vida hacer un menú, nunca he sabido pedir», repitió con un orgullo poco sincero, y, mezclando la literatura con la gula, opinó en seguida a favor de una botella de *champagne* con que le gustaba ver adornar, «de una manera exclusivamente simbólica», una conversación. Saint-Loup sí sabía pedir. Estaba sentado junto a Gilberta, ya embarazada (ya no iba a cesar de hacerle niños), como dormía junto a ella en el lecho común en el hotel. No hablaba más que a su mujer, el resto del hotel no parecía existir para él; pero cuando un camarero anotaba un pedido de muy cerca, Saint-Loup levantaba rápidamente sus ojos claros y le echaba una mirada que no duraba más de dos segundos, pero que, en su límpida clarividencia, parecía demostrar un orden de curiosidades y de investigaciones muy diferentes del que hubiera podido animar a cualquier cliente que mirara, aunque fuera mucho tiempo, a un botones o a un dependiente para hacer sobre él observaciones humorísticas o de otro género con la intención de comunicárselas a sus amigos. Aquella miradita rápida, desinteresada, demostrativa de que el mozo le interesaba por sí mismo, revelaba a los que la observaran que aquel excelente marido, aquel amante en otro tiempo apasionado por Raquel, tenía ya en su vida otro plano que le parecía mucho más interesante que aquel en que se movía por deber. Pero no se le veía más que en éste. Sus ojos habían vuelto ya a Gilberta, que no había visto nada; le presentaba un amigo al paso y se iba de paseo con ella. Pero Amado me habló en aquel momento de un tiempo mucho más antiguo, el tiempo en que yo conocí a Saint-Loup por madame de Villeparisis en aquel mismo Balbec.

-Claro que sí, señor -me dijo-, es archiconocido, hace mucho tiempo que lo sé. El primer año que el señor estuvo en Balbec, el señor marqués se encerró con mi *liftier,* con el pretexto de revelar unas fotos de la señora abuela del señor. El pequeño quería quejarse, y nos costó Dios y ayuda echar tierra sobre el asunto. Y verá el señor, seguramente recuerda el señor aquel día que vino a almorzar al restaurante con el señor

marqués de Saint-Loup y su querida, que el señor marqués la tenía de tapadera. Seguramente recuerda el señor que el señor marqués se marchó aparentando un arrebato de rabia. Claro que yo no quiero decir que la señora tuviera razón. Se las hacía pasar negras. Pero lo que es aquel día nadie me sacará de la idea de que la rabia del señor marqués era fingida y que lo que quería era alejar al señor y a la señora.

Por lo menos, en cuanto a aquel día, sé muy bien que, si Amado no mentía a sabiendas, se equivocaba de punta a cabo. Recuerdo perfectamente el estado en que se hallaba Roberto, la bofetada que le dio al periodista. Y en cuanto a lo de Balbec, lo mismo: o mintió el ascensorista o mentía Amado. Al menos así lo creí, aunque no podía asegurarlo: nunca vemos más que un lado de las cosas, y si aquello no me diera tanta pena, habría encontrado cierta belleza en el hecho de que, mientras que para mí el contacto del *liftier* con Saint-Loup fue un medio cómodo para mandar una carta y recibir la respuesta, para Amado fue la manera de entrar en relación con un chico que le había gustado. Y es que, en realidad, las cosas son por lo menos dobles. Al acto más insignificante que realizamos, otro hombre le injerta una serie de actos completamente diferentes. Lo cierto es que la aventura de Saint-Loup y del ascensorista, si es que tuvo lugar, me parecía tan poco congruente con el trivial envío de una carta como que alguien que sólo conociera de Wagner el dúo de *Lohengrin* pudiera prever el preludio de *Tristán.* Para los hombres las cosas no ofrecen más que un limitado número de sus innumerables atributos, debido a la pobreza de sus sentidos. Ofrecen colores porque tenemos ojos; ¿cuántos otros aspectos ofrecerían si tuviéramos centenares de sentidos? Pero este aspecto diferente que pudieran tener nos es más fácil comprenderlo con lo que es en la vida un acontecimiento, aunque sea mínimo, del que conocemos una parte que creemos ser el todo, acontecimiento que otro mira como por una ventana del otro lado de la casa y que ofrece otra vista. En el caso de que Amado estuviera en lo cierto, el sonrojo de Saint-Loup, cuando Bloch le habló del *lift,* no se debía solamente a que Bloch pronunciara *laift.* Pero yo estaba convencido de que la evolución fisiológica de Saint-Loup no empezó en aquella época y de que entonces le gustaban únicamente las mujeres. Más que de ninguna otra señal lo pude deducir retrospectivamente de la amistad que Saint-Loup me había demostrado en Balbec. Sólo mientras le gustaron las mujeres fue verdaderamente capaz de amistad. Después, al menos durante cierto tiempo, a los hombres que no le interesaban directamente les manifestaba una indiferencia, sincera, creo, en parte, pues se había vuelto muy seco, exagerándola también para hacer creer que sólo prestaba atención a las mujeres. Pero, sin embargo, recuerdo que un día, en Doncières, estando los dos en casa de los Verdurin, miró con cierta detención a Charlie y me dijo: «Es curioso, ese mocito tiene cosas de Raquel. ¿No lo notas? Yo les veo cosas idénticas. De todos modos, eso no me puede interesar.» Y, sin embargo, pasó bastante tiempo con los ojos perdidos en el horizonte, como cuando, antes de sentarse a jugar una partida de cartas o de salir a comer fuera, pensamos en uno de esos leanos viajes que no creemos realizar jamás, pero que, por un momento, nos hacen sentir cierta nostalgia. Pero si Roberto encontraba algo de Raquel en Charlie, Gilberta, por su parte, procuraba tener algo de Raquel, para gustarle a su marido, poniéndose como ella en el pelo unos lazos de seda gris, o rosa, o amarillo, peinándose como ella, pues creía que su marido la amaba todavía y tenía celos. Era posible que el amor de Roberto se hallara a veces en los confines que separan el amor de un hombre por una mujer y el amor de un hombre por un hombre. En todo caso, el recuerdo de Raquel ya sólo representaba en esto un papel estético. Ni siquiera era probable que pudiera

representar otros. Un día Roberto fue a pedirle que se vistiera de hombre, que se dejara cortar un largo mechón de su cabello y, sin embargo, se limitó a mirarla, insatisfecho. A pesar de todo le guardó siempre apego y le pasaba escrupulosamente, pero sin gusto, la renta enorme que le había prometido, lo que no impidió que Raquel se comportara con él de la manera más fea. Esta generosidad de Roberto con Raquel no le habría importado a Gilberta si hubiera sabido que no era más que el cumplimiento resignado de una promesa a la que ya no correspondía ningún amor. Pero precisamente era amor lo que Roberto fingía sentir por Raquel. Los homosexuales serían los mejores maridos del mundo si no hicieran la comedia de que les gustan las mujeres. De todos modos, Gilberta no se quejaba. Haber creído que Raquel había amado tanto tiempo a Roberto fue lo que le hizo desear, lo que le hizo renunciar por él a otros partidos más brillantes. Parecía como si Saint-Loup le hiciera una especie de concesión casándose con ella. Y, en realidad, los primeros tiempos, las comparaciones entre ambas mujeres (aunque tan desiguales en encanto y en belleza), no se inclinaron a favor de la deliciosa Gilberta. Pero ésta ascendió en seguida en la estimación de su marido, mientras que Raquel iba disminuyendo a ojos vistas.

Otra persona sufrió una decepción: madame Swann. Si para Gilberta Roberto estaba ya, antes del matrimonio, rodeado de la doble aureola que le creaban, por una parte, su vida con Raquel, constantemente denunciada por las lamentaciones de madame de Marsantes, por otra parte el prestigio que los Guermantes tuvieron siempre para su padre, y que ella heredó de él, madame de Forcheville hubiera preferido una boda más brillante, quizá principesca (había familias reales pobres y que hubieran aceptado el dinero -que, por otra parte, era muy inferior a los ochenta millones prometidos- abrillantado por el nombre de Forcheville), y un yerno menos desmonetizado por una vida pasada lejos del gran mundo. No había podido vencer la voluntad de Gilberta y se había quejado amargamente a todo el mundo, desacreditando a su yerno. Un buen día cambió todo: el yerno se convirtió en un ángel y ya no se burlaban de él más que a hurtadillas. Y es que la edad le dejó a madame Swann (ahora madame de Forcheville) la afición que siempre tuvo a un amante que la pagara, pero, por la deserción de los admiradores, le quitó los medios. Deseaba cada día un nuevo collar, un nuevo vestido bordado de brillantes, un automóvil más lujoso, pero su fortuna era escasa; Forcheville lo había gastado casi todo y Odette tenía una hija adorable, pero terriblemente avara -¿qué antepasado israelita gobernaba en esto a Gilberta?-, que le escatimaba el dinero al marido y, naturalmente, mucho más a la madre. Y, de pronto, el protector lo olió primero y lo encontró después en Roberto. Que no fuera ya muy joven tenía poca importancia para un yerno al que no le gustaban las mujeres. Lo único que le pedía a su suegra era que allanara tal o cual dificultad entre él y Gilberta, que le arrancara el consentimiento para hacer un viaje con Morel. En cuanto Odette ponía manos a la obra, recibía la recompensa de un magnífico rubí. Para esto era preciso que Gilberta fuera más generosa con su marido. Odette se lo predicaba con tanto más calor cuanto que era ella quien iba a beneficiarse de la generosidad. De este modo, gracias a Roberto, podía Odette, ya en la cincuentena (algunos decían en la sesentena), deslumbrar en todas las mesas adonde iba a comer, en cada fiesta donde se presentaba, con un lujo inusitado y sin necesidad de tener como antes un «amigo» que ahora ya no hubiera apoquinado. De suerte que había entrado, al parecer para siempre, en el período de la castidad final y nunca estuvo tan elegante.

No era sólo la maldad, el rencor del antiguo pobre contra el amo que le ha enriquecido

y que, por otra parte (esto entraba en el carácter y más aún en el vocabulario de monsieur de Charlus), le había hecho notar la diferencia de condición que los separaba, lo que llevó a Charlie hacia Saint-Loup para hacer sufrir más al barón. Quizá fue también el interés. Tuve la impresión de que Roberto debía de darle mucho dinero. En una fiesta donde encontré a Roberto antes de ir yo a Combray, y donde, por su manera de exhibirse junto a una mujer elegante que pasaba por ser su querida, pegándose a ella, fundiéndose con ella, envuelto en público en su falda, me hizo pensar en una serie de repetición involuntaria –con un algo más nervioso, más sobresaltado- de un gesto ancestral que yo había podido observar en monsieur de Charlus, como envuelto en las galas de madame de Molé, bandera de una causaginófila que no era la suya, pero que le gustaba ostentar, aunque sin derecho, bien porque la encontrara protectora o estética, me impresionó, a la vuelta, lo económico que se había vuelto aquel muchacho, tan generoso cuando era mucho menos rico. Que sólo se tenga apego a lo que se posee, y que el que antes derrochara el oro que tan pocas veces tenía atesore el que ahora tiene es sin duda un fenómeno bastante general, pero en este caso me pareció que presentaba una forma más particular. Saint-Loup renunció a tomar un coche de punto, y vi que había guardado un billete de enlace de tranvía. Seguramente desplegaba en esto, para fines diferentes, unos talentos que había adquirido durante su enredo con Raquel. Un joven que ha vivido mucho tiempo con una mujer no es tan inexperto como el que no ha tenido más mujer que aquella con la que se casa. Bastaba ver la destreza y el respeto con que, las pocas veces en que llevaba a su mujer a comer al restaurante, le quitaba el abrigo, su arte de pedir la comida y de hacerse servir, la atención con que plegaba las mangas de Gilberta antes de que se pusiera la chaqueta, para comprender que había sido durante mucho tiempo el amante de una mujer antes de ser el marido de esta otra. Y análogamente, como tuvo que ocuparse mucho tiempo de los más minuciosos detalles de la casa de Raquel, por una parte porque Raquel no entendía nada de esto y además porque los celos le hacían intervenir en todo lo de la domesticidad, pudo continuar, en la administración de los bienes de su mujer y en las cosas de la casa, aquel papel hábilmente entendido que quizá Gilberta no habría sabido desempeñar y que le cedía con gusto. Pero seguramente lo hacía sobre todo para que Charlie se aprovechara de las menores economías, sosteniéndole en suma espléndidamente sin que Gilberta se diera cuenta ni sufriera por ello. Quizá también creía gastador al violinista «como todos los artistas» (Charlie se daba a sí mismo este título sin convicción y sin orgullo para disculparse de no contestar a las cartas de una serie de defectos que él creía que formaban parte de la psicología indiscutible de los artistas). A mí, personalmente, me daba igual, desde el punto de vista de la moral, que se buscara el placer con un hombre o con una mujer, y me parecía muy natural y muy humano que se buscara donde se podía encontrar. Así, pues, si Roberto no estuviera casado, su enredo con Charlie no tendría por qué apenarme. Y, sin embargo, me daba perfecta cuenta de que la contrariedad que sentía habría sido igualmente viva si Roberto hubiera permanecido soltero. Tratándose de cualquier otro me habría sido indiferente lo que hiciera. Pero lloraba pensando en el gran afecto que, en otro tiempo, sentí por un Saint-Loup diferente, un afecto tan grande, y viendo, por sus nuevas maneras frías y evasivas, que él ya no correspondía a aquel afecto, pues desde el momento en que los hombres podían inspirarle deseo ya no podían inspirarle amistad. ¿Cómo pudo nacer esto en un muchacho al que tanto le gustaban las mujeres, al que vi desesperado hasta temer que se matara porque Raquel quiso dejarle? ¿Fue el parecido entre Charlie y Raquel -invisible

para mí- el puente que permitió a Roberto pasar de los gustos de su padre a los de su tío para cumplir la evolución fisiológica que -también en éste- se produjo bastante tarde? Sin embargo, a veces volvían a inquietarme las palabras de Amado; recordaba a Roberto aquel año en Balbec; al hablar al *liftier* tenía una manera de no prestarle atención que recordaba mucho la de monsieur de Charlus cuando dirigía la palabra a ciertos hombres. Pero Roberto podía muy bien haber heredado esto de monsieur de Charlus, de cierta altivez y actitud física de los Guermantes, y no haberlo tomado en modo alguno de los gustos especiales del barón. Así, el duque de Guermantes, que estaba muy lejos de tales gustos, tenía la misma manera nerviosa que tenía monsieur de Charlus de poner la muñeca, como si se la crispara un puño de encaje, *y* también en la voz, de entonaciones agudas *y* afectadas, maneras todas que, en monsieur de Charlus, nos inclinaríamos a darles otro significado, a las que él mismo les había dado otro, pues el individuo manifiesta sus particularidades mediante rasgos impersonales y atávicos que, por otra parte, quizá no son sino particularidades antiguas fijadas en el gesto y en la voz. En esta última hipótesis, que confina con la historia natural, no sería a monsieur de Charlus a quien pudiéramos llamar un Guermantes adolecido de una tara y que la manifiesta en parte con rasgos de la raza de los Guermantes, sino el duque de Guermantes quien, en una familia pervertida, se destacaría como el ser excepcional al que el mal hereditario ha perdonado tan completamente que los estigmas exteriores que en él ha dejado pierden todo sentido. Recordé que el primer día en que vi a Saint-Loup en Balbec, tan rubio, de una materia tan preciosa y rara, haciendo volar su monóculo ante él, le encontré un aire afeminado, que no era ciertamente efecto de lo que ahora averiguaba de él, sino de la gracia particular de los Guermantes, de la finura de aquella porcelana de Sajonia en la que estaba modelada también la duquesa. Recordaba también su cariño por mí, su manera de expresarlo, tierna, sentimental, y me decía que tampoco aquello, que hubiera podido engañar a algún otro, significaba entonces otra cosa, que significaba incluso todo lo contrario de lo que ahora sabía. Pero ¿de cuándo databa esto? Si del año en que yo volvía a Balbec, ¿cómo no fue ni una sola vez a ver al *lift,* cómo no me habló nunca de él? Y en cuanto al primer año, ¿cómo iba a fijarse en él, si entonces estaba tan apasionadamente enamorado de Raquel? Aquel primer año, Saint-Loup me pareció especial, como lo eran los verdaderos Guermantes. Y resulta que era más especial de lo que yo creí. Pero las cosas que no hemos intuido directamente, lo que hemos sabido sólo por otros, no tenemos ya ningún medio, ha pasado el momento de hacérselo saber a nuestra alma; se han cerrado las comunicaciones con la realidad; en consecuencia, no podemos gozar del descubrimiento, es demasiado tarde. Y, de todos modos, aquello me daba demasiada pena para que yo pudiese gozar de ello espiritualmente. Desde luego, desde lo que me dijo monsieur de Charlus en casa de madame Verdurin en París, ya no dudaba de que el caso de Roberto fuera el mismo de muchísimos hombres honrados, y hasta tomados entre los más inteligentes, entre los mejores. Saberlo de cualquier otro me habría sido indiferente, de cualquier otro que no fuera Roberto. La duda que me dejaban las palabras de Amado empañaba toda nuestra amistad de Balbec y de Doncières, y aunque yo no creyese en la amistad, ni la había sentido verdaderamente por Roberto, al pensar ahora en aquellas historias del *lift* y del restaurante donde almorcé con Saint-Loup y con Raquel, tenía que hacer un esfuerzo para no llorar[38].

[38] La edición de La Pléiade, rompiendo la tradición de otras anteriores, termina aquí el volumen de *La fugitive* (que en aquellas ediciones se ha venido titulando *Albertine disparue),* con la advertencia de que en

el manuscrito no se *e*ncuentra ninguna indicación sobre el lugar en que Proust pensaba *e*stablecer el corte entre *La fugitive* y *Le temps retrouvé. (N. de la T.)*